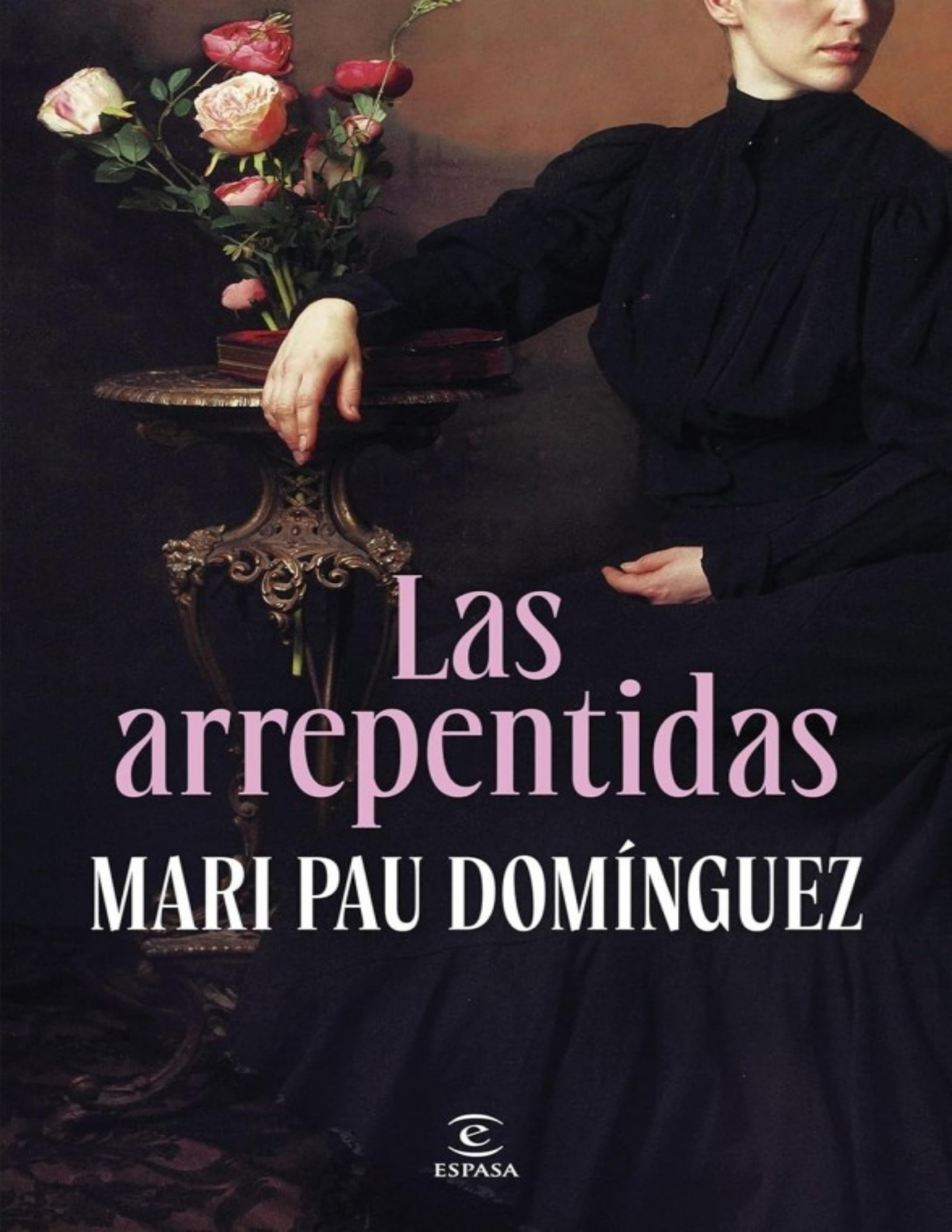

Las arrepentidas
MARI PAU DOMÍNGUEZ
ESPASA

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

**Cita**

**Primera parte. ARDER COMO LA VELA Y CONSUMIRSE...**

- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7

**Segunda parte. MUDAS SOLEDADES**

- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

**DOS AÑOS Y MEDIO ANTES...**

CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32

**Tercera parte. UN MUNDO A OSCURAS**

CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42

**Cuarta parte. EL ERROR, LA CULPA, LOS OLVIDOS...**

CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50

**NOTA DE LA AUTORA**

**AGRADECIMIENTOS**

**BIBLIOGRAFÍA**

**Créditos**

# LAS ARREPENTIDAS

MARI PAU DOMÍNGUEZ



*Alguien me dijo recientemente que tu segunda vida empieza cuando te das cuenta de que solo tienes una. Esta historia está dedicada a quienes forman parte de esta segunda vida. La única.*

*A Antonio, por habitar en mi corazón.*

*Alma que estás en pecado, si esta noche te mueres piensa bien adónde fueres.*
*Presto, torpe pasarás de tus carnales contentos a los eternos tormentos.*
*Esa culpa que cometes, piensa bien y considera que podría ser la postrera.*

COPLILLA DE LA RONDA DEL PECADO MORTAL
(Madrid, año de 1744)

*Sin valor es estéril la sabiduría.*

BALTASAR GRACIÁN, *El arte de la prudencia*

# PRIMERA PARTE

*ARDER COMO LA VELA Y CONSUMIRSE...*

# CAPÍTULO 1

*Arder como la vela y consumirse*
*haciendo torres sobre tierna arena;*
*caer de un cielo y ser demonio en pena,*
*y de serlo jamás arrepentirse.*

LOPE DE VEGA, Soneto LXI

## *Casa del Pecado Mortal, Madrid, una semana después del 5 de octubre de 1896*

Nada te pueden arrebatar cuando lo has perdido todo.

Piensa en ello antes de irte de aquí, de este lugar que representa el infierno, así aliviarás la carga del sufrimiento que jamás imaginaste y del rencor que no debes permitirte.

Nada puedes perder cuando te asomas al mundo y te das cuenta de que te han quitado aquello sin lo que crees que no podrás seguir viviendo.

Sin embargo, vives...

El martilleo incesante en la cabeza empeoraba la angustia de Carlota y ennegrecía aún más sus pensamientos. Muchas preguntas acompañaban las primeras pisadas en el suelo de la libertad. ¿Qué habría cambiado en el mundo exterior durante su ausencia? Y ella, ¿seguía siendo la misma? ¿Todo, absolutamente todo, le habían

arrebatado en aquella casa? Porque eso era lo que pretendían hacer siempre, con ella y con todas las mujeres allí encerradas.

Al acabar de atravesar el tortuoso pasillo que estaba a punto de perder de vista e intuir, por fin, la proximidad de las afueras al otro lado de la pared, notó el escalofrío de quien se siente muerto en vida. Llevaba tan solo una escueta bolsa de viaje en una mano. El portón se cerró tras ella sin miramientos ni adioses, provocando un golpe seco y fuerte que retumbó en todo su cuerpo. El día en el que entró ocurrió lo mismo: la pesadez de la puerta y el eco sordo de la soledad impuesta le dieron la fatídica bienvenida. Pero entonces no sabía lo que le esperaba en el interior de aquel recinto que comprimía los confines del averno. Habían transcurrido casi siete meses.

Siete meses..., un tiempo que difícilmente olvidará mientras viva. Echó un último vistazo a la fachada de la casa: aspecto ruinoso, decadente, sombrío, espectral... El horror. Una ranura en la pared hacía las veces de buzón, en el que se depositaban clandestinamente las solicitudes para posibles ingresos, mientras que las pocas ventanas que daban a la calle estaban condenadas. Era una cárcel sin serlo. Una prisión que carecía de ninguna muestra aparente que pudiera indicar lo que suponía para una mujer estar encerrada en ella.

Un elegante carruaje cerrado tipo cupé la esperaba en la calle, cuya piedra pisó rápido como si el fuego le quemara la suela de los zapatos, y subió a él sin perder un instante. Dentro aguardaba una joven abrigada por una capa con capucha para no ser reconocida. Ambas se fundieron en un ansiado abrazo. «Por favor, no me preguntes, ahora no —imploró Carlota nerviosa a su hermana Rebeca—. Solo quiero irme de aquí. ¡Arranque! —ordenó al cochero perfectamente uniformado—. ¡Arranque, por Dios!».

Arranque, no sea que el diablo se atreva a perseguirla incluso una vez fuera de la Casa del Pecado Mortal. Puede que, por más empeño que pusieran para conseguirlo, a Carlota Visedo, marquesa de Peñaflorida, no la hubieran despojado de sí misma, como deseaba su marido, ni le hubieran arrancado todo. Es posible que entre las cenizas de tanto dolor conservara todavía intacta la fortaleza de su carácter. Aunque costaba adivinarlo. A pesar de su juventud, se la veía vencida, peleando con las huellas que en su rostro denotaban un terrible sufrimiento difícil de suponerle a una joven que, en cuestión de días, cumpliría veintidós años y que ya cargaba con un martirio a sus espaldas.

# Capítulo 2

El día estaba sombrío y gélido, plagado el cielo de feos nubarrones. Un día de ambiente turbio para celebrar la libertad.

El coche de caballos se detuvo ante un imponente palacete en la zona noble de Madrid. Era la residencia familiar de los marqueses de Peñaflorida.

—Será mejor que yo no entre —dijo Rebeca en un tono de voz muy bajo, como si no quisiera hacer ruido con las palabras.

Carlota asintió. Le faltaban fuerzas hasta para pensar, aunque entendía que lo mejor era que ella entrara sola, no sabía qué podía encontrar al atravesar el umbral de su hogar siete meses después y habiendo soportado el desolador terremoto que acababa de devastar su vida.

Ese momento tenía que llegar, y debía afrontarlo de la misma manera que cuando salió de su casa: sola.

—Eres fuerte, hermana, ya verás como puedes con ello. Hay que seguir viviendo. —Rebeca la abrazó, susurrándole al oído—: Saca tu fuerza, toda tu fuerza, que es mucha.

Al descender del coche, Carlota se dobló en un gesto de dolor que alertó a su hermana.

—Tranquila, no es nada —le dijo con ganas de que se marchara.

Enderezó la espalda con dificultad, esforzándose por aparentar normalidad, cogió la bolsa de viaje y caminó con pasos llenos de cautela hacia la verja de entrada. Antes de franquearla, se giró unos segundos para dedicarle una sonrisa pretendidamente

tranquilizadora a Rebeca, quien, a su vez, se afanaba en que no se notara que estaba a punto de llorar. De ese modo, las hermanas intentaban protegerse la una a la otra, como si cada una de ellas no supiera lo que la otra estaba sintiendo.

Cruzó los metros que separaban la entrada del palacete de la verja que daba a la calle. El mayordomo y una sirvienta abrieron la puerta. Rebeca respiró hondo y entró en el que presentía que podía haber dejado de ser su mundo.

Advirtió el comportamiento extraño de María, la criada, que se retiró de inmediato sin saludarla. Ningún «Bienvenida a casa, señora» o «Deseamos que el viaje le haya ido bien». Nada. Solo caras serias y actitudes extrañas en el personal de servicio de la casa, habitualmente correcto y cordial. Parecía que la frialdad que inundaba la atmósfera se hubiera incrustado incluso en las paredes, sillones y cortinas de la vivienda. Se respiraba una angustiosa hostilidad que no suponía ningún buen presagio.

Tuvo que desprenderse del abrigo sin ayuda, un gesto que podría parecer insignificante, pero que resultaba más que elocuente en aquella circunstancia.

—Don Julián la espera en el salón principal —por fin acertó a decir Ramón, el mayordomo, pero no aguardó a que Carlota le diera las gracias antes de desaparecer.

Encontró a su esposo observando el jardín a través de la amplia ventana que permitía filtrarse en la estancia las tonalidades grises del día. Tenía las manos a la espalda y al advertir la presencia de Carlota, no se molestó en girarse. Tampoco es que ella esperara un caluroso recibimiento, pero que no le dijera ni tan siquiera un sencillo «hola»...

Julián era un hombre de estatura media, delgado, abundante cabello negro como el tizón, en el que destacaban trazando surcos

plateados infinidad de canas. Tez morena, nariz prominente y una expresión inescrutable en el rostro. Tenía dieciocho años más que su esposa. El conjunto de sus facciones daban como resultado un físico agradable.

En aquella postura, dándole la espalda, le habló con un tono lacerantemente severo:

—He pedido a mis abogados que resuelvan los trámites para privarte del título de marquesa. Estar casada conmigo no va a facilitarte ningún privilegio. Al contrario, todos cuantos tenías te serán retirados.

Carlota tragó saliva y enderezó su orgullo, al igual que había hecho con su espalda al descender del coche de caballos, antes de dirigirse a él:

—Vaya... Podrías, al menos, preguntarme cómo estoy. Ha sido mucho tiempo y muy duro.

—Es problema tuyo cómo estés, a mí ya no me atañe.

—Sigo siendo tu esposa.

Entonces Julián se giró hacia ella y la miró de frente. Lo vio tan distinto... Advirtió que aquellos meses lo habían endurecido, como si el tiempo transcurrido le hubiera cincelado el rostro con amargura y desdén. Sus ojos, antaño fugazmente cómplices en las noches de no hacía demasiado tiempo, eran ahora dos pozos vacíos, sin fondo ni luz.

El silencio que se coló entre ambos resultó insoportable, frío y cortante como una navaja afilada. Carlota apenas reconocía al hombre que tenía delante, pero se obligó a sostenerle la mirada. Sabía que, tras aquella fachada de indiferencia, se ocultaba el mismo veneno que la había encerrado en aquel horrible lugar.

—Sigo siendo tu esposa —repitió, con un hilo de voz que escondía más firmeza de la que él esperaba.

Julián apenas esbozó una mueca cubierta por una sombra de desprecio.

—No por mucho tiempo —sentenció, dejando la amenaza suspendida entre ellos igual que un cuchillo rasgando el aire.

Carlota aguantaba sin perder la compostura. No se había movido de la entrada del salón.

Su esposo, decidido a no concederle un respiro, prosiguió:

—Tu comportamiento no ha respondido en absoluto a lo que correspondería a tu condición de casada nada menos que con un Peñaflorida, así que no mereces los honores y prerrogativas que han supuesto para ti hasta ahora. No voy a permitir que mancilles un linaje como el mío.

—Puedo entender tu enfado, pero el castigo ha sido demasia...

—¡Calla! —la cortó Julián con furiosa brusquedad, sobresaltándola —. ¿A ti te parece que esto solo merece un enfado? ¡Es mucho más que eso! ¡Retírate! ¡Apártate de mi vista! Tú y yo ya no tenemos nada de qué hablar.

Y volvió a darle la espalda, esta vez de manera definitiva, para seguir mirando por la ventana, a pesar de que su ira le nublara la visión.

Las últimas frases, dichas a voz en grito, algo impropio del hombre templado que era Julián, salieron de su boca más bien escupidas, arrojadas sobre la dignidad de Carlota, «Los Visedo sabemos salvaguardar la dignidad por encima de todo», solía decir la madre de la joven aristócrata apelando a sus ancestros, y aquel consejo se coló de rondón en su ánimo tras el desdén con el que la estaba tratando Julián.

—Una última cosa —dijo algo más calmado y sin retirar la mirada del jardín—. Solo espero, por el bien de tu alma, que te hayas arrepentido de lo que hiciste.

Rebeca encajó ese último comentario de su marido tragándose la rabia y, sin responder, se encaminó hacia el dormitorio donde le aguardaba otro sinsabor, este sí inesperado.

—Lo siento, señora, pero este ya no es su dormitorio. —María seguía sin atreverse a mirarla a la cara—. El señor ha dispuesto que a partir de ahora ocupe otro y que tiene prohibido el paso a este, que será de uso exclusivo del señor marqués.

El cuarto conyugal pasaba a formar parte de su pasado, como tantos aspectos de su existencia, alterada y girada del revés. Levantó la barbilla y sacó fuerzas para preguntarle:

—¿Y cuál se supone que es el mío?

De repente comenzó a llover con fuerza y pensó que el tiempo y la lluvia todo lo borran.

—Acompáñeme, señora.

La condujo hacia el extremo final del amplio y ampuloso pasillo, que, por contraste y a pesar de la tensión que se había desatado desde su llegada, le hizo sentirse reconfortada al recordar la diferencia con los angostos y lúgubres corredizos de la recién abandonada Casa del Pecado Mortal.

Se adentró en el que iba a ser su universo particular no sabía hasta cuándo y vio repartidas por varios rincones algunas de sus pertenencias, una figura de alabastro herencia de su familia, cepillos de cabello, espejos, joyeros —aunque no tardaría en comprobar que estos estaban prácticamente vacíos—, cintas de raso, la jabonera regalada por su madre... En el interior de los armarios, su ropa estaba dispuesta en colgadores en medio de un caótico desorden, quizás el mismo al que estaba condenada. «Tu pecado no tiene perdón posible», le dijo Julián el día en el que decidió internarla a la fuerza en aquel infame lugar, cuando supo lo que había ocurrido con Rodolfo Valderroca.

Rodolfo... La rotunda presencia en su vida trajo consigo la evidencia de que en realidad nunca había amado a su marido. Cuatro años de tedioso matrimonio celebrado por el interés de su familia, antaño poderosa, en recuperar una posición social que entonces comenzaba a entrar en una cierta decadencia y aprovechar la dote económica que el enlace suponía.

Valderroca estuvo buscándola durante meses, pero ella no lo supo hasta que Rebeca se lo contó camino a casa. No podía saberlo encerrada fuera del mundo. Su propia hermana se había enterado del paradero de Carlota tan solo días antes de que saliera de la casa infernal; solo entonces quiso su cuñado Julián que conociera la verdad, cuando ya nada podía hacer para auxiliarla.

El ruido de la puerta de la habitación al cerrarse la desenganchó de sus pensamientos. Estaba sola. De pie, notando a su alrededor el espesor del aire que, de pronto, se condensó tanto que no podía respirar. Corrió hacia una de las ventanas, le costó abrirla, y se dio cuenta de que el jardín le resultaba tan ajeno como el interior de la casa. Inspiró hondo para recuperar el aliento.

La bolsa de viaje reposaba olvidada en el suelo junto a la puerta. Estuvo observándola durante unos instantes antes de ir a buscar en su interior lo único que le importaba de su contenido. Extrajo un camafeo de un pequeño y desorganizado revoltillo de prendas delicadas, chocante con su habitual orden con el que hacía todo, pero era tanta el ansia por abandonar el lugar que ni se detuvo a colocar ordenadamente las escasas pertenencias con las que ingresó. En la joya podían leerse grabadas dos iniciales en letras mayúsculas: «R.V.». Tras estrecharlo con fuerza contra su vientre, como si quisiera introducirlo en su cuerpo traspasando la carne, los ojos cerrados, la piel en calma, lo besó con delicadeza y buscó dónde esconderlo para que nadie pudiera encontrarlo. Después,

agotada, se tumbó vestida sobre la cama y perdió, como anhelaba con todas sus fuerzas, la noción de la realidad al abrazar un sueño que se le había estado resistiendo durante los últimos siete meses.

Ausentarse de lo ocurrido era su mayor necesidad entonces.

***

Los días en lo que ya no era un hogar transcurrían tediosos y melancólicos para Carlota. Apenas comía ni salía de su habitación. Tampoco compartía ningún momento con su esposo, quien estaba consiguiendo su propósito de aislarla del mundo de nuevo. Para evitar que saliera a la calle contaba con el personal de servicio de la mansión, que tras su regreso la ignoraban a pesar de ser «la señora»; nadie estaba de su parte, ni tan siquiera la fiel María. Fiel hasta que salió por la puerta camino del encierro más terrible que nadie pudiera imaginarse.

Nada deseaba más que poder recibir la visita de su hermana Rebeca. Supondría un alivio en mitad de la oceánica soledad en la que vivía.

Pasaban los días..., las semanas... Empezaban a correr los meses en el calendario... y la vida de Carlota seguía convertida en un infierno que no parecía tener salida alguna. No mantenía contacto con nadie. El aislamiento impuesto la convertía en presa de sus pensamientos, y su exigua vida social se reducía a los escasos eventos a los que acompañaba a su marido sin separarse de él ni soltarse de su brazo un segundo. Era como si estuviera atada a Julián con unas cadenas invisibles, pero, sin embargo, pesadas como hierro macizo. «Qué gusto volver a verla, doña Carlota»... «Madrid la echaba de menos»... «Confío en que haya ido bien su viaje y su tía esté ya recuperada»... Porque esa había sido la justificación que el

marqués de Peñaflorida difundió en público sobre la desaparición de su esposa durante meses: que tuvo que marcharse para atender por una enfermedad pasajera a su tía, que era como una madre, al haber fallecido ésta en un accidente en un coche de caballos cuando ella y su hermana eran pequeñas.

Pero Carlota sabía que la única enfermedad que había atendido era la suya propia, esa fiebre del alma que la consumía en silencio, mientras fingía sonrisas bajo las miradas inquisitivas de todos. La sociedad la rodeaba con frases amables y medias verdades, sin sospechar el abismo que se abría bajo sus pies. Cada saludo, cada cumplido, representaba un recordatorio cruel de la mentira que la envolvía, mientras las impalpables cadenas que la amarraban a Julián se tensaban un poco más, hasta casi dejarla sin aliento. Y en las noches interminables, cuando la casa enmudecía, Carlota solo encontraba compañía en el eco de su soledad, y en la amarga certeza de que nadie, salvo Rodolfo, podría devolverle la vida que le habían arrebatado.

***

Un día cualquiera, a mitad de semana, se rompe la monotonía y la intuición activa un mal presagio; quizás solo fuese algo intrascendente. Aunque en esa familia, o en lo que quedaba de ella, ya nada fuera intrascendente.

A Carlota le sorprendió encontrar tres servicios en la mesa cuando entró en el comedor a la hora del almuerzo. Desde que regresó a casa eran pocas las veces que había compartido mesa con Julián, pero ese día el mayordomo le comunicó que era deseo del marqués que se uniera a él para comer. Como no tenía ganas de añadir más

discusiones a la tirantez que se había instalado en aquel hogar, accedió. Pero le extrañó que hubiera invitado a alguien.

Una extrañeza que pronto se convirtió en repulsión al constatar que el invitado no era otro que don Gregorio, el amigo más estrecho de su esposo, con quien tenía negocios y una confianza que a ella siempre le había parecido excesiva. No era un hombre precisamente de su agrado, y menos aún después del lamentable episodio que sufrió cuando, al poco de la boda, el tipo, en estado ebrio, intentó propasarse acorralándola en un rincón solitario durante el baile de carnaval del Teatro Real, uno de los eventos sociales más celebrados de la capital. Logró zafarse de sus asquerosas garras escabulléndose entre las máscaras de un grupo que, como enviados del destino, irrumpió por sorpresa. Las posteriores amenazas de don Gregorio la decidieron a no contárselo a Julián, creyendo que así evitaría un conflicto que podría haber interferido en la entonces pacífica convivencia y posiblemente también un escándalo social si alguien llegara a enterarse de lo sucedido. Pero el amigo del marqués no era un hombre que olvidara. Tampoco que tuviera escrúpulos, porque poco le importó su amistad con el marido en el momento en el que se le ocurrió forzar a Carlota. Desde entonces, la consideraba un codiciado trofeo que se le había resistido.

La joven marquesa recelaba de su presencia en su casa ese día, justo en una de las escasas ocasiones en las que Julián y ella iban a comer juntos. Además, albergaba la sospecha de que don Gregorio había tenido mucho que ver en la decisión de su marido de ingresarla en la Casa del Pecado Mortal.

—Me alegro de verla, Carlota. —Le besó la mano con falsa cortesía.

—Dudo de que sea así.

—Pues se equivoca, siempre es una bendición cualquier ocasión que se presente de ver a una joven dama como usted.

—Pues fíjese que habría jurado que preferiría que siguiera encerrada.

—¿Encerrada? —fingió don Gregorio—. Me sorprende que diga eso. Tenía entendido que había viajado para atender a su tía enferma. ¿Ya se ha recuperado...? Espero que así sea.

En ese momento irrumpió Julián. Ambos amigos se abrazaron efusivamente. La comida discurrió entre el silencio de Carlota y las absurdas risotadas de los hombres, que dejaban a la vista el entendimiento y la complicidad que existía entre ellos.

Sin embargo, a los postres...

—Querido Julián, deberíamos darle vueltas a la idea de retomar nuestra participación en el negocio de los vinos. Que la experiencia con Valderroca resultara fallida no supone que debamos renunciar de por vida.

Al escuchar aquel nombre, Carlota fue recorrida por un latigazo; un calambrazo que la abrasó desde la cabeza a los pies. Con el semblante demudado, tuvo que realizar grandes esfuerzos por mantenerse sentada y no salir corriendo, que era lo que deseaba hacer.

—Aunque al final no saliera bien no significa que no fuera interesante mientras duró —insistió don Gregorio—, cómo íbamos a saber que Valderroca no era de fiar. —Hablaba a Julián pero mirando a Carlota, a quien se le clavó aquella sonrisa como una puñalada en el estómago—. ¿No te parece, amigo?

—En efecto —respondió el marqués—, la experiencia fue mucho más que interesante...

Su esposa ya tenía suficiente, no estaba dispuesta a seguir soportando una conversación incómoda que, a todas luces, estaba

dirigida, urdida, contra ella. Se excusó de mala gana y sin aguardar a que los caballeros se levantaran para despedirla desapareció de la estancia.

De la misma manera que no pensaba arrepentirse, tampoco estaba dispuesta a perdonar.

# Capítulo 3

Una mañana, a la que habían precedido incontables noches de insomnio, no pudo más. Cansada de luchar contra la desesperación y de darle vueltas a las posibilidades que parecían más verosímiles para salir de aquella situación, Carlota se presentó en el despacho donde su esposo solía trabajar cuando estaba en casa. Lo halló concentrado en unos documentos que parecían importantes.

Pensó que lo más sensato sería atemperar la tensión para enfrentarse a él, con lo que se afanó en que su voz saliera suave, aunque su mente ardiera de rabia:

—Lamento interrumpirte. Julián, por favor, deberíamos hablar. —Él siguió con la mirada puesta en los papeles—. Te lo ruego... Escúchame. —Nada—. Al menos, mírame.

Entonces dejó de escribir. Con una esforzada parsimonia que pretendió lanzarle como signo de indiferencia, tomó el papel en el que escribía, lo desplazó a otro lado de la mesa y lo puso boca abajo antes de dirigirle la palabra.

—Ya te dije que no tenemos nada de qué hablar.

—Pues yo creo que sí. ¿Por qué no podemos intentar tener una vida, aunque sea solo mínimamente, normal? Sé que no es fácil, pero yo ya he entregado mi sacrificio y aquí estoy. No puedes tenerme secuestrada de esta manera, necesito salir a la calle, relacionarme con gente, ver a mi hermana...

—¿Relacionarte? Creo que eso ya lo hiciste en exceso, ¿no crees? Y esta es la consecuencia. Tenías que haberlo pensado antes.

Carlota seguía esforzándose por mantener la calma.

—¿No es suficiente ya lo que me has hecho? No tienes ni idea de lo que he tenido que soportar en estos meses de encierro.

—Exactamente lo que merecías —replicó Julián con la ira que acarrea el deshonor.

—Ya he pagado. Injustamente, pero ya he pagado.

—Eso lo decido yo —respondió su marido cortante.

—¡Necesito salir! Si no, me volveré loca.

Julián se levantó y se acercó a ella con intención de intimidarla.

—Loca, dices... Ya lo estás, querida. —Se acercó a un milímetro de su cara, que Carlota no retiró, «La dignidad, hija, nunca la pierdas»—. Porque hay que estar loca para hacer lo que tú has hecho. Tú ya tomaste una decisión, equivocada, sin duda. Ahora tomaré yo la mía. Es lo que hay. —Carlota aguantaba como un junco, sin doblegarse. Julián se aproximó tanto que su aliento se fundió con el de ella, provocándole una náusea—. Siento decirte que no hay nada que hacer. Bueno, la verdad es que no lo siento. Vas a sufrir, nada deseo tanto en este momento de mi vida que verte sufrir. —Rozó con su mejilla la de su esposa, con lo que aumentaba en ella la sensación de asco—. Porque solo así puedes empezar a pagar por lo que has hecho.

—¡Ya empecé a pagar! —Le costaba hablar teniéndolo tan cerca—. Lo hice desde el mismo día que entré en la Casa del Pecado Mortal. Ni siquiera ese terrible nombre hace gala del horror que encierran sus paredes.

Al fin Julián se apartó, aunque se mantuvo igual de lacerante.

—Oh, vaya, qué pena lo que me cuentas —dijo con hiriente ironía —. Esta conversación ha terminado. Ah, y también había otra condición para expiar tu pena, que todavía no has cumplido: la de arrepentirte.

Carlota inclinó la barbilla hacia arriba antes de responderle:

—Jamás me arrepentiré de nada. Eso ya lo sabes.

—Eso ya lo veremos...

Los ojos del marqués se llenaron de rojo odio. Apretó los dientes con tanta fuerza que a las últimas palabras les costó salir de la boca para lanzarse al exterior.

—¡Apártate de mi vista!

Y de un manotazo arrollador lanzó al vacío los documentos que reposaban sobre su mesa de trabajo, barriéndolos como si su brazo fuera una escoba y provocando que cayeran al suelo.

Carlota huyó a su cuarto. Buscó el camafeo, lo cogió y lo apretó en un puño que se llevó al pecho, protegiéndolo e intentando protegerse a sí misma.

En el despacho, Julián hundía la cabeza entre los brazos cruzados sobre la mesa, conjurando el mal que creía que se había apoderado de su esposa. Nunca antes había mostrado con ella un temperamento tan déspota hasta que ocurrió la tragedia que estaba llamada a marcar para siempre sus vidas.

La tragedia imperdonable, sobre todo hasta que no aflorara algún atisbo de arrepentimiento. Eso era lo que tenía claro Julián.

***

La primavera comenzaba a desfilar en la calle ante la mirada triste de Carlota desde su solitaria habitación de castigo. Su única ocupación se centraba en buscar posibles salidas a aquella absurda situación, pero no acababa de encontrar el camino para salvaguardar su integridad como mujer, evitando ser pisoteada por Julián, más de lo que había sido, y, al mismo tiempo, no generar ningún escándalo con la decisión que acabara tomando.

En definitiva, necesitaba encontrar el camino para salvarse.

Pero... ¿estaba en condiciones de adoptar ninguna decisión o, más aún, de llevarla a cabo?

Le asaltó por primera vez la idea de abandonar a su marido, pero ello supondría que tendría que irse a vivir lejos de Madrid, y pensó en la posible furia que en él se desataría y en que, por más lejos que estuviera, siempre acabaría encontrándola. Pero... ¡qué idea absurda! Su corazón sabía que no podía alejarse de Madrid. No hasta que supiera qué había pasado después de la aciaga madrugada del 5 de octubre. Lo consideró un plan demasiado complejo y arriesgado, que descartó. Pero, por el momento, no se le ocurrieron muchos más.

***

A media tarde de tibia primavera, Carlota estaba sentada junto a la ventana, con la mirada perdida en el jardín y los habituales pensamientos peleándose en el caos. La luz tenue del invierno que se resistía a marcharse apenas iluminaba su piel, más pálida y demacrada. Los pasos que de repente se oyeron avanzar por el pasillo obraron un pequeño milagro.

Así lo consideró Carlota, un milagro, cuando, al abrirse la puerta de su habitación después de dos tímidos golpes, vio la silueta de su hermana. Tan menuda como inmensa era la dicha que su presencia traía consigo.

—¿Rebeca...? —Carlota pronunció su nombre como en un susurro, incrédula.

Rebeca respondió con el suyo entre los labios, dicho entre el temblor de su voz y conteniendo las lágrimas. Un «Carlota...» que llevaba tiempo queriendo existir.

Ninguna era capaz de moverse, se quedaron petrificadas. Demasiadas emociones. Rebeca no sabía si acercarse, si abrazarla, si tocarla... Carlota, con un gesto casi infantil, extendió la mano como si temiera que, al hacerlo, su hermana desapareciera.

Rebeca tomó esa mano con ganas y fuerza, como una náufraga aferrándose a un salvavidas.

Y por fin, el abrazo. Soñado, ansiado... El abrazo que encerraba el tiempo perdido.

—No puede ser... —dijo Carlota, apretando los labios, con la voz aún quebrada por la emoción—. ¿Qué ha pasado? No te habrían dejado entrar por ninguna razón, conozco bien a Julián. Él nunca... Oh, hermana, estoy desesperada, he pensado hasta en fugarme.

—He suplicado. He esperado. Durante semanas. No sé por qué ha cedido ahora —reconoció Rebeca—. Tal vez... No sé, tal vez necesitaba demostrar que no eres su prisionera. Que no estás tan rota como para no recibir al menos una visita.

Carlota sonrió con amargura.

—¿No estoy tan rota? Qué generoso.

Rebeca la observaba detenidamente. Cada gesto, cada detalle. Encontraba a su hermana muy cambiada. No solo estaba más delgada, quizás también más frágil, al menos en apariencia. Había algo en su mirada que le helaba el corazón: una tristeza inmensa, infinita, como si en algún lugar de esa casa le hubieran arrancado el alma.

—Carlota..., dime la verdad. ¿Qué te han hecho?

Carlota cerró los ojos. En ocasiones, el dolor es una espina que se clava en la garganta. Ya no había lágrimas. No le quedaban si pensaba en lo que le habían robado.

—Me lo han quitado, Rebeca. Me lo arrebataron sin piedad.

Rebeca palideció mientras su estómago se hundía en un gélido vacío.

—No sé dónde está —Carlota prosiguió su lamento—. No sé si...

No podía decirlo. Se vio incapaz de expresar la posibilidad de que estuviera al otro lado de la vida. Muerto.

Rebeca sí podía llorar y las lágrimas le ardían en los ojos después de la larga espera.

—¡Malditos sean todos! ¡Todos los que permitieron esto! —estalló —. ¡Malditos los que te hicieron esta atrocidad!

Se cubrió el rostro con las manos, intentando recomponerse. Sabía que no podía derrumbarse. No delante de Carlota. No cuando su hermana estaba tan destrozada.

Rebeca, a pesar de que era más joven, aunque la diferencia entre ambas solo fuera de un año y medio, siempre había sido la más resuelta de las dos. Poseía una determinación que contrastaba con su porte menudo y su aire sereno, acostumbrada desde pequeña a sostener a los demás cuando todo amenazaba con venirse abajo. Como cuando falleció su madre…

Ese día llevaba el cabello, de color castaño oscuro, recogido en un moño bajo que la embellecía. Tenía los mismos ojos grises que Carlota, pero menos apagados por la pena.

—Escúchame bien. —Rebeca, tras tomar aire, recobró la firmeza que era tan necesaria en ese momento—. Vamos a encontrarlo. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano.

Carlota la escuchaba sintiendo una mezcla de incredulidad, pero, al mismo tiempo, también esperanza, sin que lo uno anulara lo otro. Resultaba difícil abrir una brecha de luz en la oscura realidad.

—¿Y cómo vamos a encontrarlo? Nadie quiere hablar. Nadie quiere decirme nada. Además, estoy enterrada viva aquí.

—Pero yo no —contestó Rebeca, mostrando decisión—. Y te juro que no voy a detenerme. Hay que pensar, también, en cómo sacarte de aquí.

Carlota no dejaba de mirarla mientras hablaba, necesitaba creer en sus palabras, en las que quería meterse para quedarse en ellas y no salir; ningún bálsamo sería más reparador en su situación.

Un temblor imperceptible recorrió sus manos al preguntar:

—¿Sabes algo de él?

No pensaba en otra cosa desde que Rebeca había irrumpido en la estancia. Nada más verla acudió a su mente, disparado hacia todas direcciones, el recuerdo vívido de su amante convertido en frustrante exasperación por haber sido apartada de su amor. La misma frustración de imaginar la que él debía de estar sintiendo por no conocer qué había sido de ella.

Rebeca asintió, sin soltarle la mano y adivinando lo que estaba pensando.

—Está tan desesperado como tú. No tiene noticias, no sabe nada. Te busca desde hace meses.

Carlota se emocionó y volvió a abrazar a su hermana.

—Dile que sigo aquí. Que aún respiro. Que no me rindo.

Después caminó hacia el buró, que estaba bajo una de las ventanas desde la que se veían los inmensos árboles de la propiedad, tomó pluma y papel, y comenzó a escribir en silencio.

Cada palabra era un latido; cada trazo, un suspiro contenido.

Terminó de escribir, dobló la carta con delicadeza y se la entregó a Rebeca.

—Haz que llegue a sus manos —le pidió su hermana.

Rebeca la tomó con cuidado, como si en ese pequeño papel pesara toda la esperanza de su hermana.

—Lo haré. Quédate tranquila —respondió con rotundidad.

En medio de tanto dolor emergía algo que todavía brillaba: la certeza de que no estaban solas. Y también de que la lucha comenzaba, esta vez con la fuerza imparable de quienes ya no temen perderlo todo.

*Mi amado Rodolfo,*

*Espero que estas palabras lleguen a tus manos, en las que no he dejado de pensar durante todo este tiempo. No sé si, al leerlas, reconocerás en ellas aún mi voz. He vivido en la sombra, donde nada existe, salvo el recuerdo de lo que fue, de lo que nos arrancaron. No tengo respuestas, solo preguntas que me queman. ¿Sigues ahí? ¿Aún piensas en nosotros?*

*Me han devuelto al mundo, sí, pero no soy la misma. Lo que hicieron conmigo no tiene nombre. Pero he sobrevivido. Siento que tú eres lo único verdadero que queda en mi memoria y en mi corazón.*

*Te echo tanto de menos...*

*Tuya, siempre,*

*Carlota*

La lucha comenzaba, sí, sostenida por la verdad que ya no podía ser silenciada.

# Capítulo 4

## *Bodegas Valderroca, Navalcarnero, Madrid, finales de la primavera de 1897*

Rodolfo daba las últimas instrucciones al capataz de su finca para las labores del día siguiente. Caía la tarde, y los jornaleros se iban marchando después de horas dedicadas al cansancio del campo.

Al quedarse a solas salió a caminar entre los viñedos, acariciando a su paso algunas vides, que representaban el tesoro de su familia desde dos generaciones atrás. Su andar era taciturno. La llegada de la noche ensombreció el lugar, en el que permaneció hasta el amanecer con el papel, que había leído infinidad de veces, estrujado contra su pecho. La carta de Carlota. Se la llevó a los labios, manteniéndolos apretados, y la sensación le provocó un profundo estremecimiento.

Al alba, con los huesos entumecidos, regresó a la bodega para encerrarse a escribir. Las palabras brotaron mientras notaba cómo le ardían las entrañas. Era lo que solía pasarle cuando centraba sus pensamientos en ella...

## *Palacete de los marqueses de Peñaflorida, Madrid, una semana más tarde*

Rebeca llamó al timbre reiteradamente, pero nadie salía a abrir la puerta. Insistió varias veces sin que sirviera de nada. No se veía movimiento alguno a través de las ventanas que daban a la calle, ocultas tras pesados cortinajes, a pesar de que no eran horas para que estuvieran corridos del todo impidiendo el paso de la luz al interior de la vivienda.

Se marchó, pero en el camino hacia su casa dio media vuelta y volvió a la de su hermana. Por segunda vez. Lo había pensado mejor y, dada la promesa que le hizo de que no pensaba rendirse, volvió a la carga con el timbre de la puerta. Supuso que el hartazgo de estar sintiendo los insistentes timbrazos fue lo que hizo que la puerta por fin se abriera y dejara paso a Ramón, el mayordomo, que se acercó a ella para hablarle a través de la verja:

—Señorita Rebeca, es mejor que se vaya. Creo que ya hemos tenido bastante. Le ruego que no siga molestando.

—Vaya, sin un «buenos días» previos ni tan siquiera. ¿Dónde quedaron sus buenos modales, Ramón? —le dijo Rebeca, cargando en la ironía—. Y lamento no estar de acuerdo, creo que será bastante cuando me permita entrar y ver a mi hermana. Solo entonces lo será.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—¿Por qué no lo intenta? A lo mejor nos sorprendemos ambos.

Rebeca sujetaba bien el pequeño bolso de mano en el que llevaba escondida la carta de Rodolfo para Carlota.

—Tengo órdenes claras de no dejarla pasar. —Ramón se mostraba estricto y tajante, claramente se guardaba la amabilidad para mejores ocasiones.

—Pero esas órdenes ya dejaron de servir, puesto que he visitado a mi hermana con anterioridad. Digamos que... dichas órdenes ya no existen.

—Pues ahora sí existen y sirven.

—Ya... Entiendo. Pues entonces hay un problema. —El mayordomo arqueó desafiante la mirada a la espera de la pertinente aclaración por parte de la molesta visitante—. El problema es que no pienso moverme de aquí hasta que no me deje entrar.

El hombre ni pestañeó.

—Pues sí que es un problema. No imagina hasta qué punto —le aclaró, para que no quedara ninguna duda.

—Creo, Ramón, y no se lo tome a mal —Rebeca se atrevió a ridiculizar la situación—, que es usted quien no imagina de lo que soy capaz. ¿Quiere averiguarlo? Mire... —dijo desafiante—. Estoy dispuesta a sentarme aquí mismo, en la calle, hasta que me abran la puerta, y si es necesario, empezaré a gritar que me están impidiendo el paso para ver a mi familia, lo cual sería un escándalo, en fin, no sé si merece la pena o mejor se lo piens...

—¡Escúcheme bien, señorita Rebeca! —El mayordomo reaccionó acercándose a la joven todo lo que era posible a través de los barrotes de hierro de la verja. Su expresión no podía ser más severa —. Atrévase a hacer eso y verá lo rápido que intervendrá la policía, a la que llamaremos de inmediato. Bien sabe que, tratándose del señor marqués, las autoridades no tardarán en acudir. ¿Quiere comprobarlo...? —Ahora el desafiante era él.

—Vale, entiendo. No hay que ponerse así. Ya me voy, pero esto no quedará aquí.

—Espero no volver a verla en mucho tiempo.

Se giró como un autómata y se refugió, con la prepotencia encomendada por el marqués, en el interior de la mansión. La hermana de Carlota no podía contener su enfado cuando se vio obligada a marcharse para evitar un escándalo que no habría convenido a ninguna de las dos. Comprendió que tendría que ir a

ver otra vez a Rodolfo para contarle lo ocurrido y encontrar la mejor manera de hacerle llegar la carta a su hermana.

—No puedes imaginar lo importante que es que Carlota la lea —le comentó desolado, y al mismo tiempo furioso, cuando se enteró de lo ocurrido.

—Tranquilo. —Rebeca le puso una mano consoladora sobre el hombro de su pesadumbre.

Vaciló. Albergaba en lo más profundo de su ser la duda de si debía decirle el motivo de la desaparición de Carlota durante meses y de que estuviera ahora secuestrada en su propia casa. Dudó de si decirle lo de su hijo. Creyó que Rodolfo tenía derecho a saberlo, pero pesó más en ella el querer mantener a su hermana a salvo, porque, si Rodolfo sabía la verdad, el alcance de su reacción sería imprevisible, lo que podría poner en peligro la integridad de Carlota.

—Tendremos que buscar la manera de entregársela —dijo finalmente—. ¡Y la encontraremos! Ya estamos cerca. ¡Ah! ¡Qué rabia! Se te podría haber ocurrido escribirle antes y ya la habría leído.

—¿Cómo íbamos a pensar que su marido la retendría? Confiaba en que en alguna de sus salidas pudiéramos encontrarnos, clandestinamente, pero al menos la habría visto. Y sabe Dios que nada deseo más en la vida que volver a verla, abrazarla... —Una mueca de dolor asomó sin aviso en su rostro—. Cuánto me lamento ahora de haber sido tan confiado.

—No es culpa tuya. La mente perversa de Julián nos da mil vueltas a ti y a mí. Ahora hay que pensar en la manera de poder contactar con Carlota. Yo también sufro, ¿sabes? No eres el único. — Se le nubló la mirada.

—Lo siento, Rebeca. Tienes razón. Yo me encargaré, descuida.

Lo que se proponía Rodolfo no iba a ser tarea fácil. Nada que concerniera a un posible acercamiento a Carlota lo era. Pero lo intentó hasta la extenuación, asumiendo las consecuencias que pudiera acarrear el ser descubierto.

Como temía, las consecuencias no se hicieron esperar. Aunque sobrepasaron sin límites lo que Rodolfo y Rebeca pudieran haber imaginado del marqués. Ni la propia Carlota intuyó hasta dónde sería capaz de llegar su marido, a pesar de que parecía poco probable suponerle un grado aún mayor de maldad que la idea del internamiento en la Casa del Pecado Mortal.

Pero sí. Julián fue capaz de superarse a sí mismo. La venganza resultó para él un deseo mucho más potente que la humillación que creía haber sufrido.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y el marqués entró hecho una furia, con el rostro desencajado. El papel que sostenía comprimido en la mano barruntaba una salvaje tempestad.

—¿Qué es esto, Carlota? ¡Qué es esto!

Carlota, sentada de espaldas a la puerta, se levantó y se dio la vuelta con calma para hablarle.

—No lo sé. Dímelo tú. —Tembló por dentro al adivinar que pudiera tratarse de una carta, que, en ese caso, viendo la reacción de su marido, solo podía ser de Rodolfo.

En efecto, no se equivocaba. Julián alzó la carta, blandiéndola en el aire.

—¡No te atrevas a fingir ignorancia! Sé perfectamente que escribiste a ese hombre. ¡Lo dice él mismo aquí! —Señalaba el papel —. Y ahora veo que ha tenido la desvergüenza de responderte.

La joven mantuvo la mirada tan firme como su actitud.

—No es ninguna desvergüenza, Julián. Para mí no lo es. Tengo mi derecho a sentir, como cualquier ser humano. Aunque lo que sienta

no sea lo correcto para ti. Tengo derecho a cualquier sentimiento, después del dolor inmenso que me has causado.

—¡Tu derecho! ¿Te atreves a hablar de derechos con lo que has hecho? ¿Tras la vergüenza que has traído a esta casa? ¡Eres mi esposa, Carlota, y no permitiré que sigas mancillando mi nombre y el de mi familia con tus inmundicias! Estabas avisada, ya te advertí de lo que podría pasar.

A Carlota se le iba quebrando la voz, pero siguió desafiante:

—¿Inmundicias? ¿Es eso lo que piensas de mí? ¿Me has hecho pasar por la más terrible de las experiencias, la más cruel, y me hablas de inmundicias? Nadie, ni siquiera tú, puede evitar lo que siento.

Julián se acercó a ella, como había hecho otras veces en las que le costaba controlar su ira, mostrando la peor cara que escondía.

—Te lo di todo. Te di mi apellido, mi protección, un lugar en la alta sociedad. Un lugar que los Visedo habíais perdido y que gracias a mí habéis recuperado. Y tú lo despreciaste. Pero, lo que es peor, no estás dispuesta a pedirme perdón ni a arrepentirte.

—No me diste más que una jaula de oro, Julián. Yo no necesitaba tu protección ni la quería. Me has tratado como una posesión que podías exhibir y encerrar cuando se te antojara. Hasta de mis entrañas te apropiaste. Lo que has hecho conmigo es imperdonable, por eso no soy yo quien tenga que arrepentirse de nada.

—Tiene gracia... No te equivoques, querida. —Cada vez que pronunciaba esta palabra, una carga invisible de bilis revoloteaba alrededor de su cuerpo, mientras que a Carlota se le clavaba como un puñal—. Tú eres quien jamás encontrará el perdón por la atrocidad que cometiste. ¡Si ni siquiera te arrepientes!

Estaba obsesionado con el arrepentimiento de Carlota, como si solo así pudiera borrar la afrenta de saberse rechazado y humillado.

Como si la sumisión de ella fuera el único remedio para su orgullo herido.

—¡Eso no lo conseguirás de mí jamás! ¡Eres un bárbaro! —Un dardo cargado de angustia le atravesó la garganta—. ¿Acaso te arrepientes tú de ser un monstruo? Porque en eso te has convertido, Julián, en un ser monstruoso.

Su marido apretó con fuerza sobrenatural la carta encerrándola en el puño, pareciendo que la pulverizara.

—Has terminado de arruinarte, Carlota. Creí que aún había una forma de arreglarlo, que podrías mostrar un mínimo gesto de contrición y eso lo habría cambiado todo. ¡Qué iluso he sido! Pero ahora lo sé: no hay redención posible para ti.

Carlota no podía respirar. La garganta se le estrechaba por segundos.

—No quiero la redención —le respondió, intentando reunir sus escasas fuerzas—. Nunca la quise.

Entonces Julián descargó el puño sobre la mesa, golpeándola.

—¡Pues tampoco la tendrás! No te preocupes. Ya he tomado una decisión. Mañana mismo empezaré a disponer todo lo necesario. Te irás de aquí.

Carlota respiró hondo en un intento de acompasar la respiración antes de preguntarle:

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes lo que es un destierro...? —Exhibió crueldad a borbotones en una fingida sonrisa—. Te aseguro que vas a vivir lo que más se le puede parecer.

—No te atreverás. —Carlota no esperaba ese revés, que le produjo una severa conmoción—. No puedes estar hablando en serio.

—¿De veras no me crees capaz? ¿A estas alturas...?

Tenía razón, si algo había demostrado, era su capacidad infinita para manejarse en el obtuso fango de la maldad.

—Tranquila —prosiguió—, le diré al mundo lo que convenga. Quizás una dolencia, una necesidad de reposo en tierras lejanas..., algo discreto, por supuesto. Lo haré por mí, no por ti, como supondrás.

—¡No puedes hacerme esto!

—Nadie en Madrid sospechará la verdad, querida. —¡Otra vez la maldita palabra!

—¡Desde cuándo te ha importado a ti la verdad! —le gritó Carlota desesperada—. ¡No puedes enviarme a ningún sitio! ¡No soy un objeto que puedas quitar de en medio! ¡Otra vez no!

—Claro que puedo —la corrigió Julián implacable—. Y lo haré. No seguiré dejando que tú y tu galán de tres al cuarto os riais en mi cara. Acabaré con esto.

—¡No me iré de aquí! No puedo alejarme de mi hijo.

—¿Te refieres al bastardo que pariste?

—¿Qué ha pasado con él? ¿Dónde está? ¡Me lo habéis quitado! ¡Me robasteis a mi hijo! —gritó con desesperación.

—¿De verdad quieres saberlo? Nadie más que Dios te lo ha quitado para llevarlo al lugar donde deben estar los bastardos: ¡muerto! Ahora ya lo sabes.

Se aproximó a la puerta con intención de dar por zanjada la conversación, pero antes de salir quiso transmitirle un último mensaje. Su mirada parecía de hielo.

—Despídete de tu amante en tus pensamientos, «querida mía». Porque no volverás a saber de él.

Acababa de decirle que su hijo estaba muerto y a él solo le preocupaba su orgullo. Su honor. Siempre su honor. Solamente su honor, mientras ella se rompía por dentro. Dejó de oír y hasta de ver.

Su hijo, el niño de sus entrañas, lo más amado del mundo, ya no estaba en él.

La puerta se cerró tras la silueta de Julián con un sonoro estruendo. Carlota se quedó inmóvil, sintiendo cómo todo a su alrededor se desmoronaba y su alma se deshacía, y preguntándose dónde encontraría una salida. Porque alguna debía existir, aunque en ese momento no se vislumbrara.

# Capítulo 5

Abrazar el sueño de la misma forma que la envolvía un nocturno de Chopin salido de las suaves teclas del piano de cola del salón, que se demoraría en volver a tocar.

Tardaría en volver a la vida que le arrebataron, primero, en la casa para mujeres arrepentidas y, ahora, por segunda vez, lanzada a una suerte de exilio por negarse a un arrepentimiento que, de haber aceptado, habría sido falso. Porque no era redención precisamente lo que su alma necesitaba. No era ella quien había cometido un delito ni un pecado, sino aquellos decididos a pasar por alto el dolor de una injusticia que ellos mismos causaron.

En cuarenta y ocho horas, como si el mundo se hubiera girado del revés, y por si fuera poco, tras haberse enterado de que su hijo estaba muerto, Carlota era empujada en contra de su voluntad al interior de un lujoso coche de caballos aparcado en el patio que daba a la salida trasera de los jardines de la mansión.

—¡No puedes hacerme esto! —gritaba inútilmente a su marido, guarecido en el interior de la casa, observando la escena tras una ventana entreabierta, con la frialdad de quien contempla la ejecución de una sentencia ya dictada.

María caminaba detrás de ella, cabizbaja, llevándole el equipaje hasta la puerta del vehículo, incapaz de sostener la mirada de su señora.

Sus gritos se deshilachaban en el aire, alejados de los oídos de cualquiera. Nadie podía escucharlos, porque nadie transitaba nunca

por aquel pequeño callejón, un angosto corredor de piedra donde el eco parecía confabularse con el silencio de la ciudad adormecida. En ese rincón aislado, la mansión de los marqueses de Peñaflorida imponía su dominio como un gigante de sordos muros.

La joven llevaba el camafeo colgado del cuello por dentro de la ropa, un amuleto inútil, y un temor que empezaba a enraizar en el pecho.

—¡Quiero ver a mi hermana! —suplicó con la voz rota por el suplicio al que Julián la lanzaba de lleno.

No hubo respuesta.

Los dos hombres que la sujetaban, insensibles al drama que sostenían entre sus brazos, la izaron con firmeza hasta introducirla violentamente en el interior del coche. Eran rostros desconocidos, sin nombres ni alma para ella. Únicamente instrumentos de una condena que no merecía. Carlota forcejeó, pataleó, pero las puertas se cerraron de golpe, amputando su último esbozo de libertad.

Julián cumplía su amenaza. No solo se trataba de la obsesión por lavar un honor que consideraba mancillado. Era la voluntad de despedazarla a ella por completo, de castigarla, pisotearla, de acabar con cada resquicio de dignidad que aún le quedara tras la reclusión en la Casa del Pecado Mortal.

A través de la rendija de la ventanilla, Carlota alcanzó a ver por última vez la silueta de la vivienda, imperturbable e indiferente, como su marido. Entonces, una sacudida de rabia y de miedo la envolvió. Y supo que aquel no era un viaje de ida cualquiera. Era el principio de su destierro. Posiblemente, el final de todo. Aunque ese «todo» era el final desde el momento en el que supo de la muerte de su hijo. ¿Qué puede haber más allá de eso?

María cerró la portezuela por fuera con llave y se la entregó al cochero. Carlota hundió la cabeza entre las manos, negándose a sí

misma que aquello estuviera pasando. Vivía en una pesadilla interminable. ¿Cómo era posible que Julián pudiera conseguir borrarla del mundo? Ni que estuvieran a principios de siglo, pensó. Aunque eso daba igual. El caso era que se hallaba encerrada en un coche de caballos que iniciaba la marcha rumbo a un lugar incierto y desconocido, sin poder pedir auxilio ni comunicarse con su hermana Rebeca, y ni mucho menos con Rodolfo. Si él hubiese estado enterado de esta tropelía... Todo sería tan distinto que... Le dolió tener tan presente a su amor y tan lejano a la vez.

Tan inalcanzable.

Rodolfo...

Levantó la cabeza para ver por última vez su casa y dejó de llorar, vencida sobre todo por el cansancio. No había podido dormir, ni la noche pasada ni otras muchas anteriores. Llevaba así mucho tiempo. En el silencio nocturno se avivaban los pensamientos oscuros y estallaban las costuras de la desesperanza, que se tornaba insoportable. Urdía, inmersa en pesadillas, planes que pudieran liberarla de lo que temía que le esperaba. Había creído, entre desvelos, que todavía estaba a tiempo de trazar una escapatoria viable, una salida real a su encierro, pero todo se había precipitado con la carta de Rodolfo, de manera que ya habría llegado tarde para cualquiera de esos planes.

Se rebelaba contra la imposición de un destino trágico, mucho más trágico de lo que había sido el presente en aquella casa del horror. Nada podía haber más trágico que lo que allí había vivido.

En la Casa del Pecado Mortal.

Sí, había algo más trágico: el ser al que le había dado la vida ya no existía. Convertido en una entelequia, habitaba en ella en forma de malos sueños y llanto. Como un velo que convierte la realidad en un escenario opaco.

Apoyó la cabeza en la ventanilla, dejando que el frío del cristal le adormeciera la frente. Sus ojos, secos ya de tanto llorar, se perdieron en el perfil de la callejuela y en la bruma gris de la mañana que venía empujando. El traqueteo del carruaje comenzó a sacudir su cuerpo con un vaivén cruel, marcando el inicio de un viaje hacia lo desconocido con un fatal final.

No sabía cuánto tiempo pasaría lejos de su hogar —si es que podía seguir llamando hogar a aquella prisión revestida de terciopelo —, pero lo que sí sabía era que cada paso que la alejaba del palacete en el que vivía suponía también un paso hacia su desarraigo; hacia la renuncia a la vida.

Su hijo. Rodolfo. Rebeca.

Todos dejarían de existir. Para ella.

En su pecho, el camafeo le rozaba la piel, recordándole que aún había una llama encendida. Y aunque se sintiera atrapada en ese instante, juró para sí misma, en silencio, que no se rendiría. Que aun en el fondo de aquel pozo había una fuerza que no permitiría que su historia terminara allí, en ese punto del camino de la vida.

Las calles comenzaron a borrarse tras la cortina de lágrimas no derramadas, y mientras el carruaje avanzaba, Carlota apretó los labios y cerró los ojos, sabiendo que la verdadera lucha estaba por comenzar.

Justo antes de que la mansión desapareciera tras la curva de la calle, Carlota abrió los ojos, entornó la mirada y dejó que se abriera paso una idea inequívoca: «No me quebrarás, Julián. Ni tú ni nadie. Te equivocas si crees que estoy vencida». Un pensamiento silencioso, invisible para el mundo que rodeaba todo lo que tuviera que ver con el apellido Peñaflorida, pero atronador en la mente firme de Carlota Visedo. «No me quebrarás...».

Y con esa silente promesa, el coche de caballos se perdió entre el murmullo de las calles, llevándose consigo no solo a una prisionera, sino a una mujer dispuesta a pelear contra la sombra que la había devorado durante los años de matrimonio.

La marcha era constante y sin sobresaltos, pero el ajetreo del coche sobre el trazado de la carretera de Andalucía comenzaba a hacerse notar en el cuerpo de Carlota. Tras dejar atrás las primeras poblaciones, a la altura de Valdemoro, a unos treinta kilómetros de la capital, el cochero anunció que harían una parada. Al llegar a la casa de postas, una de las más importantes y frecuentadas de toda la provincia de Madrid, los mozos se apresuraron a traer agua fresca para los caballos.

Ante la portezuela, el cochero le habló a Carlota mirándola muy serio:

—Señora, voy a proceder a abrir. —Sostenía la llave en la mano sin que Carlota pudiera verla—. Le aconsejo que no intente nada que pueda ponerla en peligro. ¿Entiende lo que quiero decir...?

Tras unos segundos, Carlota decidió asentir con un leve gesto de cabeza.

—No haga ninguna tontería. No le conviene. Tengo órdenes muy claras de don Julián acerca de cómo proceder en caso de que se le ocurriera alguna idea absurda y no vacilaré en seguirlas. ¿Está claro?

—Sí.

El cochero abrió y Carlota descendió con cautela, sintiendo el sol del mediodía en el rostro. En la venta, unos arrieros discutían sobre el estado del camino más adelante: el polvo era espeso, decían, y más valía no confiarse si el viento cambiaba.

El hombre, al que ella consideró su carcelero, la acompañó al interior para pedir agua y buscar un lugar en el que poder refrescarse y hacer uso de su privacidad absoluta.

—¿Es que va a ayudarme a subirme las enaguas? —le dijo, harta de que estuviera más pegado a ella que si se tratara de su propia sombra.

La puerta se cerró en las narices del hombre. Él ya había comprobado previamente que no existía forma humana de escapar de aquel escondrijo destinado a las necesidades fisiológicas.

Después tomó un aguardiente bajo la observación escrutadora de Carlota, que aguantaba la vigilancia disimulada a la que la sometía, antes de reemprender la ruta hacia Ocaña, donde podrían pernoctar. Otros treinta kilómetros, previos a adentrarse en La Mancha.

Eligieron una buena posada para pasar la primera noche. Lo que menos podía imaginar Carlota era que tendría que dormir en la misma habitación con el hombre encargado de su custodia. «¡Ni hablar! —se quejó enérgica cuando lo supo—, no pienso pasar la noche con usted, no puede obligarme, soy una señora, ¿se le ha olvidado?».

El joven la sujetó con fuerza de un brazo para arrinconarla donde nadie pudiera verles.

—A ver si se entera de una vez, señora. —No soltaba su brazo y le hablaba aproximándose de manera nauseabunda—. Es mejor para todos, en especial para usted, que no haya incidentes ni altercados. Que no llamemos la atención y que, ni mucho menos, provoque un escándalo, porque entonces me vería obligado a hacer lo que el señor marqués me ha ordenado que haga en caso de que se produzca una situación... llamémosle indeseada. Y le puedo asegurar que no le va a gustar. ¿Lo ha entendido?

—¡Suélteme!

—Lo haré cuando tenga claro que se va a mantener tranquila y que ha entendido lo que acabo de decirle.

—Está bien, está bien. —Se resintió del daño que le estaba haciendo en el brazo—. Suélteme, le prometo que no va a pasar nada.

Solo entonces abrió su zarpa para liberarla y ella tomó la decisión que entendió que podía facilitarle el que soportara de la mejor manera posible aquella complicada situación.

Controlar la angustia para seguir con vida. Tal vez era la única opción posible si pretendía pensar en cómo escapar.

—Por favor, señora. —De repente el joven sorprendió a Carlota con un tono desconocido hasta ese momento, incluso parecía otra persona—. No me lo ponga más difícil. Solo tiene que limitarse a seguir al pie de la letra lo que yo le indique, y así evitaremos que este viaje se convierta en una aventura inconveniente e incómoda, tanto para mí como para usted misma. Hágame caso. No está en condiciones de permitirse errores. Ni usted ni yo querríamos que las cosas tomaran un rumbo desagradable.

Carlota no respondió. Apenas asintió con un leve movimiento de cabeza, sintiendo cómo la ofensa que suponía verse en semejante circunstancia le recorría la piel como una quemadura, pero agradeciendo que el hombre aparcara la brusquedad.

Luego, sin más palabras entre ellos, retomaron el camino en silencio, arrastrando consigo la tensión como un peso invisible que ambos asumían sin remedio.

# CAPÍTULO 6

«Saca tu fuerza, toda tu fuerza, que es mucha». Las palabras de su hermana Rebeca, el día en el que abandonó la Casa del Pecado Mortal, se abrían paso ahora entre los ríos afluentes del caudal de su desesperación.

Podía recrear en su imaginación otra realidad que no fuera tan hiriente, pero la que en verdad era tenía como escenario la posada en la que pernoctaría con un sujeto que no le quitaba ojo de encima y que tenía la misión de conducirla a su entierro en vida. Una circunstancia que a él no le afectaba ni le importaba lo más mínimo; no dejaba de ser un trabajo, otro más.

Dispusieron la habitación de la mejor manera que se les ocurrió para pasar la noche. La puerta quedó cerrada con llave y esta, en el interior de la ropa del cochero, que también se aseguró de que la ventana quedara trabada para que no pudiera abrirse. «Así se evitan las tentaciones», le dijo a Carlota sin mirarla.

Después se acomodó en el sillón asiendo su pistola con inequívoca habilidad. La palpó como señal de aviso. La marquesa, sin desprenderse de ningún elemento de su indumentaria, se tumbó sobre la cama y cerró los ojos, entendiendo que era imposible sortear la férrea vigilancia. En las siguientes horas se encargaría de pensar en posibles alternativas para terminar con aquello, pero no iba a ser esa noche, con ese hombre sin piedad rozándole el aliento.

Conciliar el sueño fue una tarea demasiado inabarcable en aquella vigilia que se le hizo eterna.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó cuando tocó levantarse, sin obtener respuesta.

—Es hora de tomar un café y seguir el viaje.

—Pero adónde —insistió ella.

—Pregunta demasiado.

Aún no había amanecido cuando emprendieron la marcha, con los caballos descansados y la angustia reventando en el pecho de Carlota. Encerrada con llave en el lujoso carruaje familiar, veía pasar el aburrido paisaje ante sus ojos pensando que sus sentimientos no debían de diferir demasiado de los de un condenado al patíbulo. Pero resignarse no entraba en sus planes, porque la resignación no era un rasgo de su carácter. Sin embargo, iba a resultar más que difícil escapar. Cualquier plan pasaba por armar, desde luego sin pretenderlo, un escándalo, ¡menudo revuelo si saliera huyendo!, y tampoco eso le interesaba, a lo que había que sumar que zafarse del hombre que la conducía al incierto destino le parecía imposible.

Le afligía pensar en el dolor que, de nuevo, se le causaría a su hermana Rebeca. Y un dolor le llevó a otro, este en forma de punzada que sintió en las entrañas y que le trajo la imagen de...

Imposible convertir en materia ese doloroso recuerdo. La tormenta marcando el ritmo de las contracciones. El sudor del esfuerzo mezclado con los movimientos del pánico en sus entrañas. El no saber qué pasaría.

Aquellas largas horas del parto le brotaron a borbotones convertidas ahora en lágrimas. Le faltaba el aire. Se removía en el asiento del vehículo sin hallar acomodo ni paz; el cuello de la blusa le oprimía la garganta.

Muerto...

No era posible. No podía ser que su hijo hubiera tenido tan pocas oportunidades en una vida breve. Ni siquiera su recuerdo tenía un

nombre propio con el que se le hubiera podido bautizar.

Nada. Un ser efímero e inexistente.

Hasta que no pudo más y empezó a golpear la portezuela para hacer ver al cochero que algo no iba bien. El carruaje se detuvo y el joven, desconfiando, quiso saber qué ocurría. Antes de abrir extrajo el arma de su cinto y se la mostró para que a Carlota le quedara claro que, si se trataba de una estratagema, no iba a servirle de nada. Pero no lo era. Atravesaba una crisis auténtica, a quién se le ocurre ponerse a pensar en ello, el parto, la criatura a la que apenas pudo ver unos segundos y que ahora estaba muerta, ¡menuda torpeza!, le habría dicho su hermana si pudiera verla.

Se lanzó afuera, despedida y doblada por el ansia y la desazón que se habían apoderado de ella.

—Vamos, respire... —dijo el cochero al ver que no fingía.

La respiración era tan agitada y desacompasada que acabó mareándose y se cayó en redondo al suelo. El joven se limitaba a observarla sin acabar de fiarse del todo. Con un pie le zarandeó una pierna para comprobar que estaba inconsciente y entonces la arrastró hasta un árbol, se quitó la chaqueta para doblarla y colocársela en la espalda y el cuello, y recostó el cuerpo a la sombra. Se sentó frente a ella, sobre un peñasco, a esperar que despertara mientras encendía un cigarro. No había reparado en lo hermosa que era. En su pálido rostro destacaban pronunciadas ojeras que delataban signos, sorprendentes para su edad, de lo que seguramente sería sufrimiento. A saber qué habría hecho para enfadar así al marqués, pensó para sus adentros, a pesar de que ella no pudiera oírlo.

Como le pareció que tardaba en recobrar la consciencia, le pasó ante la nariz una petaca llena de un fuerte orujo que la hizo reaccionar. Un muerto no habría tardado mucho más en despertar.

—¡Aj! ¿Qué es ese brebaje? ¡Por amor de Dios!

—Por lo que veo es algo bueno, ya que ha conseguido devolverla a la vida.

Carlota, que había dado un respingo y estaba revolviéndose en el suelo para buscar una postura decente, paró en seco sus movimientos.

—Nada hay que pueda devolverme a la vida. Desde luego, esta no es la manera de hacerlo. ¿Adónde vamos? —El muchacho se convirtió, de nuevo, en una tumba. Silencio severo. Carlota volvió a la carga—: Por favor..., dígame cuál es mi destino. ¿No tiene usted corazón? Seguro que no me aguarda nada bueno. ¿Cree que merezco más castigos?

—Hemos de seguir. ¡Arriba! —fue toda la respuesta del cochero, dicha con un tono tan estricto que pareció arañar el aire. De nada le sirvió a Carlota el intento, pero tenía que probar.

—Lo siento, pero no dispongo de las fuerzas necesarias —arguyó la joven para ganar tiempo y estudiar una nueva estrategia.

—Pues va a tener que sacarlas de donde sea, porque hemos de continuar el viaje.

—¿El viaje adónde?

—Pronto lo verá.

—Quiero saber adónde me lleva. —Él calló. Hizo un amago de ir a ayudarla a levantarse, pero ella se negó—. No puedo, me siento indispuesta todavía. ¿Qué va a hacer? ¿Va a llevarme a rastras?

El cochero desistió.

—Está bien. Descansaremos un rato más, pero no se haga ilusiones, no podemos eternizarnos aquí.

Carlota se recostó de nuevo sobre el árbol.

—Mi esposo quiere castigarme y usted es cómplice del castigo —comentó, sabiendo que iba a ser difícil, incluso imposible, enternecer

al chico. No parecía que se ablandara con cualquier treta.

—Ya... —Apagó el cigarrillo en la tierra del suelo—. A mí déjeme de historias, yo me limito a cumplir órdenes.

—Es usted muy joven y tal vez por ello no haya reparado en que a veces obedecer puede suponer un castigo en sí mismo. —Él no respondió y siguió sin quitarle ojo de encima. Ella quiso seguir hablándole—: ¿Es de Madrid? —Silencio—. ¿Tiene familia? ¿Hermanos? ¿Alguna hermana...? —El mutismo de él se solidificaba. Ella lo miró y continuó—: Lo digo por si puede hacerse a la idea de que a su hermana, si es que la tuviera, o mejor aún a su madre, alguien quisiera infligirle la más atroz de las torturas, un tormento injusto, sin tocarles un pelo, pero sin embargo destrozándoles el alma y...

—¡Cállese! Ya está bien. Deje de hacer tantas preguntas, ni contar chismes que a mí ni me van ni me vienen.

—Está cometiendo una injusticia —se rebeló Carlota, aunque no sirviera de nada.

—¿No me ha oído...? Se lo diré por última vez: no quiero volver a escuchar su voz. Cállese de una puñetera vez.

—No es necesario que sea tan desagradable conmigo.

—¡Basta!

El joven dio un paso hacia adelante con intención de intimidarla y tal vez también intentando ocultarse a sí mismo lo que en verdad pensaba de aquel encargo. No imaginaba cuál podría ser el pecado tan imperdonable que había podido cometer esa dama con aspecto de no hacer el mal a nadie. Le parecía una mujer con categoría y clase suficientes como para no rebajarse a intrigas y confabulaciones que luego le pasaran una factura tan alta como era un destierro. Eso le parecía, aunque importaba poco lo que él pensara.

—Tenemos que irnos ya. Haremos noche en Valdepeñas.

Otra vez el encierro y el traqueteo del camino. Otra vez avanzar por una ruta como si llevara los ojos vendados. A ciegas, con la única certeza de que el destino final no iba a ser nada bueno. Ya sabía lo que era caminar sin tener un horizonte. Conocer esa sensación aumentaba la zozobra en ella.

Al cuarto día, en el paisaje aparecieron olivos que llenaban los campos de verdes mareas serpenteando la tierra. El verano se abría paso cargando de polvo y calor la carretera de Andalucía. Y cuanto más descendían en el mapa, mayores eran las incomodidades. El paso de Despeñaperros se hallaba cerca.

—Estamos llegando a Andalucía, ¿verdad? —preguntó Carlota en otra de las paradas, más por entablar conversación que por saber dónde se encontraban, ya que para entonces daba por hecho que se dirigían a algún lugar de las tierras andaluzas. Así lo anunciaba el paisaje.

—Estamos cerca —respondió el muchacho cortante.

—Dígame a qué sitio vamos, tengo derecho a saberlo. —Cambió de tono para que sonara más suave—. Por favor...

—Ahora mismo no me parece que usted, con todos mis respetos, esté en condiciones de exigir nada, ni derechos ni ninguna otra cosa.

—¿Cuánto le ha ofrecido mi marido por llevarme hasta ese lugar, sea cual sea?

—Eso a usted no le incumbe.

—Se equivoca... —Hizo el amago de llamarlo por su nombre, pero seguía sin saberlo—. ¿No piensa decirme cómo se llama? No creo que tenga importancia que me lo diga.

El joven la miraba escrutándola sin dejar de hacerlo ni un segundo. Uno y otro aguantaron la mirada mutua sin pestañear.

—Tiene usted agallas, señora —dijo, al cabo, el cochero, a lo que Carlota no respondió, en un gesto retador—. Manuel. —Tras el

nombre vino una larga pausa que ninguno de los dos llenó, hasta que el joven, ante el silencio de ella, volvió a hablar—: Me llamo Manuel. Y no tengo hermanos, pero sí madre, viuda desde muy joven. Se deslomó en el campo para sacarme adelante. Ella sí es un ejemplo.

Carlota no supo bien cómo encajar la última frase.

—¿Cree que yo no lo soy?

Entonces el muchacho se dio cuenta de que había hablado demasiado.

—No he dicho eso. Olvídelo.

—¿Sabe una cosa, Manuel? —Carlota pasó a hablarle con intención paternalista, con la que simplemente pretendía conseguir su objetivo—. Yo sí tengo una hermana, es un año y medio menor que yo. Se llama Rebeca. Oh..., tendría que verla. —Puso un pie en la evocación sentimental para intentar conmoverlo con más acierto —. Es hermosa, pero, sobre todo, posee un gran corazón. —Él hacía ver que le importaba bien poco lo que le estaba contando—. La han hecho sufrir mucho —prosiguió Carlota—. Ella es también una luchadora... como tu madre, Manuel.

El joven tragó saliva y contrajo la mandíbula.

—Seguro que ella es una mujer con el mismo buen corazón que mi hermana... y creo que también tú lo tienes. ¿Adónde vamos, Manuel?

Él callaba.

—Ahora Rebeca, que así se llama mi hermana, sufrirá aún más cuando deje de tener noticias de mí, lo que será una crueldad. ¿Qué es lo que hace que no te apiades de nosotras, Manuel? Nos matarás en vida a ambas. —Deliberadamente, había pasado a tutearlo.

—Basta ya de cháchara.

—¿Para quién trabajas? —siguió preguntando Carlota sin hacerle caso.

—¿Es que no me ha oído?

—Si no quieres decirme cuál será mi triste destino, dime al menos de quién cumples órdenes.

—Ahora para el señor marqués, es obvio —respondió, después de pensárselo—. Esa pregunta no viene a cuento.

—Pero nunca te había visto.

El joven se palpó instintivamente el bulto de la pistola en el cinturón.

—Digamos que estoy cumpliendo una misión para él, pero mi jefe es don Gregorio. Y se acabaron las preguntas, ahora de verdad.

—¿Don Gregorio? —repitió Carlota, conteniendo el sobresalto—. ¿Qué tiene que ver él conmigo?

Manuel la miró de reojo, incómodo.

—No es asunto suyo. Yo no soy más que un mandado —murmuró con sequedad, como si ya se hubiera arrepentido de haber mencionado ese nombre.

Zanjó drásticamente la conversación y ella decidió dejarlo correr. Solo por el momento. No quería enfadarlo en exceso, no fuera a ser contraproducente para la estrategia que ya tenía pensada. Esperó a que llegara el momento de retomar la ofensiva.

Y ese momento llegó cuando se aproximaban a Santa Elena. Viendo que el muchacho se había relajado, con lo que la tirantez se disipaba, decidió entablar otra conversación. Era arriesgado, pero pensó que nada tenía que perder al intentarlo. No creía que quedara demasiado tiempo para llegar al destino que fuera.

—Eres muy joven, Manuel —comenzó tibiamente. Ante el silencio que ya resultaba habitual en el cochero, dio un paso más—: ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para don Gregorio?

Se encontraban en un alto del camino, muy cerca ya de Santa Elena.

Manuel perseveraba en el mutismo. Carlota cambió de táctica.

—Tu madre debe de ser una mujer extraordinaria. —Hizo una pausa—. Seguro que te gustaría que se sintiera orgullosa de ti..., ¿no es así?

—¿Qué es lo que pretende?

—Hacerte ver la equivocación que cometes.

—Entiendo que usted lo vea de esa manera, pero yo lo veo de otra.

—El mal es el mal —replicó Carlota—. No hay muchas otras maneras de verlo.

Manuel bajó la mirada por un instante y pareció dudar. Luego sacudió la cabeza.

—¿Por qué no lo deja ya? Nada va a cambiar.

—O tal vez sí —se apresuró a responderle la joven.

—Tiene poca idea de lo serio que es esto.

La ira larvada en los meses de estancia en la Casa del Pecado Mortal irrumpió sin miramientos:

—¡Tú sí que no tienes ni idea de nada!

Manuel no se esperaba aquella inaudita agresividad, precisamente porque no tenía ni idea de nada. Era esa la razón que explicaba que se hubiera sorprendido ante la reacción de Carlota, porque no tenía ni idea.

—Disculpa, yo... —reculó al ver la cara de Manuel—. No tenía que haberte hablado así, pero no imaginas el sufrimiento que... No sé qué decirte.

Él se limitaba a escucharla. No decía nada.

—¿Adónde vamos?

—Déjelo, señora.

—¿Adónde voy? Mi destino está en tus manos. ¿Sabes lo que es eso?

—¿Es que no se cansa? ¿Si le digo adónde la llevo, dejará de hacer preguntas?

—Sí. —Por primera vez se sintió esperanzada de poder conseguir algo.

—Está bien. ¿Conoce el convento de Santa Isabel en Sevilla?

—¿Debería conocerlo? —Solo escuchar que se trataba de un convento supuso un fuerte impacto para Carlota. Se temió lo peor.

—No sé —dijo displicente Manuel—. Puede que sí. Allí está la casa de arrepentidas de esa ciudad. La congregación que lo regenta creo que se llama Hijas de María Dolorosa —se quedó pensativo— o algo así.

Ella no conseguía encajar el golpe. ¡Otra casa de arrepentidas! Por nada del mundo podían llegar a ese lugar, otra vez no y mil veces no.

Espesa mudez. Terror. Y un telón oscuro cayendo sobre el escenario de su vida.

La conversación abrió un abismo imposible de cruzar. Carlota desvió la mirada hacia sus brazos, sus manos, los dedos... tensos, inmóviles sobre la falda, y comprendió que cada minuto que pasaba la distanciaba de cualquier posibilidad de elegir su propio destino.

Sabía que debía medir cada palabra. Todavía quedaba mucho por decir... y mucho por jugarse.

Y el tiempo comenzaba a agotarse.

# Capítulo 7

El silencio pesó durante unos segundos que parecieron horas. Manuel la observaba de soslayo, mientras Carlota, sentada con la espalda rígida, intentaba recomponer la avalancha de pensamientos que la asaltaron de golpe, dándoles un orden que se le resistía. Era imposible colocar la información que acababa de darle Manuel en ningún sitio que fuera lógico o asumible.

—¿Y por qué Sevilla? —insistió Carlota, desfondada por la noticia —. ¿Quién lo decidió? ¿Don Gregorio también?

—No tienen por qué darme explicaciones —respondió Manuel con cierta incomodidad—. A mí solo me pagan por llevarla.

Carlota sintió un terrible vértigo en el estómago, una mezcla de indignación y puro pavor.

—Otra casa de arrepentidas, no..., no... —balbuceó, presa del terror.

—Eso he oído —continuó contando el cochero—, que allí van mujeres que han de arrepentirse de lo que han hecho. Don Gregorio dice que es lo que usted merece. Y no quiero yo meterme, pero ya ha debido ser grave lo que haya hecho, que ni lo sé ni me importa. Yo solo cumplo órdenes, ya sabe.

—Te aseguro que no he hecho nada que merezca algo así. ¿Dices que cumples órdenes? ¿De quién, de un demonio como don Gregorio? —Empezaba a no poder controlar la indignación y la impotencia que sentía—. ¿Quién, que se considere hombre de bien, es capaz de ordenar semejante latrocinio?

—Ya le he dicho que a mí ni me va ni me viene, me limito a hacer mi trabajo.

—¿A esto llamas «trabajo»? Antes no me has respondido: ¿no te gustaría que tu madre se sintiera orgullosa de su único hijo?

—Deje a mi madre en paz —se revolvió y, quizás por inquietud, repitió un gesto que lo venía acompañando desde que emprendieron viaje: echar mano de la pistola en el cincho, por el mero hecho de mantenerse en guardia.

—Todavía puedes reconducir esto —se esforzaba para que su tono no sonara suplicante ni mucho menos desesperado, aunque resultaba difícil después de lo que estaba conociendo.

—No hay nada que reconducir.

—¿Cuánto te paga don Gregorio?

—Eso ya me lo ha preguntado.

—Sí, pero no me has respondido.

—Es que no es de su incumbencia.

—Tal vez lo sea de la tuya.

El muchacho se puso muy serio.

—¿Qué pretende? ¿Es que quiere liarme? He dicho que cumplo órdenes y punto.

—Lo haces a cambio de un dinero que podría multiplicar... ¿cuánto quieres?

—Repito: ¿qué pretende?

—No puedo ir a ese lugar al que quieres llevarme, por favor, Manuel, hablo en serio.

—Yo también.

—No imaginas lo que son esos sitios.

—A mí eso no me importa, ya le he dicho que no es problema mío.

—Te lo suplico... Te pagaré el doble. ¡El triple! Lo que sea, con tal de que no vayamos a Sevilla. El dinero no es problema.

Como el chico no respondía, decidió que era el momento de seguir adelante, de ir a por todas, y pasar a ofrecerle algo que no pudiera rechazar.

—Te ofrezco cuarenta duros. Doscientas pesetas. Es más de lo que ganarías en años.

—Cuarenta duros. Ya... —sonrió displicente.

Manuel volvió a hacerse fuerte en un silencio largo. Miró hacia el camino; luego se observó las manos. Encendió un cigarro y apretó los labios, como si luchara contra una voz interna que le susurraba al oído.

Finalmente, resopló con escepticismo.

—No sabe lo que me está pidiendo. ¿Cree que es tan sencillo traicionar a quien me paga y me da de comer? —Ladeó la cabeza hacia ella, sin ocultar la tensión en sus facciones—. Don Gregorio no es cualquier hombre, señora. ¿Se imagina lo que me haría si se enterara? —Si Manuel iba a correr el riesgo de hacer algo que supusiera una afrenta a la autoridad de su jefe, con las consecuencias nefastas que ello acarrearía y siendo su jefe quien era, decidió apostar fuerte y hacer que le compensara la decisión—: Pues yo creo, señora, que mejor serían cincuenta duros.

—¡Doscientas cincuenta pesetas! Eso es una fortuna.

—Pero el dinero no es problema, ¿no? Usted lo ha dicho.

—No... En efecto, no lo es. Pero eso es demasiado. —Carlota intentaba mantener la calma.

—Ya... Pero es que me juego mucho, ¿sabe? No tengo claro que sea eso, aceptar su dinero para no cumplir con lo que me ha ordenado don Gregorio, lo que más me convenga.

El ambiente se iba cargando, se tensaba peligrosamente. Aquello solamente podría salir bien o mal. No cabía ningún punto intermedio

y también Carlota se jugaba mucho, nada menos que el resto de su vida internada en otra casa para mujeres arrepentidas.

—Lo comprendo —siguió adelante—. ¿Qué te parecería veinte duros, aparte, para tu madre?

—¿Me daría veinte duros más para mi madre? —La incredulidad de Manuel parecía sincera y también lógica.

—Sí. Así no tendrías que tocar tu parte del dinero, porque estoy segura de que pensabas darle algo a tu madre. Pareces un buen hijo.

Manuel dio una intensa calada al cigarrillo. Frunció el ceño, no le gustaba que le tocaran a su madre, y menos si era para conseguir algo de él.

—¿Sabe que está jugando con fuego? —se atrevió a decirle.

—¿Qué harías tú si la única perspectiva de tu vida fuera pasarla encerrado para siempre en un lugar oscuro y tétrico, condenado en un infierno en donde no serías nadie? En donde no serías nada. —Recordó la Casa del Pecado Mortal y se alteró ante la posibilidad de que fuera a pasar el resto de su existencia en un sitio similar.

—Yo no soy nadie —reconoció el muchacho.

—¡Qué equivocado estás! Eres joven, tienes una madre que te quiere, algún día encontrarás a una buena mujer y formarás una familia. Puedes labrarte un futuro fuera del lado oscuro que has elegido. Eso no es ser nadie.

—No he elegido, no podía aspirar a otra cosa, y he tenido mucha suerte al poder trabajar para don Gregorio.

—Pero ahora sí puedes elegir. Trabajar para ese hombre no es ninguna suerte.

Poder elegir... Más que una frase, para Manuel fue una sentencia que, de alguna manera, le molestaba, ya que lo que le estaba ofreciendo la marquesa era más que tentador y le solucionaría

muchos aspectos de su vida. Pero le costaba reconocerlo, tal vez por el temor a dar un paso drástico rodeado de la rigidez de lo irreversible. Una vez tomada la decisión, no podría dar marcha atrás. Se sintió un funambulista caminando en un fino alambre a una altura mortal del suelo.

—De acuerdo —aceptó Carlota—. Te daré los setenta duros. ¿Cerramos nuestro acuerdo?

Manuel apuró el cigarro, lo tiró al suelo y, con el semblante cambiado, dijo:

—Ha estado bien, pero se acabó el juego. Vámonos, hay que continuar.

Tiró de ella hacia el coche y la empujó al interior.

—¡Pero...! ¡Manuel, te lo suplico! ¡Piénsalo!

—¿Es que no ha hablado ya suficiente? ¿Por qué no se calla un rato?

Echó la llave a la portezuela, ocupó su sitio para volver a conducir y tiró de las riendas de los caballos, que se pusieron en marcha.

La desolación de la que fue víctima Carlota era tan inconmensurable que casi hizo estallar los cristales. Todo había acabado para ella. Ninguna otra confabulación ni posibilidad ni maquinación cabían ya para torcer el destino marcado por su marido y don Gregorio.

De repente, el coche se detuvo en un recodo del camino. Manuel dio un salto brusco para bajarse y abrió la puerta del coche de caballos. Carlota temió cualquier reacción del muchacho. Lo primero que pensó fue que su enfado había ido en aumento y a saber qué le diría ahora.

—Le seré sincero, señora marquesa. Me da lo mismo lo que a usted le pase, pero mi madre no se merece mi egoísmo. Merece una vida mejor que la que tiene. ¿Cerramos nuestro acuerdo en setenta

y cinco duros? ¿Qué le parece? Lo toma o lo deja ahora mismo. O me los consigue o no paramos hasta Sevilla.

Le estrechó la mano que le tendía Carlota. Él estaba convencido de lo que hacía y a ella el corazón le latía desacompasado, con tanta fuerza que creyó que reventaría en el pecho. Hasta la visión se le nubló por un instante, de la emoción inesperada. Respiró varias veces antes de seguir con el desarrollo de lo que habían acordado.

—Ahora habrá que buscar un banco para conseguir el dinero.

—¿Pero puede usted, sin la autorización de su marido, disponer de dinero en el banco?

Aunque el cochero no fuera precisamente lo que podría considerarse un hombre ilustrado, sabía lo que cualquier mortal: que las leyes obligaban a una mujer a tener la firma del marido para realizar cualquier operación bancaria, más aún si se trataba de extraer dinero de una cuenta.

—De eso me encargo yo, no te preocupes, que tendrás el dinero acordado.

Tenía razón Manuel. Sin embargo, Carlota contaba, desde hacía años, con un poder emitido por su padre para disponer, en caso de necesidad, de un dinero perteneciente a su familia. Y aquella circunstancia la consideró de extrema necesidad. Ni siquiera Julián conocía la existencia de dicha cuenta, que mantuvo al margen de su matrimonio. No tenía por qué decírselo. Se trataba de un asunto que concernía exclusivamente a la familia de Carlota.

—No parece que en Santa Elena podamos encontrar un banco.

—Creo que sé dónde puede haber uno —comentó Manuel, tomando las riendas de la decisión que acababan de acordar—. Seguramente en La Carolina, es más grande que Santa Elena. Tardaremos una hora y media, más o menos.

Carlota observó cómo el horizonte comenzaba a clarear, como si la luz temprana le trajera una mínima esperanza. Por fin veía una grieta, una fisura por la que se colaba una oportunidad concreta para escapar de su destino.

Manuel no se equivocaba. La Carolina había sido fundada un siglo atrás como parte del proyecto de Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y consiguió consolidarse como un importante núcleo minero y administrativo. Era la población más próxima en la que podrían encontrar un banco, que, aunque pequeño, daba servicio a la zona, y a Carlota le solventaba la resolución del plan ideado para evitar la condena de su futuro a la que cuatro días antes estaba abocada.

En la sucursal, una modesta oficina con techos altos y un mostrador de madera gastada, Carlota presentó sin titubear el poder notarial que su padre le había otorgado en su día y que, desde que regresó de la Casa del Pecado Mortal, llevaba siempre encima escondido entre su indumentaria, ya que había estado temiendo que pudiera pasarle cualquier cosa, como así ocurrió. Aunque ese temor no incluía la posibilidad de que su marido y el pendenciero del amigo fueran capaces de desterrarla.

El gerente, tras examinar el documento y comprobar su autenticidad, no puso objeción alguna. Con la discreción que requería la situación, le entregaron la suma acordada, mientras Manuel vigilaba desde la puerta, inquieto por la posibilidad de que alguien reconociera a la marquesa. Las casualidades las carga el diablo.

En menos de una hora, salieron de allí con el dinero en una bolsa de viaje que Carlota sujetaba con fuerza contra su regazo. Aquella cuenta secreta, lejos del control de Julián, se había convertido en su salvación.

—Ambos deberemos ser rápidos en nuestra huida. ¿Lo sabes, verdad?

—Claro que lo sé. —Ahora el chico estaba tan agitado como Carlota.

—No tardarán en enterarse de que no he llegado al convento sevillano. Para cuando eso ocurra, tendremos que estar lo más lejos posible de Andalucía.

Manuel tragó saliva, visiblemente nervioso, y miró hacia el horizonte como si en la lejanía pudiera vislumbrar ya a sus perseguidores.

—Lo sé... —repitió, más para sí mismo que para Carlota—. No podemos perder ni un minuto. Tendremos que movernos con mucho cuidado y evitar las rutas habituales.

—Manuel... —Carlota intentó calmarlo, le puso la mano en un brazo—. Saldrá bien, ya lo verás.

—Hace tiempo que no veo a mi madre. Iré a darle una sorpresa. Está en Valencia. Y no sé qué haremos después. La sacaré de allí para que no nos encuentren. Don Gregorio tiene ojos en todas partes y podría enterarse de dónde vive.

—Embárcate, Manuel. Desde Valencia podéis embarcaros con rumbo desconocido. Lejos de España. Ve a América, seguro que allí tendrás oportunidades para empezar una nueva vida.

—No es mala idea. ¿Es lo que piensa hacer usted?

—Yo... no puedo alejarme del país. —La arrastró la melancolía de lo ocurrido en la Casa del Pecado Mortal. No conseguía sacar de su mente aquel sitio, porque su hijo habitaba en el recuerdo del infame lugar, aunque estuviera muerto—. Además, no debo desvelarte mi nuevo destino. Aunque... Bueno... —Sonrió por primera vez en mucho tiempo—. Es que en realidad no tengo ni idea de adónde iré,

pero sí puedo asegurarte que será a algún lugar también lejos de aquí.

—Váyase a Extremadura, señora. Hay buenas tierras por allí, eso decían unos tíos míos que eran de Badajoz.

A la joven le conmovió la repentina inocencia que brotó en Manuel. El duro de Manuel... De pronto resultaba no serlo tanto.

—¿Qué fue de ellos? ¿Siguen en Badajoz?

Una borrasca se le instaló en la mirada.

—Murieron. En un accidente. —Le costaba rescatarlos de la memoria por la pena que le causaba—. Un coche de caballos se desbocó con ellos dentro. El cochero también falleció. Eran los únicos tíos que tenía.

Aquella circunstancia de la vida de Manuel le resultó dolorosamente familiar al acordarse del accidente de su madre.

—Lo siento...

—Fue hace tiempo. No pasa *ná*.

—¿No tienes más familia?

—No, señora.

La despedida fue extraña. La complicidad nacida en el trayecto, tensa y frágil al mismo tiempo, después del abrupto comienzo de viaje, se quedó suspendida en el aire.

—Gracias, Manuel —dijo finalmente Carlota, costándole sostener la voz—. Esto que has hecho hoy... me ha salvado la vida.

—No me lo agradezca —replicó él, bajando la mirada—. Solo procure que no nos crucemos de nuevo. No quiero que nadie me relacione con usted. No quiero líos, señora.

Pero en su tono ya no había dureza, sino una mezcla de pudor y miedo.

—Lo entiendo —asintió Carlota—. Cuida de tu madre.

Manuel asintió también, con gesto serio, y entonces, en un impulso, se llevó la mano al sombrero en señal de respeto. No era un gesto aprendido, sino nacido de la consideración que, a su pesar, acababa de sentir hacia ella.

Carlota quiso decir algo más, pero prefirió callar. Sabía que todo lo que necesitaba ser dicho ya estaba alojado en la mirada de ambos.

Sin más palabras, él dio media vuelta y se perdió entre la gente de la plaza, caminando rápido hacia el oeste, «Rumbo a Valencia», se dijo Carlota.

Ella se las apañó para contratar un coche que, por lo pronto, la sacara de La Carolina, era lo más urgente. Después ya pensaría hacia dónde dirigirse. Lo que sí tenía claro era que debía tomar la dirección contraria adonde su marido la enviaba, así que se santiguó, besó el camafeo que llevaba colgado al cuello y enfiló hacia el norte deshaciendo, al principio, el camino andado.

Fue tomando conciencia de lo difícil que sería desaparecer. Julián la buscaría hasta en el último rincón de España, removiendo cielo y tierra, y hasta las aguas oceánicas si fuera necesario con tal de dar con ella. Lo conocía bien. Sabía que era un hombre que siempre pretendía salirse con la suya y que no cejaba en un empeño cuando se lo proponía. Su relación clandestina con Rodolfo, y todo lo que de ella se derivó, le hizo conocer, además, hasta qué punto la vileza podía cegarlo y guiar sus pasos para ejecutar acciones terribles que habrían sido difíciles de imaginar. Y aun entonces, a pesar de todo lo que llevaba sufrido, le costaba aceptar que pudiera ser real todo lo ocurrido. Pero claro que lo era. Dramáticamente real.

Emprendió, para dirigirse al norte, una ruta más larga de la que sería habitual para evitar pasar por Madrid. De Bailén a Linares para

encaminarse hacia Albacete; de allí a Cuenca y, después, Burgos, desde donde puso rumbo hacia Asturias. Una vez allí, ya vería. Para una mujer sola era un trayecto dificultoso, en el que se exponía a correr riesgos complicados incluso para un hombre.

El periplo resultó un desafío tan físico como emocional. Cada pueblo y cada estación le recordaban la fragilidad de su huida en un mundo diseñado para cercarla. Pero también mostraban su fortaleza. No fueron pocos los momentos en que se sintió una fugitiva; el miedo era un compañero discreto pero presente, que la obligaba a estar alerta incluso bajo el manto oscuro de la noche, que no estuvo hecha para el descanso en ese viaje. A pesar de todo tuvo suerte. Ninguna de aquellas historias que había oído sobre asaltantes de caminos, sobre los peligros de las veredas y los bandidos ocultos en los senderos, que generaban intranquilidad, se materializó. Para su fortuna se quedaron en meras habladurías. Hubo momentos complicados, alguna mirada lasciva o alguna insinuación o comentario inapropiado que supo frenar a tiempo.

Doce días más tarde, habiendo combinado algún que otro trayecto corto en tren con otros en desvencijados carruajes para no llamar la atención, llegó a Asturias, a una población de la que apenas conocía nada ni había oído hablar: Cangas de Onís.

Cuando descendió del último coche, sintió el aire húmedo del norte calándole hasta los huesos. Se detuvo un instante, con la maleta en la mano, y respiró hondo. Frente a ella, el paisaje era distinto a todo lo que había dejado atrás. Montañas majestuosas, el verde cubriendo las laderas como una inmensa alfombra y el rumor lejano de un río que descendía entre las piedras. Desconocía que había llegado al corazón esmeralda de los Picos de Europa.

Estaba extenuada, el peso del viaje y del pasado reciente le oprimían los hombros, pero al mismo tiempo, por primera vez en

mucho tiempo, sintió que no tenía a Julián acechándola tras la puerta de una habitación ni a ningún emisario siguiéndole la pista en alguna estación. Solo silencio y el murmullo del viento entre los árboles, con las imponentes montañas conformando un onírico escenario.

Debía tomar la determinación de si tirar hacia el este o hacerlo hacia el lado opuesto, el oeste, poniendo, en ese caso, rumbo a Galicia. Seguir subiendo en el mapa significaría llegar al mar, lo que deseaba evitar. Tenía que ir pensando en poner fin al viaje y elegir una población donde recalar sin levantar sospechas, y un lugar de costa le generaba una desconfianza que, aunque posiblemente no respondiera a la realidad si se trataba de una localidad pequeña, le hacía imaginar un ir y venir de gente arribando a puerto que en un rincón perdido entre montañas y fuera de las rutas de postas no se daba.

Buscó alojamiento para pasar la noche y ya al día siguiente decidiría qué hacer. No se tenía en pie.

Una habitación caliente y una cama confortable... Era más de lo que podía esperar en aquel momento en el que, sin darse cuenta, fue cayendo en un profundo sueño arrullada por el crepitar de la leña en la chimenea, con Rodolfo y su hijo entrelazados en su pensamiento, abrazándose a ella.

# SEGUNDA PARTE

*MUDAS SOLEDADES*

# CAPÍTULO 8

*La vida más breve y más llena de inquietudes es la de aquellos que olvidan el pasado, miran con indiferencia el presente, temen el futuro.*

SÉNECA, *Invitación a la serenidad*.
*Lecciones para el hombre ocupado*

## *Cangas de Onís, Asturias, junio de 1897*

La sala de estar se inundó del olor a café de puchero y a pan recién hecho. Quedaba tan lejos alguna sensación de bienestar similar a aquella... Carlota se había levantado tarde, el cansancio era enorme; tanto que por momentos creyó que aquella mañana, la primera tranquila en mucho tiempo, no conseguiría incorporarse de la cama. Le dolía todo el cuerpo.

Tenía hambre y ganas de darse un buen baño. Le agradó ver la mesa dispuesta para un desayuno reparador con el que no contaba. La noche anterior había llegado tarde, agotada y sin demasiadas expectativas puestas en ningún lugar al que hubiera acabado arribando. Únicamente quería dormir. Descansar. Y, sobre todo, olvidar por unas horas.

Deshacerse del miedo se convertía en una condición indispensable para sobrevivir. Ese era su otro fin primordial.

Echó un vistazo rápido a la estancia antes de tomar asiento y disponerse a desayunar. Paredes de piedra, ventanas y techo de madera, cortinas fruncidas de color blanco, canastos con leña y matojos que a buen seguro se recogían en los alrededores. La decoración era rústica y sencilla. De las paredes colgaban algunas fotos en las que se mezclaban estampas del pueblo con retratos que podrían ser de la familia de la casa reconvertida en alojamiento para huéspedes.

Un gran tazón humeante de café la esperaba junto a un cestillo que contenía una hogaza de pan caliente troceada. Todo le supo a gloria.

—Tenga, puede probar también estas rosquillas de anís, va a pagar lo mismo.

Quien le hablaba era una mujer que debía de andar por la cincuentena y se presentó como la dueña de la hospedería.

—Bienvenida a La Casa de Rosa.

Sorprendía su altura, que parecía abultar más al acumular kilos en exceso. Boca amplia, nariz prominente y una expresión de latente felicidad que favorecía lo que aparentaba ser una amabilidad innata.

Había sobresaltado sin pretenderlo a Carlota al irrumpir silenciosa en el comedor con una bandeja de dulces.

—Gracias. ¿Las ha hecho usted?

—¡Ay, querida joven forastera! Por estos lares yo hago todo, todísimo.

Agradeció un poco de sentido del humor, tanto como el café caliente y las rosquillas que, por supuesto, no tardó en probar.

—Está de paso, supongo —comentó la mujer.

—Algo así... —respondió Carlota evasiva, no quería pensar lo que iba a hacer ni siquiera en las horas más próximas, el cansancio se lo impedía.

—¿Le gusta?

—Aún no he tenido tiempo de ver nada del lugar.

—Me refiero a la rosquilla —le aclaró, señalando la que estaba degustando.

—¡Oh, sí! Claro, perdone. Es la rosquilla más rica que he comido en toda mi vida. —La joven marquesa disfrutaba de aquella conversación insustancial, pero que le supuso una bocanada fresca después de tanto sufrimiento.

—Es una receta típica asturiana. Las hago todos los sábados.

—¿Y hoy es sábado? —se sorprendió Carlota, desorientada después de los complicados días de ruta hasta llegar allí.

—Pero bueno, ¿en qué mundo vive?

Optó por no responder y acabar de meterse en la boca la media rosquilla que le quedaba.

—Coma, coma, que me parece a mí que buena falta le hace.

Y así hizo. Zampó rosquillas como una descosida, y también una tostada, y repitió café.

—Hummm... —Cerró los ojos placenteramente al llevarse a la boca el pan—. ¡Está riquísimo! ¿Qué lleva? Queso...

—Pan con queso Gamonéu, es de la zona, y dulce de manzana, es parecido al membrillo.

—¡No me lo diga! —bromeó Carlota—. ¡Hecho aquí por usted!

Ambas mujeres estallaron en una misma risa.

—Vaya, qué lista es para ser tan joven —ironizó la dueña de la casa de huéspedes, con tan buen talante que consiguió que Carlota, al fin, se sintiera tranquila y reconfortada—. Por aquí se dan las mejores manzanas que haya comido nunca, créame. Por cierto, hablando de manzanas, ¿ha probado la sidra, verdad?

—Diría que no he tenido ocasión.

—Eso no es posible.

—Ya lo creo. —Parecía un milagro, el buen humor había llegado a Carlota.

—Pues, en ese caso, no puede irse de aquí sin hacerlo. Ya me encargaré yo de que así sea.

—¡Acepto el reto!

El baño, para el que se tomó su tiempo, sin prisas, acabó de introducirla en un efímero e inesperado paraíso que, a aquellas alturas, no concebía que pudiera existir. Sus primeras sensaciones en aquel tranquilo lugar estaban siendo serenas, agradables. Tranquilizadoras.

Paz y silencio... Dos codiciados tesoros que sintió, sin esperarlo, al alcance de su mano, y eso le gustó. Su mansión en el corazón más caro y elitista de Madrid, las amenazas de Julián para conseguir su arrepentimiento, la extraña despedida del joven Manuel a las puertas de Andalucía, el negro destino de la casa de arrepentidas de Sevilla en el horizonte... Ahora todo quedó suspendido en la nebulosa de aquello que se desea dar por superado, aunque sepas que quizás aún no lo esté; que tal vez todavía te persiga como la parca en busca de su siguiente víctima.

En su primer paseo se desplazó a la entrada del pueblo. Estaba tan oscuro cuando recaló en el lugar de noche que a su llegada no reparó en lo primero que un viajero encontraba al entrar en Cangas de Onís: el puente romano, con su arco imponente que se alzaba sobre el río Sella. Le llamó la atención que fuera romano siendo su arco tan elevado y picudo que recordaba los arcos góticos de las catedrales.

Tras una huida extenuante, Carlota llegó a un territorio abrupto y sobrecogedor. El sonido del agua era constante, ya fuera por el rumor de los regatos que bajaban de la montaña o por el curso caudaloso del río Sella, que atravesaba el pueblo. Los caminos de

herradura serpenteaban entre montes cubiertos de hayedos y castañares, y el aire, impregnado de humedad y aroma a tierra mojada, contrastaba con el bullicio y la polvareda de Madrid.

Madrid... De repente, sentirlo tan dolorosamente lejos hizo que brotara en ella una frustrante necesidad de asirlo, de alcanzarlo, de tenerlo, como lo había tenido hasta que el mundo se oscureció entre las paredes de la Casa del Pecado Mortal. Aquel Madrid de su felicidad acabó convertido en el infierno de su desdicha, pero había dejado atrás lo que más amaba —y no era precisamente a Julián, ahora más un verdugo que un esposo—, por eso lo echaba de menos. El paso de las horas marcaba, en el poco tiempo que llevaba en Cangas de Onís, una senda de sosiego que enfilaba con esperanzadoras ganas y, por encima de todo, con mucha necesidad de alcanzarla.

—Ya lleva aquí tres días y todavía no me ha dicho su nombre.

El comentario de Rosa, que así se llamaba la dueña de la casa de huéspedes —¡era fácil adivinarlo!—, y que acababa de entrar silenciosa en el comedor, le pilló desprevenida. Hasta ese momento había estado tan tranquila que hasta le parecía mentira. De incógnito, sin relacionarse con nadie ni dar explicaciones, y sobre todo sin preguntas. Salvo la que le estaba haciendo la mujer.

—¿Que cómo me llamo?

—Eso es, que digo yo que tendrá un nombre, ¿no? —bromeó.

La reacción de Carlota fue...

—Mercedes.

... mentir. Y reforzar la mentira, una vez dicha.

—Me llamo Mercedes de la Riva.

—Mercedes... —repitió Rosa—. No se lo he dicho antes, pero por aquí no se suelen ver a mujeres que viajen solas.

De manera poco premeditada, la mente de Carlota entró en una espiral que se alimentaba a sí misma de una mentira tras otra, de manera que, en cuestión de minutos, acabara configurando una personalidad y una realidad inventadas pero sólidas.

—Soy viuda.

—Oh, vaya, cuánto lo siento. ¡Viuda tan joven!

Sí, pensó que quizás se le había ido un poco la mano, pero ya no cabía una vuelta atrás.

—Ha sido duro, como puede imaginar, pero ya lo voy asimilando. —Ya estaba metida en el papel.

—Ay, pobre...

—No, por favor, no quiero despertar la conmiseración de nadie, ni provocar lástima o nada parecido. Así que le pido que no me la tenga.

—¡Claro! Lo entiendo. Por supuesto que no se la tendré. ¡No hay más que hablar! ¿Y va a quedarse mucho tiempo?

—Aún no lo sé.

—¡Pues aquí se está en la gloria! Créame, no va a encontrar ningún lugar en el mundo mejor que este. Además, que sepa que está usted en la que fue la primera capital de España, ¡ahí es nada!

—¿Cangas?

—Sí, señora. De Onís, Cangas de Onís —repitió con orgullo.

—Vaya... Pues sí que son ustedes importantes.

—¡Ya lo creo que sí! Esta fue la corte del rey don Pelayo y de unos cuantos más, Favila y no sé quién más, que ya me gustaría a mí haber *estudiao* y tener conocimientos.

Mientras hablaba no paraba de moverse de un lado a otro, realizando pequeñas tareas como cambiar las flores mustias de dos jarrones por otras que a buen seguro estaban recién cortadas del jardín de la casa.

—¿Las cultiva usted? —quiso saber Carlota.

—¿El qué, las flores? ¡Por supuesto! Ya sabe que aquí no hay nada que no pase por mis manos. —Y le guiñó un ojo con gracia—. Me gusta ese colgante que lleva.

Carlota se había sentido liberada al poder lucir el camafeo por fuera de la ropa, sin verse obligada a seguir ocultándolo. Lo acarició sobre el pecho antes de responder:

—Me lo regaló mi esposo.

—Es precioso. Tenía buen gusto.

—Sí..., lo tenía —intentó controlar un brote melancólico al pensar en Rodolfo.

—¿Comerá aquí hoy?

—¿Me aconseja alguna opción mejor? —respondió con tintes de inocente provocación.

—¡Por supuesto que no! —La forma de hablar de Rosa era tan rotunda como su aspecto físico—. Aquí la espero, pues.

Debía tomar una determinación acerca de si continuar viaje y hacia dónde. O quedarse. ¿Por qué no? Se hallaba lo suficientemente lejos de Madrid, en un pequeño pueblo apartado al que se accedía con dificultad y que no cogía de paso. No parecía un lugar donde pudieran dar con ella. Pero tenía que pensarlo bien.

Continuó con la prospección del sitio, en el que destacaba la presencia del río Sella, el alma de aquella población. Bajo la estructura del puente romano, al que le apeteció regresar para observarlo con más detenimiento, el caudal fluía con fuerza, arrastrando hojas y ramas, y reflejando en su superficie el cielo cambiante de Asturias.

Las casas, construidas con gruesos muros de piedra y tejados de pizarra, se dispersaban mansamente sin atreverse a invadir la ladera, de la misma forma que se concentraban en torno a la iglesia

parroquial. El núcleo principal se asentaba en un hermoso y amplio valle al abrigo de los Picos de Europa. La belleza del paraje le llegó al corazón e invadió sus sentidos.

Observó que algunas casas de labranza disponían de corredores de madera donde se ponían a secar las mazorcas de maíz y donde también colgaban ristras de ajos y pimientos. En su conjunto, le resultaba un paisaje tan desconocido como poderosamente atractivo. Y pronto se dio cuenta de que el pueblo no era tan pequeño como creyó a su llegada, lo cual era un punto a su favor, ya que entre varios miles de habitantes, aunque no fueran muchos, podría pasar más desapercibida.

Cangas de Onís parecía un lugar detenido en el tiempo, donde los días se medían por el ritmo pausado del pequeño río Güeña, alterado por el brío del Sella, del que era afluente, y el tañer de las campanas de la iglesia de Santa María al amanecer. Para Carlota, sin embargo, la tranquilidad no era sinónimo de paz. Había algo en su forma de caminar, en su manera de inclinar ligeramente la cabeza al escuchar a los demás, que revelaba una lucha interna constante. Cuando llegó, agotada y con la incertidumbre de su nueva vida, el pueblo le pareció a la vez un refugio y una cárcel. Su soledad contrastaba con la calidez ruda de los campesinos y demás lugareños, que la observaban con recelo, acostumbrados a desconocidos que huían de algo —¿qué harían allí si no?—, pero también con la hospitalidad silenciosa de quienes intuyen que detrás de su presencia había una historia que no debía ser preguntada. Y eso, para Carlota, reconvertida en su nueva identidad de Mercedes de la Riva, poseía un valor incalculable, no solo para la paz que anhelaba, sino también para asegurarse la dificultad de ser encontrada por su marido.

Había llegado la hora de tomar la decisión. Después de comer entabló conversación con Rosa, quien estaba demostrando una prudencia que Carlota agradecía.

—Creo que tenía razón, este es un buen lugar para quedarse.

—¡Por supuesto! Si ya se lo decía yo —se pavoneó al creerse la inductora de la decisión.

—¿Dónde podría alquilar una casa?

—Fácil. Voy a indicarle a quién tiene que preguntarle; se llama María, es de toda confianza. Dígale que va de mi parte. Ella controla ese tipo de cosas en el pueblo, fíese. Venga, que le digo dónde vive.

La casa que Carlota encontró a las afueras de Cangas de Onís era modesta, pero reunía el recogimiento y la sencillez que deseaba en ese incierto momento de su vida, y que le facilitaría su ocultación. Le resultó perfecta. Construida en piedra grisácea, con el techo cubierto de tejas oscuras y musgo adherido a sus bordes, encajaba tan bien en el montañoso paisaje circundante que parecía formar parte del mismo. No era grande, apenas una vivienda de dos estancias principales y una cocina que se calentaba con una pequeña chimenea, pero sus dimensiones eran suficientes para alguien que buscaba pasar desapercibida y reconstruirse en el silencio.

El jardín que la rodeaba, aunque sin pretensiones, era un remanso de calma que le resultaba agradable. Un sendero de tierra separaba las flores silvestres y los rosales que, pese a su abandono, aún se esforzaban por florecer. Había un banco bajo un manzano, con la pintura desvaída y la madera combada por la humedad. Desde allí se podía escuchar el murmullo del río Sella, su caudal serpenteando entre las piedras, constante y melancólico, como un recordatorio de

que la vida seguía avanzando, aunque su corazón aún estuviera inevitablemente anclado en Madrid.

El interior de la casa conservaba el aroma a madera vieja y a cera, como si cada rincón guardara el eco de quienes habían vivido allí antes. En la sala principal, una mesa de roble con un par de sillas bastaba para sus solitarias comidas. Sobre la repisa de la chimenea, alguien había dejado un reloj parado, sus manecillas detenidas en una hora indefinida, como si el tiempo en aquel lugar no tuviera prisa por avanzar.

El dormitorio era austero: una cama con cabecero de hierro forjado, un baúl de madera junto a la ventana y un armario de puertas abombadas que crujían al abrirse. No necesitaba más.

Al caer la noche, cuando las sombras alargadas cubrían de negrura el suelo de piedra, Carlota encendía un quinqué y se dejaba envolver por la penumbra ambarina, sintiendo el denso espesor de la soledad que había elegido.

Podría considerarse que no era propiamente un hogar acogedor, pero sí un refugio. Un lugar donde nadie la buscaría, donde podía ser Mercedes y no Carlota, donde cada amanecer le recordara lo lejos que estaba de todo lo que alguna vez había amado... y ahora amaba más que nunca.

«¡Ningún lugar en el mundo mejor que este!...».

# Capítulo 9

Carlota entró en la casa de huéspedes portando en la mano una flor azul arrancada de su jardín.

—Buenos días, Rosa.

—Vaya, dos hermosas flores visitándome.

—Tres, contigo, «Rosa».

—¡Ja, ja, ja! Tiene usted mejor aspecto que cuando llegó, si me permite, doña Mercedes. Y eso que no hace tantos días. Y he de decirle que también mejor humor.

—Es muy amable. Mire. —Le mostró de cerca la flor azul—. ¿Qué flor es?

Rosa se la quedó mirando, incrédula.

—¿No sabe usted qué flor es esa? ¿Pero de dónde ha *salío*, doña Mercedes?

—Bueno, no me mire así, esto no se ve en una gran ciudad.

—Ay, Señor —suspiró resignada—. Eso que lleva en la mano, igual que si fuera un bicho raro, es una genciana. Aquí las llamamos *xanzanas* y son propias de estas tierras, de Asturias.

—El jardín de mi casa está lleno.

—¡Pues claro! Y bien bonitas que estarán, pero aproveche ahora a disfrutarlas, que la floración se irá acabando a finales de junio.

—Son como campanillas tristes. Pero me encantan.

—Me alegro, porque se va a hartar de verlas por aquí.

Estaba claro que había encontrado cobijo en ese pueblo de las montañas asturianas, donde se disponía a comenzar una nueva vida,

sencilla, humilde, alejada de miedos y amenazas, y de los lujos con los que había vivido hasta entonces. Una nueva vida cuya duración no podía intuir, ni ella ni nadie. La ausencia de planes iba a llenar su quehacer diario, y eso le causaba extrañeza, pero, al mismo tiempo, sensación de bienestar.

Durante los primeros días, Carlota evitaba relacionarse con gente del pueblo. Compró provisiones sin detenerse demasiado en el mercado y regresó a su casa, donde pasaba horas escribiendo o arreglando el jardín. Los lugareños respetaban su privacidad, aunque no podían evitar preguntarse quién era aquella desconocida y qué hacía en Cangas de Onís. El misterio no era amigo de pequeñas comunidades como aquella, en la que la mayor aventura consistía en saber que cada día que amanecía traería consigo un orden inalterable. Allí nadie marcaba distancias como hacía la recién llegada. Su aspecto elegante y reservado despertaba enorme curiosidad. Además, cómo no iba a llamar la atención con lo poco común que era ver a forasteros que no estuvieran de paso, y menos aún si se trataba de una mujer sola, como ya le había comentado Rosa en más de una ocasión, «pocas mujeres solas se ven por aquí».

Para los habitantes del pueblo, Carlota era simplemente «doña Mercedes», una mujer solitaria que no hablaba de su pasado. Tampoco de su futuro. En realidad, que no hablaba, apenas. Una forastera, viuda, que no contaba nada de su vida. Su carácter reservado alimentaba los rumores. Algunos creían que Carlota podría ser una noble o aristócrata caída en desgracia; otros especulaban con que tal vez estuviera huyendo de algo oscuro. En cualquier caso, el respeto se imponía entre todos ellos.

Y aunque el pueblo la había acogido con esa mezcla de curiosidad y respeto, Carlota seguía sintiéndose una extranjera. Tampoco

pretendía nada distinto. Caminaba por sus calles empedradas como quien transita un territorio prestado, en el que la vida cotidiana la toleraba sin llegar a integrarla. Había aprendido los horarios del mercado, los nombres de algunas vendedoras, la forma en que la brisa resbalaba por los tejados al caer la tarde. Sin embargo, no terminaba de pertenecer a aquel lugar, que, por otro lado, tan útil le estaba siendo para perderse.

Los niños, más audaces que los adultos, corrían a su encuentro cuando la veían aparecer con su toquilla negra, siempre impecable. La observaban con descaro y le sonreían con la inconsciencia de quienes no saben de recelos ni murmullos. Algunas mujeres, en cambio, bajaban la voz cuando hablaban de ella al pesar el grano o al extender los paños en el tendedero. Doña Mercedes se había convertido en una presencia omnipresente en la hasta entonces aburrida vida del pueblo.

—Dicen que es viuda —murmuraba una de las mujeres de un corrillo, con las manos hundidas en un saco de habas.

—Viuda y parece que rica —respondía otra, alzando apenas los ojos, con un gesto conspirador.

Esquivaban las miradas, pero Carlota sentía el peso de esas palabras que no le dirigían, el roce de un juicio silencioso que la envolvía con un velo invisible y la reverberación apagada de un recelo que flotaba en el aire. En el reducido universo de Cangas de Onís, la desconfianza hacia los forasteros se colaba entre las rendijas de las puertas entreabiertas, en los saludos breves, en los gestos medidos. No era una hostilidad declarada, sino una reticencia tejida de silencios y medias palabras.

Solo los ancianos parecían comprenderla. La miraban con ojos desgastados por la memoria y el tiempo, con una sabiduría que no necesita de preguntas. Tal vez intuían en ella las huellas de una

pérdida, de un duelo que no requería confirmación. La llamaban «doña Mercedes» con el tono con el que se nombra lo irremediable, y en ese trato había algo de aceptación y mucho de cortesía. Estaba bien así. Era exactamente lo que Carlota buscaba para establecerse sin el temor acechante de que Julián pudiera dar con su paradero.

Pero cuando caía la noche y la soledad se acomodaba entre los muros de su pequeña casa, la certeza de su extranjería se volvía más punzante en su maltrecho corazón. Encendía una vela y contemplaba su sombra sobre las paredes y el techo, preguntándose si alguna vez dejaría de sentirse ajena a algún lugar o, por el contrario, estaba condenada a vagar de por vida. Esto último no iba con su carácter, pero, por ahora, no quería pensar en ninguna otra cosa que no fuera descansar y reponerse de lo vivido.

No quería, no, pensar en si llegaría el día en que pudiera llamar hogar a aquel rincón del mundo, o al que fuera, o si llevaba escrita la sentencia de tener que nadar entre dos orillas: el pasado que aún la ataba y un futuro que no se atrevía a imaginar.

Y era precisamente cuando la tarde llegaba a su fin, en esas horas en las que la tristeza se abrazaba al dolor en una danza desoladora, cuando se sentaba a escribir a Rodolfo y a su hermana Rebeca.

Escribía palabras nacidas de la herida y el deseo, de la nostalgia y del rencor. A veces, al escribir, evocaba la voz de Rodolfo, su risa contenida, la forma en que la miraba en los primeros tiempos, cuando aún no existían el abandono, la traición, ni la amargura. Adónde volaron aquellas caricias furtivas... Adónde, Rodolfo...

Otras veces, las palabras brotaban como un látigo, acusadoras, hirientes, llenas de reproches que jamás pronunciaría en su presencia, porque no estaban dirigidas a su amante. Nacían de un grito de desahogo que no lanzaba por su nula eficacia.

Las cartas se apilaban en un rincón del baúl del dormitorio, algunas con la tinta corrida por lágrimas silenciosas; otras, con la caligrafía firme de quien querría olvidar, pero no puede.

¿De verdad deseaba cerrar esa historia?

La duda la asaltaba cada vez que doblaba las hojas y las guardaba, cuando el impulso de romperlas chocaba con la certeza de que no podía deshacerse de ellas. Era como si aquellas misivas fueran su única manera de sostener el pasado sin que la devorara.

Sin embargo, la sombra del hermano Rafael, buscándola por los pasillos de la Casa del Pecado Mortal, con su tono admonitorio y sus citas de Santa Teresa, no dejaba de perseguirla. «Oh, Señor mío, ¡cómo es cierto que, si nos arrepentimos verdaderamente, vos olvidáis nuestras faltas y aun os hacéis amigo de quien tan mal os ha servido!», repetía el religioso con devoción, como si las palabras fueran capaces de arrancar de raíz los pecados.

Carlota recordaba sus sermones entre el fastidio y el desafío. Se veía a sí misma, con el velo cubriéndole el rostro, sentada en aquel banco de madera en una de las frías salas con las manos entrelazadas sobre la falda, fingiendo atender, cuando en realidad su mente estaba muy lejos, siempre en otro sitio. En su interior bullía una revuelta silenciosa. «Jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios... —La machacona letanía del hermano Rafael—. Mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza...».

¡Bajeza!

El término la enfurecía. Porque si algo tenía claro, era que jamás consideraría una bajeza haber amado. Ni su amor por Rodolfo había sido indigno ni su deseo, una falta que requiriera penitencia alguna.

«¡Jamás! —se decía, con la misma vehemencia con la que en otro tiempo habría alzado la voz ante quien osara llamarla "hija del pecado" o "artífice de la deshonra", expresiones que salían de las

bocas del hermano Rafael y de doña Adelaida, aquella especie de madre superiora, de la que nunca supo si era religiosa o seglar, aunque a efectos de su mala entraña lo mismo daba—. ¿Arrepentirme? Jamás».

Y allí estaba, libre y aprisionada al mismo tiempo. Escribiendo cartas que no enviaba.

Cartas que nunca conseguía concluir y acababan rotas, eliminadas por las llamas de la chimenea —aunque fuera verano, la encendía de noche como símbolo de la purificación que le proporcionaba bienestar— en la que ardían como preámbulo, siempre, de un brote de soledad que la acompañaba hasta la cama, donde celebraba que por fin terminaba un día. Y a esperar al siguiente. Y así un día tras otro.

Cartas que, a pesar de todo, la mantenían unida a Rodolfo y al recuerdo de lo vivido juntos. Eso ya permanecería para siempre.

***

No llevaba mucho en Cangas de Onís, apenas unas semanas, y aunque su presencia no pasaba desapercibida, nadie hacía preguntas directas. En ese aspecto, nada cambiaba. El pueblo tenía su propio modo de acoger a los que llegaban buscando algo. O huyendo.

Durante aquel tiempo de adaptación, poco a poco, Carlota fue soltando la carga del viaje de huida para dejar paso a la reflexión sobre los acontecimientos que la habían abocado a fugarse. Comenzó a lidiar con las cicatrices que, pese a su juventud, ya atravesaban su vida marcando en su piel estelas repletas de padecimiento. Las huellas emocionales del encierro, primero en la Casa del Pecado Mortal y después en su propio hogar... El duelo por

la pérdida de lo que más quería en el mundo, que le fue arrebatado por unos desalmados a los que ni siquiera conocía; su amor imposible por Rodolfo y su desprecio hacia Julián, su marido, y también don Gregorio. Había querido el destino que un hombre como Rodolfo se cruzara en su camino. Ella no buscaba nada, pero encontró un amor que estaba sentenciado desde el momento en que nació, igual que...

Ahí tenía que detener el pensamiento para poder seguir viviendo. No podía permitirse pensar en ello.

Aquella mañana se levantó temprano. Con el café sustituyó el pan por la prisa. Dobló con esmero dos cartas que habían pasado la noche encima del pequeño escritorio y las guardó dentro de un sobre grueso en el que figuraba el nombre y la dirección de su hermana. Durante días, había seguido dudando, rompiendo versiones, desechando palabras, atrapada entre la necesidad de escribirlas y el temor a lo que esas cartas podían provocar. Ese día, en cambio, amaneció abrigada por la decisión contraria. El ávido deseo que sintió por enviarlas le había impedido reparar en que, por más pronto que quisiera ir a hacerlo, no conseguiría nada. Era demasiado temprano para la actividad del pueblo.

Salió al jardín para entretenerse con las gencianas mientras daba tiempo a que la villa despertara y abrieran las tiendas y comercios. Su interés se centraba, en esa mañana de julio, en la estafeta postal.

Cangas de Onís, a la hora en la que salió de casa, ya bullía con la actividad del mercado. Los vendedores de productos voceaban sus mercancías desde los puestos alineados junto a la plaza, en una sinfonía de gritos y regateos que llenaba las calles. Las mujeres, con sus cestas de mimbre al brazo, se detenían a escoger hortalizas aún húmedas de la madrugada o a palpar la frescura del pescado recién

traído. El olor a pan recién horneado y a leña quemada impregnaba el aire, mezclándose con el aroma de las manzanas y las hierbas silvestres que algunos aldeanos ofrecían sobre mantas extendidas en el suelo. Todo parecía moverse al compás de un ritmo antiguo, donde cada mañana repetía sus gestos como una ceremonia cotidiana.

Para Carlota representaba una rutina que la acogía con los brazos a medio abrir, sin terminar de abrazarla del todo.

La estafeta postal estaba en una tienda de ultramarinos y mercería cercana a la plaza. Al fondo del establecimiento, junto a los sacos de legumbres y cajas apiladas de bobinas de hilo y botones, una ventanilla con rejas de hierro servía como oficina de correos. Carlota se acercó con pasos medidos, intentando inútilmente no llamar la atención.

—Buenos días, señora —saludó por mera cortesía el encargado, un hombre de barba rala y ojos inquisitivos.

—Buenos días —respondió ella, deslizando el sobre por encima del mostrador—. Quisiera enviarlo a Madrid.

El hombre tomó la carta y la pesó en una balanza de latón antes de calcular el franqueo.

—¿Se lo enviamos certificado?

Carlota vaciló. Un envío certificado requeriría el registro del remitente. No, no podía correr ese riesgo.

—No es necesario.

Sacó unas monedas del bolsillo y las dejó sobre el tablero. Esperó.

Sintió una punzada de inquietud cuando el encargado examinó el sobre.

—¿Quiere añadir su dirección por si hay que devolverlo?

Carlota negó con la cabeza.

—No. No hace falta.

El hombre encogió los hombros y estampó el sello de correos sobre la carta. El ruido del cuño golpeando el papel le pareció definitivo, irremediable.

Se dio la vuelta con rapidez y se encaminó a la puerta. Pero antes de cruzarla, un pensamiento la detuvo en seco. ¿Y si Rodolfo o Rebeca intentaban responder? ¿Y si la buscaban? Había luchado por su anonimato, por su refugio, soportando un viaje lleno de adversidades y habiendo cambiado de identidad en un pueblo que no conocía hasta que llegó a él. Necesitaba comunicarse con ellos, pero...

Se volvió, con la determinación temblorosa de echarse atrás golpeándole en el pecho.

—Perdón... —musitó.

El encargado la miró con una ceja enarcada.

—Me he equivocado —dijo, alargando la mano hacia el sobre—. No lo enviaré.

El hombre bufó con resignación y se lo devolvió. Carlota lo tomó y lo guardó rápidamente en el pliegue de su falda antes de salir con paso acelerado.

Ya en la calle, se detuvo a respirar. Había sido un error. Era demasiado pronto para arriesgarse. Demasiado peligroso. Por ahora, allí estaba segura.

Se alejó de la plaza, sintiendo la constatación de las cartas ocultas contra su cuerpo, como un recordatorio de todo lo que aún no podía permitirse. Una evidencia de cuál era, en verdad, su realidad, que debía asumir sin fisuras. Aceptarlo dolía, pero más aún le dolería romper el frágil equilibrio que la mantenía a salvo.

Porque, a veces, sobrevivir significa caminar en la dirección contraria a la que dicta el corazón.

# Capítulo 10

*Palacio de los marqueses de Peñaflorida, Madrid, verano de 1897*

El tintineo de una cucharilla golpeando la porcelana resonaba con pausada cadencia en el comedor. La vajilla dispuesta con esmero, el mantel bordado, el pan apenas desmigajado en su plato... Todo estaba en su lugar. Todo, excepto ella. Otro día más sin ella.

El marqués alzó la mirada hacia la silla vacía frente a él. Hacía semanas que Carlota no estaba y, sin embargo, su ausencia seguía pesando en la casa como un perfume cuya intensidad hace que no se disipe del todo.

Una mueca se formó en sus labios. Su esposa debería estar en Sevilla, en el retiro discreto que había arreglado para ella en una casa de arrepentidas, el castigo definitivo para lo que le había hecho pasar. Lejos de Madrid, lejos de rumores y humillaciones. Pero no. Carlota se había esfumado.

—¿No va a tomar nada más, señor?

El mayordomo aguardaba junto a la puerta, atento a cada mínimo gesto. Don Julián dejó caer la cucharilla sobre el platillo con un leve tintineo y se incorporó lentamente. La chaqueta le crujió en los hombros al ponerse en pie.

—No. Puedes retirarlo.

Cruzó la estancia y se detuvo frente a la ventana. Afuera, el verano madrileño desdibujaba la ciudad bajo una luz áspera, un gris sucio que ahogaba hasta las cornisas de los edificios. Los malintencionados cotilleos resonaban en su cabeza igual que un yunque en una fragua. En el despacho del ministerio, que con tanta frecuencia visitaba, las miradas y los murmullos detrás de las puertas le habían llegado nítidos: «Pobrecillo», «Menuda deshonra si eso es cierto», «¿Cómo va a serlo? No puede ser», «¿Quién sabe? Pero el caso es que a doña Carlota hace tiempo que no se le ve el pelo por ninguna parte», «Los Valderroca... ¡Qué escándalo!», «Pues sí, porque parecían otra cosa»...

Se llevó la mano al bigote y lo alisó con un gesto automático sintiendo un nudo en el estómago y la rabia anidando en el corazón como si fuera una enfermedad crónica. Carlota le había traicionado no solo con su fuga, que dinamitaba su autoridad, sino con la burla que llevaba implícita su desaparición. Su control sobre ella había sido un espejismo.

Inspiró hondo. El aire le supo a polvo y a rencor. Se giró despacio, mientras un pensamiento frío se le clavaba en la mente: si no estaba en Sevilla..., ¿dónde demonios estaba? Y peor aún, ¿con quién?

El nombre le quemó en el pecho: Rodolfo. Más dañino que un disparo sordo.

Se obligó a recomponerse. Si alguien podía encontrarla, era don Gregorio. No había hombre con más ojos en la ciudad, y fuera de ella, que su viejo amigo.

—Gregorio —susurró, dirigiéndose a su despacho. Si su esposa creía que podría escaparse tan fácilmente, es que todavía no conocía lo que era estar realmente atrapada.

***

*Bodegas Valderroca, Navalcarnero, Madrid, verano de 1897*

El viento sacudía los viñedos, doblando los sarmientos desnudos con un chasquido seco. Rodolfo dejó la copa de vino sobre la mesa y apoyó los codos, frotándose las sienes con las manos ennegrecidas por la tierra.

Había sido un día largo en las bodegas. Revisar las barricas, atender a los jornaleros, negociar con los distribuidores... Pero la fatiga real no estaba en su cuerpo, ni tampoco en el exceso de trabajo.

Sentía impaciencia y angustia por la falta de noticias.

Carlota...

En la memoria, su larga melena castaña cayéndole por la espalda desnuda la primera vez que se atrevieron a cruzar la frontera de lo prohibido, de lo que no podía estar peor visto, que les permitió adentrarse en una senda en la que hallaron el amor más intenso y puro que pueda existir. Lo que hicieron se consideraba pecado, pero poco les importó frente a la grandiosidad del sentimiento que descubrieron.

Había pasado mucho tiempo y seguía sin saber nada. Solo que había desaparecido de nuevo. Lo más parecido a una posible evidencia tenía forma de rumores difusos. Don Julián la había enviado lejos, eso decían. Un marido que barre la mancha de una vergüenza. Pero ¿dónde estaba? ¿Se encontraba bien? ¿Seguía viva? ¿Se habría olvidado de él?

Un golpe en la puerta le sacó de su ensimismamiento. Era Gabriel, su capataz.

—Señor, los de la taberna dicen que mañana llega un nuevo cargamento desde Madrid. Quizás haya novedades en las cartas.

Cartas...

Cartas que nunca llegaban, novedades que nunca eran suficientes.

Nunca, nunca...

Nunca.

Rodolfo asintió, aunque sin esperanzas.

—Gracias, Gabriel. Puedes retirarte.

El hombre inclinó la cabeza y salió, dejando a Rodolfo con su copa y sus pensamientos hundiéndose en ella.

Se levantó y caminó hacia la ventana. La luna iluminaba los viñedos, que cobraban forma de un mar de sombras. Recordó la última vez que la vio allí, entre las hileras de vides, cuando aún creían que el mundo podía plegarse a sus deseos.

Golpeó el marco de la ventana con los nudillos, exhalando con frustración.

No podía seguir esperando.

Si ella no le escribía, sería por una poderosa razón ajena a su voluntad, así que él tenía que buscarla.

Y por Dios que la encontraría.

# Capítulo 11

## *Cangas de Onís, Asturias, últimos días del verano de 1897*

La niebla baja sobre el río Sella —¡cómo era posible que la hubiera en esa época del año!, pensó— envolvía la base del puente romano con una pátina de irrealidad.

El sonido del agua, revuelta por las lluvias recientes que anticipaban el inminente olvido del verano, era el único murmullo constante en el aire, hasta que un grito rasgó la mañana y alteró el tranquilo paseo de Carlota.

—¡Auxilio! ¡Que alguien me ayude!

Se detuvo en seco. Al asomarse a la ancha baranda de piedra vio, en la orilla del río, a un hombre luchando por sostener a otro, un joven de ropas empapadas y piel cenicienta, que tiritaba con violencia. El agua bajaba con fuerza poniendo difícil poder sortearla.

Carlota no lo pensó. Descendió por las resbaladizas piedras del puente y corrió hacia ellos.

—Tome esto —dijo, sacándose el chal y entregándoselo a quien intentaba auxiliar al herido.

El hombre la miró sorprendido, pero aceptó sin vacilar. Acabó de tirar del chico, que apenas podía mantenerse erguido, con un último movimiento brusco para salvarlo, y lo cubrió rápidamente con el chal.

—Gracias —murmuró, ajustando la tela sobre los hombros temblorosos del muchacho. Luego, volviéndose hacia Carlota, añadió —: El pobre ha tenido suerte. Si el agua lo llega a arrastrar unos metros más..., no sé qué habría sido de él.

Carlota no apartaba la vista del joven, que comenzaba a recuperar el color en las mejillas.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Intentaba recoger agua del río. La orilla es traicionera cuando ha llovido tanto. Se resbaló y cayó —explicó el hombre con voz tranquila, aunque sus ojos reflejaban la tensión del momento—. Vamos, levántate poco a poco —añadió, ayudando al muchacho a incorporarse—. Te llevaré conmigo a la consulta. Allí podré explorarte más a fondo.

La forastera lo observaba con atención. El salvador del chico no era joven, pero tampoco viejo. Debía de andar por los cuarenta y tantos años. Tenía un rostro curtido por la vida y la serenidad que confiere haber visto demasiado como para dejarse llevar por la prisa y rendirse a la resaca de salir de un atolladero. Vestía de manera sencilla, sin ostentación, pero había algo en su modo de hablar y moverse que indicaba que no era un hombre común del pueblo.

Le extrañó que se ofreciera a «explorarlo».

—Soy el doctor Esteban Alonso —dijo, adivinando su curiosidad—. Y usted...

—Mercedes —respondió ella de inmediato, aferrándose a su nuevo nombre.

—Así que es nuestra nueva vecina. He oído hablar de usted en el pueblo.

—No me extraña, en un pueblo como este, cualquier novedad se convierte en la comidilla.

—No somos diferentes a otros, se lo aseguro. Le agradezco su ayuda, doña Mercedes. Más de uno habría salido corriendo ante una situación difícil como esta.

Carlota percibió que había encontrado a alguien que probablemente no haría preguntas, pero que tampoco daría la espalda a un contratiempo. Aunque era pronto para saber que acababa de encontrar a su primer amigo en Cangas de Onís, pudo intuirlo. Fue un pálpito.

No hay que negarse a las sensaciones que nos asaltan de improviso; esas que llegan sin que nadie las haya buscado.

Esteban ajustó mejor el chal sobre el joven y, al volverse hacia ella, habló con un tono templado por la calma de quien lleva años lidiando con lo inesperado.

El rumor inquieto del río se mantenía de fondo.

—No podemos saber cuándo y en qué lugar naufragaremos, que suele ocurrir en el momento más inesperado. Pero, para lograr salir del agua, es de sabios agarrarse a la orilla que encontremos.

Carlota sostuvo la mirada, removida por la reflexión del médico.

—Aunque esa orilla no sea la que uno esperaba —murmuró. El doctor asintió despacio. Parecía conocer bien ese tipo de resignación —. Supongo —añadió ella— que lo importante es que haya alguien esperando en esa orilla.

Antes de responderle, Esteban la observó con atención y, por un instante, sus facciones, tan marcadas por el tiempo, se suavizaron de repente.

—Lo normal es que no lo haya.

Carlota se cruzó de brazos, más para protegerse del fresco matinal que de la conversación. Aquel desconocido, sin proponérselo, había alcanzado con un dardo invisible una grieta de su interior que no dejaba mostrar a nadie.

—Yo solo pasaba por aquí —intentó restarle importancia.

Esteban esbozó una sonrisa discreta.

—Y actuó cuando otros habrían pasado de largo. Eso también dice mucho.

—Usted tampoco dudó —respondió ella.

—Lo mío no tiene mérito, soy médico. —El joven herido hizo un pequeño movimiento y Esteban volvió a centrar su atención en él. Luego, antes de despedirse, añadió—: Pase algún día por la consulta. Me gustaría saber más de usted. No como médico, sino como vecino.

—¿Y qué le hace pensar que hay algo que deba contar?

—Nada —respondió mientras comenzaba a caminar con el joven apoyado en su hombro—. A veces hablar con alguien ayuda a soltar lastre. Imagino, no sé.

Carlota desvió la mirada hacia el río, que seguía su curso, transparente y brioso, sin descanso.

—Ya veremos —se limitó a decir.

Esteban no insistió. Le dedicó una última mirada que dejaba abierta una puerta, y comenzó a caminar despacio, ayudando al joven a seguirle el paso. Cuando sus siluetas desaparecieron entre la ligera neblina, Carlota respiró hondo y, por un instante, sintió que quizás ya no estaba tan sola.

Solo quizás, por el momento.

Dio por terminado el agitado paseo. Decidió regresar a casa y, mientras lo hacía, se hizo ver a sí misma lo absurdo de pensar en un posible acercamiento amistoso a un extraño. Porque, en aquel momento, la soledad era el principal aliado de su nueva identidad y de su imperiosa necesidad de no ser reconocida.

***

Esteban había recalado en Cangas de Onís muchos años antes, buscando el mismo refugio que ahora buscaba Carlota. No hablaba demasiado de su pasado, pero ella presintió que también había conocido el desarraigo, la trascendencia de las decisiones difíciles, el vértigo de empezar de nuevo. No obstante, a diferencia de la recién llegada, había encontrado la manera de convertir su inescrutable historia en algo útil para los demás.

Era un hombre de presencia serena, de ademanes tranquilos y mirada clara, alguien que no necesitaba alzar la voz para hacerse oír. Se dedicaba a la medicina con una entrega prudente, atendiendo a quien lo necesitara sin preguntar si podía pagar. Su proceder le había valido el respeto de los habitantes del pueblo, que confiaban en él incluso más que en el propio párroco, don Fermín, que era mucho decir. Si Esteban afirmaba que una fiebre se curaba con reposo y caldo caliente, no había discusión posible; si advertía que el agua del río debía hervirse antes de beberla, nadie osaba desafiar su consejo. Y así con cualquiera de sus aseveraciones. No era muy dado a reuniones ni fiestas, pero en cada casa había alguien que, en algún momento, le debía algo que, por supuesto, él no estaba dispuesto a cobrarse.

Le gustó a Carlota que pareciera ser un hombre que, con sus reservas, encajaba en un lugar como aquel. Tenía algo el pueblo, al igual que el río y las montañas, que lo hacía misterioso y bello. Un sitio hecho para el recogimiento. El silencio. El escenario idóneo para ordenar pensamientos y vivencias que en cualquier otro rincón del mundo estallarían como proyectiles sin dirección.

El lugar perfecto para la huida. Allí donde nadie, que no quisiera, podría ser encontrado.

***

La mañana amaneció en calma. Era temprano. En la casa de huéspedes de Rosa, el sonido las espuelas de las botas tintineando al rozar la madera del suelo sobresaltó a Carlota, que saboreaba un tazón de leche templada. Desayunaba siempre en casa, pero ese día se le había ocurrido pasar a saludar a Rosa antes de dirigirse al mercado. Un impulso sorprendente en ella, que vivía en perpetua reclusión evitando relacionarse demasiado con la gente.

Se quedó inmóvil, con la cuchara suspendida en el aire y el gesto congelado. Al ver a los hombres, el corazón le dio un vuelco. Dos guardias civiles. Allí estaban, caminando hacia ella con sus tricornios relucientes bajo la luz tenue de la mañana y el brillo metálico de las hebillas del uniforme que parecía acentuar la rigidez de sus figuras.

Rosa, tras el mostrador, los saludó con naturalidad.

Uno de los agentes asintió con una leve inclinación de cabeza, sin molestarse en deshacerse del capote verde de cuello alto.

—Buenos días, señores. ¿Han madrugado más de la cuenta?

—Buenos días, Rosa. El bar de la plaza está cerrado. No ha abierto ni las contraventanas —dijo el más veterano, dejando el tricornio sobre la silla.

—Y yo que contaba con ese café... —añadió el joven, con gesto malhumorado, dejando escapar un bufido quejoso—. Nos ha dejado sin desayuno.

—¿Cerrado, dices? Pues aquí no les va a faltar de nada, ya lo saben —respondió Rosa, mientras ya les estaba preparando un gran cazo de café que sirvió a cada uno en tazas desparejadas.

—Eso esperamos. Llevamos desde anoche sin probar bocado.

Carlota contuvo el aliento. ¿El bar cerrado? ¿No habría sucedido algo? ¿Y si estaban buscando a alguien? Apartó lentamente la mirada de los agentes, intentando controlar el temblor en las manos y disimular el pánico que se había apoderado de ella. El corazón le

latía con fuerza desacompasada, como si se le hubiera encaramado a la garganta. ¿Por qué se le ocurriría ir a desayunar donde Rosa justo esa mañana? Mantuvo la cabeza baja, clavando los ojos en la jarra de leche, deseando volverse invisible. Aunque no había cometido delito alguno, el miedo con el que vivía era constante, un aliento húmedo instalado en la nuca. Bastaba con que alguien escribiera una carta. Una denuncia. O ni siquiera eso. Bastaba con que algún desconocido llegara al pueblo buscando a una mujer que no fuera de allí, una forastera. Bastaba con que uno de esos hombres pronunciara su nombre o proporcionara su descripción.

No eran pocos los recursos, ni las malas ideas, de Julián, a lo que se añadía la demostrada maldad de don Gregorio.

Los guardias tomaron asiento a escasos metros de ella, sin prestarle atención. Carlota no se atrevía a moverse. En el silencio que siguió, el crujido de su silla de madera le pareció un disparo.

—¿Y del cura nuevo qué se sabe? —preguntó el guardia más joven.

—Dicen que viene desde Amieva. En mula. Como si estuviéramos en tiempos del emperador don Carlos —respondió el otro, resoplando—. Digo yo que vendrá en procesión.

Rosa soltó una risita breve, mientras servía las tazas. Carlota tragó saliva. ¿Sería cierto lo del cura? ¿O hablaban en una clave que ella desconocía?

—Esta noche no me he fiado. Le he dicho a María que no saliera a ordeñar sola —comentó el veterano—. Anoche se escapó un ternero en Covadonga. Lo encontraron en el camino del monte, todo arañado.

Carlota cerró los ojos un instante. Hablaban de un ternero. No de ella. No decían su nombre.

—Pues si sigue este tiempo, tendremos otra semana entera de lluvia. Y sin luna.

—Justo como pasó en San Antonio. Mira tú qué gracia. Vaya fiestas las de este año. ¡Qué desastre!

El café humeaba ya en las tazas. El joven dio un primer sorbo largo y se recostó en la silla.

—Nada como el café de Rosa, ¿eh?

—Y sin moscas, que en el de la plaza ya se cuelan hasta en el pan —dijo el otro.

Carlota aflojó al fin la presión de los dedos sobre la servilleta. Solo entonces se dio cuenta de que se le había dormido una pierna. Cuando escuchó la voz tranquila de Rosa preguntándoles por sus mujeres, notó cómo el nudo en el estómago empezaba a aflojarse. La tensión se disipaba, pero el temblor aún se le adhería a los músculos, como si su cuerpo no hubiera recibido aún la noticia de que no tenía de qué preocuparse.

—Bueno, ¡vámonos! Que no podemos perder aquí la mañana.

—Dónde iban a estar mejor que aquí —bromeó Rosa—, y lo del nuevo cura no lo tengo yo tan claro. Si piensan que don Fermín se jubilará, van listos.

—Pues ya le va tocando, al hombre —comentó el más joven.

Se levantaron y lanzaron al aire un saludo que no iba dirigido a nadie, simplemente por despedirse del sitio.

—Hasta más ver, agentes. Ya saben dónde estamos, que parece que se les olvida con demasiada frecuencia.

Al pasar junto a su mesa con la bandeja vacía, Rosa apoyó ligeramente los dedos sobre el hombro de Carlota, sin detenerse a mirarla. No dijo nada. No hacía falta. Había notado su temblor, y con ese gesto sencillo le estaba diciendo que todo estaba bien.

La muchacha se quedó clavada en la silla, agotada de la tensión, como si acabara de sobrevivir a un naufragio en un océano agitado por gigantescas olas.

# Capítulo 12

Más allá de algún desayuno ocasional con Rosa, el médico era la única persona con la que Carlota estaba decidida a entablar una relación, eso sí, no demasiado estrecha.

Esteban no hacía preguntas, no forzaba a hablar ni insistía en verla. Simplemente, le ofreció un lugar entre los suyos, incluso un espacio que quedaba ajeno a las muchas miradas esquivas de los aldeanos. Exactamente lo que la joven necesitaba.

Se empeñó en hacerle partícipe de la vida del pueblo, como el mercado dominical, el encuentro más trascendente que podía darse por aquellos lares, junto con la feria de ganado, que tenía lugar en el campo de San Antonio.

—Este *concello* es tierra de labor, zona de vega. Verá qué buenas patatas y qué rico maíz se venden en este mercado.

—Si tan buenos están, me temo que no podré resistirme a comprar.

—Ya me contará si yo tenía razón.

—¡Seguro que la tiene!

La risa de la joven ese domingo le resultó a Esteban la vía de entrada a un soplo de frescura que le removió algo por dentro.

—Otro día iremos al mercado de los gochos —le propuso—. ¡Tiene que conocerlo!

—¿Eso qué es? —preguntó Carlota, aguantando la risa—. ¿Así se le llama a un mercado?

—Significa mercado de los cerdos. Ahí es donde se compran y se venden. Para la gente de la zona es muy importante, ya habrá visto que aquí la ganadería es una fuente de sustento.

—De momento no necesito ningún cerdo, sinceramente —continuó con el buen humor.

—Nunca se sabe...

El médico le siguió el hilo de su tono, sintiéndose bien como hacía tiempo que no recordaba.

Sus encuentros, con la misma calma con la que discurría el río Güeña, fueron avanzando en frecuencia, para satisfacción de Esteban.

—¿Ha tenido ocasión de visitar Covadonga? —le preguntó una tarde mientras recogían heno en el campo.

—No. ¿Es un pueblo cercano?

Esteban sonrió.

—Es un santuario. La imagen de la Virgen de Covadonga está literalmente metida dentro de la montaña, entre gigantescas rocas. El lugar es precioso, aunque el camino para llegar puede resultar tortuoso. Dicen que fue allí donde nació el reino de Asturias. Gracias a don Pelayo, los musulmanes se marcharon después de haber sido derrotados en la batalla de Covadonga. Y él se estableció aquí, en Cangas de Onís.

—No es mal sitio. Ese don Pelayo era un tipo listo —bromeó Carlota—. Entonces, ¿merece la pena ir, a pesar del viaje?

—¡Ya lo creo! No puede marcharse de aquí sin conocer Covadonga.

—Nadie ha dicho que vaya a marcharme. ¿O es que ya me quiere echar del pueblo? —replicó en tono jocoso.

—Nada más lejos de mi intención. —El doctor rompió su habitual reserva—. Todavía no me ha contado cómo es que decidió venir a

vivir a Cangas de Onís.

—Ningún lugar en el mundo mejor que este, me dijo alguien nada más llegar.

—Creo que puedo imaginar quién fue —comentó Esteban, riendo —. Pero sorprende que una mujer tan joven, sola, acabe en este pueblo.

—Ya le dije que soy viuda. Y si no se lo dije, se lo digo ahora.

—¿No tiene a nadie en ningún otro lugar? Cuesta creerlo.

—A veces, las cosas son más sencillas de lo que uno cree.

—No le llevaré la contraria. Posiblemente sea así, como usted dice. —Esteban se veía un hombre sencillo, sin dobleces. Eso le gustaba a Carlota—. ¿No estará escondiéndose de algo?

—No, claro que no. No hay nada turbio, ninguna razón oculta, en mi decisión de establecerme en Cangas —mintió, e intentó parecer relajada—. Lamento decepcionarle.

—No sé, algo me dice que no me cuenta toda la verdad. Pero ¡discúlpeme! No estaré importunándola, ¿verdad?

—No se preocupe, Esteban. Entiendo que mi presencia llame la atención, pero, como le digo, no hay nada que no sea el deseo de vivir en el mejor lugar del mundo.

—Eso le ha calado, ¡esta Rosa!...

—¿Dónde ponemos lo recogido? —preguntó Carlota, queriendo derivar la conversación por derroteros alejados de la curiosidad del médico, que a ella le estaba resultando molesta.

—Pues, ¿sabe qué le digo? En mi humilde opinión, creo que esconderse no es suficiente, doña Mercedes —le dijo, sin apartar la vista de su tarea—. El dolor no desaparece por mucho que uno cambie de lugar, y es evidente que, venga de donde sea que viene, trae dolor consigo. Es mejor darle un propósito a ese dolor, se lo digo como médico.

A Carlota, sorprendida por el atrevimiento de Esteban, le incomodó reconocer que su observación fuera tan certera. Se detuvo para mirarlo de frente. Había algo en su tono que no admitía réplica, pero tampoco juicio.

—¿Qué le hace pensar eso? —rectificó enseguida—. En realidad, ¿sabe lo que creo yo? Que no es asunto que a usted le deba concernir.

—Perdone si la he ofendido. Tiene razón, no es de mi incumbencia.

Durante unos minutos prosiguieron con el heno en silencio y sin mirarse. Hasta que Carlota preguntó, más para sí misma que para él:

—¿Cómo se le da un propósito al dolor?

Esteban dejó la horquilla a un lado y se incorporó, sacudiéndose la camisa. Se tomó su tiempo antes de responder.

—Hay quienes lo usan como excusa para volverse crueles. Otros se dejan consumir hasta que no queda nada de ellos, solo quieren destruirse a sí mismos. Y luego están los que lo transforman en algo que ayude a los demás. No diré que sea fácil, pero es lo único que nos mantiene cuerdos a algunos de nosotros, entre los cuales me incluyo.

Ella fingió concentrarse en atar un manojo de heno. Sentía la garganta oprimida.

—¿Eso es lo que hizo, transformarlo en ayuda a los demás? —murmuró.

Esteban le dedicó una sonrisa breve.

—Digamos que lo intento cada día. —Carlota no respondió, pero esas palabras quedaron resonando en su interior—. Créame que le hablo desde mi experiencia con la pérdida y la culpa —continuó

Esteban—. Ya he andado ese camino y sé para lo que sirve: para nada.

—¿Qué perdió? —Carlota fue rápida preguntándole.

—Eso ahora no importa. —El médico agachó la mirada.

Aquel hombre de aspecto sencillo, de voz contenida, le estaba mostrando un camino. No le decía qué hacer ni le ofrecía consuelo vacío. Simplemente le recordaba que, aunque el dolor era inevitable, el destino de ese dolor aún estaba en sus manos.

—No debería dejar que sea el dolor lo que la defina, doña Mercedes. O al menos que no lo haga eternamente.

—La eternidad no existe. La muerte nos corta esa posibilidad.

—Se equivoca —aseveró Esteban con un gran convencimiento—. Cuando muere alguien a quien quieres, su recuerdo puede prolongarse hasta el infinito, sin límites. ¿Y qué es, sino eso, la eternidad?

Entonces Carlota sintió una repentina punzada al pensar en el ser más amado que le habían arrebatado en la Casa del Pecado Mortal.

Y en Rodolfo Valderroca, cuyo recuerdo le dolía de un modo distinto: no como una herida, sino como un destino truncado.

# Capítulo 13

La lluvia caía sin tregua aquella tarde sobre las callejuelas empedradas y se iba transformando en tormenta. El mercado, que solía ser bullicioso incluso bajo cielos nublados, se había ido vaciando a medida que el aguacero se volvía más feroz. Carlota se había quedado atrás, indecisa, resguardada bajo los arcos que cobijaban los puestos. El agua le calaba ya hasta los huesos, y la fina toquilla que portaba sobre los hombros apenas servía de abrigo.

Fue entonces cuando Esteban, al salir de la tahona, la vio. Dudó de si acercarse, sosteniendo un paraguas que apenas lograba contener la furia del aguacero.

Finalmente lo hizo.

—No es tarde para buscar refugio más digno que este —le dijo, señalando con la cabeza una pequeña tienda al otro lado de la plaza.

Carlota vaciló, pero no había muchas más opciones para guarecerse. Caminó junto a él bajo la protección escasa del paraguas hasta llegar al establecimiento. El sonido de la campanilla anunció su entrada cuando Esteban empujó la puerta de madera.

Dentro, la penumbra resultaba acogedora. Estanterías repletas de telas, botones y pequeños artículos de mercería poblaban el pequeño local, impregnado de un efluvio cálido a café y madera vieja. Tras el mostrador, los recibió una mujer de cabello canoso —un desafío para su juventud— y gesto amable.

—¡Menudo chaparrón! Pasen, pasen, que aquí al menos no se calarán, aunque parece que ya lo están —dijo, sirviendo dos tazas

de café que humeaban sobre la mesita redonda junto al ventanal.

—Hemos entrado en el paraíso.

—¿Usted es la forastera, verdad?

—Bueno..., creo que sí. Soy Mercedes.

—Y yo Isabel —se presentó la mujer haciendo un alarde de hospitalidad—. Aquí tiene su casa, para lo que necesite.

—Tómele la palabra —intervino Esteban—. Seguro que en cualquier momento algo de lo que tiene Isabel en su tienda podría interesarle. Hágame caso. Nadie como ella conoce las necesidades de la gente de este pueblo.

—Lo haré.

—¡Ya sabe! —insistió Isabel—. Para lo que necesite.

Ambos se sentaron frente a frente, en el velador junto a la ventana, rodeados por el repiqueteo insistente del agua sobre los cristales.

—El marido de Isabel trabaja en las minas de Buferrera.

—No sabía que hubiera minas aquí.

—Las hay y bien importantes. Desde hace más de veinte años, aunque han pasado por muchas vicisitudes. Extraen sobre todo hierro y manganeso, aunque por aquí también hay carbón, y para el pueblo ha supuesto una gran inyección económica.

—Nadie sabe de inyecciones como un médico —bromeó tímidamente, y ambos acabaron riendo.

Las vicisitudes a las que se refería Esteban eran el cambio de manos y sus consecuencias desde que en 1870 comenzara a explotarlas una compañía franco-belga. Después vinieron los ingleses; al frente, un tal Harry Vaughan, fundador de Asturiana Limited, compañía que al poco fue liquidada para dar paso a una más importante que cambió la vida de la zona: The Asturiana Mines

Limited. Tanto fue así que la explotación minera había supuesto la creación de dos nuevos núcleos de población: Buferrera y Comeya.

Después, durante un rato, Carlota y Esteban solo compartieron sorbos silenciosos y el refugio que les ofrecía el grato comercio de Isabel.

Fue el médico quien rompió ese silencio.

—Hay días en los que uno se siente más solo que otros. Hoy es uno de esos días, ¿verdad? —comentó, sin mirarla del todo, concentrado en el vapor que se escapaba de su taza.

Carlota bajó la mirada hacia sus propias manos, frías, pese al calor del café.

—Supongo que sí... Aunque, para algunos, la soledad es más bien una costumbre.

Él levantó los ojos, atentos, pero no invasivos.

—¿Siempre ha sido así?

—¿Perdón...? —se hizo la distraída.

Se debatía entre el impulso de cerrar la conversación o dejarse llevar por la complicidad que le tendía el médico.

—Quiero decir que me parece que es muy joven para estar acostumbrada a la soledad.

—No siempre ha sido así —quiso dejarlo claro—. Pero desde hace un tiempo... sí. —Hizo una pausa, buscando las palabras—. A veces me pregunto si, después de ciertas pérdidas, es posible volver a ser parte de algo... O de alguien.

—O, por qué no, de algún lugar —se apresuró a añadir Esteban.

—Claro..., y por qué no.

La luz tenue de la tienda parecía abrigarlos lejos del mundo exterior. Esteban sonrió, sin más, entendiendo sin necesidad de preguntar.

—Reconozco que no lo sé —comentó la joven—. Tal vez solo se aprende a convivir con ello. —Carlota lo miró, sorprendida por la serenidad con la que le estaba hablando a Esteban, quien, en el fondo, no dejaba de ser un desconocido—. ¿Y usted? ¿También convive con algo similar?

Él esbozó una media sonrisa, cargada de melancolía.

—No soy de los que cuentan batallas a la primera tormenta. Pero sí, en cierto modo, uno aprende a vivir después de una gran pérdida.

Tranquila, Carlota sostuvo su mirada. Había en Esteban un eco familiar, como si ambos compartieran la misma marea interior.

—Gracias por esto —dijo Carlota, señalando la taza—. Y por el paraguas.

—No es nada. Simplemente la casualidad quiso que nos cruzáramos bajo una lluvia que por aquí es muy habitual —respondió él, intentando agradarle.

Durante un instante, la tienda entera pareció quedar atrapada por un vacío de palabras, salvo por el murmullo persistente del aguacero, que seguía azotando sin clemencia en el exterior. Pero dentro, al abrigo de la penumbra y el aroma del café, ambos sintieron que la distancia que solían guardar con el mundo había menguado, al menos por aquella tarde.

***

Mientras Carlota se cobijaba del agua en la pequeña tienda de Cangas de Onís, en otro punto del mapa, Madrid se extendía gris y sin alivio, como una promesa rota.

Rebeca avanzaba entre los soportales de la plaza Mayor, donde el empedrado, alisado por el paso de los siglos y las lluvias recientes que se resistían a remitir, reflejaba el color acerado del cielo. Bajo su

capa, las manos le temblaban, a pesar del esfuerzo por mantener la compostura. Había salido de casa sin rumbo fijo, empujada por la asfixia de las paredes y el silencio.

Desde la desaparición de Carlota, los días se habían vuelto largos, las habitaciones parecían más frías y la ciudad, más apelmazada. Ni el fuego encendido en el salón ni las conversaciones de compromiso que compartía con algunos conocidos, cargadas de mutismos incómodos y frases dichas por costumbre, lograban borrar la sensación de vacío que, poco a poco, se le había ido instalando en el cuerpo igual que si fuera una sombra persistente y pesada.

Cruzó la plaza y bajó por la calle Mayor, sin pensar, dejándose guiar por el impulso de caminar hasta el cansancio. La fina cortina de agua que caía le empapaba la falda y la capa, pero no era suficiente para detenerse. Caminaba sin parar. Necesitaba moverse para escapar de algo que no sabía nombrar, un peso que le oprimía el pecho desde hacía semanas.

Una opresión causada por la ausencia que tenía nombre propio: Carlota.

En la esquina de una callejuela se refugió bajo un soportal junto a una tienda cerrada, mientras observaba a un anciano que arrastraba su carro de madera, calado hasta los huesos. Madrid, con sus tejados negros y sus sombríos patios encerrados entre rejas de hierro, se le antojaba esa tarde un espacio ajeno en el que todo lo que la rodeaba pertenecía a otra vida.

Sin saber por qué, sus pasos la llevaron hasta la iglesia de San Pedro, donde las campanas se mostraban más mudas que nunca. Iba decidida a entrar, pero se arrepintió en el último momento. Permaneció fuera, bajo un saliente, mirando la puerta entreabierta. Le bastó ese gesto para sentir que no habría plegaria capaz de aliviar la inquietud que la carcomía.

Desde allí, entre la neblina y la bruma que trepaba por las fachadas, más allá del laberinto de tejados y patios, el Manzanares descendía lento y turbio. Rebeca albergó la seguridad de que ningún refugio —ni la ciudad, ni los recuerdos, ni tampoco la sombra lejana del río Manzanares, apenas un trazo gris que serpenteaba hacia el sur— le ofrecería respuestas.

Y mientras el viento le revolvía el cabello y la capa empapada se le pegaba al cuerpo, tuvo la inquietante certeza de que lejos, bajo la misma tormenta que cruzaba media península, Carlota debía de estar, como lo estaba ella, resguardándose de la lluvia... y de todo lo que quedaba por venir.

Lejos... En Cangas de Onís, Carlota observaba a Esteban mientras un trueno partía en dos el cielo asturiano.

# Capítulo 14

## *Palacete de los marqueses de Peñaflorida, Madrid, seis meses más tarde, febrero de 1898*

Don Julián y don Gregorio. Dos hombres poderosos y una amistad tan inquebrantable como interesada, que no venía de demasiado lejos. Se conocieron en uno de esos salones cargados de humo y veladuras, donde la élite madrileña mezclaba sin recato la ambición con el cinismo. Corría la primavera de 1882 y la capital, aún rezumando la penumbra de la Restauración, se desmoronaba y alzaba al mismo tiempo sobre los escombros de viejos barrios y las nuevas avenidas que prometían modernidad.

Don Julián, marqués de Peñaflorida, acostumbrado a moverse entre alfombras persas y despachos de pesados cortinajes y valioso mobiliario, divisó entre la multitud a un hombre que desentonaba sutilmente en aquel entorno de apellidos compuestos y sonrisas afiladas. Gregorio Gómez, aún sin el peso que otorgan las décadas de experiencia ni la templanza de la madurez, exhibía una seguridad cruda, sin elaborar, la que otorgan las calles y los tratos cerrados en despachos con luz de gas y ambiente de papel mojado. Nada que ver con don Julián. A diferencia de este, cuya posición social le venía dada, la fortuna de don Gregorio era fruto de su olfato para los negocios turbios y su capacidad para moverse en las sombras del sistema político, donde anidaba la corrupción.

Gregorio Gómez provenía de una familia modesta de Castilla, hijo de un pequeño comerciante y una costurera. Desde muy joven se vio obligado a abandonar la escuela para ayudar en los negocios familiares. Su ambición y talento natural para los números, y unas excepcionales dotes para la negociación, le permitieron ascender rápidamente en los círculos mercantiles de Madrid. Medrar puede llegar a convertirse en una profesión.

En sus primeros años, trabajó como empleado en una empresa de suministros para el ejército, donde aprendió los entresijos de los contratos públicos y las oportunidades comerciales que ofrecía la burocracia estatal. Se las apañó para hacerse un hueco entre los contratistas de obras públicas y suministros militares durante aquel período de la Restauración.

Con los beneficios de las primeras transacciones fundó su propia empresa constructora a finales de la década de 1870; ejecución de infraestructuras urbanas y ferroviarias, un gran acierto, ya que coincidió con la expansión urbana de Madrid y el auge de la red ferroviaria nacional. Fue uno de los primeros empresarios en establecer conexiones con políticos influyentes para asegurarse contratos amañados y concesiones ventajosas sin rubor.

Julián y Gregorio no fueron presentados por cortesía, sino por necesidad. Ambos rondaban, como leones hambrientos, la oportunidad de adueñarse de una concesión del ferrocarril que abriría Madrid hacia el norte; una vía férrea que no solo arrastraría vagones, sino también capitales, favores y, sobre todo, poder.

Al principio, en aquella velada en la que se forjaría la férrea amistad que iba a unirles incluso en el lado oscuro de la vida, se miraron como adversarios. El marqués, desde su pedestal de linaje y tierras heredadas, no pudo evitar cierto desprecio hacia aquel empresario sin escudo ni alcurnia, cuyo acento castellano arrastraba

todavía la cadencia de lo provinciano. Gregorio, por su parte, olfateó en Julián la condescendencia habitual de la aristocracia, pero también intuyó en él algo más profundo: la necesidad imperiosa de conservar una hegemonía que la nueva burguesía, imparable, empezaba a socavar.

Fue una conversación al borde de una partida de naipes en aquella velada la que zanjó la distancia. Ambos comprendieron que en lugar de disputarse el pastel podían repartírselo. A Gregorio no le faltaban los contactos en las oficinas municipales ni la habilidad para engrasar engranajes en las arenas movedizas de los estamentos más turbios. Al marqués, en cambio, le sobraban las relaciones con ministros, directores generales y consejeros de banca. Se necesitaban, aunque a ninguno le agradara admitirlo.

Así comenzó una alianza cimentada no en la lealtad, sino en el cálculo. Gregorio Gómez, curtido en la miseria y la trampa, aprendió a respetar la sangre azul de «don Julián», aunque no sin una mueca de ironía. El marqués, por su parte, llegó a apreciar la falta de escrúpulos de Gregorio, útil para encargarle las tareas con las que no quería manchar sus guantes blancos. Sellaban acuerdos con la frialdad de quienes no saben distinguir si el otro es un socio o un rival al acecho.

Desde entonces compartían más que negocios: compartieron silencios cómplices, información comprometida y, sobre todo, el convencimiento de que, en Madrid, no hay mayor fuerza que la de dos hombres que saben lo que el otro puede perder.

El reloj de sobremesa marcaba las seis y media de la tarde cuando Julián cruzó la estancia de un extremo a otro, midiendo la alfombra con pasos cortos y tensos. Aquel despacho, que solía acoger

reuniones plácidas entre ministros y banqueros, iluminado esa tarde por la luz mortecina que escapaba de una lámpara de gas junto al escritorio, estaba impregnado de un aire pesado, como si la decoración de la estancia intuyera la impaciencia del marqués.

Sobre la mesa, los informes de la Guardia Civil, las cartas de sus contactos y los mapas de caminos y estaciones seguían amontonados sin ofrecerle respuestas. Tamborileaba los dedos sobre el respaldo de una silla, mientras sus pensamientos desbordaban la estancia.

Don Gregorio lo observaba desde el sillón más alejado del suyo, ajeno a la incomodidad del silencio. En la mano sostenía un puro apagado, jugando con él entre los dedos. Sobre la mesilla, una copa de coñac a medio beber.

—No hemos removido medio país para acabar en este callejón sin salida —dijo finalmente don Julián, sin molestarse en disimular el tono agrio—. La quiero aquí, delante de mí. No me importa cómo.

—La hemos buscado en Madrid y por los caminos hacia el sur —respondió Gregorio—. Pensamos que intentaría volver a Andalucía, donde tendría refugios conocidos. Desde Cádiz hasta Toledo, pasando por cada posta y fonda de provincias, ningún rincón quedó por remover. La Guardia Civil, los soplones, los contactos en las estaciones... hasta en las fondas de mala muerte de Salamanca y Valladolid han preguntado por ella. —Hizo una pausa, dejando que el peso del fracaso flotara unos segundos—. Pero, tal vez, doña Carlota sea menos previsible de lo que suponemos. La muy ladina ha desaparecido como humo.

—¿Y qué sugieres? ¿Que nos crucemos de brazos?

—Enviaré más partidas con hombres de confianza que puedan mezclarse entre aldeanos y viajeros sin levantar sospechas.

Julián se detuvo junto a la chimenea, donde unas brasas débiles parecían burlarse de su malestar. Apoyó una mano en la repisa de mármol y se quedó mirando las sombras que proyectaban las molduras en la pared, como si la geometría del estuco fuera a revelarle algún secreto.

—¿Y ahora qué? —preguntó sin volverse—. No puedo permitirlo. Esa mujer no puede quedar libre.

Gregorio se irguió lentamente, dejando el puro sobre la mesa. Se ajustó la chaqueta con parsimonia antes de encaminarse hacia el escritorio y hojeó uno de los informes.

—Nos hemos centrado en lo evidente —dijo, deslizando los papeles hacia un lado—. En lo lógico. Pero quizás haya tomado un camino menos transitado. Pensamos como gente de bien, Julián, pero ella ahora piensa como una fugitiva.

El marqués giró la cabeza y lo observó de soslayo; su ceño, surcado de frustración.

—¿Hablas del norte? —aventuró—. ¿O del este, hacia el Mediterráneo? O quizás haya ido en dirección al oeste, a Extremadura, o puede que a Portugal. ¡Dios! Qué grande se me hace ahora la península.

—No desesperes. Hablo del norte o de cualquier rincón donde nuestras manos tarden en llegar. Sabes tan bien como yo que en las montañas no manda Madrid, sino la costumbre. —Gregorio meditaba lo que iba diciendo al amigo—. Me refiero a lugares donde un apellido no vale tanto como el pan o la leña. Me inclino a pensar que haya podido elegir algún sitio recóndito de una sierra montañosa.

Julián apretó los puños, conteniendo la furia.

—¡Claro! Pero también habría podido coger un barco en cualquier puerto del país. ¿No te das cuenta, Gregorio? Puede estar en

cualquier sitio lejos de aquí. Quiero soluciones, no lamentos ni especulaciones.

Don Gregorio se permitió un suspiro, cansado de la soberbia del marqués, pero consciente de que necesitaban actuar.

—Enviaré a gente que sepa moverse entre campesinos y contrabandistas —propuso—. Y aquí, en la capital, tiraremos de otro hilo: los que la han ayudado a desaparecer. Siempre hay alguien que es más torpe de lo que cree. Una mujer no puede desaparecer sola.

—¿Y Manuel? Ese malnacido no ha podido borrarse de la faz de la tierra. Tiene que estar escondido como una rata en algún lugar.

—Créeme, Julián, que me empleo a fondo en dar con él. Lo mismo que en encontrar a tu esposa.

El marqués fijó la mirada en la repisa, donde un viejo retrato familiar, desvaído por el tiempo, le devolvía un reflejo que no reconocía del todo.

—No pienso perder esta partida, amigo —afirmó, convencido de ello—. Cueste lo que cueste.

—Lo sé. Por eso estamos aquí los dos —respondió Gregorio, con la contundencia y seguridad que consideraba que lo alejaba del fracaso.

La amenaza de no encontrarla, que pendía sobre ellos, volvió denso el ambiente en el despacho de Julián. Carlota ya se le escapó una vez —cómo no lo vio venir, Valderroca se la arrebató sin que pudiera impedirlo—. Estaba decidido a remediar que lo hubiera hecho de nuevo.

Caminaba de un extremo a otro de la estancia, golpeando con los dedos el bastón que no necesitaba, mascullando órdenes que nadie cumplía con la rapidez deseada. Don Gregorio, sentado entre volutas de humo espeso, guardaba silencio. Seguía con la mirada cada uno

de los movimientos del marqués, midiendo los tiempos, evaluando las consecuencias.

—Si ha conseguido llegar a Madrid, no durará mucho en la ciudad —dijo al fin, con voz grave—. Pero si ha tomado otro rumbo, si ha tenido ayuda...

Julián se volvió bruscamente.

—¿Ayuda? ¿Quién habría de ayudarla? No tiene a nadie. Su hermana no sabe nada, y ese miserable de Valderroca está fuera de juego. Porque tus hombres lo siguen teniendo bajo vigilancia, ¿verdad?

—Descuida… —le corroboró don Gregorio antes de entrecerrar los ojos, como si estuviera considerando una jugada en un tablero de ajedrez.

—Tú y yo sabemos que los fantasmas no siempre permanecen enterrados. Y los errores... los errores también regresan, Julián. Más aún cuando uno insiste en no verlos.

El marqués no respondió. El silencio se espesó entre ambos. Una idea comenzaba a afianzarse en su mente: tal vez Carlota no había huido por desesperación, sino con un propósito. Y eso, precisamente eso, era lo más peligroso.

***

Estaba claro que el peligro acechaba en cualquier rincón a través de múltiples formas. Y había un enemigo que jugaba, como tal, en contra de las intenciones del marqués, pero, en cambio, era favorable al deseo —o más bien necesidad— de Carlota de mantenerse a salvo, oculta tras el manto con el que la comunidad de aldeanos cangueses protegían, sin saberlo, su clandestinidad. Ese

enemigo era el tiempo. Cuanto más transcurría, más remota hacía la posibilidad de que los hombres de don Gregorio la encontraran.

Y desde luego que el tiempo transcurría, inexorable... Afortunadamente para la joven marquesa.

Muy lejos...

# Capítulo 15

*Cangas de Onís, Asturias, invierno de 1898*

Había transcurrido ya más de un año desde que Carlota pisó aquel lugar desconocido llena de fundados temores y presa del pánico a que los hombres de su esposo y de don Gregorio la encontraran. Los jirones en el alma con los que llegó se iban recomponiendo, con dificultad y muy poco a poco. Sus heridas no eran de las que se restañaban con un cambio de aires.

A pesar de todo lo que traía consigo, se alegraba de haber decidido quedarse allí y finalizar su huida. Y aunque los inicios de su nueva vida, que incluía acostumbrarse a vivir bajo la piel de una identidad falsa, no habían sido fáciles, comenzaba a notar en su interior una forma tenue de arraigo; algo parecido a la calma que meses antes habría considerado imposible. El miedo no había desaparecido, pero ya no dictaba cada uno de sus pasos. Allí, en aquel rincón remoto del norte de España, había encontrado al menos un espacio donde respirar sintiéndose protegida por las montañas de los Picos de Europa.

Fue Esteban quien, con su paciencia obstinada, la animó a dejar atrás la reserva con la que hasta entonces se había movido por Cangas de Onís. Le habló de la escuela, de la necesidad de manos dispuestas a ayudar, del bien que podría hacer su presencia entre los más pequeños. Ella lo escuchaba sin responder, a veces con la

mirada perdida en la lumbre; otras, fingiendo interés, pero sin comprometerse.

La decisión no llegó de un día para otro. Fue más bien el resultado de una sucesión de pequeñas concesiones: una visita breve, una conversación con la maestra, una mañana en el aula, las inocentes preguntas de algunas alumnas queriendo saber de dónde venía... El paso definitivo, sin embargo, lo dio sola, un día cualquiera, sin anunciarlo, ni a él ni a nadie. Y fue así como empezó a acudir a la escuela de niñas del pueblo para impartir alguna breve lección, primero una vez por semana, luego con mayor regularidad, de la misma manera que si tanteara el borde de un río antes de atreverse a cruzarlo. Hasta que decidió quedarse de manera más estable.

No le dijo a Esteban, porque no habría sabido cómo explicarlo, que acercarse a esos niños le provocaba una inquietud profunda, casi física. Una zozobra interior que llegaba a ser insoportable. Había algo en esos rostros diminutos, en sus manos que se aferraban a la suya sin reservas, que le recordaba lo que le fue arrebatado antes siquiera de poder nombrarlo. Se impusieron como una presencia viva que rozaba un sentimiento deliberadamente adormecido en ella; una circunstancia a la que prefería no mirar de frente. Le turbaban las voces infantiles, el modo en que la miraban con confianza inmediata e inocente, los juegos sin pedir permiso... Nadie sabía —ni siquiera Esteban, que la observaba con orgullo cuando hablaba con los niños — el esfuerzo callado que le suponía cada uno de esos gestos. No era tristeza exactamente, ni tampoco resquemor, que bien podría serlo, pero no; era otra cosa, una muralla, firme y opaca, que se interponía entre ella y ese mundo en miniatura que ahora la reclamaba.

No podía hablar de ello, ni con Esteban ni consigo misma, pero cada vez que una niña le tomaba la mano o la llamaba por su

nombre —aunque fuera falso—, sentía que un hilo invisible se tensaba dentro de su pecho; un hilo que no sabía si la hería o la sostenía en pie.

La experiencia en las aulas fue tan buena que acabó organizando clases en su propia casa. Ella era la primera sorprendida. La culpa fue de Rosa, la dueña de la casa de huéspedes. Un día fue a buscarla para pedirle, en nombre de una amiga, que le enseñara a leer a su hija.

—Es que la criatura se distrae en las clases de doña Blanca, pero su madre está empeñada en que tiene que aprender a leer y escribir, y un poco de historia, y de matemáticas, y esas cosas sin las que uno se convierte en un zoquete.

—Si yo te entiendo, Rosa, pero yo no soy maestra. Ya bastante hago al dar algunas clases sueltas, por ayudar.

—Vamos, vamos, sabe usted más, doña Mercedes, que muchos maestros de por aquí.

—Pues dígale a su amiga que la cambie de clase, yo la admito encantada en la mía.

—Si es que no es eso solo, doña Mercedes. Es que la niña se distrae con el vuelo de una mosca y mi amiga cree que necesita clases particulares, porque entre lo aburrida que es doña Blanca y los compañeros, que no paran de enredar en clase, la niña no avanza. Se llama Llara, ¡es una monada! Le va a encantar.

—Mira que eres zalamera, Rosa, y lianta. ¿Lo ves? Ya me has liado, otra vez.

—¿Eso es un sí? ¡Gracias, gracias! Ah, por cierto, Llarita es hija de Isabel, la tendera.

Carlota aceptó con cierta reticencia, pero pronto descubrió en esa tarea una inesperada fuente de alegría.

Ese no iba a ser el único descubrimiento con el que se sorprendiera en aquel invierno que se presentaba especialmente crudo, tanto que dejó a muchas familias sin recursos para afrontar el frío y las inclemencias que suponía. Pensó en lo que el doctor le había contado acerca de la utilidad del dolor y el sufrimiento: «Hay que encontrar un propósito en la vida más allá del dolor». Debía reaccionar y así lo hizo: se animó a organizar a las mujeres para tejer mantas y recolectar alimentos para quienes más lo necesitaban. Esa iniciativa reforzó su posición como una figura de confianza entre los vecinos.

Así, los habitantes del pueblo dejaron de verla como una extraña y comenzaron a integrarla en sus vidas. Aunque Carlota seguía siendo reservada sobre su pasado y su verdadera identidad, las clases con las niñas y la iniciativa solidaria de ayudar a quienes peor lo estaban pasando contribuyeron a que se ganara el cariño de la cerrada comunidad.

—Hace unos meses no habría creído que podría llegar a ver esto —comentó con sincera satisfacción Esteban.

—Hace unos meses yo no habría creído nada.

—¿Qué ha cambiado?

—No lo sé, supongo que nada... o todo, ¡a saber! —La joven no quería darle importancia a lo que parecía una ligera transformación en ella.

—Mercedes...

¿Por qué tuvo que hacerlo? Esteban puso su mano suavemente sobre la de ella buscando una proximidad física que redobló con el cuerpo al acercársele, demasiado; se acercó demasiado, creyó la joven. Demasiado.

—No, Esteban...

Innecesario añadir nada más. Esteban lo entendió, y lamentó. Y ella...

Ella estaba en otro lugar alejado de Asturias.

# Capítulo 16

La casa entera olía a humedad y a leña mojada. La lluvia llevaba cayendo desde antes del alba, fina, persistente, enredándose en un murmullo que no cesaba. Jamás había visto caer tanta lluvia en un mismo lugar.

Carlota había encendido el quinqué sobre la mesa y llevaba largo rato escribiendo en silencio, resguardada del frío en la cocina. Vestía el nombre de Mercedes con la misma determinación con que vestía sus lutos: no como un disfraz, sino como una forma de seguir respirando.

Había empezado la carta sin apenas pensarlo. Sintió esa pulsión, esa necesidad, después de haberlo meditado e intentado en tantas ocasiones anteriores. Así que no era la primera vez, pero sí iba a ser en la que, por fin, no rompiera el papel al terminarla o después de haberla metido en el sobre para enviarla. Era un avance.

*Querida Rebeca...*

Escribía con pulso contenido, eligiendo con esmero las palabras. Evitaba cualquier detalle que pudiera delatar su paradero, pero en cada línea quedaba la huella de su voz verdadera. Le hablaba de noches en vela, de un dolor que ya no sabía enmudecer y de la esperanza, tímida aún pero viva, de poder volver a contemplarse sin miedo.

*Por favor, no te preocupes por mí, ni me busques.*
*Estoy bien...*

Corta. Pocas líneas. Suficiente por ahora. Cuando la firmó, no como Mercedes, sino con la inicial que su hermana reconocería, sintió un leve temblor en el estómago. Pero no dudó. Plegó el papel, lo introdujo en un sobre que ya había preparado, y lo cerró convencida de lo que hacía.

Se cubrió con el chal más oscuro que tenía, tal vez creyendo que un color es capaz de convertirte en invisible, y salió a la calle. La llovizna le caló el flequillo enseguida, pero no aminoró el paso. Atravesó la plaza y giró por la calle estrecha que descendía hacia el río. Los adoquines resbalaban bajo sus botas, pero conocía ya cada curva del camino.

Entró en el pequeño comercio que parecía llevar allí desde el origen de los tiempos, repleto de estantes de madera en los que se apilaban ovillos de colores, la mayoría oscuros, botones, puntillas y telas en pliegos humildes, en los que no había reparado la primera vez que entró en él huyendo de la lluvia en compañía de Esteban. En posteriores visitas con la misma intención que la de ese día, entregar una carta, se había echado atrás.

Una campanilla sonó al abrir la puerta. La mujer que la atendía la saludó con una sonrisa cortés, que respondía a su habitual amabilidad.

—Bienvenida de nuevo, doña Mercedes. Me alegro de verla.

Isabel, viéndola entrar y salir con las cartas en la mano, sin dejarlas, no preguntaba nada; una prudencia con la que le regalaba tranquilidad a la forastera.

Ese día tampoco preguntó.

—Lo mismo le digo, Isabel.

Carlota se dirigió directamente al fondo. Tras un biombo que separaba la trastienda, al abrigo de miradas indiscretas, funcionaba la pequeña estafeta postal del pueblo: un escritorio, un armario con casilleros de madera y una balanza de platos.

—¿Otra vez usted por aquí? —preguntó con desconfianza el hombre que atendía la estafeta. Llevaba gafas redondas sobre las que alzó la vista para dirigirse a ella.

Carlota dejó el sobre sobre el mostrador. No quiso contestar.

—¿Saldrá esta semana?

Él asintió, hojeando con desgana una libreta de registros:

—Si no hay crecida en el río, mañana mismo.

—¿Y cuánto cree que podría tardar en llegar a su destino?

—¿Adónde va? —Se ajustó las gafas para ver la dirección—. Madrid. Dependerá de las inclemencias del tiempo o de la puntualidad del tren. Tren, que como usted ya debe saber, aquí, en este pueblo, no tenemos. A ver cuando a alguien se le ocurre construir aquí una estación de ferrocarril, que buena falta nos hace.

—¿Eso significa...? —La joven dejó la pregunta en el aire.

—Eso significa unos cuatro o cinco días, si todo va bien. O puede que una semana.

Cuando el hombre fue a retirar el sobre del mostrador, Carlota puso la mano con firmeza sobre el mismo, deteniéndolo.

—¿Ocurre algo? —preguntó el hombre contrariado—. ¿Qué es esta vez?

La mano seguía aprisionando el sobre.

Carlota finalmente lo liberó, dio las gracias y se marchó apresuradamente con el mismo sigilo con el que había entrado, despidiéndose de Isabel con prisas, no fuera que, esa vez, quisiera saciar alguna curiosidad sobre su persona y sus visitas a correos.

Esa carta, al fin, había sido entregada. Ya no había vuelta atrás. Y con ello, algo en su interior se reordenaba. Como si por primera vez en mucho tiempo un hilo roto hubiera comenzado a tejerse de nuevo. Sintió la extraña necesidad de seguir recolocando piezas del desorden que suponía haber tenido que huir y refugiarse en Asturias. Debía seguir manteniendo su identidad falsa y los pilares de su clandestinidad, pero ello no debía impedir que, dentro de la anormalidad de su vida, intentara organizar el desorden. Algo así como encauzar el caos para dotarlo de una cierta carta de naturaleza que ayudara a sostenerlo e incluso a convertirlo en estabilidad, haciendo la situación más llevadera.

Esa decisión de ir buscándole un lugar adecuado a cada pieza del desorden la empujó a visitar a Esteban en su consulta.

A las cuatro de la tarde ya no quedaba luz natural, solo frío y melancolía que salía de las chimeneas de las casas, espesando un ambiente nebuloso que se extendía hasta las montañas.

Esteban se sorprendió de que fuera ella quien llamara a la puerta.

—Doña Mercedes, ¿usted por aquí...? ¿Se encuentra bien? ¿Ha pasado algo? —preguntó con sincera preocupación que hizo sonreír a Carlota.

—¡Oh, no, en absoluto! Siento haberlo alarmado. No vengo por mi salud, que, a Dios gracias, no presenta ningún problema.

—Menos mal —le respondió aliviado—. Era la última persona a la que esperaba ver en mi consulta. Y entonces, ¿a qué debo este honor? Pero pase, por Dios, no se quede ahí plantada, con el frío que hace.

El halo de misterio que envolvía a Carlota desde su llegada a Cangas de Onís se fue intensificando alrededor de su figura, rotunda, envuelta en una sencilla capa oscura bajo la que latían decisiones pendientes a las que todavía no les había llegado su hora.

—Hablar. Solo pretendo eso. Espero que no malinterprete mi visita.

—Puede estar tranquila.

—Quiero saber cuál es su historia, Esteban. Y qué hace aquí.

—Aquí, ¿dónde? ¿En Cangas? —Esta vez se hizo el sorprendido, ya que sabía perfectamente a qué se refería Carlota.

—Eso es.

—No tendrá nada que hacer el resto de la tarde, ¿verdad?

—¿Y usted...? —le respondió con un tono entre tierno y provocador.

Esteban sonrió, señalando la butaca junto al hogar.

—Acaba de marcharse el último paciente. Me parece que esta tarde no vendrá nadie más.

Ella se sentó sin quitarse la capa. Él, tras dejar el maletín junto al escritorio, cruzó los brazos y la observó en silencio.

—Me alegro de que haya venido —le dijo tras un ligero carraspeo —, porque quería disculparme por lo del otro día. Me ha quedado claro cuáles son sus sentimientos y solo puedo decirle que en ningún momento he pretendido incomodarla. Si lo he hecho, le pediré disculpas todas las veces que hagan falta.

—Con una es suficiente. Además, no recuerdo que pasara nada, Esteban. Y lo que no se recuerda, no existe.

—¿Sabe una cosa? Creo que, después de casi un año viéndonos casi a diario en este pueblo, sería un alivio dejar de tratarnos de usted.

—Pensé que no se atrevería a proponérmelo —respondió Carlota con una media sonrisa.

—Entonces estamos de acuerdo. ¿Puedo llamarte Mercedes?

—Sí, Esteban.

—Tú y yo nos parecemos más de lo que crees, Mercedes —dijo mientras azuzaba la chimenea, recreándose en el placer que le producía tutearla, ya que aumentaba el sentimiento de cercanía con ella.

—No da esa sensación.

Se incorporó despacio, se acercó a una estantería y extrajo un libro antiguo que colocó sobre la mesa baja. Solo después de un breve silencio, preguntó:

—¿Y qué quieres saber de mí?

—Todo.

—No conozco a nadie que se lance a destapar su alma a cambio nada.

—¿Te parece poco soltar lastre? Es lo que tú mismo me dijiste. Aunque puedes elegir no hacerlo —lo tanteó Carlota, sin tener muy claro que fuera a conseguir su objetivo. Nunca había conocido a una persona tan marcada por el hermetismo como Esteban.

—Vaya..., no parece que disponga de mucho margen para resistirme —claudicó el médico.

—No parece.

—En ese caso... Nací en Gijón. Siempre quise ser médico y siempre pensé que eso me bastaría. Me enamoré tarde.

—Nunca es tarde para que el amor llegue a nuestra vida.

—Eso es lo que dicen quienes son muy jóvenes. Tan jóvenes como tú, Mercedes.

—Sigue. —Prefería no pensar en su propia historia, a pesar de lo difícil que era sacar a Rodolfo de sus pensamientos un solo minuto.

—Antonia era maestra, una mujer dulce, lista, alegre. Nos casamos rápido. A los seis meses se quedó embarazada.

—¿Tienes un hijo?

Un vidrio cortó la mirada del médico, velándola de golpe, como si el recuerdo se le hubiese clavado detrás de los ojos.

—Murieron los dos. Antonia y el niño. Era un varón. —Evocarlo le dolía, aunque el tiempo hubiera pasado.

Carlota tragó saliva disimulando el impacto de sus propios recuerdos, que se avivaron al escuchar la historia de aquel hombre.

—Hubo graves complicaciones durante el parto, una hemorragia... y yo no pude hacer nada. O eso, al menos, creí entonces. El niño venía con problemas, el cordón umbilical... —En su expresión se reflejó el rastro de la tragedia—. No imaginas lo que es eso. Ser médico y no poder salvar a la mujer que amas, ni a tu hijo. Me volví loco. Me culpé durante años. Y aún hoy lo hago. Aquello no tenía que haber sucedido.

Carlota guardaba silencio, en parte por respeto al relato, pero más por la impresión que le estaba causando comprobar las similitudes con su propia historia.

No hacía falta preguntar.

—Después de aquello —continuó él—, me volqué en el trabajo, atendía a todo el mundo, día y noche, sin descanso. Pero no tardé en ganarme enemigos. Algunos colegas, gente con influencias, creyeron que mi entrega era una amenaza o un desprecio. No soportaban que no me inclinara ante ellos, que no acudiera, como antes hacía, a reuniones sociales que pasaron a convertirse en banales representaciones de un mundo que para mí había dejado de existir.

—Y entonces huiste.

—Huir me pareció el único camino posible para poder seguir viviendo. Aquel ambiente habría acabado definitivamente conmigo.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿Por qué Cangas de Onís?

—Este rincón del mundo me ofrecía lo único que necesitaba: anonimato.

La joven se sintió recorrida por un desagradable escalofrío. Se esforzó por disimularlo:

—¿Lo ves? Tenía razón Rosa: no hay ningún lugar en el mundo mejor que este.

El comentario hizo sonreír a Esteban.

—Aquí hallé paz. El paso del tiempo fue mi gran aliado. Aquí nadie me pregunta por Antonia ni por lo que sucedió, porque lo desconocen. Y aunque los rumores no cesen, me limito a hacer mi trabajo.

Se acercó al fuego y se arrodilló con una rama de haya en la mano, con la que avivó las brasas.

Ninguno de los dos decía nada. El chasquido de la leña parecía ocuparlo todo, imponiendo un ritmo tranquilo y lento al ambiente. Carlota lo observaba intentando descifrar en su rostro los años de dolor que había aprendido a ocultar.

Nada es igual cuando se conoce la historia que se quiere esconder.

—A veces me pregunto si la paz es lo mismo que la huida —dijo ella al fin.

Esteban dejó la rama junto al hogar, pero no se incorporó.

—A veces lo es. Otras, simplemente, es una forma de resistir.

—¿Y crees que se puede empezar de nuevo? —preguntó Carlota, sintiendo que se estaba exponiendo más de lo que querría.

—Empezar de nuevo... No lo sé. Pero sí he aprendido que no se puede vivir perpetuamente bajo los escombros. —Las palabras de Esteban le golpeaban en zonas que aún no había aprendido a proteger—. El pasado solo nos destruye si lo dejamos gobernar nuestro futuro —dijo sin mirarla.

Carlota apartó la vista hacia la ventana. Afuera la niebla lo cubría todo. Por primera vez, sentía que alguien le hablaba desde un lugar muy parecido al suyo.

***

*En tus males conviene que te conduzcas de tal modo que des al dolor solo cuanto la naturaleza ordene, no cuanto ordene la costumbre.*

SÉNECA, *Invitación a la serenidad*.
*Lecciones para el hombre ocupado*

## *Madrid, invierno de 1898*

El timbre sonó a media mañana, breve y apagado. Rebeca, que corregía unos cuadernos en la mesa del comedor, fue a abrir sin prisa. Era el cartero, que ese día le tendió un sobre junto con otros dos impresos oficiales. Con un «buenos días» y las «gracias» antes de cerrar la puerta neutralizó el amago del cartero de entablar conversación, era muy cotilla, y Rebeca no estaba para chismes.

Dejó los impresos sobre la cómoda sin prestarles mayor atención y se quedó con el sobre más pequeño entre las manos. No tenía remite, pero no parecía que fuera una simple carta, una más. Notó una punzada seca en el corazón al reconocer la letra. Caminó de regreso al comedor sintiendo una súbita agitación, se sentó y apoyó el sobre sobre la mesa, sin abrirlo.

Era de Carlota. No cabía duda.

Respiró hondo, rompió el borde con los dedos y desplegó el papel. Leyó en silencio. Sus ojos se movían lentos, atentos a cada palabra, queriendo comprobar que no se le escapaba nada. Al terminar, la

releyó desde el principio, y luego una tercera vez, repitiendo en voz alta la despedida: «Tu hermana que tanto te quiere y no te olvida».

Sus manos permanecieron inmóviles durante un largo rato, abiertas sobre la mesa, sujetando la carta ya ligeramente arrugada.

Por la ventana entraba una claridad gris y en la estancia se coló el murmullo lejano de las voces en la calle. Su corazón latía con tal fuerza que hasta se podía oír.

En su epístola, su hermana le pedía que tranquilizara a Rodolfo diciéndole que se encontraba bien, pero que mantuviera la discreción. Por ahora no quería jugársela, le contaba, y consideraba que lo mejor seguía siendo mantenerse oculta donde ni su marido, ni los hombres que hubiera destinado a ello, que sin duda debían de ser muchos, pudieran encontrarla.

«Tu hermana que tanto te quiere y no te olvida»...

No le decía cuál era su paradero. Pero estaba viva. Y eso bastaba, por ahora.

¿O no era suficiente para Rebeca?

# Capítulo 17

## *Cangas de Onís, Asturias, invierno de 1898*

—¿Usted tiene hijos?

La pregunta de la pequeña Clara, una de las alumnas, en mitad de la clase, se abrió paso con dificultad. Carlota no estaba preparada. Había conseguido sentir con naturalidad la cercanía de los pequeños del pueblo, que, fuera de las horas de clase, la visitaban en casa para tomar alguna lección extra con la que mejorar la lectura o hacer cuentas, pero también disfrutaban escuchando historias de ciudad que les contaba doña «Mercedes».

Tras la primera reacción de asombro, sus labios esbozaron una sonrisa provocada por la inocencia de Clarita.

—No. No estoy casada, así que no tengo hijos. Pero si los tuviera, me gustaría que fueran como vosotras.

Las chiquillas estallaron en aplausos y risas, agradeciéndoles con su alborozo lo que les había dicho. Todas menos una niña más pequeña que el resto, Llara, la hija de Isabel, que se quedó sentada, quieta, cuando sus compañeras se marcharon a casa.

—¿Te ocurre algo, Llara? ¿No te ha hecho gracia lo que he dicho?

Dijo un sí con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué no te has reído?

La pequeña, que seguía seria, no respondió de ninguna manera esta vez. Carlota se sentó a su lado para hablarle más cerca y que la

niña notara la calidez con la que la trataba, a ver si así conseguía que se expresara.

—Puedes contármelo. A lo mejor no es nada. O a lo mejor es algo en lo que yo puedo ayudarte.

Negó con la cabeza. Sus finos labios, sellados.

—¿No puedo ayudarte?

Insistió en su negativa con la cabeza.

—Está bien. Es raro que tu mamá no haya venido a buscarte. Algo la estará retrasando. Tengo una idea: hoy te acompañaré yo a casa.

Llara entonces se mostró inquieta.

—No quiero ir a casa —dijo, manifestando un malestar que latía encubierto.

—¿Y eso por qué?

—No quiero ir, está mi padre.

—Es lo normal, estarán tu padre y tu madre.

—No quiero ir. —De no ser por su corta edad, habría parecido una sentencia.

Carlota se echó la capa por los hombros y cogió a la niña de la mano para salir, pero la pequeña se resistió.

—No voy a llevarte a rastras, vamos, no seas cabezota.

La pequeña se tiró al suelo lloriqueando. Algo pasaba que escapaba a la comprensión de Carlota. Había que tomar una decisión. Forzar a Llara no parecía una buena idea. Pero pasar la noche en la escuela, evidentemente, tampoco.

—Vale, cálmate. —La levantó con cuidado y la abrazó—. Ya sé lo que vamos a hacer, porque aquí no podemos quedarnos. Iremos a visitar a un amigo mío, Esteban, el médico. Seguro que él nos ayuda. Sécate esas lágrimas.

El doctor sospechó que pudiera darse una de las peores hipótesis.

—No creo que Isabel se haya olvidado de ir a recoger a su hija a la escuela. Ha tenido que pasarle algo —le comentó Carlota.

—Me temo que puedes tener razón —consideró Esteban—. Si dices que la niña se resiste a ir a casa porque está su padre, es que hay un problema, y puede que sea serio.

—Pues algo tendremos que hacer, la niña no puede pasar la noche fuera de su casa. Además, tenemos que saber qué le ha sucedido a Isabel.

—Os acompañaré, es mejor que no vayáis solas, pero también porque no sabemos si se requerirá la intervención de un médico. Mercedes, no te preocupes —dijo, tomando su mano al ver la incertidumbre que se le reflejaba en la cara. Después de apretarla brevemente, Carlota la soltó; fue suficiente para que en Esteban se reavivara una llama de esperanza.

Pasaron primero por la tienda de Isabel y les extrañó que estuviera cerrada tan pronto. En la casa, que se ubicaba a poca distancia de la de Carlota, la mujer tardó en abrirles. Cuando por fin lo hizo, tan solo entreabrió la puerta, evitando asomarse del todo. Estaba nerviosa y temblaba. Se emocionó al ver a su hija.

—Gracias por traerla —les dijo con un hilo de voz—. Hoy se me hizo tarde. —Y alargó el brazo para coger a la niña.

Esteban intentó empujar suavemente la puerta para ver qué ocultaba Isabel, pero había alguien más con ella que lo impidió con brusquedad poniendo el pie detrás.

—¿Está tu marido?

—¡No! —respondió Isabel tajante.

—¿Podemos entrar? Será un momento. Llara está nerviosa.

—Es mejor que os marchéis. —Su temblor aumentaba en la misma proporción que la curiosidad en Carlota y Esteban, que hizo un

nuevo intento de empujar la puerta, pero que tuvo como respuesta otro gesto agresivo.

—¡Vamos, Llara, entra ya! —gritó entonces Isabel, muy nerviosa.

Y cerró, evitando que se prolongara una escena incómoda y preocupante.

—Es evidente que quien empujaba era él —afirmó Esteban.

—¿Lo conoces?

—Sí, y te diré que no me gusta nada. Creo que a nadie en el pueblo.

—¿Has visto cómo temblaba Isabel? Algo pasa en esa familia.

—Está claro, ese hombre tiene atemorizadas a su mujer y a su hija.

—¿Y lo dices así, tranquilamente?

—Tranquilamente no, Mercedes. Pero no quieras ir más allá, alterar la paz de un pueblo no es fácil y puede salir caro.

—¡Pero tú eres médico! Y aunque no lo fueras, ¿vamos a quedarnos cruzados de brazos sabiendo que posiblemente haya un monstruo entre nosotros que estaría sembrando el terror en su familia?

—No sé cómo será en el lugar del que vienes, pero aquí, cuando los cerrojos se echan en las casas, acaba todo, el mundo exterior no interfiere en la vida de sus habitantes.

—Pues vaya sitio en el que he acabado. Esteban, dame tu palabra de que vas a hacer algo.

—Es difícil.

—Al menos, inténtalo...

—Lo intentaré. Quizás como médico algo pueda hacer...

Caminaron hasta la casa de Carlota y allí se despidieron hasta el día siguiente, sin sospechar que no iba a ser un día más.

A mediodía, una mujer muy joven descendió del coche de caballos frente a la plaza del mercado y lo primero que notó fue la quietud callada del lugar, interrumpida apenas por las voces sueltas de unos niños que jugaban cerca de la fuente. Nadie parecía tener prisa en el pueblo.

Preguntó en la botica, en la tienda de comestibles y hasta en la iglesia. En todos los casos recibió la misma respuesta: «¿Carlota? No, señora, aquí no hay ninguna Carlota». Algunos incluso le devolvieron una mirada desconfiada, como si no acabaran de fiarse de aquella mujer de ciudad, bien vestida y de acento forastero, que buscaba a alguien que, aparentemente, no existía, o no había pasado por allí.

Decidió probar en una pequeña taberna, muy animada a esa hora del mediodía. Nada más poner un pie en el interior, el ruidoso murmullo de voces se cortó de raíz. Solo había hombres, que se vieron sorprendidos al ver entrar a una mujer que, encima, no debía de ser de por allí.

—Bienvenida —la saludó el tabernero para romper el silencio congelado que había provocado su presencia.

Aturdida por el cansancio del viaje y la aparente hostilidad del lugar, le costaba reaccionar:

—Yo... estoy buscando a una persona.

Entonces, el grupo de hombres más próximo a ella prestó toda su atención a las palabras de la recién llegada, ¿a quién buscará? ¿Y para qué?

—Si podemos ayudarla... —le dijo el hombre que atendía el sitio—. ¿A quién busca?

—A una mujer, se llama Carlota.

—Por aquí no hay ninguna Carlota.

—Es que no es de aquí, pero creo que está pasando una temporada.

—Pues lo siento, señorita, pero no me suena. ¡A ver! —se dirigió a los clientes alzando la voz—. ¿Alguno de vosotros conoce a una mujer que se llame Carlota y que no sea del pueblo?

Con la pregunta fue volviendo poco a poco el murmullo. Retomaron sus conversaciones y el ruido de los vasos al posarse sobre la madera después de haber sido vaciados.

—¿En qué estábamos? —Tomó la iniciativa un tipo de unos cincuenta años con aspecto de llevar mucho trabajado en la vida.

—Sí, hombre, en lo de la guerra con los americanos.

—¡Es verdad! Como os estaba diciendo, fue por febrero, sí, lo leímos en *El Noroeste*, que los americanos les habían echado el alto a los nuestros por lo de Cuba, y que luego hundieron un barco en el puerto de La Habana.

—El Maine, o algo así, creo que se llamaba —quiso aclarar otro.

—Pues debe ser. —Echó un trago de sidra—. Ahí empezó la guerra. Y en agosto ya estaban diciendo que se había acabado, que había que firmar una tregua, pero teníamos que renunciar a las islas: Cuba, Puerto Rico, Filipinas... Y el periódico decía que antes también ya perdimos Guam.

—¿Guam? ¿Eso qué es? ¿Otra isla?

—Pues debe ser, a mí no me preguntes tanto, que si yo supiera, no estaría aquí perdiendo el tiempo con unos brutos, estaría enseñando a los niños, a ver si sacan algo de provecho, ¡no como vosotros!

El grupo estalló en una atronadora carcajada que la desconocida contemplaba atónita.

—Al final, todo perdido, una vergüenza. Y lo peor, los muertos... Más de cincuenta mil soldados españoles, dicen, entre tiros, hambre

y enfermedades. Mucha malaria, mucha fiebre amarilla. A los pobres chavales los mandaron allá para morir como perros, y todo por cuatro señoritos que juegan a mandar desde Madrid.

—Lo de siempre, ¡menudo asco!

Otro parroquiano, más enterado de las últimas noticias corroboró:

—Pues que sepáis que ese asco ya se ha firmado, en París, un tratado con el que Cuba, Puerto Rico y Filipinas ¡a tomar por culo! Adiós a nuestras posesiones de ultramar.

—Adiós al Imperio español. ¡A lo que hemos *llegao*!

La forastera se preguntó que a qué lugar había ido a parar.

# Capítulo 18

Ya despuntaba la noche cuando, cansada y desorientada, sin haber probado bocado en muchas horas, Rebeca se detuvo frente a una casona de dos plantas con las contraventanas pintadas de azul. Sobre la puerta, un rótulo discreto rezaba: «La Casa de Rosa. Se admiten huéspedes». Tocó con timidez, y al poco le abrió una mujer entrada en años, de rostro redondeado y expresión astuta, envuelta en un delantal de cuadros.

—Buenas noches tenga usted. ¿Busca alojamiento?

—Sí, por favor.

—Pase, hace mucho frío, estará aterida. Buena falta le hará un buen fuego como el que hay en esta casa, ya verá. Pase, ande. ¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—Solo una noche, supongo...

—¿Supone? Si ni usted misma lo sabe... —A Rosa le pareció un tanto extraña la reacción de la recién llegada.

—Estoy buscando a una persona. Una mujer que creo que vive aquí desde hace un tiempo. Se llama Carlota.

Rosa entornó los ojos, afilando la memoria.

—¿Carlota, dice? —repitió, negando con la cabeza—. No me suena ninguna vecina con ese nombre. Mire... ¿Por qué no se va a descansar? Mañana lo verá todo con más claridad. Pero antes le prepararé algo de comer. Seguro que su cuerpo lo agradecerá.

Tras la cena, Rebeca se marchó a dormir sintiendo un leve estremecimiento de frustración. Aquella mujer tenía razón, sería

mejor que esperara al nuevo día para dedicar todos sus esfuerzos a la búsqueda, descansada y repuesta del tortuoso viaje desde Madrid.

Por la mañana, con el suculento desayuno preparado por Rosa en la mesa, sacó del bolso la carta de su hermana, doblada y arrugada por el viaje, y la sostuvo entre sus dedos.

—Me escribió desde aquí —le comentó a Rosa, a la espera de que pudiera proporcionarle alguna pista—. No puso dirección, pero la carta lleva el cuño postal de esta localidad.

La mujer se quedó en silencio unos segundos, observándola con más atención. Después frunció los labios.

—Mire, señora. Por aquí no pasan muchas mujeres solas, y menos con maneras como las suyas. Me refiero a elegantes, con categoría, ya me entiende. Pero, quite, quite..., espere... —reparó de pronto—, sí hay una... Doña Mercedes. Es una forastera. Llegó hace más de un año. Es discreta, muy reservada. Trabaja algunos días en la escuela. Pero no creo que sea ella.

Rebeca se la quedó mirando. Mercedes. A pesar de que el nombre no coincidía, el corazón le dio un vuelco.

—¿Dice que llegó hace un año? ¿Sola?

—Eso he dicho.

—¿Cree que podría verla?

—No sé si querrá recibir visitas. Es muy suya, ya le digo. Y no me ha avisado de que estuviera esperando a nadie. No será ella, porque usted busca a una tal Carlota, pero esa mujer es Mercedes, doña Mercedes de la Riva. Pero si quiere, puedo enviar al chico para que le avise de que alguien quiere hablar con ella. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Rebeca. Gracias. Gracias de veras.

Carlota recibió el recado de Rosa mientras vigilaba a los niños en la escuela. La mención de una forastera que preguntaba por «una

mujer llamada Carlota» bastó para helarle la sangre. Se encogió ligeramente, como si el frío del pasado volviera a rozarle la nuca.

El camino de la escuela a la casa de huéspedes se le hizo largo como una noche sin fin. En su cabeza infinidad de ideas se peleaban entre ellas en el intento de averiguar el misterio de la mujer que la buscaba. Y si fuera Rebeca, ¿cómo reaccionaría? ¿Qué sentiría ella?

¿Y qué hacer cuando el miedo y el deseo se convierten en lo mismo?

—¿Dónde está? —le preguntó a Rosa.

—Esperando en la galería. Dice que no se irá sin verla.

Tenía que ser ella. No podía ser otra persona. Rebeca había llegado, estaba en Cangas de Onís. Y debía evitar que nadie conociera la verdad, después de lo que había luchado por construir su nueva vida.

—¿Doña Mercedes? —Rebeca la recibió con una mezcla perfecta de afecto contenido y juego tácito tras darse cuenta de que, a pesar de la emoción de volver a verla, tenía que respetar las reglas impuestas por Carlota en aquel lugar—. ¿Se acuerda de mí?

Carlota la miró, con los ojos húmedos. Quiso abrazarla. Gritar su nombre. Llamarla hermana.

—Por supuesto —dijo, intentando refrenar el impulso que empujaba por dentro—. Qué alegría..., qué sorpresa.

Se volvió hacia Rosa, que esperaba aún en la puerta con gesto interrogante.

—Es una amiga de la familia. Estudió en Madrid conmigo, y con otra amiga con cuyo nombre se confundió —improvisó.

Rosa alzó las cejas un instante, pero no dijo nada. Comprendía más de lo que aparentaba.

—Entonces, las dejo tranquilas. Ahí tienen un poco de café que les he preparado.

Cuando se quedaron solas, Carlota cerró la puerta. Y entonces sí, la abrazó con fuerza. Temblaban.

—No digas mi nombre —le susurró Carlota al oído—. Aquí nadie lo conoce. Ni pueden conocerlo. No sabes cuánto he soñado con este momento..., pero no puede ser como antes. Ya nada puede ser como antes. Vámonos a casa.

En el camino, que recorrieron aprisa, empujadas por la emoción del reencuentro, el día, a pesar de lo temprano que era, se arrastraba ya con la pereza del invierno.

Nada más franquear el umbral de la casa se dejaron llevar por las ganas, la necesidad, el deseo... Todo confluyó en un abrazo incomparable a ningún otro, lleno de sentimiento, bañado en lágrimas. Un abrazo demorado.

Por fin. Anhelo inalcanzable. Soledad aliviada.

Estaban juntas. Otra vez. Juntas como siempre.

—¿Esta es tu casa? —Rebeca no paraba de llorar—. Es... es bonita. Es acogedora. Es... ¡Oh..., hermana...! —Un nuevo abrazo reparador.

—No esperaba este regalo —confesó Carlota.

Huir de uno mismo... Abdicar de la renuncia y el desamparo. Volver a sentir.

Retomar la búsqueda de lo que tanto se desea.

—Aquí nadie sabe quién soy. Solo me conocen como doña Mercedes. La viuda que llegó desde el sur buscando un lugar tranquilo. Si alguien supiera la verdad, posiblemente mi integridad correría peligro y todo esto se acabaría.

—¿Y qué es «todo esto», Carlota?

—Un refugio. Una tregua, hermana. Algo que no me pertenece del todo, pero que me ha permitido seguir en pie. Enseñar a esos niños, que ya te lo contaré, caminar sin ser observada, dormir sin

sobresaltos... Y, sobre todo, que Julián no pueda encontrarme para volver a intentar acabar conmigo, aniquilarme. Eso es lo que he conseguido aquí. No es libertad, pero se le parece.

Rebeca no podía reprocharle nada. La mujer que tenía delante ya no era solo su hermana: era también alguien herida y reconstruida a la fuerza. Y ese disfraz de «doña Mercedes», por precario que fuera, era el único escudo que tenía.

—No vengo a deshacer nada. Solo quería verte. Saber que estás bien. Me volvía loca no saber siquiera si estabas viva.

—¡Vamos! Preparemos tu habitación. —Carlota estaba entusiasmada—. Tendrás que disculpar que no esperara visitas.

Ambas rieron con ganas olvidadas.

—Espero que puedas quedarte unos días.

—¡Claro! Si te soy sincera, debería irme pronto, estoy terminando un encargo, un importante trabajo de genealogía de una familia de renombre y he de aprovechar estos días de Navidad. Pero me quedaré el tiempo que sea necesario, ¡ahora que te he encontrado!

Exultantes, ambas celebraban cada segundo del reencuentro. Rebeca acomodó las escasas pertenencias con las que viajaba y se sintió feliz como hacía muchísimo tiempo que no recordaba. A Carlota le pasaba lo mismo. Encendió fuego, velas y entusiasmo.

—Y ahora que me has encontrado, ¿qué harás? Tendrás que regresar a Madrid —preguntó Carlota cuando ya reposaban antes de preparar algo de comer.

—No lo sé. No sé cuánto debo quedarme, como te he dicho me espera un importante compromiso de trabajo, pero lo importante es que ya estoy aquí, que estamos juntas. No podía seguir esperándote en silencio, sin hacer nada. Tenías que saber que sigo de tu lado, que estoy contigo pase lo que pase y que te echo de menos. Y yo,

saber que te encontrabas bien. Ha sido un calvario no tener noticias de ti en más de un año.

Carlota se llevó una mano a la cara, como si quisiera retener el llanto dentro.

—Me parece un milagro que estés aquí.

—Quizás lo sea. ¿Tú no crees en los milagros?

—No puedes quedarte mucho tiempo. No conviene que nos vean juntas. La gente en este pueblo habla por costumbre. Si alguien te pregunta, eres una vieja conocida. Una antigua amiga. La misma versión que le hemos dado a Rosa, la dueña de la casa de huéspedes. Aunque lo mejor será que no salgas de casa, así, si no te ven, no preguntarán.

—Entendido —dijo Rebeca con dulzura—. Seré una sombra si hace falta. Muda. —Hizo un gesto teatral y gracioso sellándose la boca—. Tenemos tanto de qué hablar...

Las dos hermanas se reencontraban en un mundo que las había querido separar. Pasaron horas contándose la una a la otra. Carlota, su complicado viaje de huida; cómo convenció al joven Manuel, «que a saber dónde estará a estas alturas»; su decisión de quedarse en Cangas de Onís; la relación con los vecinos del pueblo; la escuela; las niñas... Rebeca, por su parte, relató los pormenores de sus fracasados intentos de búsqueda hasta que recibió la carta, las veces que había ido a su casa y el marqués no quiso recibirla, las conversaciones con Rodolfo...

—Lo echo mucho de menos —reconoció Carlota—. Hay momentos en los que me pregunto qué habría pasado si me hubiera quedado a su lado.

—Pues no lo pienses, porque sabes bien que Julián no habría parado hasta acabar contigo. Yo no he podido saberlo a ciencia cierta, pero en Madrid se dice que andaba achacoso de salud.

—Que yo sepa, él siempre ha tenido una salud de hierro.

—Sí, hermana, pero la maldad enferma. Lo que me extraña es que esté vivo.

—Para mí lo único importante es que no dé conmigo. ¿Has sabido algo sobre la muerte de mi hijo? —El quiebro de la voz de Carlota le hizo daño a Rebeca.

—Nada. Como si nunca hubiera existido. Ni siquiera he podido averiguar qué han hecho en otras ocasiones con los niños que nacen allí. Todo lo concerniente a esa Casa del Pecado Mortal no existe. Nadie sabe nada, nadie cuenta nada.

—Teresa solo me dijo que a las madres se los arrebatan y que se los queda la hermandad. Pero ni una palabra de lo que hacen después con ellos. Supongo que los tendrán allí como si fuera un orfanato. Todavía siento el zarpazo de aquel momento de traerlo al mundo y perderlo al mismo tiempo, es imposible expresarlo con palabras. Fue tan terrible...

Las lágrimas lo hicieron por ella. Se las enjugó para evitar que se desparramaran en un llanto que no quería permitirse.

—Si al menos estuviera vivo...

—¡Pues claro que lo está! —Rebeca prefirió no decir lo que de verdad creía, que no era precisamente que ese niño viviera—. Cuando todo esto termine, algún día, lo buscaremos.

—Temo que ese día no llegue nunca. ¿Y qué vamos a buscar, a un fantasma? Pero ahora no puedo pensarlo. Todavía necesito algo más de tiempo para asegurarme de que Julián desista de buscarme, o de que al menos aquí no me encontrará.

La Navidad se aproximaba. En los días sucesivos, Rebeca siguió el consejo de su hermana y no salió de la casa. Carlota compró las

viandas suficientes para soportar un encierro que, dadas la fechas, no llamaría la atención sabiendo que había recibido la visita de una antigua amiga.

La noche del 24 de diciembre, después de cenar, frente a la chimenea en la que ardían con virulencia varios leños, Carlota sirvió dos copas del mejor vino que pudo encontrar y se recostó en una butaca. Le tendió la mano a Rebeca, sentada a su lado, frente al fuego. Y así, dejándose acariciar por la calidez de un ser querido al que volvía a ver, sujetando contra el pecho el camafeo de Rodolfo, se entregó a los recuerdos de un par de años atrás.

Era primavera...

*DOS AÑOS Y MEDIO ANTES...*

# Capítulo 19

## *Bodegas Valderroca, Navalcarnero, Madrid. Primavera de 1895*

Los acordes de un cuarteto de cuerda flotaban en el aire del gran salón de las prósperas Bodegas Valderroca, entrelazándose con el murmullo de las conversaciones y el tintineo de copas que, una tras otra, se alzaban para brindar por el éxito y el buen vino.

Carlota, que llamó la atención al irrumpir en el salón ataviada con un vestido de tela de chifón de seda color lavanda empolvado y corte que marcaba una silueta de inspiración *belle époque* con mangas vaporosas, recorría el espacio con la elegancia de quien sabe moverse entre los suyos, aunque aquella noche su ánimo no acompañaba la celebración. Sonreía por inercia, asentía con educación, pero en su interior una sensación de hastío crecía con cada cumplido vacío, con cada anécdota intrascendente que llegaba a sus oídos. Su marido le había rogado que lo acompañara, «podría ser una cita importante para mis negocios», le comentó, y ella, que últimamente tenía pocas ganas de acudir a eventos culturales o reuniones sociales organizadas por las familias más prominentes de la región, a las que hasta entonces asistía con frecuencia, aceptó, evitando así que se desencadenara entre ellos una nueva discusión, como llevaba tiempo ocurriendo. La vida matrimonial no había tardado en hacer aguas. La diferencia de edad. Maneras de ser

demasiado distintas y distantes. Y la insalvable desavenencia en lo que cada uno de ellos deseaba alcanzar para ser feliz. Todo sumado convertía su unión en un error, al menos para Carlota.

Un impulso, repentino e irresistible, la llevó a apartarse del gentío para huir del bullicio de la fiesta. Cruzó el umbral de un pasillo estrecho y descendió por una escalera de piedra que se abría hacia el corazón de la bodega. Allí, la penumbra y el aroma embriagador del vino en reposo la envolvieron como un bálsamo. Avanzó despacio entre las hileras de barricas, acariciando con la yema de los dedos la madera rugosa, y aspiró con deleite los efluvios de roble y uva fermentada. Fue entonces cuando lo vio.

Rodolfo Valderroca estaba inclinado sobre una de las cubas, tomando notas en un pequeño cuaderno. A la luz de una lámpara de aceite, su perfil quedaba recortado en claroscuros: el cabello castaño, ligeramente desordenado, la mandíbula fuerte, el ceño apenas fruncido en un gesto de concentración. No era un hombre de salones ni de fiestas, a pesar de ser el anfitrión esa tarde.

No erraba en la primera impresión que le dio el dueño de aquellas boyantes bodegas. En efecto, Rodolfo prefería el trabajo a las frivolidades. Mientras los invitados se deleitaban con los vinos y la música, él se encontraba en las cavas, supervisando cada detalle, asegurándose de que todo estuviera en su lugar. Ya acudiría más tarde. Lo primero era lo primero.

Su ropa, aunque de buena factura, carecía del relumbre de los invitados del salón de la planta superior. Sus manos, firmes y seguras, tenían la huella de quien conoce el esfuerzo físico y no teme ensuciarse con la tierra que cultiva.

Sintiendo su presencia, Rodolfo alzó la vista y la vio.

—No esperaba encontrar a nadie aquí —le dijo, con una voz grave y serena que vibró en la quietud de la cava.

Carlota, lejos de sentirse incómoda al toparse con un desconocido cuando lo que quería era huir de la gente, esbozó una leve sonrisa.

—Ni yo. Supongo que buscaba un poco de aire. —Se detuvo a pocos pasos de él, dejando que la penumbra y la distancia los midieran antes que las palabras.

El empresario cerró su cuaderno y lo dejó sobre una barrica.

—Es comprensible. A veces, el ruido de las fiestas aturde más que el vino que se bebe en ellas.

La joven marquesa rio, sorprendida por la perspicacia de aquel hombre al que no había visto antes.

—Parece que hablamos el mismo idioma.

—Tal vez. O quizás el vino tiene la virtud de desnudar pensamientos —respondió el bodeguero con un matiz enigmático.

Hubo un silencio en el que ambos se estudiaron mutuamente. La tenue luz de la lámpara iluminó de manera fugaz los ojos de Rodolfo, de un marrón claro pero profundo. Carlota sintió un estremecimiento inesperado, una extraña sensación de reconocimiento, como si en aquel hombre al que apenas conocía se escondiera algo que llevaba mucho tiempo esperando encontrar sin saberlo.

—¿Le gusta el vino, señora...? —preguntó él, enarcando una ceja con suave ironía—. Disculpe que ignore quién es.

—Carlota Visedo, marquesa de Peñaflorida. Y sí, me gusta, aunque nunca había estado en una bodega como esta. Me impresiona la dedicación que parece haber detrás de cada botella.

Rodolfo tomó una sin etiqueta de una mesa cercana, la descorchó con destreza y vertió un poco en una copa que le ofreció.

—Pruebe este. Es un tempranillo reciente, pero prometedor. Como muchas cosas en la vida.

Carlota tomó la copa y acercó el vino a sus labios. El sabor, algo afrutado y vibrante, le acarició el paladar con un dejo de madera y especias.

—Es espléndido, sabe muy bien. Aunque entiendo poco de vinos —dijo, devolviéndole la mirada.

Él sonrió, y su expresión no mostraba la petulancia de un anfitrión satisfecho, sino la calidez de alguien que encuentra placer en compartir lo que ama.

—En esta zona lo que abunda es la garnacha, pero creo que hay que aspirar siempre a lo mejor. Quienes entienden de calidad aprecian el tempranillo.

—Es exigente.

—En todo. ¿Usted no?

El eco lejano de la música del salón le recordó a Carlota que llevaba demasiado tiempo desaparecida y pasó de puntillas por lo que parecía una provocación.

—Tengo que felicitarle por la elección, señor Valderroca: el cuarteto es magnífico.

—¿Le gusta la música?

—Mucho. Pero debo regresar arriba ya.

Le devolvió la copa con amabilidad.

—Por supuesto —dijo Rodolfo, sin moverse, pero con una intensidad en la mirada que la detuvo un instante más—. ¿Hasta la próxima, doña Carlota?

No fue una pregunta, ni un deseo expresado a la ligera. Fue una certeza.

La marquesa no respondió. Solo asintió levemente antes de ascender por la escalera. Pero mientras volvía a perderse entre el murmullo de la fiesta no dejaba de pensar en que aquel encuentro

no sería el último, lo vio con absoluta claridad. Hay cosas que se saben, no hace falta reflexionar mucho sobre ellas.

Aunque, pensándolo bien, no dejaba de ser una idea absurda.

La esposa de un amigo de su marido la echaba de menos, «¿Dónde estabas, querida? Te estás perdiendo lo mejor de la fiesta»... Carlota, que no tenía ninguna intención de responder, realizó un comentario banal que le sirvió para deslizarse por la sala, evitando más conversaciones carentes de interés hasta que llegara la hora de regresar a casa.

Tres semanas más tarde, la joven marquesa de Peñaflorida recibía una sorprendente nota en su domicilio:

Velada musical.
Concierto en el salón de actos del Ateneo de Madrid.
*Cuarteto de cuerda n.º 2 en la menor,*
*Op. 13*, de Félix Mendelssohn.
7 de abril, 1895, a las 17 horas.

Iba acompañada de un mensaje tan poco claro como evocador.

*¿Y si usted tuviera razón y habláramos el mismo idioma? Ese día, otro cuarteto pondría la música. ¿Le gustaría escucharla...?*

Latidos desacompasados y el pulso que se altera.

Rodolfo no parecía un hombre al que le gustaran las provocaciones vanas, ni mucho menos lo hacía merecedor de un frívolo comportamiento. Se había atrevido a dar un paso arriesgado, sabiendo que estaba casada. Aunque no más arriesgado de lo que resultaría aceptarlo...

El salón de actos del Ateneo de Madrid se alzaba solemne en el corazón del edificio, revestido de una elegancia austera que hablaba de saberes acumulados y de debates encendidos entre retazos de historia reciente. Las altas paredes, cubiertas de terciopelo rojo hasta casi rozar el artesonado de oscura madera, conferían al recinto un aire teatral y casi sagrado. Las molduras doradas brillaban tenues bajo la luz de gas, temblorosa en los apliques de bronce que flanqueaban las columnas. Arriba, la cúpula octogonal dejaba filtrar una claridad amortiguada por vitrales, como si la luz misma se viera obligada a guardar silencio en presencia de tantas ideas pronunciadas.

Los retratos de hombres ilustres —médicos, juristas, poetas, científicos— presidían el espacio desde sus marcos severos, contemplando a los asistentes con esa altivez inmóvil que solo otorga el óleo y el tiempo. En el estrado, cubierto por una alfombra de motivos orientales, reposaba el piano de cola junto a un atril solitario, dispuesto para el recital de aquella velada. Las butacas, tapizadas en damasco granate, crujían discretamente al ocuparlas los primeros invitados, todos ellos envueltos en un murmullo expectante.

Se respiraba un perfume sutil de alcanfor y lavanda, de abrigos sacados del guardarropa y guantes de cabritilla recién enfundados. Más que un concierto, aquello era una ceremonia, y el Ateneo, templo de letras y de música, recibía a sus devotos bajo la mirada severa de los próceres que lo habían fundado. En aquel escenario, más propio de un manifiesto que de una romanza, el arte se ofrecía al público como una forma más de pensamiento.

Carlota se detuvo un instante antes de cruzar el umbral del salón de actos. Escuchó el rumor contenido del público, el roce de los abrigos al plegarse, el leve ajuste de una silla al fondo. Había llegado temprano, como si la inquietud pudiera apaciguarse con minutos de ventaja.

Reconoció el lugar al que la remitía aquella nota breve, escrita con letra firme, sin firma ni promesa. No supo si debía interpretarlo como una invitación o como una advertencia. Había decidido acudir, sin más certezas que el temblor que sintió al leerla.

Avanzó despacio por el pasillo central, intuyendo que él ya estaría allí. Lo buscó sin hacerlo evidente, sin girar la cabeza, sin detenerse. Las ganas por encontrarlo mantenían un pulso con el vértigo de haber aceptado la invitación de un desconocido.

Lo reconoció antes de verle el rostro, por la manera de estar, erguido junto a una de las columnas laterales, sin compañía. No parecía buscarla, pero su quietud no era la de quien solo espera escuchar música.

Cuando sus miradas por fin se encontraron, el tiempo se le contrajo en el pecho. No hubo gesto ni palabra, apenas un instante compartido únicamente por ellos, como un secreto bien guardado. Carlota desvió la vista enseguida y continuó hasta su asiento, en una de las filas centrales, con una calma ensayada.

Minutos después, escuchó pasos a su izquierda. No necesitó volverse. Reconoció su presencia en el modo en que se detuvo junto a su butaca y en el silencio deliberado con el que se acomodó a su lado, dejando un breve espacio entre ambos.

—Veo que recibió mi nota —dijo él, mirando al frente, no a ella.

—La recibí. Y no supe qué pensar.

—No era necesario que pensara nada. Solo que decidiera venir.

Carlota desvió apenas el rostro hacia él, sin buscar sus ojos.

—Entonces, ¿he sido imprudente?

—O valiente.

—No era una invitación, señor Valderroca. No exactamente.

—Tiene razón, no lo era. Fue un deseo. Los deseos no obligan. Pero a veces se cumplen... como ha ocurrido hoy.

Ella asintió, sin palabras, controlando el escalofrío. A lo lejos, las cuerdas comenzaron a afinar.

—Temí que tal vez no viniera —añadió él.

—Y yo pensé que era usted quien no vendría. Eso nos deja en paz, ¿no cree?

—O todo lo contrario.

Un silencio se tendió entre ambos. Carlota apoyó los guantes en su regazo y mantuvo la vista fija en el escenario mientras confesó:

—¿Sabe lo que me sorprendió al entrar? Que no me pareció extraño verle aquí. Como si siempre hubiera estado.

—Y sin embargo han pasado semanas.

—¿Cuántas?

—Las mismas que llevo recordando nuestra conversación en la bodega. Algunas palabras vuelven con más fidelidad que los propios hechos —rememoró Rodolfo.

—Depende de cómo se digan.

—O de a quién estuvieran dirigidas. —Y la miró por primera vez.

Un murmullo cruzó la sala, los músicos tomaron asiento. Ella se volvió de nuevo al frente.

—Empieza.

—Sí —dijo él—. Algo empieza.

La música trenzó una sinfonía de atracción que condujo a una segunda invitación, esta vez a visitar las bodegas.

—Me gustaría mostrarle la finca, si es que tiene interés en el campo y en cómo se desarrollan las vides, yo mismo me sorprendo a

veces de que un vino tan excepcional pueda salir de una pequeña cepa plantada en la tierra.

—Contado así más parece magia que labranza.

—Magia... Eso me ha gustado.

Al terminar el concierto, una despedida deliberadamente rápida para que ninguna mala lengua se desatara indebidamente y la sinfonía acabó por arrollarlos.

# CAPÍTULO 20

Rodolfo Valderroca, aunque sabía que estaba cruzando una línea peligrosa, no pudo resistirse a la complicidad que se tejía con la marquesa. Fueron aproximándose lentamente, inmersos en conversaciones bajo la luz tenue de las cavas y algún que otro paseo por los viñedos al atardecer, cuando Carlota disponía en casa de tiempo sin levantar las sospechas de Julián, aprovechando sus ausencias justificadas por los negocios que tenía repartidos en varias provincias.

Rodolfo representaba todo lo que Carlota deseaba, pero no podía tener: libertad, pasión y autenticidad. Para Rodolfo, Carlota era una mujer que desafiaba las convenciones de su tiempo con su inteligencia y sensibilidad, y la capacidad de tomar sus propias decisiones.

Se acercaron mucho, demasiado, desafiando el peligro que podría conllevar; tanto lo hicieron que en el estrecho espacio que se estableció entre ambos fue anidando lentamente un amor poderoso e imposible a partes iguales. A esas alturas, no importaba si ese amor tenía futuro, si era prudente o si acabaría por destruirlos: había nacido, y con eso bastaba para trastocar el orden de todo lo demás.

En los círculos sociales en los que Carlota se movía, donde las convenciones cargaban con una careta de hipocresía y las apariencias valían más que la verdad, resultaba difícil encontrar a ninguna amiga verdadera y leal a la que no le moviera el interés. Eso

hacía difícil que pudiera compartir con nadie, salvo con su hermana, lo que le estaba ocurriendo.

El vínculo con Rebeca era tan estrecho que superaba, incluso, lo fraternal. La situación familiar las había unido en la desgracia que las convirtió entonces en pobres niñas ricas. No había transcurrido un año del fallecimiento de la madre, cuando el padre les comunicó que sus negocios le obligaban a trasladarse durante un tiempo a la localidad francesa de Lyon, pero jamás volvió. Se rumoreaba que, en realidad, se había marchado con otra mujer, con la que habría llegado a formar una nueva familia. A ellas les asignó una manutención mensual hasta que se casaran, y Rebeca se quedó en el amplio piso familiar ubicado en el barrio de Chamberí. Carlota y Rebeca no podían vivir sin contarse novedades, o compartir todo lo que vivían, cualquier circunstancia que les ocurriera; se tenían una confianza tan ciega como inquebrantable. Era natural e inevitable, pues, que Carlota terminara desahogándose con su hermana. Con quién mejor que con ella.

Rebeca siempre celebraba con entusiasmo cada visita de su hermana. Era mucho más expresiva que Carlota. Aquella tarde le extrañó la actitud con la que la vio llegar. Percibió, nada más verla, que debía existir una razón importante que hacía que no fuera una visita de cortesía con el mero fin de verse.

—Estás más callada de lo habitual. Y eso ya es decir.

—Estoy... cansada, supongo —respondió Carlota, acariciando el borde de la taza que tenía entre las manos.

—¿Otra vez discusiones con Julián?

—No. Esta vez no ha hecho falta discutir. El silencio ya lo dice todo —añadió tras una pausa breve—. Hace semanas que apenas hablamos. Y cuando lo hacemos, siempre es para lo mismo.

—El heredero...

—El maldito heredero —le confirmó Carlota—. Ya no puedo seguir soportando la presión que supone no quedarme embarazada.

—No dejes que eso te martirice. —Rebeca siempre hacía suyo el sufrimiento de su hermana, fuera cual fuera la causa que lo provocara.

—A veces creo que lo único que le importa a Julián en este mundo es asegurarse la continuación de su apellido.

—Disculpa: su «ilustre» apellido, como él dice —remedó Rebeca a su cuñado intentando quitarle hierro, no sabía cómo aliviarle esa pesada carga a su hermana.

Carlota guardó silencio unos instantes, meditando sobre su circunstancia al mismo tiempo que lo compartía con su hermana:

—¿Nunca te has sentido..., no sé cómo explicarlo, extraña dentro de tu propia vida? Como si nada de lo que te rodea te perteneciera del todo.

—¿A qué viene esa pregunta? —La reflexión desconcertó a Rebeca.

—A nada. O a todo. No lo sé. A veces me descubro esperando algo. Una carta, una noticia..., a alguien. —Bajó la voz—. Sé que es absurdo. Pero no puedo evitarlo.

—¿A alguien?

¿Cómo explicar lo inexplicable? Elevar la mirada y, al observar el mundo a tu alrededor, darte cuenta de que no es lo que quieres. No encuentras en lo que posees el verdadero camino que conduce a la felicidad. ¿Cómo explicar lo inexplicable?

—He conocido a alguien. Sí. Así es —dijo al fin. Antes de que su hermana pudiera responder, añadió—: No me mires así. No ha pasado nada impropio. Apenas hemos hablado tres o cuatro veces. Pero... no puedo sacármelo de la cabeza.

—¡Pero, Carlota...!

—Sé lo que vas a decir. Que soy una insensata. Que estoy poniendo en riesgo todo lo que tengo. Pero, ¿y si lo que tengo no es suficiente? ¿Y si lo que tengo no es la vida que deseo?

A Rebeca, la voz de su hermana no le sonaba a frivolidad, sino a verdad, eso era lo preocupante para ella.

—Sabes que te quiero con locura y jamás te juzgaría, de la misma manera que yo sé, mejor que nadie, que no eres feliz en tu matrimonio. —El silencio de Carlota en ese momento le otorgaba la razón a su hermana—. Pero de ahí a verte con otro hombre —prosiguió— hay una gran diferencia, y me temo que no muy recomendable.

—Sé que no está bien, pero ha sucedido.

—Dime su nombre —quiso saber Rebeca.

—Rodolfo.

—Rodolfo... —repitió Rebeca, todavía sin poder creerlo.

—Rodolfo Valderroca —le aclaró su hermana—. Es dueño de unas importantes bodegas.

—¡Dios! ¿Es que te has vuelto loca?

—En absoluto. Creo que nunca he estado tan cuerda.

—¿No ha sido todo demasiado rápido?

—¿Rápido? ¿Para quién? ¿Y cómo se decide la rapidez? Oye..., acabas de decir que jamás me juzgarías.

—Una cosa es no juzgarte y otra muy distinta preocuparme por ti. No es un hecho insustancial lo que me cuentas. ¿Cómo...? ¿Cómo ha ocurrido?

—Las cosas ocurren, sencillamente, Rebeca.

—No, Carlota, las cosas no ocurren sin más.

—Nos conocimos en sus bodegas, en una velada social. Rodolfo me habló con una franqueza... distinta. Como si me viera a mí, a

Carlota Visedo, ¿lo entiendes? No a la marquesa, ni a la esposa de don Julián de Peñaflorida.

Rebeca la observaba barruntando la tormenta de dimensiones incalculables que ese hecho podría desatar si llegara a oídos de su marido. Se esforzó por no comportarse con demasiada dureza, a pesar del impacto que le había causado la confesión de su hermana.

—Te conozco demasiado bien para pensar que esto sea un simple capricho. —Necesitó hacer una pausa, que Carlota, por su parte, no quiso rellenar con ninguna palabra—. Y también sé, aunque te empeñes en ocultarlo, o por lo menos disimularlo, que llevas callando tu infelicidad prácticamente desde que te casaste con Julián. Y esa infelicidad te está envenenando poco a poco.

—No esperaba que lo entendieras. Solo...

—¡Pero si lo entiendo! —se revolvió Rebeca.

—Solo... necesitaba decírselo a alguien —reconoció Carlota.

—Y has hecho bien. —La hermana le tomó una mano con delicadeza—. Pero prométeme algo: que cuidarás tu nombre. Tu libertad. Tu corazón. Que te cuidarás a ti misma por encima de todo. No te precipites, Carlota. —Le hablaba con firmeza y un enorme cariño—. Y si de verdad sientes que es distinto..., entonces lucha. Pero hazlo con cabeza. No dejes que te destruyan por querer vivir.

—¿Y si ya lo están haciendo?

—Entonces, llega antes. Llega tú primero. No permitas que nadie decida por ti. Lo que sientes y lo que mereces solo ha de depender de ti, de nadie más.

Le costó reconocer un sentimiento frustrante, que no iba con su forma de ser, pero ahí estaba. Inequívoco. Innegable. Ahí estaba. Se hizo presente:

—Tengo miedo.

—Tenlo. Pero no te quedes a vivir en él. El miedo no es lugar para ti.

—¿Crees que sabré manejarlo?

—¡Pues claro! Pero mejor empieza por no volver a entrar en él. Desecha los miedos.

—Gracias, Rebeca.

—Siempre estaré contigo. Pase lo que pase.

Fue inevitable que Carlota y Rodolfo avanzaran en la senda que los unía desde el mismo instante en el que se conocieron en aquel mismo lugar. Las cavas de la bodega se convirtieron, definitivamente, en su principal cobijo. En la penumbra de las bóvedas subterráneas, entre barricas y herramientas del campo, se sentían seguros. Allí compartieron sus primeras confesiones y los besos robados que sellaron su amor.

Si todo había ido muy rápido, o no, el tiempo lo diría.

***

La doncella les sirvió café y se retiró.

—Creí que ya habías terminado con eso —dijo Carlota, removiendo con la cucharilla.

—No, y dudo que termine antes de partir —respondió Julián, sin apartar la vista de los papeles—. ¿Sabías que los franceses han vuelto a retrasar la firma? Me llegó un cable esta mañana.

—¿La firma de qué, exactamente?

—Un asunto con los ferrocarriles. ¿No lo recuerdas? Te lo conté.

—Sí, claro... —respondió distraída sin recordarlo.

—Esa nueva concesión, en el sur, va a reportarnos grandes satisfacciones y, sobre todo, beneficios, ya verás. Quieren prolongar la línea hasta Bayona, pero necesitan capital español. O eso dicen.

—¿Y no pueden resolverlo desde aquí?

—No cuando hay intermediarios que prefieren hablar en privado, en persona y en su idioma. Además, hay nombres implicados que es mejor no poner por escrito.

—Eso suena... comprometido, como poco.

—No es la palabra que yo usaría. Digamos... interesante. —La miró intrigado—. Aunque, claro, tú siempre prefieres los términos que huelen a novela.

—Y tú los que no dejan rastro.

—¿Y qué sentido tendría dejarlo? Nadie gana nada con eso. —Se incorporó, cerrando la carpeta.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No lo sé con exactitud, quince días, quizás menos. O tal vez más. Depende de cómo vayan las cosas. Pero necesitaré discreción mientras esté allí. Si llega correspondencia con sello francés, entrégasela al administrador, sin abrirla. Él sabrá qué hacer.

—¿Discreción para ti o para los franceses?

—Para los dos, llegado el caso. En ciertos círculos, las palabras tienen más trascendencia que los contratos.

—¿Vas solo?

—Claro. ¿Con quién esperabas?

—No espero nada. Solo pregunto.

—No hay nada más inocente que una pregunta, ¿verdad?

—Depende. A veces es lo único que uno tiene para defenderse.

—Eso suena a declaración de guerra, y solo estoy yéndome a París. —La miró con ironía contenida—. Procura no aburrirte demasiado en mi ausencia.

—Seguiré tu consejo. Haré lo posible por entretenerme.

***

Carlota y Rodolfo escogieron un mirador entre los viñedos, en una colina apartada desde la que se podían ver las hileras de vides extendiéndose como un mar de hermoso color verde. A veces se reunían en aquel punto al caer la tarde. Ese lugar, solitario y casi inaccesible, era perfecto para soñar con un futuro, aunque fuera imposible.

Era domingo y Rodolfo se había asegurado de que no anduviera nadie por la bodega.

—Quédate esta noche.

Caminaban de regreso a la casa principal de la hacienda, residencia de Rodolfo. Su invitación, que se correspondía con el deseo más íntimo de Carlota, impuso entre ellos la evidencia de que no cabía seguir bordeando lo que sentían, en un absurdo intento de orillar la verdad.

—Sabes que no puedo.

Rodolfo se detuvo y paró también los pasos de ella al cogerla del brazo.

—¿Qué te lo impide?

—No debo, Rodolfo. Bien lo sabes. ¿Una mujer casada pasando la noche en casa de un hombre que no es su marido?

Había optado sencillamente por lo que se consideraba lo correcto.

—Vamos... Carlota... —Lo dijo con una complicidad que a ella le resultó turbadora hasta el extremo—. No es tu corazón el que habla —le insistió—. Lo correcto... ¿para quién? ¿Para aquellos que no nos conocen, pero se atreven a opinar sobre nuestras vidas?

Siguieron caminando, en silencio, uniendo sus manos en un preludio de lo que, inevitablemente, sucedió al buscar en el dormitorio cobijo para sus íntimos deseos, lejos de ese mundo descrito por Rodolfo, del que ambos, por más que él se resistiera, formaban parte.

Se quedó aquella noche y se habría quedado todas las noches del mundo.

Una puerta impalpable se abrió para dar paso a sentimientos más profundos. Pero Carlota, en aquel momento en el que el mundo real dejó de existir, olvidando quién era y sumergiéndose en un caudal de caricias y besos prohibidos, no podía sospechar que también la estaba abriendo al infierno.

***

## *Casa de Rebeca, Madrid, tarde de octubre de 1895*

Eran las seis cuando Carlota llegó a casa de Rebeca sin previo aviso. Parecía venir de lejos, aunque no fuera más que del otro lado de la ciudad, y traía un cansancio dulce sobre los hombros.

—He venido porque necesitaba verte —dijo.

—Eso ya lo imaginaba. Basta con mirarte para saber que ha ocurrido algo.

—¿Y qué ves?

Rebeca la observaba midiendo su respuesta:

—Veo a alguien que ha cruzado una línea. Y que no piensa volver atrás.

—No puedo volver atrás —reconoció Carlota—, has acertado. Y, aunque pudiera, no querría.

—Lo suponía —respondió Rebeca—. La cosa se complica. ¿Te apetece un jerez?

—No, gracias.

—Pues te lo vas a tomar. Creo que nos vendrá bien a las dos.

Resuelta, Rebeca tomó dos copas pequeñas del aparador y sirvió el vino.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No lo sé —respondió sincera Carlota—. No me atrevo a pensarlo. Solo sé que no quiero renunciar a lo que siento.

Rebeca seguía mirándola muy atentamente, con una mezcla de ternura y desasosiego. Jugaba con el borde de su copa, sin probarla.

—¿Y si alguien os hubiera visto? —preguntó con preocupación.

—Hemos sido discretos.

—Eso no significa nada.

—Tienes razón. Sé que corro un riesgo.

—No uno, Carlota. Muchos. No quiero recordártelos, los conoces de sobra.

—Entonces no los nombres. No hoy.

Rebeca frenó.

—Podría decirte que estás haciendo una locura. Podría advertirte, como hermana, como mujer... Pero imagino lo que es pasar los años apagando un incendio interior.

—En mi matrimonio vivo como si no sucediera nada por dentro. No creo que puedas imaginarlo.

—No seré yo quien te arrebate lo que has encontrado.

Carlota esbozó una sonrisa que no llegó a los labios.

—No quiero perderlo, Rebeca. Pero necesito tenerte a mi lado.

—Aunque a veces me cueste entenderte, estoy contigo, hermana. En el fondo, creo que eres valiente. —Hubo una pausa breve, cargada de significado—. Solo te pido una cosa —añadió Rebeca—: no confundas lo que sientes con un salvavidas. No todo lo que parece amor lo es.

Carlota se concentró en una baldosa del suelo y miró en su interior antes de responder.

—Lo sé. Pero esta vez no tengo dudas.

Lo dijo iluminada por la claridad de lo sucedido la noche anterior, en la que había franqueado la puerta que abre paso al abismo.

# Capítulo 21

El regreso de Julián de París devolvió a Carlota a su auténtica realidad. Los viajes a Navalcarnero se suspendieron y se metió de lleno en un tiempo de incertidumbres y hastío.

Algo se había instalado en el ambiente de aquella casa, inespecífico, algo difícil de definir, que hizo que Julián estuviera más atento a los detalles, los gestos, los silencios, obligando a Carlota a afinar todavía más su capacidad de disimulo. No era temor lo que sentía, en absoluto, sino una especie de alerta continua. Todo debía parecer exactamente igual que antes. Al tener que compartir dormitorio, como era normal, apenas se dirigían la palabra en la intimidad. O sea, exactamente igual que antes.

Del brazo de su marido reapareció en los habituales salones sociales, entre ellos, uno de los más codiciados de la capital: el palacio de Monistrol, residencia de la condesa de Sástago, camarera mayor de la reina regente, María Cristina de Austria, viuda de Alfonso XII. La condesa era heredera de uno de los linajes más antiguos de Aragón, con grandeza de España. En su residencia de la calle de la Luna —un palacio con techos altos y molduras doradas, tapices traídos de Flandes, y lámparas de cristal que parecían florecer en el techo como racimos—, María Antonia de Alagón Fernández de Córdoba y Bernaldo de Quirós reunía con naturalidad a damas piadosas, políticos discretos y algún periodista de confianza, todos bajo la atenta mirada de retratos familiares y relojes de

péndulo que marcaban con solemnidad el paso de las conversaciones.

Tenía debilidad por Carlota desde que la escuchó recitar unos versos de Campoamor en una velada de caridad años atrás, y solía sentarla a su derecha, como si eso bastara para protegerla del tedio o de las malas lenguas.

—Está más hermosa que nunca, marquesa —le susurró aquella tarde, mientras el mayordomo se alejaba con la bandeja de té—. Y no me venga con modestias: la belleza también se cultiva.

—O se disimula, que viene a ser lo mismo —respondió Carlota, con un gesto que no era exactamente una sonrisa.

—Lo dice como quien sabe mucho —replicó la condesa con cierta chispa.

—Lo digo como quien empieza a saber —matizó Carlota, sin mirar a nadie.

Una señora vestida de gris perla comentó algo al paso sobre los amores del duque de la Torre, y el comentario flotó en el aire con esa carga invisible de intención que tiene lo que se dice con indiferencia para que otros lo escuchen. Carlota fingió no haberlo oído. Cumplía su papel con soltura, como tantas veces: la esposa, la marquesa, la hija de buena cuna. Pero siempre con un ojo puesto en la salida, como si en el fondo supiera que algún día dejaría de importar el estar sentada a la derecha de nadie.

Un grupo de damas ya se hallaba reunido en torno a una mesita baja con incrustaciones de nácar, donde se servía té en porcelana de Limoges y pequeños pastelillos de mazapán.

—La señora de la Vega asegura que la reina no acudirá este año al baile de invierno —dijo una de las asistentes, bajando la voz con una combinación de picardía y respeto.

—No la culpo —replicó la condesa, sentándose con elegancia en una *chaise longue*—. ¿A quién se le ocurre organizar un baile con medio país en bancarrota y el otro medio conspirando?

Al otro extremo del salón, una señora de luto con broche de azabache hablaba con exceso de entusiasmo sobre las últimas reformas en palacio. Más cerca, un diputado murmuraba algo al oído de un periodista de *El Liberal*.

—Querida marquesa, sabía que no se me aburriría esta tarde —comentó en tono cómplice la condesa de Sástago—. Siempre he pensado que los espíritus inquietos encuentran en el silencio su mayor extensión y temía que hoy la reunión, con este barullo, no estuviera a la altura de sus expectativas.

—Me temo que tiene de mí una opinión demasiado elevada, pero aprecio su amabilidad, que, si me lo permite, la considero afectuosa.

—¡Lo es! Claro que se lo permito. Me enfadaría enterarme de que no es así, porque le aseguro que cuenta usted con mi más sincero afecto.

El sonido del reloj de péndulo marcaba el ritmo solemne del salón. Mientras, el resto de los invitados continuaba entregado a sus conversaciones, la mayoría vanos intentos de resultar interesantes.

Afuera, la calle de la Luna comenzaba a oscurecerse, al mismo tiempo que iban iluminándose las estancias del palacio de Monistrol para que la fiesta continuara.

La joven marquesa empezó también a involucrarse en las gestiones de la Sociedad de Señoras de San Vicente de Paúl, fundada en París en la primera mitad del siglo, que organizaba visitas a hospitales, asilos y casas de expósitos, así como recogidas de alimentos para las viudas de guerra. Eso le permitía circular con libertad por la ciudad,

moverse sin levantar sospechas y mantener cierta red de información en los barrios más castigados. A Julián le gustaba contar que su esposa se interesaba por «las clases desfavorecidas», como si eso lo convirtiera a él en un hombre moderno y piadoso.

Poco a poco, Carlota fue reconstruyendo su rutina, no desde el deseo, sino desde la necesidad. Lo hacía con eficacia, casi con frialdad, sabiendo que cualquier fisura podía volverse en su contra. Y aunque nada en su actitud revelaba agitación alguna, había noches en que apenas lograba dormir. Julián no preguntaba. Ella tampoco ofrecía explicaciones de ningún tipo.

Tan solo soñaba... Rodolfo... Los paseos cogidos de la mano entre un ondulante mar de viñas... Las caricias entre las sábanas en compartidas noches clandestinas.

Retomar la rutina tras la vuelta del viaje de Julián, que al final se había prolongado tres semanas, significó para Carlota dejar de ver a Rodolfo. Solo se produjo un encuentro, en casa de Rebeca, fuera de las miradas ajenas. Pero prepararlo había supuesto tal complicación que no pasó de ahí; no hubo ningún otro.

Una tarde, cansina, dominada por el tedio, mientras Carlota revisaba unas cartas sobre la mesa del salón —invitaciones, notas de agradecimiento, una solicitud de apoyo para una obra benéfica—, Julián entró sin anunciarse. Observó el escritorio con gesto distraído y, tras un silencio, dejó caer una frase cargada de plomo.

—Has estado muy ocupada últimamente. Apenas te encuentro en casa.

—Estoy cumpliendo con mis obligaciones. Pensé que eso te complacería.

—Claro que me complace. Aunque me sorprende que hayas vuelto con tanto entusiasmo a tus compromisos sociales. Algunas visitas se repiten demasiado, ¿no crees?

Carlota le sostuvo la mirada, un tanto desafiante. No había irritación en su gesto, sino una calma estudiada.

—La condesa de Sástago me ha pedido que la ayude con la organización de una velada. Habrá invitados franceses. Supuse que te parecería adecuado.

—Claro... Cómo no. —Julián se recostó en la butaca junto a la chimenea—. ¿Y piensas asistir al concierto del Casino este jueves? —preguntó, intentando mostrar cierta displicencia.

—Por supuesto. Hemos recibido invitación. Estás en la lista de honor.

—No me refería a mí. Me preguntaba si tú ibas a ir.

Carlota se tomó su tiempo para responder.

—Si no tienes inconveniente.

—Ninguno. Solo quería saber si debo esperarte para ir juntos.

—Haz como prefieras.

Durante unos segundos, no se oyó más que el leve golpeteo del reloj de sobremesa. Luego Julián se levantó, bebió el último trago del coñac que se había servido y salió sin añadir nada más.

La joven se quedó inmóvil, los dedos aún sobre el papel de la última carta. Sabía que ese tipo de conversaciones eran ensayos. Él tanteaba, poniéndola a prueba. Ella también lo hacía en su respuesta. Un juego peligroso.

En esa casa no ganaba quien hablaba más, sino quien sabía esperar.

La recepción se celebraba en el salón principal del Casino de Madrid. Rodolfo Valderroca llegó con la puntualidad de quien sabe que no debe hacerse esperar. Vestía de negro, como dictaba el protocolo, y saludaba a conocidos con una cordialidad medida. La mayoría eran

hombres de negocios o propietarios agrícolas invitados por la Junta de Viticultores para tratar cuestiones sobre aranceles y distribución.

Don Julián de Peñaflorida se abrió paso entre los grupos hasta detenerse frente a él. Su presencia se impuso con rotundidad.

—Señor Valderroca —dijo, extendiéndole la mano—. Es un placer volver a verle.

—Lo mismo digo. Un placer saludarle de nuevo.

—¿Cómo van las cosas por Navalcarnero?

—Razonablemente bien. Gracias. Creo que la cosecha de este año podría ser de las mejores.

—Lo celebro, don Rodolfo. Por lo que parece vamos a tener que seguir muy de cerca el desarrollo de esas vides. Será interesante.

—Lo merecen. Espero que pronto podamos celebrar una buena añada.

—¡Así será! —afirmó Julián con entusiasmo—. Brindaremos por ello esta noche.

Se trataban con una educación que no excluía la vigilancia y el recelo mutuos. Rodolfo notó cómo el marqués evaluaba cada uno de sus gestos, y no le sorprendió. Había aprendido a mantener el rostro sereno incluso bajo el oscilante manto de los recuerdos. Julián, por su parte, detectó en aquel bodeguero un aire de gravedad impropia para su edad, lo que llamaba su atención.

—Su nombre ha circulado mucho últimamente en estas reuniones —añadió el marqués, mientras cogía una copa de una bandeja—. Dicen que ha conseguido abrir mercado en Burdeos.

—Estamos en ello. La calidad empieza a reconocerse fuera. Cuestión de tiempo... y de paciencia.

Julián asintió, con una expresión ambigua.

—Permítame presentarle a mi esposa, creo que en la velada en su finca no hubo ocasión, nos marchamos muy pronto.

Rodolfo se puso en guardia. Lo hizo como se prepara un soldado que vuelve al frente con la herida aún abierta. Cuando ella apareció, envuelta en un vestido marfil de manga larga y encaje discreto, apenas pudo disimular el estremecimiento. Carlota bajó ligeramente la cabeza en señal de cortesía, y luego alzó los ojos. No hubo palabras, pero sí una respiración contenida. Controlaba sus nervios.

—Señora... —Una leve inclinación cortés que ocultaba el deseo compartido—. Es un honor.

—Señor Valderroca —respondió Carlota, y eso fue todo.

El marqués observó el intercambio con atención, y aunque sonreía, sus ojos parecían haberse vuelto más pequeños.

Les sirvieron una copa de vino. Julián dejó en la bandeja la copa vacía y cogió otra, que se llevó a los labios sin apartar la vista de su interlocutor.

—Mi esposa no está muy versada en temas vinícolas —comentó—, pero tiene buen instinto. Si alguna botella le gusta, es señal de que tendrá éxito.

Rodolfo no apartaba la vista de Carlota.

—Entonces me fiaré de su juicio, señora.

Ella no respondió. Se limitó a dejar escapar un leve movimiento de manos, como si quisiera alejarse del lugar, del momento o del hombre que acababa de besar cortésmente su mano. Julián lo notó. Pero también notó algo más: en la mirada de Rodolfo no había descaro, jamás se habría atrevido, pero sí una turbia claridad demasiado nítida.

Demasiado evidente.

—Le deseo suerte en sus negocios, señor Valderroca —concluyó el marqués, con tono sorprendentemente seco.

—Gracias, marqués. Y yo a usted la siempre tan imprescindible serenidad.

La última palabra quedó flotando en el aire unos segundos, más pesada de lo necesario. Luego Rodolfo se apartó, con paso firme, dejando tras de sí una estela de palabras no dichas que no habrían gustado a Julián.

Aquel mismo día, tras la recepción, mientras que Carlota regresó a casa, el marqués de Peñaflorida permaneció en el salón de lectura del Casino con dos de sus socios más veteranos y, como siempre, don Gregorio a su lado. Se habló largo y tendido de fusiones y mercados, pero lo que acabó de interesar a Julián no fue tanto el vino como el movimiento de tierras.

—Navalcarnero tiene unas condiciones envidiables —comentó uno de ellos, un hacendado de Guadalajara—. Valderroca ha sabido modernizar los sistemas de cultivo sin perder el respeto por las cepas viejas. Y lo que es más raro: no se le sube a la cabeza.

—Y se lleva bien con los franceses —añadió otro—. Eso nos conviene a todos.

—Habrá que ver si el vino interesa como negocio —terció don Gregorio Gómez, que había permanecido muy callado durante la tarde. Se limitaba a observar.

Julián no reaccionó al comentario de su amigo. Hizo girar su copa entre los dedos y se quedó pensando, en Valderroca, sí, pero también en Carlota. Y en cómo se había ruborizado al hablar con él. Aquello, pensó, era una incomodidad que no le convenía. Una inquietud que se debía disipar. Y nada calmaba tanto las aguas como poner los asuntos delicados bajo la luz de la utilidad.

—¿Creen que aceptaría ampliar capital si se le pusiera sobre la mesa una propuesta seria? —preguntó al grupo.

—Los viñedos no son lo tuyo —le recordó don Gregorio, aunque no hiciera falta.

Los otros dos hombres se miraron con interés. Uno de ellos sonrió.

—Valderroca no rechaza un trato justo. Y tiene buena cabeza. ¿Estás pensando en entrar?

El marqués tragó un sorbo largo de vino y no respondió. Al día siguiente, Rodolfo recibió una nota formal, escrita con letra clara, invitándolo a un almuerzo privado.

Julián, para agasajar a sus socios y explorar esa posible alianza empresarial, organizó un almuerzo discreto en una casa señorial del barrio de los Jerónimos, propiedad de uno de sus amigos, que la ofreció para la ocasión. Convinieron acudir acompañados de sus esposas. Rodolfo Valderroca fue uno de los invitados. Durante la comida evitó mirar directamente a Carlota, pero en un momento, cuando creía que nadie lo notaba, sus ojos se cruzaron con los de ella. Fue un instante breve, pero cargado de intensidad, suficiente para que el marqués sintiera que algo extraño y que escapaba a su control estaba ocurriendo.

Finalizada la comida, se produjo un detalle aparentemente insignificante: durante un paseo por el jardín, el marqués observó cómo Carlota pasaba cerca de un banco de piedra donde Rodolfo se había dejado su chaqueta y tuvo el gesto instintivo de acariciarla. Su marido se aproximó rápidamente a ella, estaban solos, y Carlota, sorprendida e incómoda, arguyó que «la estaba recogiendo para devolvérsela al señor Valderroca, creo que es suya». La explicación no solo no convenció a Julián, sino que hizo que naciera en él una firme sospecha de que ese «algo» que podría estar pasando a sus

espaldas tenía visos de ser real, lo que supondría un hecho de extremada gravedad, capaz de alterar sus vidas.

Más tarde, mientras observaba a su esposa conversar con otros invitados, recordó pequeños episodios, como cabos que van uniéndose: los largos paseos que Carlota alegaba necesitar para «respirar», las visitas a Navalcarnero «por interés cultural» y su creciente melancolía.

La vio perdida entre sus pensamientos, sin seguir el hilo de la conversación que le estaban ofreciendo.

Aunque aún no tenía pruebas, la duda empezaba a enraizarse en Julián.

# CAPÍTULO 22

El sol caía oblicuo camino del mediodía sobre los cristales del despacho cuando el marqués interrumpió su trabajo para hablar con su más estrecho colaborador. Habían estado revisando las previsiones para la añada que estaba a punto de salir al mercado, pero una discrepancia técnica en los informes le hizo fruncir el ceño.

—Hace un buen día y todavía es temprano —dijo tras un breve silencio—. Vamos a ver al señor Valderroca, tal vez él nos aclare algo.

Salieron de la ciudad sin haberse anunciado. El coche se deslizaba por los caminos polvorientos mientras el campo comenzaba a desperezarse para abrazar la primavera con los primeros verdores.

Al llegar a las bodegas de Navalcarnero, el ayudante se quedó en la entrada revisando unos papeles. Don Julián prefirió entrar solo.

La penumbra de las cavas lo recibió con su familiar olor a madera y caldos envejecidos. Avanzó unos pasos. No esperaba encontrar allí a su esposa. ¿O tal vez sí? Porque, desde el primer instante en que se le ocurrió, el motivo de su viaje no parecía demasiado consistente. El caso era que allí estaba, la tenía delante de sus ojos, acompañada de otro hombre, que, a juzgar por lo que estaba viendo, no parecía precisamente que le desagradara. Su esposa había viajado a Navalcarnero y él no se había enterado.

Carlota estaba inclinada sobre una barrica, observando atentamente, mientras Rodolfo Valderroca sostenía una copa en la mano y le murmuraba algo que solo ellos podían oír. La escena no

ofrecía ningún gesto escandaloso, nada que debiera ser recriminado, pero había en el aire una vibración que se le clavó como una astilla. La proximidad de los cuerpos, la forma en que se miraban, incluso el leve titubeo con que ella alzaba la vista hacia él cuando le hablaba... Todo ello revelaba más que las palabras.

Entonces, en un movimiento casi instintivo, los dos fueron a cogerse de la mano. En ese momento, Julián se hizo notar.

Carlota se irguió con un sobresalto que apenas pudo disimular. Forzó una sonrisa nerviosa, distinta de la que solía dedicarle a su marido, para decirle:

—No esperaba verte aquí. Quise venir a conocer mejor el proceso del vino... ahora que estás tan volcado en el negocio, y no conozco otras bodegas más que estas.

Rodolfo no se inmutó. Asintió con una serenidad estudiada y repitió la excusa con un aplomo que a Julián le pareció casi insolente.

No dijo nada. Su rostro permaneció impasible mientras se quitaba los guantes y observaba la copa de vino que Rodolfo aún sostenía. Él y Carlota aguardaban expectantes la reacción de Julián, pero la aparición de su ayudante rasgó la tensión que estaba a punto de estallar.

—Has aparecido en el momento oportuno —le comentó el marqués—. Habla tú con el señor Valderroca, ya sabes cuáles son nuestras dudas. Yo voy a dar un paseo por los viñedos... solo. —Lo dijo mirando a su esposa.

Se alejó, asentándose en su mente, a cada paso que daba, con una claridad irrefutable, la inequívoca convicción de que lo que acababa de presenciar ponía en una situación comprometida a su esposa, y a él lo colocaba en «una posición indeseable para un hombre de su clase».

Fuera, los jornaleros trabajaban entre las cepas con un ritmo pausado. Se acercó a uno de ellos y, tras intercambiar unas palabras intrascendentes, deslizó una pregunta sin poner énfasis alguno para evitar la más mínima sospecha de lo que verdaderamente quería averiguar.

—¿Sabe si mi esposa ha venido antes por aquí?

El hombre, concentrado en su labor, respondió con naturalidad:

—Sí, claro. Últimamente se la ve bastante. Le gusta pasear entre las parras, y siempre pregunta mucho sobre cómo se hace el vino.

No había sarcasmo en sus palabras. Ni recelos; tampoco desconfianza. Pero bastaron.

Julián no contestó. Miró un instante el horizonte: las tierras suaves de Navalcarnero, el perfil de las vides recién podadas de los brotes sobrantes. Su esposa nunca había mostrado interés por los asuntos del vino. Hasta que apareció el nombre de Valderroca en sus vidas.

Volvió al coche con el paso firme y la rabia encendida.

—Dile a mi esposa que nos vemos en casa —le pidió a su ayudante—. Acompáñala, busca la manera de regresar, yo marcho solo. Seguro que Valderroca —había dejado de ser «señor Valderroca»— no tendrá inconveniente en poner un coche a vuestra disposición.

Conforme el vehículo avanzaba por el camino hacia la salida, la sospecha fue transformándose en certeza. No había ya espacio para la duda.

Consideró más apropiado no montar una escena allí mismo. Había aprendido que en ciertos combates la prudencia es el arma más temible y, sobre todo, la más útil.

Julián regresó a su domicilio al anochecer, con el rostro contraído por una expresión difícil de descifrar. Dejó sombrero y guantes en el

vestíbulo, subió a su despacho y se encerró sin saludar. Nadie se atrevió a molestarle.

Durante la cena, se mantuvo en un silencio gélido. Evitó hacer alusión a su viaje a las bodegas, ni preguntar por lo ocurrido durante su ausencia por el viaje a París. Pero su actitud había cambiado. Carlota lo notó en su forma de observarla, en la rigidez de sus gestos, en la manera estudiada en que evitaba rozarla siquiera al sentarse junto a ella.

La ahora ya certeza de que había una atracción, o quizás mucho más que eso, entre su esposa y Valderroca lo consumía, aunque decidiera tragársela como una piedra en lugar de lanzársela a la cara. Tenía pensadas otras estrategias como posibles represalias.

A la mañana siguiente, las restricciones comenzaron. La doncella que la asistía fue sustituida sin previo aviso. Las salidas al mercado o a la iglesia debían ser «autorizadas por el señor marqués». El cochero recibió instrucciones de no separarse de la señora en ningún momento. Incluso el ama de llaves, normalmente afable, empezó a limitarle el acceso a ciertas estancias, bajo el pretexto de «órdenes del señor marqués».

Carlota comprendió de inmediato lo que estaba ocurriendo. Julián no montaría una escena. Era demasiado orgulloso, demasiado calculador. Castigaría desde las sombras, donde mejor se movía, con ese estilo suyo tan propio: el del hombre que hiere sin levantar la voz, que encierra sin barrotes y que espera que sea la víctima quien acabe doblegándose por agotamiento.

Pero esta vez, Carlota no pensaba rendirse.

Aquella misma tarde mandó llamar a su hermana. Cuando Rebeca llegó, sin que apenas mediara un saludo, corrieron a encerrarse en el saloncito de la planta superior, el más pequeño de la casa, lejos de oídos ajenos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rebeca en cuanto estuvieron solas.

La joven tardó en responder. Caminaba de un lado a otro, con los brazos cruzados y la respiración agitada.

—Ha ido a las bodegas. Lo ha hecho sin decirme nada. Fue allí con cualquier excusa, no sé con cuál, pero es evidente que no se trataba de negocios. Me buscaba a mí. A mí y a mi mentira.

—¿Te ha visto?

—Sí.

—¡Pero, Carlota...!

—Lo que necesito no es que me reprendas. Creo que habló con un jornalero, alguien que seguramente me haya visto paseando por los viñedos alguna vez. Basta con eso, Rebeca. Tú no lo conoces como yo. No necesita pruebas. Se alimenta de sospechas.

—Lo malo es que en este caso su sospecha tiene fundamento.

Carlota se detuvo, al fin, y se sentó frente a su hermana, cansada.

—Desde que volvió de París, todo es distinto. Me vigila sin mirarme. Da órdenes sin levantar la voz. Me encierra sin cerrar ninguna puerta. Y lo peor es que ya no tiene que fingir. Su actitud ha cambiado. En él solo hay hielo. Silencio y hielo. Y eso no presagia nada bueno. Creo que lo sabe.

Rebeca se inclinó hacia ella, el rostro lívido.

—No, no, Carlota, eso no puede ser. Por nada del mundo Julián debe saber que te has enamorado de otro hombre.

—Pues me temo que ya es demasiado tarde.

—Puede acusarte de adulterio. Es muy serio. ¿Te ha dicho algo?

—No. Ni una palabra. Pero me ha cortado las alas. Todas. Hay inquina en cada uno de sus gestos y la ha esparcido por toda la casa. Hasta en los ojos de los criados lo noto. Todos saben algo que yo misma ya no puedo negar: que vivo aquí como una prisionera.

Que no se fía de mí. Y que no va a perdonarme, aunque eso no me preocupa en absoluto.

Hubo un silencio denso. El crepitar del fuego en la minúscula chimenea parecía marcar el paso lento de una tarde sin consuelo.

—¿Qué vas a hacer? —murmuró Rebeca.

Carlota no respondió de inmediato. Miró por la ventana, donde empezaba a caer la tarde sobre los tejados de Madrid.

—No lo sé. Pero no voy a quedarme aquí a ver cómo me marchito y acabo convertida en una sombra. Si tengo que pagar un precio, lo haré. Pero será mi decisión, no la suya.

—No estás sola, Carlota. Sea lo que sea lo que decidas, estaré contigo, ya te lo he dicho antes, pero te lo repetiré una y mil veces para que no lo olvides.

Carlota la miró, y su mirada navegó entre la ternura y la desesperación. Y por primera vez en muchos días, sus ojos se humedecieron.

—Gracias. No sabes cuánto necesito oír eso.

Rebeca la estrechó entre sus brazos. En el interior de aquella casa que se iba cerrando como un cepo, dos hermanas sellaban en silencio una alianza que podría ser puesta a prueba por el escándalo, el encierro... y la pérdida.

—Te ayudaré en lo que necesites. No estás sola. Nunca lo has estado.

—Las dos siempre juntas, como cuando éramos pequeñas. —Acabaron riendo entre lágrimas.

Esta vez no hubo gesto de derrota en el rostro de Carlota. Solamente un silencio cargado de resolución. Una calma que precede a la tormenta.

***

La condesa de Sástago pidió verla, habiéndose anunciado con poco margen de tiempo. Mandó su tarjeta con un lacayo a media mañana, y Carlota la recibió en el salón de visitas, aún con las emociones del día anterior remolinándose por dentro.

—Querida —dijo la condesa al entrar, con ese tono envolvente que usaba tanto para consolar como para reprender—. No te veía desde la recepción en casa de los Valdés. Te noto pálida.

Carlota sonrió y no replicó.

María Antonia se sentó frente a ella y se despojó de los guantes con lentitud. Había en sus gestos una estudiada teatralidad, aprendida desde niña.

—Hay rumores —añadió sin más, clavando la vista en la tacita de porcelana llena de café que le acababan de servir—. Ya sabes cómo es Madrid. Una palabra mal dicha en un palco y al día siguiente te la repiten en misa.

Los ojos grises de la condesa brillaban, atisbándose en ellos ironía y compasión.

—¿Rumores...? Eso no es novedad en una gran ciudad como Madrid.

—Desde luego que no, mi querida Carlota, pero conviene resguardarse de los chismes, por si acaso.

—Creo no haber entendido qué quiere decir con «por si acaso».

—Que una nunca sabe cuándo le va a tocar y es mejor evitarlo, ¿no le parece?

—Sin duda, tiene razón. ¿Y en qué consisten esos rumores que menciona?

—Posiblemente usted lo sepa y no necesite que yo le dé detalles acerca de lo que se rumorea por los mentideros de la Villa y Corte.

—Pues, si le soy sincera, no se me ocurre... —Por buena que fuera su relación con la condesa de Sástago, que lo era, no estaba

dispuesta a compartir con ella confidencias tan comprometedoras como la de su posible relación adúltera.

—Claro... Entiendo. Le tengo afecto, marquesa, mucho, y me conmueve su madurez para ser tan joven. Yo, que llevo vivido mucho más que usted, voy a permitirme darle un consejo sin que me lo pida: es difícil que una caída no tenga consecuencias, y que, además, estas sean de lo más nefasto. En esta sociedad en la que vivimos, algunas mujeres no caen: las hacen caer. Y después ya no hay vuelta atrás.

Se hizo un silencio breve, elegante, casi íntimo. La condesa dejó la taza sobre el platillo y se incorporó.

—Solo he venido a saludarla —añadió, ajustándose los guantes—. Ya sabe que en esta ciudad hay quienes oyen sin escuchar... y otras que escuchamos sin decir nada. Tenga cuidado, Carlota. No todo se puede reparar.

Antes de marcharse, la besó en la mejilla con la suavidad de quien bendice... o sentencia.

***

Durante un par de días, Rodolfo deambuló por Madrid, incapaz de concentrarse en ningún asunto. Su cabeza permanecía detenida en aquel instante exacto en el que los ojos de don Julián se clavaron en los suyos. No hubo amenazas ni voces alzadas. Pero el desprecio fue tan explícito como si le hubiera escupido a la cara. Y más cruel, porque iba envuelto en la frialdad de los hombres que se saben intocables.

Cuando por fin volvió a Navalcarnero, caminó entre los viñedos con el corazón hecho un nudo. La tierra seguía oliendo igual, las parras se abrían camino con su tozudez primaveral, los jornaleros lo

saludaban con la misma familiaridad de siempre. Pero algo se había roto. Y no era solo el futuro incierto de su historia con Carlota.

Sabía que el marqués podía aplastarlo con solo un gesto: bastaría una insinuación en los círculos adecuados para que su apellido empezara a sonar con desconfianza entre los socios comerciales, los distribuidores, los clientes del norte. Ninguna reputación es inmune cuando se instala la sospecha de una deslealtad o de un escándalo.

Así que se aferró a su trabajo como un náufrago a una tabla. Se levantaba antes del alba, recorría las cepas inspeccionándolas una a una, revisaba cuentas, firmaba albaranes, corregía informes, hablaba con proveedores. Pero todo era una forma de no pensar. O de pensar sin desangrarse.

Porque pensar en Carlota era como tocar una herida abierta que no deja de sangrar.

A veces, sin que nadie lo supiera, se detenía al borde del campo donde ella solía pasear cuando iba a verle en secreto. Todavía quedaban allí unas flores silvestres que brotaban junto al muro bajo de piedra. Recordaba su risa, las preguntas que le hacía sobre el vino, el modo en que apartaba las hojas para ver el color de los racimos. Ahora todo parecía un sueño de otro tiempo.

Un tiempo que ya no podía repetirse.

Mientras tanto, en Madrid, el marqués afinaba sus movimientos con una precisión casi burocrática. El juego había dejado de ser emocional. Se trataba de control. De cálculo. De posesión y nombre.

No le bastaba con imponer límites en casa. Quería saber. Tener pruebas. Confirmar hasta el último detalle. Por eso recurrió a su amigo incondicional, don Gregorio, un hombre que sabía trabajar con las artes más ocultas sin hacer preguntas indebidas. Le pidió

que vigilara discretamente a su esposa: sus salidas, sus paseos, sus encuentros, incluso sus cartas. Nada debía escapar.

—No quiero escándalos —le advirtió—. No por ahora. Pero si descubres algo que deba saber, me lo cuentas a mí. Solo a mí.

—No hace falta que me lo digas. Siempre sé lo que tengo que hacer y cómo hacerlo. Tranquilo, amigo. ¿Puedo saber qué está pasando?

—Por ahora es mejor que no.

Aunque era la persona en la que más confiaba, le costaba reconocer que creía que su esposa estaba teniendo una relación amorosa con otro hombre.

Pero don Gregorio lo conocía bien. Advirtió un halo extraño en los ojos del marqués, que le hizo intuir que aquello no era una simple vigilancia. Se trataba más bien de una guerra soterrada. Y una advertencia velada.

Sin sospecharlo, Carlota empezó a vivir vigilada. No había rincón que se escapara al control de los esbirros de don Gregorio. Hasta la brisa parecía observarla.

A partir de entonces, los encuentros entre Carlota y Rodolfo se volvieron no ya difíciles, sino imposibles. Sus visitas a las bodegas, que ya habían cesado de forma abrupta, no se reanudaron. Ella no se atrevía a escribir y él no se atrevía a esperar. Todo cuanto había entre ellos parecía haberse reducido a una ausencia punzante, imposible de ignorar.

Pero el silencio y la ausencia física, lejos de aplacar lo que sentían, lo agudizaron.

Pasaron semanas sin verse, sin cruzar, por tanto, una sola palabra. No sabían si el otro seguía esperando, si resistía. Pero bastaba una mirada al cielo en la misma hora del día, el olor de las viñas en una carta sin firma que no podía ser enviada, el temblor al ver un sobre

que no llegaba, para comprender que el amor persistía. Y, en tales circunstancias, crecía.

Las cartas comenzaron a llegar sin nombre ni dirección, escritas con letra alterada, deslizadas en las manos intermediarias de Rebeca, ocultas entre las páginas de un libro o en el fondo de un costurero. Carlota aprendió a fingir indiferencia mientras ardía por dentro al leer una línea de su puño y letra. Rodolfo le escribía con una fusión de urgencia y ternura, como si temiera que cada palabra fuese la última, pero necesitara seguir diciéndola:

*No puedo verte, pero te pienso en cada surco que recorro. En cada cepa que miro estás tú.*

*No temas. Estoy aquí. Aunque no me veas, sigo contigo.*

Carlota le respondía con frases breves, a veces borrosas. Se cuidaba de no nombrarlo, pero le hablaba como quien enciende una luz en mitad de la noche con el único fin de que el otro sepa que no está solo:

*Me vigilan. Acabo de descubrirlo. Pero no podrán tocar esto que tenemos y que solo nos pertenece a nosotros. Ni lo que fui contigo, ni lo que soy cuando te recuerdo.*

*Tú eres lo único que tiene sentido en medio de este mundo hecho de normas que resultan tan ajenas.*

Ninguna de las cartas decía lo que ambos deseaban de verdad: huir, encontrarse, romper con todo. Sabían que, por ahora, no era posible. Pero el simple hecho de escribirlas —y de saber que el otro las leía— les sostenía en pie resistiendo.

La distancia no apagó el fuego. Lo convirtió en un resplandor más cristalino. En una esperanza silenciosa, pero feroz, preludio inadvertido que puede precipitar una tragedia...

Eso nunca nadie lo sabe.

# Capítulo 23

El doctor Almendros guardó la estilográfica en su bolsillo. Acababa de dar la noticia y ahora esperaba. La mirada de Carlota volaba rozando los detalles del mobiliario y la decoración de la consulta. Buscaba entretener su mente con superfluas distracciones que aliviaran la carga que traía consigo la trascendencia de la realidad que estaba viviendo.

—Está usted embarazada de unas cinco o seis semanas —había dicho el médico, con voz neutra, profesional—. Enhorabuena, señora.

Silencio.

El médico, hombre metódico, acostumbrado a respuestas inmediatas —una sonrisa, una exclamación, el gesto de llevarse la mano al vientre o una súbita demostración de alegría solían ser las habituales—, empezó a incomodarse ante la impasividad de su paciente, que seguía sentada, con las manos en el regazo y la vista clavada en la pared frente a ella. No se movía. Ni un pestañeo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él, dándolo por hecho.

—Sí.

Una sílaba hueca, pronunciada sin convicción, sin color.

—A mí no me lo parece.

El doctor se levantó lentamente, intentando buscarle los ojos. Ella lo esquivó. El médico puso su mano sobre el hombro de la joven, arropando la angustia que presentía en ella.

—Comprenderá que es importante que evite esfuerzos físicos y alteraciones del espíritu. ¿Su marido está al corriente?

La incomodidad de la pregunta era evidente.

—Todavía no.

—Debería saberlo cuanto antes. Aunque eso no me compete a mí.

Ella se incorporó con calma, como si no hubiera pasado nada, y, obviando el comentario del médico, se limitó a decir:

—Gracias, doctor.

Él asintió, sin saber si debía ofrecerle la mano o abrirle la puerta. Optó por lo segundo.

En la sala de espera, Rebeca, que había estado hojeando un periódico viejo sin que la inquietud le hubiera dejado leer nada, dio un respingo en la silla al verla salir.

—¿Qué ha dicho? —preguntó su hermana intrigada ante la actitud reservada de Carlota.

Pero Carlota seguía sin hablar. Caminó hacia la calle con paso firme, abrochándose los botones del abrigo. El cielo estaba encapotado y en la acera los coches dejaban charcos agitados a su paso.

Rebeca la siguió unos metros callada. Hasta que no pudo más:

—¿Carlota? ¿Había un gato en la consulta y te ha comido la lengua?

—Estoy embarazada —dijo, sin dejar de mirar hacia delante mientras caminaba.

La frase cayó como una losa. Rebeca no preguntó nada más. La siguió calle abajo, pisando las baldosas mojadas, con el corazón acelerado. La vida de su hermana acababa de dar un vuelco. Y también la de todos.

Caminaron en silencio hasta el Café Suizo, en la calle Alcalá. Era uno de los pocos lugares donde podían sentarse sin llamar la

atención, donde una mujer respetable podía entrar sin que no ir acompañada de un hombre fuera una provocación. El camarero las condujo a una mesa discreta, cerca de una columna revestida de madera oscura.

Rebeca pidió té. Carlota, café solo.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Rebeca en cuanto el camarero se alejó.

Carlota no respondió al momento. Estaba mirando cómo el vaho del cristal dibujaba una curva de humedad sobre la calle. Al otro lado, la ciudad seguía rotando como si nada mientras su vida se giraba del revés.

—Tendré que ocultarlo —dijo por fin, sin dramatismo, con la rotundidad aplastante de lo irremediable.

A Rebeca le costaba encajar la noticia.

—¿Es de Rodolfo?

Carlota asintió, apenas con un gesto de cabeza.

—¿Y Julián?

—Julián no sospecha nada. Aún.

El camarero dejó las tazas sobre la mesa con un gesto mecánico.

—No puedo decirle la verdad —continuó—. Pero tampoco puedo seguir fingiendo.

—Cierto, tarde o temprano se dará cuenta, y entonces será peor.

Carlota tardó unos segundos en responder:

—No quiero imaginar su reacción.

Rebeca tragó saliva. El té se le estaba quedando frío.

—Tienes que pensar con claridad. Si alguien lo descubre... ¡Imagínate! Tienes que decírselo. Además, pensará lo mismo que todos: que es hijo vuestro. ¿Qué, si no, podría pensarse?

—Ya no me importa lo que él piense —la interrumpió Carlota—. No es tonto. Va a saber que este hijo no es suyo.

—No tiene por qué.

—Hermana, te aseguro que lo tendrá muy claro. No creo que sea necesario darte detalles, ¿no?...

—Entiendo.

Rebeca sabía que la decisión de su hermana no era un impulso, pero sí un punto de no retorno.

—Sabías que esto podría pasar.

—Sí. Era un riesgo que valía la pena correr. Amo a Rodolfo. Y ni Julián ni nadie pueden cambiar eso.

—Pero la gente hablará si esto trasciende.

—¿Crees que me importa?

—No será un camino fácil.

—Lo sé, hermana. Nada es fácil cuando se está vivo.

—Sí, pero esto es gordo, *mu* gordo. —A Rebeca le salió de pronto un gracejo que respondía al nerviosismo de tener que lidiar con una circunstancia complicada.

El local seguía lleno de conversaciones apagadas, periódicos desplegados, cucharillas chocando contra la porcelana. Desde fuera, nada parecía alterado. Pero en aquella mesa, entre los muros discretos del Café Suizo, dos hermanas intentaban encontrar la manera de seguir adelante con una verdad que, inevitablemente, haría saltar sus vidas por los aires.

Las siguientes semanas fueron un martirio para Carlota. Meditó mucho acerca de hasta cuándo podría disimular el embarazo y llegó a la conclusión de que era absurdo ocultarlo por mucho tiempo, ya que lo único que conseguiría con ello sería aplazar lo inevitable, pero no eludirlo.

Eligió para contárselo a su marido una noche cualquiera, dos semanas después de la visita al ginecólogo.

La mesa estaba servida. Dos platos humeantes, uno frente al otro, y una sopera de loza blanca entre ambos. La criada acababa de salir del comedor, dejando la puerta entornada. Julián quiso verter él el vino. Desde hacía mucho tiempo no solía hablar durante las comidas, y Carlota, últimamente, tampoco.

—¿No tienes apetito? —preguntó, al ver que su esposa no tocaba el plato.

—No mucho.

Julián empezó a comer con la pulcritud de quien ha hecho de la costumbre una forma de poder.

—Llevas muchos días así —dijo—. Pareces ausente.

Carlota bebió un sorbo de agua antes de despejar la duda.

—Hay motivos.

Su marido aguardaba la explicación sin mostrar demasiado interés.

—¿Algún motivo que deba conocer? —No levantó la vista del plato.

—Depende —respondió ella, esforzándose por que su voz pareciera tranquila, ya que ella no lo estaba—. A veces hay cosas que uno prefiere no saber.

—Detesto los enigmas. Si tienes algo que decir, dilo.

Ella bajó la servilleta al regazo y se preparó para hacer frente a la tempestad que se desataría.

—¿No te has preguntado por qué ya no me enfrento a ti? ¿Por qué no discuto contigo desde hace tiempo?

—Pensé que era madurez.

—Pues te equivocas. Es otra cosa.

El silencio se volvió incómodo.

—Habla claro.

—Te conozco, Julián. Sé cómo actúas cuando algo te hace perder el control. Por eso he esperado.

—¿Esperado a qué?

El momento había llegado.

—Estoy embarazada.

La frase quedó suspendida en el aire. Después atravesó como un rayo el espacio antes de impactar sobre el marqués.

Él no reaccionó de inmediato. Fue como si las palabras se tomaran su tiempo para tener sentido.

Cuando por fin lo tuvo, dejó sobre el plato el cubierto que sostenía en la mano, muy despacio.

—¿Qué estás diciendo?

—Que voy a tener un hijo.

—Supongo que no sabes lo que dices.

—Lo sé perfectamente.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace un par de semanas.

—Y me lo dices ahora. En esta mesa. Como si fuera un detalle sin importancia.

—Te lo digo ahora porque ya no puedo seguir ocultándolo.

—¿Cómo ha podido pasar?

—¿Es necesario que te lo explique?

Julián dio un puñetazo en la mesa como respuesta a lo que pareció un amago de ironía por parte de su esposa. Se levantó. Caminó hasta el aparador y se quedó de espaldas a ella.

—¿Y tengo yo que fingir que soy el padre? —Carlota no respondió —. Porque no lo soy, ¿verdad? ¡Ja! Qué tontería acabo de decir. —El tono imperativo, tempestuoso, iba apoderándose de él.

—No.

—¡Eso ya lo sé!

Se sirvió una copa de vino, aunque no la bebió. Lo hizo con tan malas maneras que Carlota temió que rompiera la botella de cristal.

—Te sientas a mi mesa, llevas mi apellido, vives en mi casa... Y vas y me sueltas que estás embarazada. ¡Como si nada!

—Y tú crees que eso te da derecho a todo.

—¡Me da derecho a no ser burlado como un idiota! —estalló, girándose de golpe—. ¡Eres mi esposa! —La voz había subido, pero no gritaba. Era una furia contenida, más peligrosa—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿De lo que puede suponer esto?

Ella no se movía.

—Sí —dijo—. Y aun así, no me arrepiento de que haya pasado.

—¿Que no te arrepientes, dices? ¿Es que te has vuelto loca?

—Bien sabes la respuesta a tu pregunta: ¡no! Claro que no me he vuelto loca.

—Hay más preguntas. —Apretó los dientes—. ¿Quién es?

—No voy a decírtelo.

—¡Pues claro que no! No tienes ni el valor de nombrarlo, pero sí lo tuviste para engendrar a ese bastardo con él.

—Tengo el valor de engendrar a este hijo sin esconderme. Eso es más de lo que tú podrías soportar.

Julián golpeó el borde del aparador con la palma abierta. El sonido hizo vibrar la vajilla.

—Definitivamente, estás loca. ¿Es Valderroca, verdad? Sí, es él, ese canalla indeseable. Sabía que no era de fiar, ¡lo sabía! —Carlota callaba—. Este escándalo no va a arrastrarme contigo. Lo dejaré todo arreglado. Ya verás cómo. Pagarás por esto. ¡Juro por Dios que vas a pagarlo!

La marquesa se levantó con calma.

—Haz lo que creas necesario. Pero no esperes sumisión por mi parte. Esto escapa a tu capacidad para controlar todo y, por más que

te empeñes en cambiarlo, no tiene vuelta atrás.

Y salió del comedor sin volver la mirada.

—¡Espera! ¿Adónde vas? ¡Aún no hemos terminado! ¡Vuelve aquí!

Ahora sí gritaba. Y los gritos le nacían de ese lugar donde el poder, la dominación, la autoridad, dejan de servir y solo queda el miedo a perderlo todo.

# Capítulo 24

Carlota no traía actitud de visita.

—¿Has cenado? —preguntó Rebeca, por decir algo.

—No he venido a cenar.

Rebeca no insistió.

—¿Qué ha pasado?

—Se lo he dicho.

—¿Y...? ¡Cuéntame! ¿Qué ha dicho, cómo ha reaccionado?

—Ha reaccionado como esperaba. O peor. Gritó. Dijo que iba a arreglarlo todo. Que pagaría por esto. Juró por Dios que lo pagaría.

—¿Te ha amenazado?

—No con palabras claras. Pero sí.

—¿Y qué crees que va a hacer?

—No lo sé. Y eso es lo que me inquieta. Julián no es un hombre predecible.

Rebeca se quedó pensativa.

—¿Crees que es capaz de... —casi ni se atrevía a pensarlo—... de llevar esto más lejos?

—Sí. Es perfectamente capaz de buscar una solución discreta. Algo que no manche el apellido. Que no comprometa su nombre.

—¿Y tú? ¿Vas a esperar a que lo haga?

—Estoy agotada, Rebeca. Lo conozco bien y sé lo que significa para él el ridículo, la traición. Sabe que el hijo no es suyo. Lo supo antes de que yo abriera la boca.

—¿Y si trata de desacreditarte?

—Lo hará. Dirá que no estoy en mis cabales, que me ha visto trastornada. Buscará el modo de presentarme como una amenaza para la estabilidad del hogar. Y nadie lo dudará: él es el marqués, el hombre sensato. Yo soy la esposa que un día dejó de obedecer.

—¿Puedes protegerte de eso?

—No lo sé... ¿Puedo?

Carlota se dejó caer sobre el respaldo del sillón, como si soltara algo que llevaba demasiado tiempo sujetando.

En aquella tarde de abril, al mismo tiempo, en el palacio de los marqueses de Peñaflorida estaba teniendo lugar otro encuentro que las hermanas no podían sospechar. Dos amigos se desahogaban, con el embarazo de Carlota en el centro de la conversación.

El temblor de la mano de Julián al sostener un vaso de brandy contrastaba con la calma aplastante de don Gregorio sentado frente a él.

Apuró la bebida de un trago.

—Esta ignominia puede destruirlo todo, Gregorio. Mi posición, el apellido familiar, mi legado... ¡No puedo permitir que esto trascienda!

—Cálmate, amigo mío. Hay soluciones para problemas como este. Soluciones discretas, eficaces. Ahora entiendo que no quisieras decirme el motivo por el que me encargaste que la vigilara. Pero sabes que siempre, sea para lo que sea, puedes contar conmigo y con mi discreción. —No parecía que Julián estuviera en condiciones de vislumbrar ninguna salida—. Realmente, tu mujer ha ido demasiado lejos —siguió diciendo don Gregorio—. ¿Por qué, cuando me pediste que la siguiera, no me contaste de qué se trataba? Nunca se me ocurrió pensar que tú, un Peñaflorida, pudieras pasar

por esto. Te repito que tienes que confiar en mí porque nadie puede ayudarte mejor que yo.

—¡Esto es un infierno! ¿Qué pasará si la gente se entera de que no es hijo mío? ¡Te lo imaginas!

—Si pierdes la templanza necesaria para resolver esta deshonra, Julián, va a ser difícil que ni yo ni nadie podamos hacer algo para resolverlo.

—¿Qué sugieres? ¿Se te ocurre qué hacer? Necesito que desaparezca durante el tiempo necesario, que nadie haga preguntas. No puedo permitir que haya testigos de ese vergonzoso embarazo.

Don Gregorio, que había encendido un cigarro nada más entrar en la estancia, exhalaba el humo con lentitud.

—Estoy pensando... Hay un lugar... —dijo—. No está lejos, pero sí fuera de la vista de los curiosos.

—¿Un lugar...? ¿Estás pensando en que se oculte en algún sitio?

—Si no quieres que nadie vea que está embarazada, la solución es quitarla de en medio durante esos meses.

—¿Seguro que es tan discreto ese lugar?

—Más que discreto. Lo calificaría incluso de clandestino. Es la Casa del Pecado Mortal. Está en la calle del Rosal. Un convento... peculiar, digamos.

—¿Un convento?

Don Gregorio sonrió con cinismo antes de responder:

—Bueno, no exactamente. Es un lugar donde se manejan situaciones como la tuya. Mujeres con problemas... ¿Te suenan de algo las casas de arrepentidas?

—¿Pero ahí no recluyen a prostitutas?

—En la mayoría de los casos, sí. Pero esta casa de la que te hablo tiene otra finalidad. No hay putas.

—¿Y cuál es esa otra finalidad?

—En ella ingresan mujeres que se han quedado embarazadas indebidamente. Pasan allí encerradas el tiempo que dura el embarazo. Después de parir, y habiendo evitado la vergüenza social, abandonan el lugar y vuelven a casa como si nada hubiera pasado.

—Como si nada hubiera pasado... —repitió Julián, todavía sin terminar de creerse que todo aquello estuviera ocurriendo—. ¿Y qué sucede con la criatura?

—Eso, amigo, no debería importarte. Ellos se encargan, te lo garantizo.

El marqués se quedó dándole vueltas a lo que su amigo acababa de decirle.

—¿Es un sitio seguro? ¿Nadie sabrá...?

—Lo será, segurísimo —afirmó don Gregorio, inclinando la cabeza —. Conozco a los responsables, soy benefactor del lugar. Me aseguraré personalmente de que todo se lleve a cabo con la mayor discreción.

—¿Qué debo hacer? —preguntó el marqués, dubitativo.

Su amigo apagó el cigarro con parsimonia en un cenicero de plata.

—Deja que yo me encargue. Tú asegúrate de que ella esté lista mañana por la noche. Vendrán a buscarla. —Julián asintió, hundido en su sillón. Su amigo se levantó, le dio un par de palmadas en el hombro y murmuró con frialdad—: Es lo mejor, créeme. A veces, para preservar la fachada, hay que ensuciarse las manos detrás.

Al día siguiente, el plan acordado por el marqués con su amigo se ejecutó. Al anochecer, según lo previsto.

El sonido de las ruedas del coche de caballos resonó en el patio rasgando el silencio y deshilvanando la decencia moral que hasta ese día hubiera podido tener Julián de Peñaflorida.

Golpes secos, contundentes, de los cascos de los animales sobre el suelo. Y lo irreversible del mundo a punto de desaparecer revoloteando con pequeñas guadañas haciendo de uñas que van a clavarse en un ser ya condenado.

Dos hombres vestidos de negro descendieron del carruaje. Carlota, confundida, se hallaba en el salón principal, no imaginaba lo que le esperaba.

La acompañaba su marido, aunque no parecía estar allí. En el ambiente flotaba una vaga sensación de que aquella no era una noche cualquiera.

—¿Qué significa esto? —Carlota, miró al marqués con inquietante preocupación—. ¿Por qué no me has dejado ir a la cama? Necesito descansar.

—Por eso no te preocupes, vas a ir a un lugar donde podrás descansar todo lo que quieras. En realidad, no tendrás nada más que hacer que descansar.

—Pero... ¿qué estás diciendo? No pienso ir a ningún sitio. Buenas noches. —Hizo el amago de marcharse a su habitación.

—No des un paso más.

Carlota se quedó clavada en el sitio, valorando lo que iba a hacer.

—Será un retiro beneficioso para tu salud.

—¿Un retiro? —se extrañó—. Nada es más beneficioso para mi salud que descansar, pero en mi casa.

—Lo hago por tu bien, Carlota —Costaba digerir el tono paternalista y, al mismo tiempo, siniestro de su esposo—. Necesitas tiempo para reflexionar, para..., digamos, redimirte. Y tal vez hasta te arrepientas, lo cual te aconsejo que hagas.

La joven retrocedió varios pasos. Los ojos se le encendían por momentos.

—¿Redimirme? ¿Arrepentirme? ¿De qué hablas? ¡No pienso ir a ninguna parte!

En ese momento, los dos hombres irrumpieron en el salón dirigiéndose a ella como dos saetas lanzadas desde lejos.

—¿Qué es todo esto? —La pregunta, dirigida a su esposo, no había tenido tiempo de llegarle cuando los tipos ya la sujetaban con fuerza, convirtiendo su resistencia en un intento igual de pueril que de estéril—. ¡No! ¡Esto es un atropello cometido a traición! —gritó—. ¡Julián! ¡No puedes hacerme esto!

A sus gritos, Julián le respondió lanzándole su ira:

—¿Y tú te atreves a hablarme de traición? ¡Lleváosla! —Tras lo cual musitó, convenciéndose a sí mismo—: Es necesario. Hago lo correcto. Sé que es lo correcto.

Carlota fue arrastrada hacia el exterior. El coche se puso en marcha.

La noche caía irreverente.

En la penumbra, una figura se vislumbraba en una esquina del patio. Era don Gregorio, observando la escena con una gélida sonrisa dibujada en el rostro.

Comenzaba, para Carlota, el tiempo de los pasos perdidos y la soledad callada.

# CAPÍTULO 25

*... hablar entre las mudas soledades...*

LOPE DE VEGA, Soneto LXI

Clandestino. Eso dijo don Gregorio. Pero en ningún momento mencionó la oscuridad que acaparaba el alma y la hacía suya cuando uno se aproximaba a aquel lugar.

Enfilar la exigua calle del Rosal, un breve suspiro que iba de la calle de la Parada a la plaza de los Mostenses, fue desasosegante. Era tan pequeña que no tenía más que cuatro edificios en el lado de los números impares y uno en el de los pares. Se diría que se ubicaba en el corazón de Madrid, pero era un corazón partido en muchos fragmentos que quedaban al margen de lo que los habitantes de la capital querrían ver.

La propia fachada centenaria, inquietante y sombría como un penitente encapuchado, infundía terror, más aún en la difusa nebulosa de la noche que empezaba a emerger sin permiso, silenciosa. Abajo, a la izquierda, una ranura alargada en el muro hacía de buzón, en el que se depositaban los memoriales de quienes solicitaban el ingreso en la institución allí alojada. Estaba cerrada a cal y canto, no tanto por las horas, sino porque formaba parte de su identidad.

Carlota se encontraba aturdida por el forcejeo y la extrañeza de la convulsa situación en la que se vio inmersa inesperadamente, en

mitad de la tranquilidad con la que estaba a punto de acostarse en su cama. En su casa. En su solitario y apacible dormitorio. En su mundo.

«¿Cuál es el sabor del pecado?: la amargura del castigo». El lema que regía el funcionamiento del oscuro lugar al que la conducían.

Llegó a la calle del Rosal con una puñalada atravesándole el alma. En su pensamiento, su hermana Rebeca, siempre un bálsamo ante las adversidades. Y en sus deseos, Rodolfo, ahora inalcanzable.

La calle era como una góndola cenicienta y solitaria. Los dos hombres encargados de su custodia la empujaron hacia la puerta y con la pesada aldaba dieron dos toques, uno solo, y de nuevo otros dos seguidos. De inmediato, el desvencijado portón de madera se entreabrió para dejarla pasar. Se cerró tras ella con un sonoro golpe seco que le heló el alma. Si le hubieran dicho que aquella casa era propiedad de la Santa Inquisición, lo habría creído.

No le dio tiempo a leer el nombre cincelado en la piedra de la pared, «Real Hermandad de Nuestra Señora...», cuando fue recibida por una moza que no tendría más de quince o dieciséis años. Embarazada. Fue su guía por un pasillo estrecho marcado por la débil estela de luz macilenta de candiles colgados en la pared. El aire, difícilmente respirable, estaba impregnado de humedad y ecos de cera quemada.

—Esta es la sala de juntas —dijo la muchacha, y desapareció como un fantasma, etérea, sin hacer ruido.

La sala exhalaba un tufo de teatrillo tétrico que la hacía desagradable. Del techo, adornado con molduras y rematado por grecas oscuras perfectamente delineadas, colgaba una historiada lámpara llena de velas que parecían no haber sido encendidas en mucho tiempo. Presidía el espacio una mesa de tribuna, al fondo,

con un baldaquino y flanqueada por gruesos cortinajes que, en su conjunto, trasladaban a otra época. A cada lado de la sala, dos filas de austeros bancos de madera, y en medio, un amplio pasillo central. Llamaba la atención que las ventanas, de considerable altura, estuvieran condenadas, imposibilitando la vista a la calle.

Carlota dejó caer al suelo la pequeña bolsa de viaje que le debieron poner en la mano en algún momento, aunque no lo recordaba. La bolsa le resultaba tan ajena como todo lo que veía a su alrededor.

Tanto como la mujer que acababa de entrar en la estancia. Hierática, de facciones severas.

—Soy la madre Adelaida, doña Adelaida, me llaman todos, la rectora de esta casa, y aquí usted no es la marquesa de Peñaflorida, como tampoco es doña Carlota. A partir de hoy, y durante el tiempo que permanezca aquí, será doña Margarita. Sin más. Ni títulos ni apellidos. Esa es la base de la convivencia en este lugar.

—¿Convivencia? ¿Acaso se puede convivir en un lugar al que te han traído a la fuerza, en contra de tu voluntad?

—Ya veo. Es usted una señoritinga respondona.

—Eso es una falta de respeto hacia mi rango.

—Así que con esas estamos... —Doña Adelaida mostraba, deliberadamente, un aspecto que infundía miedo—. Aquí no están bien vistas las rebeldes como usted. Más le vale ir haciéndose a la idea de que su vida en el exterior no tiene nada que ver con la que le espera aquí. O se adapta o ya le anticipo que va a pasarlo francamente mal, y nadie podrá ayudarla.

—¿Adónde me han traído? ¿Qué lugar es este?

—Todo a su debido tiempo, doña Margarita, no quiera correr tanto.

—¡Me llamo Carlota!

—Ya no. Y, por favor, apacigüe esos humos.

—Nadie va a quitarme mi nombre.

—Su nombre es Margarita. Punto. Nadie va a quitarle un nombre que no tiene.

La rectora, una mujer de semblante estricto y palabras cortantes, dirigía la institución con mano de hierro. Su misión era doblegar las voluntades de las internas a través de la oración, el trabajo físico y el aislamiento emocional. Desde el primer momento, quiso dejarle claro a Carlota que no recibiría privilegios por su origen aristocrático.

—Tenga, póngase esto.

Le tendió un velo negro, tupido en exceso. Carlota lo desplegó, sosteniéndolo entre sus pálidas manos.

—¿He de ponérmelo?

—¿Usted qué cree...?

—Pero si parece un saco, no veré nada si me lo pongo, ni un paso podré dar.

—Pues palpe las paredes —respondió doña Adelaida, exhibiendo una mala educación que entonaba con el lugar.

Se dirigió hacia uno de los rincones del que colgaba una cuerda, tiró varias veces, provocando timbrazos que se escuchaban en la lejanía. Eran para llamar a la joven que la había recibido.

—Doña Margarita, ella es Teresa —se la presentó con frialdad—. Estará a su servicio durante el tiempo que dure su estancia. Acompáñala a su celda —pidió inquisitivamente, la amabilidad no se aliaba con aquella mujer.

—¿Celda? —Carlota se puso en guardia al escuchar la palabra.

—Tranquila, aquí llamamos así a las habitaciones. Al fin y al cabo, son lugares en los que las recoletas se recogen...

—¿Quiénes son las recoletas? —le interrumpió Carlota.

—Las recoletas son ustedes, las internas. Como le iba diciendo antes de que me interrumpiera, el recogimiento es indispensable para el descanso y, sobre todo, la oración, con el fin de estar en paz con Dios y los hombres.

—¡Pero yo ya estoy en paz!

—Si lo estuviera, no habría acabado aquí. Márchense ya. Y explícale —se dirigió a Teresa—, para que no confunda, cuáles son las normas que ha de respetar. Escrupulosamente, por cierto.

¿Pero cómo había acabado allí? Ira, furia, rabia... pugnaban por salir por su boca a borbotones.

Teresa cogió la bolsa de sus enseres personales —Carlota no tenía ni idea de lo que había dentro— y la acompañó al cuarto que le habían adjudicado.

—¿Por qué os llaman las recoletas?

—No lo sé. Nos llaman así, a nosotras y también, a partir de ahora, a usted.

—Yo no soy ninguna recoleta.

—Somos todas las que estamos ingresadas aquí, en la Casa del Pecado Mortal.

—¿Así se llama este lugar? ¡Es terrible! ¡Qué horror!

—No lo imagina bien. Hemos llegado. Este es su cuarto.

Un pequeño habitáculo que le resultó, como primera impresión, nauseabundo. Una cama austera con un cabecero en el que colgaba, de un lado, un velo oscuro similar al que doña Adelaida le había proporcionado y, del otro, una tarjeta con su nuevo nombre: «Doña Margarita». Y frío, mucho frío. Posiblemente sintiera más del que realmente hacía. Pero al menos estaba limpio.

Se fijó en el crucifijo colgado sobre el cabecero.

—Las hermanas rezan por la salvación y el arrepentimiento de todas nosotras —comentó Teresa al percatarse. Y como Carlota no

respondió, siguió contándole—: Aquí las normas son muy estrictas. ¿Se ha fijado en que no hemos visto a nadie desde que usted ha llegado? Pues mientras esté aquí será así. No verá a ninguna otra recoleta, ni ninguna de ellas la verá a usted. Todas van de incógnito. Las mujeres de su posición y clase portan en todo momento el velo cubriéndoles la cara, es importante que no se lo quite nunca. Nunca —insistió—. Y si por error, que ya sería extraño, ve a alguien, no puede hablar con ella, bajo ningún concepto. ¿Lo ha entendido?

Respondió con un «sí» apenas perceptible.

—¿Y por qué tú no llevas velo?

—Porque yo no soy de su clase. Las pobres estamos para servirlas a ustedes y para hacer las tareas más duras. A nosotras no importa que se nos vea la cara. En cambio ustedes tienen que ocultar su identidad. Así, cuando salgan, pueden volver a su vida normal.

—¿Qué vida puede ser normal después de pasar por aquí?

—La suya, no lo sé, vamos, que la imagino. Pero la mía la tengo clara, y no cambiará. Un encierro no hace que la miseria sea diferente.

—Supongo que es así.

—Además, no se queje —le advirtió Teresa—. Ustedes tienen habitaciones en las que pueden estar solas y preservar su intimidad. Nosotras, en cambio, dormimos hacinadas en cuartos compartidos por varias mozas. En fin, así es la vida y no vamos a cambiarla. Le aconsejo que se acueste y descanse. En su estado debe hacerlo.

En su estado... Al quedarse a solas, sus lágrimas, que llevaban tiempo esperando para liberarse, se tiñeron del color caduco de la ausencia, inundándola de un vacío insoportable.

Pocos días le bastaron a Carlota para darse cuenta de que aquel no era un lugar de caridad, ni mucho menos de bienestar y descanso, sino una especie de presidio disfrazado de institución seudorreligiosa. Estaba regido por la Real Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza y Santo Zelo de la Salvación de las Almas, fundada en 1733, durante el reinado del primer Borbón, Felipe V, con el propósito de «acoger y asistir sigilosamente a mujeres embarazadas de ilegítimo concepto». Así constaba, literalmente, en el testamento de la marquesa de Villagarcía y condesa de Torrejón, en el que, con fecha de 14 de julio de 1794, donaba su casa de la calle del Rosal y la totalidad de sus bienes a dicha hermandad.

Esos eran los datos oficiales, dentro de todo lo oficial que puede ser un organismo que basa su existencia en la ocultación de su actividad. Pero la realidad remontaba el nacimiento de la hermandad nada menos que a un siglo antes en Sevilla, ciudad en la que Felipe V la conoció durante una de sus estancias y decidió, entonces, que se creara también en Madrid. El origen iba asociado a una especie de cofradía espeluznante conocida como Ronda del Pecado Mortal, formada por hermanos que, al abrigo de la noche cerrada y guiados por la tenue luz de los faroles que portaban en la mano, recorrían calles solitarias de los barrios más pobres y marginales de la capital; allí donde la miseria besaba en la boca al vicio. Las Vistillas, Lavapiés, Arganzuela, la calle de Toledo, plazas como las de la Cebada y Puerta Cerrada...

Sus capas y capuchas negras completaban el aspecto siniestro, fantasmal y lúgubre de la comitiva que se detenía delante de míseras casas, de covachas, botillerías y antros de mal vivir. Tampoco escapaban los hogares donde sabían que una mujer había cometido pecado y necesitaba salvar su alma, dedicándole sus coplillas, que eran anunciadas previamente por el seco tintineo de

una campanilla o el traqueteo de cencerros, y que sonaban a letanía:

*Quien mal vive mal acaba;*
*y así, llora tu pecado,*
*no amanezcas condenado.*

En ocasiones, salían al mismo tiempo del convento de arrepentidas de la calle de Hortaleza y de la Casa del Pecado Mortal. Era tanto el miedo que causaban que muchas puertas y ventanas se cerraban a su paso. Algunos, en cambio, les daban las limosnas que pedían para sufragar el mantenimiento y ofrecer misas de salvación de las almas de quienes estaban en pecado.

En pecado mortal...

Numerosos eran los reyes que habían protegido la hermandad, siendo incluso nombrados por ello como presidentes honorarios. Y aunque la Casa del Pecado Mortal no pertenecía de forma directa a la Iglesia, esta aportaba dinero para su subsistencia, porque no hay nada como las almas descarriadas para encontrar sentido a «las buenas y cristianas acciones».

Las familias, especialmente los maridos de las clases sociales más pudientes, las internaban allí para que pasaran en secreto el embarazo, evitando el escarnio público y la deshonra para su familia, y dieran a luz. Después, lo que pasara con las criaturas nadie lo sabía, salvo las personas que gestionaban aquella espantosa institución.

El día comenzaba antes del amanecer con una misa obligatoria, seguida de horas interminables de labores domésticas, que, en el caso de las internas procedentes de los estratos sociales más elevados, como era el caso de Carlota, consistían en coser o bordar prendas de ropa, revisar que en el pequeño huerto todo estuviera en

orden y limpio de malas hierbas, o actividades similares. Nada que requiriera esfuerzo físico.

Se hacía raro vivir en una comunidad en la que el silencio se imponía como obligación, como una regla inviolable. No estaba permitido hablar, excepto en misas, sermones o en el confesionario. Tal vez por eso, por las ganas de tener a alguien con quien conversar, y no por lavar los pecados de los que se les acusaba, las internas se pasaban la vida confesándose.

Las horas de las comidas no constituían precisamente los mejores momentos del día. Platos escasos y de pésima calidad. Arroz blanco, guisos con poca sustancia y mucha cebolla y ajo, gachas, sopas de ajo y de pan, verduras cocidas, acelgas, repollo. Poco más —más bien menos.

La oscuridad que definía el ambiente de la casa se extendía hasta el refectorio. Las mujeres se sentaban en silencio, dejando mucho espacio entre una y otra, los codos pegados al cuerpo, la vista baja, aunque diera igual, ya que los ojos no se les veían. Les costaba comer con la cara tapada. Algunas tenían el vientre ya visible bajo los delantales de algodón, otras aún conservaban el talle esbelto, pero todas compartían el mismo gesto abatido, resignado. Nadie hablaba. Atendían rigurosamente la prohibición.

El primer día de estancia en la Casa del Pecado Mortal, el almuerzo consistió en una sopa rala, apenas coloreada por un diente de ajo y unas rebanadas de pan revenido que flotaban en el caldo. Una vez por semana, con suerte, la cocinera añadía un trozo de patata o un poco de repollo cocido, pero ese día ni eso. Al centro de cada mesa, una tabla de madera con rebanadas de pan negro, repartidas de forma equitativa por sor Eusebia, que controlaba las raciones con la precisión de una contable.

Cada mujer recibía su plato, su cuchara de metal y sus dosis de silencio. No se bendecía la mesa, no se pronunciaba oración alguna. Aquel no era un convento, aunque algunas monjas asistieran en las labores de disciplina. El castigo no se invocaba en nombre de Dios, sino de la familia, del decoro, del apellido.

Una de las internas —una mujer alta, muy delgada y que debía de ser joven— apenas probó la sopa. Su estómago se cerraba cada vez que pensaba en lo que vendría después, en el momento en que su cuerpo dejaría de ocultar la evidencia y ya no pudiera negar ante sí misma que iba a alumbrar una vida. Frente a ella, otra mujer, con indicios de tener más edad, comía sin dejar de mirar el plato en ningún momento. Parecía haber estado allí desde siempre. Quizás había vuelto más de una vez.

Al fondo, una puerta entornada dejaba entrever la cocina, donde dos criadas jóvenes lavaban los peroles con agua caliente. El olor del ajo cocido se mezclaba con el de la lejía, creando una atmósfera irrespirable.

Se oyeron pasos. Una figura cruzó el pasillo exterior. Y entonces todas bajaron aún más la cabeza. Sabían que aquel sonido podía significar una nueva orden, una carta o el anuncio de que alguna de ellas sería trasladada. Nadie preguntaba. Nadie respondía. Nadie decía nada.

En la Casa del Pecado Mortal, el hambre era lo de menos.

A Carlota, que jamás habría imaginado que existiera una comida tan asquerosa como aquella, más propia de tres siglos atrás, pronto empezaron a mejorarle los almuerzos. Huevos, de vez en cuando algún pescado en salazón, como bacalao, o encontraba en sus guisos trozos de chorizo rancio o tocino. Incluso membrillo en el postre o algún que otro dulce en fechas excepcionales. En una ocasión oyó decir a una monja que a algunas internas les daba agua

caliente con unas gotas de vinagre como símbolo de mortificación, y pensó que no era necesario el vinagre, ni nada similar, para que la estancia en aquella casa mortificara el cuerpo y el alma.

De esta última, el alma, se encargaba un hombre, el hermano Rafael. Al igual que había ocurrido con doña Adelaida, el primer encuentro con Carlota no auguraba que la relación entre ambos fuera a ser buena. Lo conoció, por orden de doña Adelaida, una tarde, ya anocheciendo, aunque eso no se distinguiera en el interior de la casa. La luz natural jamás entraba.

La penumbra del pasillo se prolongaba más allá de lo que alcanzaba la vista. Carlota avanzaba con pasos titubeantes, sintiendo cómo el eco de sus zapatos de tacón bajo resonaba en las paredes desnudas. Al final del corredor encontró una puerta de madera. La pintura se había descascarillado con los años, y el pomo de hierro parecía haber soportado más manos de las que debería. Se detuvo delante. Teresa le indicó el camino, pero no la acompañó.

Desde el interior llegaba el murmullo de un hombre recitando una plegaria. Reunió valor y empujó la puerta, que se abrió con un molesto chirrido. El cuarto era pequeño y austero, como todos en la casa, iluminado únicamente por unas velas colocadas en un altar improvisado. En el centro, un hombre de hábito marrón permanecía de rodillas, inclinado en actitud de oración.

Carlota esperó a que se pusiera en pie, después de haberse santiguado. El rostro del hombre estaba marcado por arrugas profundas y una barba entrecana que apenas disimulaba una expresión fatigada. Sus ojos oscuros se encontraron con los de Carlota, penetrantes como si pudieran leer los pensamientos más recónditos.

—¿Hermano Rafael? Me han dicho que usted sabe más de la Casa del Pecado Mortal que ningún otro ser humano.

Él inclinó levemente la cabeza. Entrelazó sus manos callosas y fue el leve crujir de su rosario lo que rompió el silencio.

—Me presento ante usted: soy el hermano Rafael, en efecto, confesor de arrepentidas.

—Eso no suena muy bien.

—Eso suena como lo que es. Ya se acostumbrará. Me han comentado, doña Margarita, que es usted reacia al santo sacramento de la confesión.

—Le han dicho bien.

—Humilde siervo de Dios, me tiene a disposición de su alma en todo momento.

—Sorprende escuchar unas palabras amables aquí. Le agradezco su disposición, pero mi alma no necesita de sus servicios.

La voz de ese hombre sonaba grave, pero cargada de una calidez que parecía extraña en aquel lugar.

—Lamento decirle cuán equivocada está. Las razones por las que ustedes vienen aquí hacen necesaria la intervención de mi persona como confesor, lo contrario no tendría sentido.

—No me hable de sentido, aquí nada lo tiene. El hecho mismo de que yo haya acabado aquí... Yo o cualquiera de las demás. ¿Cree que no habría razones para encerrar en esta casa a más de un hombre? Mi marido, sin ir más lejos, sería merecedor de una larga estancia. ¿Por qué solo encarcelan a mujeres? ¿No se lo ha preguntado, usted que es tan piadoso?

—No diga tonterías, solo las mujeres pueden concebir.

—¿De veras que estamos aquí porque nos hayamos quedado embarazadas de otro hombre que no sea nuestro marido? ¿O porque quieren domar nuestro espíritu?

—¿Su hijo no es de su marido?

—¿Por qué cree que estoy aquí a la fuerza?

—No es la única razón por la que una mujer encinta pasa aquí unos meses.

—Habla como si esto fuera un balneario.

—En cierto modo, lo es para las almas.

—¡Deje mi alma en paz! —El cura había conseguido enfadarla después de una primera fase de controlada indignación.

—Le recomiendo que cambie de actitud; esta no le beneficia. «Confesaos unos a otros para que seáis salvados», dicen las Sagradas Escrituras. Solo podemos obtener el perdón si nos sentimos arrepentidos.

—Entonces, yo nunca seré perdonada. Y no crea que me importa mucho.

—Pues debería importarle.

—De nada me sirve para salir de esta situación.

—¿Llama usted «esta situación» a cuidar de su alma y curarla?

—Ni mi alma ni yo necesitamos curación, sino salir de este infame lugar, volver a ser libres. Solo entonces podría sanar.

—«Que cada uno examine su propia conducta, porque cada cual responderá por sus pecados ante Dios», Gálatas, seis...

—¡Por Dios, hermano! —lo interrumpió—. ¿Yo le hablo de la libertad y usted, de los gálatas?

—En el camino hacia la verdadera libertad encontramos el perdón de Dios. Usted, como todas, lo necesitan, aunque no lo crea. No tardará en entenderlo.

Carlota desconocía que el hermano Rafael había elegido ese camino porque a través de la confesión de los errores de las obligadas feligresas podía expiar los suyos propios.

Y vaya si los había cometido.

# Capítulo 26

A la inexpugnable Casa del Pecado Mortal, refugio de secretos y sombras, nunca se acercaba nadie. Permanecía cerrada a piedra y lodo, blindada al mundo exterior.

Desde la calle podían apreciarse cómo las ventanas de la primera de las cuatro plantas del edificio estaban condenadas con muros de cemento y las otras cuatro de la segunda, a través de tupidas celosías. Los cristales de algunas habían sido pintados para que también quedaran opacas y no pudiera verse a través de ellas. Jamás se abrían. Así se salvaguardaba la identidad de sus moradoras, que llegaban allí para desaparecer, nunca por propia decisión.

Las mujeres vagaban por los alambicados pasillos convertidas en fantasmas de sí mismas, siempre con indumentaria oscura y el opaco velo, igualmente negro, del que estaba prohibido desprenderse. Tampoco podían coincidir entre ellas fuera de sus respectivas celdas. La jovencita Teresa se lo había dejado bien claro a Carlota nada más poner un pie en la casa.

—¿A ti quién te encerró aquí? Eres muy joven para tener marido.

Teresa intentaba cumplir con su cometido ateniéndose a las estrictas normas, pero le había tocado servir a una dama que parecía empeñada en saltárselas.

—Sabe perfectamente que no nos está permitido intimar con las recoletas, y menos con las que no son como usted, señora.

—Pero estamos solas, Teresa. Esto es entre nosotras. Y no me llames recoleta.

—¡No! —Sorprendía que fuera tan tajante—. Olvídese de ningún «entre nosotras». Aunque no seamos iguales, las normas rigen para todas, sin excepción. ¿Sabe cuál es el castigo si se enteran de que hablamos y nos contamos nuestra vida? Y sí que es una recoleta. Es en lo único en lo que usted y yo somos iguales aquí.

—Está bien, no pretendía incomodarte. Discúlpame.

La muchacha acabó de recoger el cuarto de Carlota mostrando una llamativa diligencia, y cuando hubo terminado, ya en la puerta a punto de salir, dijo:

—Ha sido mi padre. Y sí, soy muy joven, aún no he cumplido los dieciséis. Estoy aquí por ser desobediente y no hacerle caso cuando me pedía que lo dejara. Pero nos amamos. Y contra eso mi padre no puede hacer nada. Ni él ni nadie.

—Teresa, no permitas que en esta casa trunquen tu fortaleza.

A la joven adolescente se le clavaron dos lagrimones en los ojos, que no se permitió derramar. Se marchó en silencio. Como un fantasma. Como todas.

Después del desayuno fue a buscarla el hermano Rafael.

—Ya lleva demasiados días aquí sin pasar por el confesionario.

—Quítele la segunda parte a la frase y habrá dicho una verdad: llevo demasiados días aquí. Sean los que sean, son demasiados en un lugar como este.

En el rostro del hermano Rafael se dibujó un gesto de resignación que venía a decir que mejor hacer como que no había oído nada.

—Puedo entender que no le resulte agradable su estancia aquí —prosiguió.

—Agradable no es la palabra.

El cura siguió con la táctica escogida para sobrellevar a Carlota.

—Como le decía, lo entiendo. Pero es lo que hay, así que, en mi humilde opinión, es mejor que se adapte a lo que supone su estancia en la casa, y esta se debe al inaceptable pecado que ha cometido y del que debe arrepentirse. Yo seré su guía.

—Yo no he cometido ningún pecado.

—Lamento decirle que usted está aquí por los pecados del amor, que se encuentran entre los peores.

—Pues no tengo que arrepentirme de nada. Absolutamente de nada. Tampoco necesito un guía espiritual.

—Claro, claro... —Su condescendencia irritaba a Carlota—. Tiene que renunciar a todo amor terrenal que no sea hacia su esposo, a quien le debe fidelidad y respeto, y no creo que tenga que recordarle que ha infringido gravemente dichos preceptos. Aquí encontrará la ayuda necesaria para ser una buena esposa cuando salga.

—Creo que no entiende que no necesito su ayuda. ¿Sabe qué preceptos ha infringido mi marido encerrándome aquí?

—No siga por ese camino, doña Margarita. Por favor, háble me de sus pecados en confesión, será bueno para todos.

—¿Qué sabrá usted de pecados, hermano...?

¿Y qué sabría Carlota de un hombre como él...? Rafael Martínez no siempre fue un hombre de fe. En su juventud había sido un comerciante ambicioso, dueño de un negocio de tejidos que lo llevó a frecuentar los círculos de la alta sociedad. Pero el éxito también trajo consigo tentaciones que no supo resistir. Enamorado de una mujer casada y envuelto en negocios oscuros que pusieron en peligro su reputación, Rafael terminó hundido en el escándalo.

Para evitar una ruina definitiva, buscó refugio en la Iglesia, un gesto que al principio no fue más que un intento desesperado por escapar de sus culpas terrenales. Se recluyó en una abadía

benedictina, el monasterio de San Julián de Samos, conocido comúnmente como abadía de Samos, ubicado en la provincia de Lugo, Galicia. Su habilidad con las palabras y su mirada introspectiva llamaron la atención del abad, quien vio en él un espíritu atormentado pero redimible. Años de penitencia y estudio le permitieron ganarse un lugar entre los monjes, aunque siempre lo persiguió la oscura sombra de su pasado. Tras varias temporadas atendiendo a las recoletas de la Casa del Pecado Mortal había regresado a la abadía gallega, donde encontraba la paz que le faltaba.

De sus muchos años siendo empresario mantenía una estrecha amistad con un poderoso hombre: Gregorio Gómez. Fue precisamente él, don Gregorio, el gran amigo del marqués de Peñaflorida, quien le había pedido el favor de que se trasladara a Madrid para ocuparse del alma de la esposa de este. Y allí estaba. Intentándolo con denuedo, aunque sin éxito. Hasta el momento.

Estaba avisada. No acatar las normas, y entre ellas figuraba la confesión como paso para el arrepentimiento, tendría consecuencias. Cuando otra mujer que no era Teresa la condujo a las letrinas para que las limpiara, y luego le indicó que tendría que seguir haciendo lo mismo con los suelos de toda la casa, Carlota montó en cólera. Al negarse a obedecer, acabó confinada en una oscura y minúscula celda durante dos días, tras los cuales fue a visitarla doña Adelaida.

—¡Es usted un monstruo! —le gritó nada más verla aparecer.

—Controle su ira y su lenguaje, doña Margarita. ¿Le ha quedado ahora claro lo necesario que es respetar y cumplir con las normas?

—Esto es peor que una cárcel —lamentó Carlota sin poder controlar la furia desatada después de cuarenta y ocho horas de estar conteniéndose en lamentables condiciones.

—«El que encubre sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y los abandona alcanzará misericordia», se dice en Proverbios de la Biblia. ¿Y conoce estas palabras de Juan: «Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad»? Sería bueno que reflexionara sobre ello.

—¿Cómo se atreve a hablarme de maldad después de tenerme aquí encerrada dos días como si fuera una rata? —De pronto, a Carlota se le presentó una revelación que no se le había ocurrido hasta entonces, y la explotó—: ¿Cuánto ha pagado mi esposo, el marqués, para sufragar los gastos de mi estancia? Conociéndolo, seguro que mucho más de lo que cuesta. Y seguro, también, que lo hace para que se me dispense el trato que requiere mi condición social; al fin y al cabo, mal que le pese, sigo siendo su esposa, marquesa de Peñaflorida.

—Le aclararé algo, «doña Margarita» —puso un énfasis maligno al pronunciar el falso nombre—. En este lugar, su posición social importa más bien poco. Desde el mismo instante en el que entró por la puerta de esta casa pasó a ser una hija descarriada de Dios, que lleva en su vientre el fruto de su pecado y a la que hay que enderezar a través de la oración y el arrepentimiento. Pero no se preocupe, que la devolveré a su celda, no por compasión, sino para que recapacite y pueda atender las sensatas exigencias del hermano Rafael. Más tarde o más temprano, terminará usted siendo una arrepentida.

Poco podía sospechar que el hermano Rafael fuera a recriminarle a doña Adelaida el castigo, por excesivamente severo, al que había sometido a Carlota. Pero las recriminaciones en aquel lugar caían en el saco roto de la frustración, porque doña Adelaida era una firme

defensora del sufrimiento físico como ayuda inexcusable para la salvación de las almas.

Arrodillada en el confesionario, Carlota miraba al hermano a través del incómodo velo.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —respondió de mala gana Carlota, asumiendo que no le quedaba otro remedio que acatar la confesión.

—Nuestro Señor se alegra de saber que ha entrado en razón.

—Absuélvame y terminemos con esto cuanto antes. Seguro que eso también alegrará a Nuestro Señor.

—¡No siga por ese camino! —Le fastidiaba no poder elevar el tono de voz—. ¿Por qué es tan tozuda? Creo habérselo explicado con claridad. Lo dicen los Salmos y hay que seguir sus enseñanzas porque solo así podrá volver a su vida de antes.

—Mi vida ya nunca será como antes.

—El verdadero arrepentimiento, dicen los Salmos —continuó el hermano Rafael, como si nada—, significa un cambio de actitud y acción con respecto al pecado, y no parece que usted esté cambiando de actitud. ¿No ve la necesidad de hacerlo? El verdadero arrepentimiento conlleva un cierto sentido de conciencia de nuestra propia culpabilidad y se aferra a la misericordia de Dios. Camine hacia él, doña Margarita.

Pero la joven hacia donde estaba caminando era hacia su celda. Se había marchado sin hacerlo notar, dejando al cura hablando solo.

En la Casa del Pecado Mortal, las horas parecían arrastrarse con un peso insoportable, envueltas en un aire denso de incienso y humo, saturado de rezos apagados y pasos furtivos.

A medida que avanzaban los meses, la gestación de Carlota se hacía evidente, y también sus dificultades para seguir sobreviviendo hasta... ¿cuándo?

—Por favor, Teresa, te lo ruego, dime hasta cuándo nos tienen aquí encerradas. Quiero saber dónde alumbraré a mi hijo.

—Es usted muy insistente. Cuántas veces he de decirle que no se nos permite hablar entre nosotras.

—Pero tú eres mi único consuelo aquí, la única persona que me une al mundo real.

—Este es el mundo real. Y mi cometido no es ser consuelo de nadie, sino atenderla. Pero ¿sabe una cosa? En el tiempo de estancia no hay diferencia entre nosotras: nos echan después de parir. A todas.

Las últimas palabras cayeron sobre el ánimo de Carlota convertidas en un tremendo puñetazo. Noqueada, siguió preguntando. Ahora ya nada podía detenerla.

—¿Después de parir...? —Necesitaba repetir la frase para creérsela. Temía hacer la siguiente pregunta—: ¿Y... qué pasa con nuestros hijos?

—¿Nadie se lo ha explicado? —Teresa detuvo lo que estaba haciendo—. Esas criaturas se quedan aquí hasta que la Hermandad esa Santísima de la Esperanza y no sé qué más decida su futuro.

—¿Nos arrebatan... a nuestros hijos? —A Carlota un nudo opresivo, terco y más compacto que el velo que llevaba, le impedía hablar—. ¡No pueden hacer eso! ¡Nadie puede robarle un hijo a una madre!

—Ya va siendo hora de que se caiga del guindo, doña Margarita. —Teresa hablaba con rabia—. ¿Piensa usted que esto es un juego? ¿Para qué cree que la han encerrado? Afuera nadie sabe que está

embarazada y cuando salga seguirá siendo igual. Para eso sirve este lugar infernal.

Rodolfo y Rebeca. Dos ausencias que se impusieron con violencia en su corazón. Los echó de menos, necesitó tocarlos, a cualquiera de ellos, o a ambos, acariciar la realidad y el alivio amoroso que tanta falta le hacía.

Decirles el «te quiero» que a ella le faltaba.

Cuando algo grave y doloroso cruza la existencia sin posibilidad de hallar el más mínimo asidero al que agarrarse para evitar el hundimiento, resulta inasumible. Era lo que le estaba ocurriendo a Carlota, no se veía capaz de asimilar la idea de que, después del castigo de pasar el embarazo oculta entre aquellas mohosas paredes, fueran a arrebatarle a su hijo.

Arrebatarle su amor por Rodolfo.

Llorando sin poder controlarse, quiso continuar hablando con la muchacha, pero esta salió apresuradamente del cuartucho para evitarlo. A ninguna de las dos le habría hecho bien. Pero solo una de ellas, Teresa, lo sabía.

# Capítulo 27

## *Casa del Pecado Mortal, Madrid, madrugada del 5 de octubre de 1896*

Los tupidos ventanales temblaban bajo la furia del viento, como si la ciudad compartiera el mismo estremecimiento que recorría el cuerpo exhausto de Carlota.

La parturienta gemía entre espasmos de dolor, aferrada al borde del jergón, empapada en sudor y lágrimas.

Empapada en un gigantesco esfuerzo. Las manos de la monja que la asistía, de rostro dulce y ojos compasivos, intentaban infundirle un mínimo aliento. Pero la silueta erguida y sombría de doña Adelaida, al pie del lecho, bastaba para congelar cualquier esperanza. Imperturbable, con las manos ocultas bajo la indumentaria, la rectora observaba cada contracción como quien vigila la consumación de un acto inevitable.

—Es un castigo divino —murmuró doña Adelaida, apenas moviendo los labios, mientras la lluvia golpeaba los cristales con la cadencia de un rosario de latigazos—. Pero pronto terminará.

—¡Que venga Teresa! ¿Dónde está? Hace días que lo pido —imploró Carlota.

—No sé de quién habla. —La frialdad, mostrada en los movimientos del cuerpo, salió igualmente de doña Adelaida en forma

de palabras—. A ver si acabamos pronto con esto. —Y abandonó la sala.

—No insista más. —La hermana que la atendía se compadeció de ella—. Teresa ya no está aquí, dio a luz hace una semana.

—¿Dónde está su hijo? ¿Qué han hecho con él? —gritaba Carlota, atrapada en una agitada tormenta de desesperación.

—Cálmese, doña Margarita, cálmese y empuje. Esta criatura tiene ganas de salir. Ya queda poco.

Los minutos se hicieron horas, y las horas, una eternidad tortuosa. El dolor era una llamarada constante que la abrasaba desde dentro.

Y en medio de aquella noche interminable, llegó el momento.

Con un último alarido ahogado por falta de fuerza, su hijo vino al mundo. Un varón. Su llanto, un rugido natural, se alzó tan puro, tan humano, que pareció rasgar el mismísimo techo de la casa. Carlota, temblando, extendió los brazos para recibirlo, y por un instante, aunque breve, lo sostuvo. Notó el calor diminuto de aquella vida que había crecido en su interior, y en los ojos apenas entreabiertos del recién nacido creyó reconocer un destello de su propia mirada.

Pero fue solo un instante. Tal vez ni siquiera. Una brevedad excesivamente cruel.

Las manos de la monja lo separaron de la madre con premura, obedeciendo una orden que se daba por hecha. Carlota se aferró al aire vacío, queriendo asir el cuerpecito en volandas, mientras el llanto de su hijo se alejaba hacia las sombras del corredor.

—¡No! —Jadeaba, tratando de incorporarse—. ¡Déjenme tenerlo..., por favor! ¡Por favor!

Doña Adelaida, que había regresado, inmutable, dio un paso al frente. Su voz resonó firme, dura como el mármol:

—Será entregado a un destino mejor. Aquí no hay lugar para él... ni pronto tampoco para ti.

Un zumbido sordo se coló en los oídos de Carlota. La náusea, la fiebre y el cansancio la arrastraban hacia un abismo sin fondo. Se fijó en la puerta por donde había desaparecido su hijo. Y entonces, sin fuerzas ya para resistirse al peso insoportable de la desgracia, cayó desvanecida sobre el lecho.

*Os digo: no; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente* (Lucas 13:3).

Qué más le daba ya, si acababa de morir en vida. El trueno final que rasgó el cielo pareció sellar, para siempre, la herida que acababa de abrirse en su alma.

> *Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado* (Mateo 4:17).

Pero en la Casa del Pecado Mortal no se anunciaba el reino de los cielos, sino la perpetuidad del infierno.

***

## *Cangas de Onís, Asturias, dos años más tarde, 24 de diciembre de 1898*

Recostada en la butaca, frente al fuego, asentada en aquel valle entre montañas, Carlota sintió que su hijo perdido seguía siendo esa herida abierta y sangrante que jamás cicatrizaría.

Agarró con fuerza la mano de su hermana y ella le correspondió. Juntas, aunque por poco tiempo.

Juntas, en el barullo de los recuerdos.

En el corazón de Carlota, el rostro de Rodolfo, los cálidos besos y los viñedos de la Hacienda Valderroca se entremezclaban con la opresión de la Casa del Pecado Mortal y el parto en el que le robaron a su criatura, en un remolino de amor, pérdida y culpa.

# CAPÍTULO 28

*... creer sospechas y negar verdades, es lo que llaman en el mundo ausencia, fuego en el alma, y en la vida infierno.*

LOPE DE VEGA, Soneto LXI

*Ungüento de hipérico (hierba de San Juan), indicado para heridas leves, quemaduras, eccemas, picaduras y grietas en la piel:*

*El primer paso es recolectar flores frescas de Hypericum perforatum, muy comunes en las praderas asturianas. Se procederá al amanecer de un día seco y soleado, entre los meses de junio y julio, cuando la planta se encuentra en plena floración. Las flores, unos cien gramos, se colocan en un frasco de cristal, sin prensar, dejando que conserven su forma natural.*

Carlota se sentía satisfecha cuando concluía la elaboración de la pócima de hipérico, aprendida de las vecinas más ancianas, como otras que también practicaba con éxito.

*Se cubren por completo con medio litro de aceite de oliva virgen, asegurándose de que no quede ninguna parte de la planta expuesta al aire, para evitar la aparición de moho. El frasco se tapa con una tela fina o una gasa, sujeta con una cuerda, de modo que permita la entrada de aire sin dejar paso a los insectos. A continuación, se deja reposar al sol durante cuarenta días, agitando el frasco cada dos o tres jornadas. Durante este tiempo, el aceite adquiere poco a poco un característico tono rojo oscuro.*

Caléndula, para la piel irritada. *Arnica montana*, conseguida a partir de una planta que proliferaba en los Picos de Europa y con la que se debía tener la precaución de no ingerir, para los hematomas y

las inflamaciones externas. O las infusiones de romero y resina de pino autóctono, *Rosmarinus officinalis* y *Pinus sylvestris*, mezclados con aceite, resina calentada y cera, que aliviaba los dolores musculares y el reuma.

*Pasados los cuarenta días, se filtra el aceite con ayuda de un paño limpio, exprimiendo bien las flores para aprovechar todo el líquido. Se pone el aceite filtrado al baño maría y, una vez caliente, se añaden entre cincuenta y setenta gramos de cera de abeja natural, removiendo sin cesar hasta que la cera se funda por completo y se integre en la mezcla.*

*Si se desea una textura más untuosa, puede incorporarse una cucharada de manteca de cerdo.*

Y en todas empleaba elevadas dosis de paciencia y mimo, cualidades que descubrió allí, en Cangas de Onís, paraíso de plantas y flores con las que conseguir pócimas que, a veces, irritaban a Esteban: «Esos brebajes son más propios de brujos de pacotilla, están muy alejados de la ciencia». A la joven le divertía comprobar las consecuencias de la vena científica de su amigo, que invalidaba tradiciones artesanales de siglos, en las que ella profundizó inesperadamente.

*Mientras la mezcla permanece líquida se vierte en tarros de cristal, limpios y secos. Se deja enfriar sin tapar hasta que el ungüento solidifica, y solo entonces se cierran los tarros. Conservado en un lugar fresco y protegido de la luz, el ungüento mantiene sus propiedades durante varios meses.*

*Se recomienda aplicar siempre sobre piel limpia y nunca sobre heridas profundas o infectadas. Debido a la sensibilidad del hipérico a la luz solar, es aconsejable no exponer la zona tratada al sol inmediatamente después de su aplicación.*

Algunas de las plantas con las que componía estas recetas las cultivaba en su jardín, en el que había un rincón reservado para un acebo, característico de aquellas latitudes. Se acostumbró a tener siempre en el salón de su casa unas ramas de acebo en un tarro de cristal que utilizaba como jarrón.

A su hermana Rebeca le metió en la maleta, de regreso a Madrid, varios tarros llenos de pócimas e infusiones, con idea de que le duraran varios meses.

—Anda, deja de renegar, pueden venirte bien en cualquier momento.

—A ver si ahora te vas a convertir en una señora de esas que no quieren salir del pueblo —bromeó Rebeca.

—Pues te diré que no se vive nada mal en un pueblo, desde luego en un pueblo como Cangas.

—Tu sitio no es este. Lo sabes. —Su hermana se puso seria.

—Yo ya no sé nada... No sé lo que creo. Sé que te echo terriblemente de menos y que cuesta vivir sin mi hijo, mi niño..., y tan lejos de Rodolfo.

—Vamos, vamos. —Rebeca reaccionó rápido para evitar que siguiera cayendo por esa pendiente—. Ahora estás haciendo lo que debes: ponerte a salvo. Y lo estás haciendo bien. ¡Si hasta te has convertido en una curandera de lujo! —volvió a bromear.

Como era de esperar, la despedida resultó dolorosa.

—Ahora que te he encontrado volveremos a vernos. ¿Sabes lo que pensaba Séneca? Que la pérdida es infinitamente mejor que la carencia. No sabemos cuánto tiempo más habríamos podido permanecer sin tenernos la una a la otra. Sin embargo, nos hemos reencontrado. Hagamos que sea lo menos dolorosa posible esta despedida, ya que volver a perdernos ahora significa que nos hemos tenido y disfrutado previamente. Quedémonos con eso. Y pensemos en la vida que nos aguarda y que espera su momento.

—¿Yo me he convertido en una curandera y tú en una sabia? ¿Eso es lo que les enseñas a tus alumnos, que tienen una maestra que es una sabia?

—¡Son demasiado pequeños! —Soltó una carcajada—. Pero todo llegará. Todo, Carlota, todo.

***

En el empeño de que la separación de las hermanas fuera leve, Rebeca empezó a escribirle cartas que enviaba a nombre de Mercedes de la Riva, en las que le contaba a veces cosas intrascendentes, pero que les servían para sentir vivo el hilo invisible que las unía, «ese que nunca nos va a separar»; o a veces hechos relevantes, como, por ejemplo, una posible dolencia cardíaca que podrían haberle descubierto a su esposo, Julián, «aunque bicho malo nunca muere»; «pero tú quédate tranquila que ni muerta le cuento a nadie que te he visto. Este es nuestro secreto, que espero que tenga un final más pronto que tarde, lo que significará que regresas por fin a tu casa, a Madrid, de donde nunca debiste salir».

Lo que no se atrevió a contarle fue lo que encontró cuando, a su regreso de Cangas de Onís, se dirigió a ver a Rodolfo, como le había pedido Carlota, con el único fin de tranquilizarlo y decirle que su amada se hallaba en buen estado y a salvo.

Viajó a Navalcarnero llevando en el pensamiento la promesa que no podía traicionar: a nadie le contaría dónde se encontraba escondida su hermana. Ni siquiera a Rodolfo. Nada podía tener más claro que eso. Boca sellada.

Tuvo la sensación de que reencontrarse con Rodolfo le hacía patente y auténtica la existencia del mundo real del que Carlota y ella formaban parte. Sin embargo, esa realidad se diluyó en cuestión de segundos igual que un azucarillo en un vaso de agua, con un terrible impacto. Las enormes puertas de hierro de la Hacienda Valderroca estaban cerradas con un candado. A través de los

barrotes pudo contemplar el erial en el que se había convertido la esplendorosa finca, no quedaba ni rastro de los viñedos, mientras que la edificación de la casa era ahora un macizo de ruinas que quedaba en pie entre claras evidencias de haber sido devorado todo por las llamas. Quemado. Arrasado.

Recorrió los alrededores en busca de alguna explicación, pero lo único que consiguió fue constatar que no había ni rastro del empresario Valderroca. La finca entera había ardido por un pavoroso incendio hacía ya un tiempo y después dejó de vérsele en el pueblo. No quedaba ni rastro de él. Había desaparecido de la faz de la tierra.

Desolada por las malas noticias, Rebeca decidió no contarle nada a su hermana para no alterar innecesariamente —dado que ella nada podía hacer desde tan lejos—, la paz que tanto le había costado encontrar. Fue de esa manera como se fueron acumulando los secretos entre las hermanas.

***

A la propia Carlota se le hacía extraño, pero la noción de lo que un día fue su casa, no referida solamente a la mansión en la que vivía con su marido, sino el mundo que giraba a su alrededor, le quedaba tan lejana como extraña resultaba. Habían sido tan desgarradoras, tan devastadoras, las experiencias vividas justo antes de recalar en Asturias que conseguía sentir que aquel era su lugar, al menos de momento, y los habitantes de Cangas de Onís con los que se relacionaba, su universo humano. No se le ocurría que hubiera podido encontrar ningún otro mejor. Esteban; Rosa; don Fermín, el párroco; Isabel, o los niños, como Llara, que formaban ya parte de su día a día, a pesar de las dificultades emocionales del principio.

Hacía suyo lo que vivían... o sufrían. En la madre de la pequeña Llara, Isabel, por más que intentara ocultarlo, se evidenciaban las huellas del maltrato que le debía de estar infligiendo su marido. Carlota intentaba hablar con ella, pero el muro que la joven madre —debía de tener unos veinticinco años, no más— levantaba impedía que asomara la más mínima evidencia de sufrimiento.

Una mañana volvió a intentarlo en la tienda.

—Buenos días, Isabel. ¿Tendrá usted café?

—Sí, doña Mercedes. Acaba de llegar. No es del mejor, yo no respondo del tueste, pero hará el apaño.

—No le pido milagros. Con que no esté quemado, me conformo.

Carlota observaba cómo envolvía el paquete.

—¿Y Llara? Ayer no vino a tomar la lección.

—Anda algo cansada. Nada grave. Ya sabe usted que es una niña fuerte.

—Es una niña fuerte, sí..., pero no es la primera vez que falta.

Isabel guardaba silencio mientras doblaba el papel y ataba el paquete.

—Isabel —dijo Carlota, bajando un poco la voz—, ¿qué ocurre en su casa?

—No ocurre nada. Ya le digo que la niña está bien.

—No le pregunto solo por la niña.

—¿Y por quién, entonces, si se puede saber?

—Por usted.

Isabel apretó el nudo del cordel con fuerza.

—No hay nada que contar. Cada uno tiene lo que le toca. Y con lo que a una le toca, se aguanta.

—No siempre, Isabel. No siempre tiene por qué ser así. Podría buscar ayuda y pensar en una vida mejor, sobre todo por el bienestar de su hija.

—¿Y qué va a saber usted de eso? —respondió Isabel, seca, sin mirarla—. No meta usted las narices donde no la llaman. Bastante tengo con lo mío.

Carlota aguantó la respuesta, ella sí sabía lo que es buscar una vida mejor.

Sabía lo que es escapar de un infierno.

—No lo digo por meterme donde no me llaman. Lo digo porque me duele verlas. A usted y a la niña.

—A mi hija déjela al margen. En esta casa no falta de nada. Ella está bien.

—No, Isabel, ella no está bien, y usted lo sabe. Tampoco usted lo está.

Se hizo un silencio tenso que Isabel aprovechó para tenderle el paquete.

—Son treinta céntimos.

—Quédese el cambio.

Carlota cogió el café, pero antes de salir quiso dejarle claro algo:

—Si algún día cambia de idea, ya sabe dónde estoy.

Clavada detrás del mostrador, inmóvil, en el último instante Isabel reaccionó:

—¡Doña Mercedes!

Carlota se giró hacia ella rápidamente, estaba esperándolo.

—Gracias... Creo que mañana Llara ya estará bien para retomar sus lecciones. Nada más.

«Nada más», que no era poco.

# Capítulo 29

Aquel 31 de diciembre de 1899 no solo era el último día del año, sino también de un siglo. O también podría decirse al revés: dar la bienvenida al nuevo año, 1900, suponía dársela nada menos que a un nuevo siglo.

El siglo xx.

Quiso Carlota pasar sola esa noche, después de haber estado compartiendo durante la Navidad ratos de conversación con Esteban en torno a dulces preparados por Rosa y brindis con sidra natural elaborada artesanalmente a base de manzanas de la zona, turbia, de sabor fresco y ácido. Le había cogido el gusto a participar del ritual del escanciado.

—¿Por qué la tiran desde tanta altura? —preguntó la primera vez que vio verter la sidra.

—Es para oxigenarla. ¡Esto es lo mejor del mundo! —exclamó Esteban antes de beber.

Aquel fue un día para recordar. Todavía no había echado el ancla del todo en el mar de su nueva vida, pero, sin duda, momentos como ese le ayudaron a hacerlo, por difícil que fuera esa nueva estación de su existencia. Detalles, gestos pequeños que producían un alivio grande.

Mientras las campanas doblaban en la oscuridad de Cangas de Onís, Carlota pensó en Madrid, donde la luz eléctrica ya habría comenzado a vencer las sombras. El nuevo siglo traía promesas alborotadoras de máquinas, de telégrafos y de cambios que nadie

parecía poder detener. El tiempo viejo se quedaba atrás, tenía que hacerlo forzosamente para dar entrada a la modernidad, aunque allí, entre la escarpada naturaleza, todo siguiera resistiéndose a cambiar. Jamás pensó que aquella época históricamente reseñable la pasaría en un lugar recóndito de Asturias, con amigos hasta entonces desconocidos, sin la compañía de su hermana Rebeca, de su amado Rodolfo o de...

Sin su hijo.

Ese ser de sus entrañas del que nada sabía, salvo que estaba muerto. Un ser cuya existencia se forjó en el amor, con el peor final imaginable. Ojalá ella pudiera escribir otro final para esa parte de su historia.

En aquel año que marcó el tránsito de un siglo a otro, las minas de Buferrera alcanzaron su pleno rendimiento. En el asentamiento que se estableció para los obreros se construyó una capilla, un almacén para guardar comestibles y hasta un pequeño hospital. Hubo trabajo para doscientos obreros durante los seis meses de invierno y para quinientos en los otros seis de verano, las dos épocas en las que se dividía la actividad. Devino en una especie de maná, en un pueblo en el que, hasta entonces, la pobreza imperaba en la mayoría de los hogares.

Pero como toda cara tiene su cruz, y las condiciones en las que eran contratados los peones en las minas resultaron ser pésimas, la proliferación de tabernas fue excesiva; tanto como el número de alcohólicos, que no paraba de crecer entre los trabajadores, seguramente porque se convirtió en la manera de olvidar las durísimas circunstancias en las que tenían que trabajar. Interminables jornadas realizadas en pleno corazón de los Picos de

Europa, en las que soportaban las inclemencias del mal tiempo que lo dificultaban todo, incluido el complicado traslado de los minerales hasta el puerto marítimo de Ribadesella.

Los ingenieros ingleses habían conseguido profanar un macizo montañoso inexpugnable, y donde antes solo se veía el manto verde teñido, en invierno, del blanco inmaculado de la nieve, ellos descubrieron en las entrañas de aquellas tierras un submundo oscuro, pero increíblemente rico en minerales, y las llenaron de raíles para que circularan las vagonetas, y de túneles subterráneos, que explotaron con buena visión empresarial.

Trajeron prosperidad a Cangas de Onís, pero las minas fueron también un profundo desgarro en el corazón calizo de los Picos de Europa.

Un desgarro que permanecería para siempre, aun cuando dejaran de funcionar.

***

*Cangas de Onís, Asturias, 30 de diciembre de 1900*

ç

El pueblo había estado preparándose durante semanas para la esperada novedad, «¿Pero no tenían que haberlo abierto ya?», «Dicen que estará listo para antes de que termine el año», «¡Huy, ojalá!, porque a mí me han contado que se están retrasando con los proveedores», «Pues mi marido, que es amigo del dueño, ya sabéis, Juan Rodríguez, ha hablado con él y dice que todo eso son rumores absurdos y que ya tienen todo a punto, solo es cuestión de días», «¿Juan Rodríguez no era el del Café Labra?», «Sí, el mismo»...

Por fin llegó el día: el Café Industrial abría sus puertas al público para alborozo de los cangueses. La inauguración fue todo un acontecimiento. El nuevo local destinado al encuentro y la diversión, ubicado en la calle principal, la de San Pelayo, en el antiguo y espacioso teatro Zaragoza, ofrecía un sinfín de comodidades poco habituales por aquellos lares. Contaba nada menos que con veinte mesas de mármol para la clientela, servicio de hacer café y una gran mesa de billar.

El 1 de enero de 1901 se celebró en sus salones un baile inaugural con el que el propietario obsequiaba a los vecinos. Lleno hasta la bandera. Carlota era muy reacia a asistir, hasta que Rosa fue a recogerla a su casa y tiró de ella hacia el Café Industrial.

—Puedo ir a conocerlo cualquier otro día.

—Mire que no la entiendo, doña Mercedes. Es usted muy joven para encerrarse y no querer divertirse, aunque sea por un ratito. Le doy mi palabra de que solo será un rato; después, yo misma la acompaño de nuevo a su casa.

—Cuando te pones deliciosamente pesada no puedo resistirme. Tan deliciosa como tus dulces.

—¡Le vendrá bien marcarse un bailecito, mujer!

El bullicio y la alegría de la gente, la banda de música de Cangas de Onís amenizando la velada, los vecinos de todas las edades bailando... hicieron que la imagen que Carlota tenía de aquel pueblo se inundara de una vida que a ella le estaba faltando.

***

*Querida Rebeca:*

*Hace días que tenía intención de escribirte, pero me ha costado encontrar la serenidad suficiente para sentarme a hacerlo. Hoy, al*

*fin, he robado un rato al silencio del atardecer para hablarte, aunque sea por escrito, como solíamos hacer de niñas cuando el verano nos separaba. A veces me parece que necesito contarte más de lo que soy capaz de admitir en voz alta.*

*Creo que empiezo a entender lo que significa el desarraigo: no es no tener un sitio donde estar, sino no poder compartir lo que uno siente con quienes de verdad importan. No imaginas cuánto echo de menos tus cartas, a las que me aferro como la única prueba de que mi vida anterior no fue un sueño.*

*Si supieras cuántas veces me despierto preguntándome si hice bien, si no debí resistirme más, si escapé a tiempo o demasiado tarde... Lo que me atormenta, Rebeca, es que tú sigas allí, soportando la pesada carga de todo lo que yo dejé atrás. A veces siento que mi libertad ha sido tu condena.*

*¿Sabes qué me ayuda? La gente del pueblo, sencilla, sin preguntas. No te lo vas a creer, la semana pasada se inauguró un sitio llamado Café Industrial, en la calle San Pelayo, y hubo baile, con orquesta, y acudió el pueblo entero. Resultó muy divertido. Rosa, la de la casa de huéspedes, tenía razón: me vino muy bien un poco de diversión. Había olvidado lo que es reír, bailar, conversar con la gente... Había olvidado tantas cosas de la vida que a veces pienso que me he olvidado de la propia vida.*

*Uno no elige renunciar a sufrir, eso sería imposible, pero sí podemos elegir acorralar el sufrimiento y la desdicha en un rincón de la existencia para que no lo inunde todo.*

*Quiero que sepas, querida hermana, que siempre estás en mis pensamientos.*

*Te abraza con todo su cariño,*

*C.*

***

Meses más tarde le contaría que el primero de junio del siguiente año, 1902, el Café Industrial estrenó su salón-teatro, en el que también se celebraban bailes, aunque con una novedad: llegaban al pueblo las representaciones teatrales. Pocos días más tarde, la compañía de Pedro Echeverría ofreció dos funciones con las zarzuelas La alegría de la huerta y El dúo de la africana. Pero los cangueses demostraron ser más amigos de la música y el baile que del teatro, ya que no obtuvieron el éxito que esperaban.
En cualquier caso, la alegría llegaba a ese rincón de Asturias abriéndose paso con la misma soltura con la que sus vecinos disfrutaban de aquellos nuevos aires.

***

Jamás faltaba en las cartas a su hermana la mención explícita de que siempre la llevaba en sus pensamientos.

El río del olvido no pasaba por el corazón de Carlota. Pero, por otro lado, el recuerdo perpetuo no le nublaba, a esas alturas, la visión de lo que debía hacer.

Aquel pequeño y apartado rincón del mundo, hallado en su huida de Julián y don Gregorio, se había convertido en su propio mundo. Allí se encerraba el mundo en sí mismo.

Le había costado conseguir que en Cangas de Onís admitieran y respetaran su presencia allí, y nadie sospechaba ya que no fuera la persona que afirmó ser el primer día: doña Mercedes de la Riva, tan joven como viuda. Esa nueva identidad había logrado proporcionarle una tranquilidad que la protegía de los posibles peligros provenientes de Madrid.

Se hizo al pueblo y el pueblo se hizo a ella. Eso, y ninguna otra circunstancia, supuso salvar su vida. Cómo iba a renunciar a ello... Por aquel entonces poco le importaba el ritmo palpitante que estaba apoderándose de la capital.

# CAPÍTULO 30

## *Ocho años más tarde*

El comienzo de las obras de la Gran Vía no es, a ojos del pueblo de Madrid, el principio de una reforma urbana, sino el de un renacimiento moral.

Durante algunos años, al menos habrá trabajo en Madrid, se moverá dinero y quedará conjurada o mitigada la crisis económica que aflige ya casi crónicamente al proletariado madrileño.

Somos gentes fáciles al entusiasmo y al optimismo. La dureza estoica de nuestro carácter, que sufre sombría pero firmemente la adversidad, nos permite aventurarnos en las quimeras apenas un suceso venturoso nos ilumina la fantasía.

Muchas veces hemos pensado todos que Madrid no sería nunca más que un gran poblachón. Ahora se reanima la fe y pensamos que está en nuestro poder convertirlo en una hermosa ciudad; basta para el tránsito de una a otra creencia, de la convicción pesimista que deprime al convencimiento optimista que fortalece, asegurar al proletario unos jornales y dejar consignado en el acta que el rey firmó esta mañana el triunfo de la perseverancia y la voluntad.

Pan para el obrero y esperanza para todos: eso nos traen las obras de la Gran Vía; felicitémonos todos los amantes de Madrid.

*Heraldo de Madrid* (núm. 7066).
Lunes, 4 de abril de 1910

«Esperanza para todos»...

La mañana de ese lunes de ambiente primaveral, todo Madrid se agolpaba para participar de una escena que se presuponía histórica y que sería inmortalizada en las fotos que publicaba la prensa del momento: el rey don Alfonso XIII dando el primer piquetazo, en la calle de Alcalá, a la fachada de la Casa del Cura anexa a la iglesia de

San José para iniciar su derribo, en el acto de inauguración de las obras de la Gran Vía. Acompañaban al monarca su esposa Victoria Eugenia de Battenberg, la reina madre María Cristina y las infantas Isabel y María Teresa, acomodada toda la familia real en una tribuna adornada con tapices de la Real Fábrica de Tapices. Además, se dispusieron otras dos tribunas, una para miembros del ayuntamiento y otra para el cuerpo diplomático. La trascendencia del momento era indiscutible.

La piqueta, de oro y plata, sería después guardada en un estuche forrado en seda de color oscuro. En aras de la posteridad.

Aquel Madrid necesitado de aires de renovación en forma de ensanche urbanístico, de fulminar la insalubridad de un casco antiguo limitado por plazas y callejuelas mal trazadas, estrechas, empinadas e incómodas, y de conectar los barrios del este con los del oeste, después de muchos años de fracasados proyectos, aprobó la construcción de una grandiosa avenida que cambiaría para siempre la capital. Al estilo de las modernas ciudades norteamericanas. Con ello se conseguiría también descongestionar la Puerta del Sol y trazar un eje de comunicación más rápido y cómodo entre las estaciones de ferrocarril de Príncipe Pío y Atocha. Se daban todos los ingredientes para ser el proyecto urbanístico más ambicioso de toda Europa; la sensación del momento.

Planeado en tres fases, aquella primera tenía un trazado que iba desde la calle de Alcalá a la Red de San Luis, y fue bautizado con el nombre de Conde de Peñalver en honor al alcalde que tanto hizo por el avance de su construcción.

La conocida como Casa del Ataúd, ubicada en la confluencia de las calles de Caballero de Gracia y la de San Miguel, junto a la Casa del Cura, donde el rey dio el piquetazo, y el palacio de la duquesa de Sevillano en el proyectado lado sur del primer tramo, fue de las

primeras en ser derribadas. Se la llamaba así debido a su estrechísima fachada que permitía margen para una sola ventana, que daba a la calle de Alcalá. En su lugar, la compañía de seguros La Unión y el Fénix construyó un edificio elegante y afrancesado, que se inauguró el 21 de enero de 1911, el más alto de Madrid en el momento, con seis plantas más dos sótanos. La solución arquitectónica para aprovechar la estrechez de la fachada llamó la atención: un torreón circular. En la rotonda del segundo piso, columnas corintias sostenían el tercero, en el que la agricultura, la industria, el comercio y la minería estaban representadas por extraordinarias estatuas. En la base de una espectacular cúpula, esculturas de Mariano Benlliure simbolizaban las tres modalidades de seguro que ofrecía La Unión y el Fénix —vida, trabajo e incendios—, coronado todo ello por la figura mitológica del ave fénix, emblema de la compañía, una talla de ocho metros de altura y mil quinientos kilos de peso.

En la céntrica plaza de Cibeles, un monumental y faraónico edificio se erigía prácticamente a punto de concluirse su construcción. Era el Palacio de Telecomunicaciones, obra de los arquitectos Antonio Palacios y Joaquín Otamendi, que, aunque no se hallaba exactamente en el trazado proyectado de la Gran Vía, cambiaba el paisaje urbano en el arranque del mismo.

Entre tanto derroche de lejana modernidad, Carlota pensaba en los vecinos que le ayudaron a configurar un universo desconocido que le dio la vida cuando aquí, en un Madrid que ya era de otro tiempo, su marido y don Gregorio intentaban por todos los medios quitársela. De hecho, le arrebataron una parte importante en la madrugada del 5 de octubre de 1896.

Cangas de Onís le había devuelto, en cambio, un poco de la vida necesaria para seguir respirando.

Para seguir encontrándole sentido a continuar hacia delante y no dejar de soñar.

# Capítulo 31

## *Cangas de Onís, Asturias, año de 1912*

A 1911, un año que allí, donde había decidido que fuera su nuevo hogar, transcurrió entre la tranquilidad del entorno natural que rodeaba al pueblo y la intensa actividad de las minas, le siguió otro que, en cambio, comenzó alterando la paz del pueblo. Esteban llevaba tiempo perdiendo peso, pero en las últimas semanas podía apreciarse una reducción llamativa.

—No es nada, Carlota, ya te lo he dicho. Es solo que últimamente no tengo apetito debido a un pertinaz catarro que llevo tiempo arrastrando. Nada más.

—A mí no me parece normal una pérdida de peso tan exagerada. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Seguro —respondió el médico con resignación.

Pero mentía. Días más tarde, Carlota se presentó en casa de su amigo con una infusión de saúco.

—Verás que pronto dejamos atrás ese catarro, aunque, a decir verdad, no veo que tengas muchos síntomas.

—Pues los tengo, te lo aseguro —siguió Esteban con su mentira.

—Bebe esto un par de veces al día, por la mañana y por la noche, antes de acostarte. Te irá muy bien. Lo he hecho con bayas cocidas y flores secas de *Sambucus nigra*, saúco. Eres médico, seguro que conocerás esta planta.

—¿Es necesario? —intentó quejarse Esteban sin mucho convencimiento.

—¡Por supuesto que es necesario!

—Últimamente todo me sienta mal. No sé yo si un brebaje como este...

—Disculpe usted, doctor, pero exijo un poco de respeto hacia mis pócimas —bromeó Carlota, pero de repente se cortó el buen ambiente y apareció una densa bruma en el aire de la casa.

Un vómito sanguinolento desató la súbita alarma. Carlota atendió a su amigo con irrefutable diligencia, con la que no pudo evitar que cayera casi desmayado.

—Me siento terriblemente débil —afirmó con un hilo de voz.

—Esto no es cosa de un día, ¿verdad? —Ella no lo soltaba, intentando evitar que acabara de caer al suelo.

Lo sostenía con dificultad mientras intentaba arrastrarlo hasta la cama, donde Esteban se desplomó.

—Vómitos, sangre, indigestiones permanentes, debilidad extrema... ¿Vas a volver a decirme que es un simple catarro?

Pero el enfermo ya no podía decir nada. Su respiración comenzó a ser agitada. Sudaba y la fiebre se cebó en él. La joven pasó toda la noche a su lado, cambiándole paños fríos sobre la frente y velando el intranquilo sueño.

A la mañana siguiente seguía mal y así pasó varios días más. Carlota no tiraba la toalla.

—Insisto en que tiene que verte otro médico.

—Ya soy yo médico, no necesito a otro.

Estaba claro que lo necesitaba. Si había alguien que podía conseguir lo más parecido a un milagro con Esteban, era Carlota. Y lo consiguió. Puso a prueba una vez más su tenacidad y se obró el milagro, de manera que cuando estuvo restablecido pusieron rumbo

a Oviedo para visitar a un prestigioso galeno especialista en problemas digestivos, «Bueno, eso es lo que dice él», protestaba Esteban durante el viaje.

Ella estaba convencida de lo que hacían. Con lo que no contaba era con que la vida de su amigo dependiera de que esa misma decisión de viajar a Oviedo, que pronto se comprobó que era buena, la hubieran tomado mucho antes. Pero es que Carlota no podía sospechar con qué estaban relacionados los síntomas que padecía.

Varios días después de la consulta, en los que permanecieron en la ciudad para no cansar a Esteban con tanto viaje de ida y vuelta, obtuvieron el resultado. El médico les confirmó lo que Esteban sospechaba, pero le había ocultado a Carlota: padecía un carcinoma gástrico avanzado. Cáncer. Ese fue el terrible diagnóstico al que llegó después de realizarle una laparotomía exploratoria en la que descubrió que el tumor ya había invadido órganos vecinos vitales, como hígado, páncreas e intestinos, con lo que no valía la pena operar. Era demasiado tarde. Le quedaban semanas de vida, quizás meses, en el mejor de los casos, pero no más. Quién es capaz de encajar una noticia semejante... Esteban había pasado por situaciones muy duras, de las que marcan de por vida, pero ahora se trataba de la suya propia. De vivir y respirar, o dejar de hacerlo de manera irreversible.

—El cáncer se ha extendido considerablemente. Ha afectado tejidos que están endurecidos y ha invadido zonas en las que operar resultaría imposible sin provocar con ello una hemorragia masiva o daños irreparables. Así que, en mi opinión, es desaconsejable ningún tipo de intervención quirúrgica.

—Pero algo se podrá hacer —replicó Carlota—. La medicina está para algo.

—Señora, con todos mis respetos, la medicina no hace milagros. Usted sabe, don Esteban —lo señaló con tono recriminatorio—, que no tenía que haber tardado tanto en venir. Tal vez antes podría haberse conseguido algo, pero ahora ya... Créanme que lamento darles estas noticias.

Durante el trayecto de vuelta apenas pronunciaron algunas palabras sueltas, inconexas, intrascendentes, con el único fin de matar el silencio, abatidos por la pesadumbre del momento. Carlota sentía una rabia interior que no podía mostrar para no herir a su amigo. Le quemaban las preguntas, esas dudas que nos acercan a la búsqueda de dotar de sentido nuestras acciones. ¿Por qué había esperado tanto si Esteban, como médico que era, podía sospechar lo que le estaba pasando? ¿Por qué no compartir lo que decidió, erróneamente, padecer en silencio?

Y tantos porqués encadenados unos a otros que se enredaron en su corazón, oprimiéndolo. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo importante que era Esteban en su nueva vida. El apoyo, la persona que le había ayudado, de una manera invisible, a sostenerse como la doña Mercedes de la Riva que dejaba atrás a Carlota Visedo, marquesa de Peñaflorida. Había conseguido sentirse una persona diferente, justo lo que necesitaba para que nadie recelara de que no era quien decía ser, y dándose cuenta del papel que había jugado Esteban en todo ello. Y, posiblemente llevada por una exacerbación de sus sentimientos, amó más —si es que era posible— a Rodolfo en la dolorosa distancia del tiempo y el lugar a pesar de que ya solo quedara una sombra lejana de lo que fue su amor. Y echó de menos a Rebeca, a la que no veía desde su última visita hacía más de dos años. A ambas les habría gustado que los viajes a Cangas de Onís se hubieran producido con más frecuencia, pero siempre tenía encima el miedo de que Julián la siguiera y acabara enterándose del

paradero de Carlota. Y lloró, como pocas veces había hecho, por el hijo arrebatado.

En ese océano revuelto de sentimientos, Esteban, intuyendo que detrás de aquel llanto desatado se escondía mucho más que sus malas noticias de salud, intentó consolarla en un abrazo.

Hubo una fracción de segundo en la que Carlota, desbordada por las emociones, estuvo a punto de desahogarse acerca de lo que había sufrido y la razón de su presencia en Asturias, pero la cordura le dio un abrazo por encima del de Esteban y solo fue capaz de musitar, mientras mantenía la cabeza sobre el hombro del amigo:

—Si tú supieras...

—No es necesario que lo digas.

Él habría querido más. Un beso, una caricia, una promesa quizás... Pero Esteban sabía que Carlota jamás lo amaría, y ahora que su vida arrojaba la toalla por sí misma empujada por la enfermedad, sin dejarle margen alguno para decidir nada, menos aún podía esperar que su amiga le correspondiera con sentimientos similares a los suyos. En su caso, claudicar no era rendirse, sino una pura aceptación de la realidad. Lo aceptaba, tanto como tenía que aceptar su diagnóstico, negativo, nefasto, pero real.

El verano no trajo más que incomodidad al estado de salud de Esteban. A Carlota le parecía que la vida en el pueblo era distinta, que había cambiado, cuando en realidad el cambio se había producido en ella, en su manera de interpretar lo que ocurría a su alrededor, incluida la probabilidad de que en cualquier momento pudiera producirse la muerte de su amigo.

Esteban evitaba hablar de su enfermedad con los vecinos para no preocuparlos, y ellos, que lo sabían, callaban por respeto. Era como

si no existiera.

Una tarde de septiembre, aquietada por el ritmo lento que había adoptado la cotidianeidad, ambos amigos descansaban junto al puente romano después de un paseo que, a pesar de haber sido breve y tranquilo, acabó por agotar a Esteban. «Es bueno que te dé el aire aunque te canses un poco», le animaba Carlota.

La pérdida y el futuro. De eso hablaron aquella tarde en la que el tiempo se ralentizaba caminando hacia el invierno, otro más para Carlota lejos de Madrid, tal vez el último para Esteban.

—Este lugar nos permite la posibilidad de respirar, pero no debería ser la de quedarnos.

—Tú y yo nos hemos quedado —replicó con cariño Carlota.

—Incluso los ríos fluyen. Tal vez el pasado no deba anclarte aquí, sino empujarte a avanzar. Busca tu sitio, Mercedes. Búscalo ahora que todavía puedes.

—Ambos sabemos que ahora es este —afirmó ella, pero esa aceptación sonaba a lamento—. Aquí, en Cangas, soy feliz.

—No me refiero a un lugar físico, sino a tu sitio en la vida. La vida que a mí ya no me queda. Aprovéchala, tú que puedes.

La vida que no podría, para Esteban, seguir fluyendo como el río Sella, que habían aprendido a amar.

***

*Querida Rebeca:*

*Espero que cuando recibas esta carta te encuentres bien.*

*Lo primero que quiero decirte es que entiendo que no comprendas mi decisión de seguir quedándome aquí. ¿Y si este fuera mi destino, el lugar para el que estaba predestinada? Te advierto que ni yo lo sé. Pero lo que sí tengo muy claro es que*

*sigue siendo un maravilloso refugio que continúa salvándome de muchos males.*

*Además, ahora no podría dejar este lugar. Esteban, ¿lo recuerdas?, mi amigo el médico, está muy enfermo. Le diagnosticaron un cáncer en una fase muy avanzada, y ayer apenas podía sostenerse en pie. No quiere hablar de ello, pero yo lo sé, lo veo. Demuestra esa lucidez que solo tienen los que presienten que se les escapa el tiempo. Me parte el alma no poder hacer nada. Le estoy cuidando lo mejor que puedo, y él acepta mi compañía sin expresarlo, como si le aliviara un poco mi presencia, aunque no quiera demostrarlo.*

*Si Esteban fallece, Dios no lo quiera, no sé cómo lo sobrellevaré. Aquí me quedaría más sola que nunca. Y, sin embargo, no puedo pensar en marcharme. No todavía. Hay cosas que aún debo entender, y no creo que a Julián se le hayan pasado, a pesar de los años transcurridos, las ganas de acabar conmigo, y mucho menos al secuaz de don Gregorio.*

*Ahora pienso en el discurrir de la vida, como discurren los ríos, hasta que llegue la hora de que las cosas puedan cambiar. Solo entonces actuaré. No dudes de que lo haré.*

*Siempre tuya, queriéndote, y llevándote siempre en mi pensamiento.*

*C.*

***

Estrenando el año de 1913, lo primero que quiso hacer Carlota fue visitar a su amigo.

—¿Mercedes? —la llamó Esteban desde la cama al oírla entrar.

—Vengo en son de paz y a tomar un café —bromeó ella.

Lo preparó en la cocina y sirvió dos tazones que llevó al dormitorio en una bandeja llena también de dulces.

—Pasé por donde Rosa para comprar algo y mira todo lo que me ha regalado al saber que venía a verte.

—Este pueblo es increíble.

—No: ¡Rosa es increíble!

—Me gusta verte de buen humor.

No es que lo estuviera, sino más bien se trataba de un esfuerzo, ya que a Carlota le había entristecido pasar otra Nochevieja en lo que consideraba que era un refugio clandestino —en verdad lo era —, lejos de los suyos y, además, temiendo que pudieran ser las últimas Navidades para Esteban. No se sentía precisamente alegre.

Entró en la casa del médico arrastrando un viento de optimismo que era tan falso como creer que él podría sanar.

—¿Qué día es hoy? —preguntó el enfermo.

—1 de enero. Año Nuevo, querido.

—Será el último año para mí.

—¿No se te ocurre pensar en otra cosa, un día como hoy? —Con la mayor animosidad de la que era capaz, mientras hablaba, Carlota iba disponiendo los dulces junto al café en la bandeja que le preparaba a Esteban.

—Cada día me siento peor —reconoció—. Ya hasta me cuesta levantarme de la cama. Espero que el nuevo año, en cambio, suponga cosas buenas para ti, Mercedes, es lo que mereces.

Esa vez, al escuchar en boca de su amigo su nombre que no era el auténtico —otra falsedad que sumar a la de su buen humor ese día —, se produjo en ella una pulsión que no se había permitido desde que llegó huyendo a Cangas de Onís. Nadie, estrictamente nadie, debía saber que no era quien decía ser. Y así había sido durante años. Pero ya no podía más, aquella mañana se le atragantó el

hecho de tener que seguir mintiéndole. Posiblemente, la razón fuera saber que en el momento más inesperado su gran amigo, su bastión en la incertidumbre de su fuga y su nueva identidad, podría dejarla.

Tragó saliva antes de pedirle:

—No me llames así.

—¿Así cómo?

—No soy Mercedes de la Riva. —Esteban, impresionado por la inesperada confesión, aguardaba sin atreverse a decir nada. Ella preguntó—: ¿Quieres saber quién soy?

—Solo si tú quieres que lo sepa. —Esteban se mostraba tan comprensivo como prudente. Ni más ni menos que como era.

En voz baja, pausadamente, y a modo de confidencia, su amiga se lo aclaró:

—Me llamo Carlota.

—¿Carlota...?

—Carlota Visedo, marquesa de Peñaflorida —añadió—. Y no soy viuda, para mi desgracia.

Era la primera vez que revelaba su verdadera identidad. Y aunque la revelación sorprendió a Esteban, él simplemente asintió y esperó a que ella estuviera lista para hablar.

Carlota le apretó con dulzura la mano y comenzó a contar, sintiendo que sus palabras iban desplazando la losa imaginaria que aplastaba su pecho desde el día en el que abandonó la Casa del Pecado Mortal...

Cuando hubo concluido el relato de todo por lo que había tenido que pasar, conmovido, Esteban no pudo más que decirle que estaba listo para «marcharse», de la misma manera que ella lo había estado para contarle su historia al cabo de los años.

Cinco días más tarde, mientras los lugareños celebraban una agradable y fría jornada de Reyes Magos, Esteban agonizaba. En su lecho de muerte necesitó hacerle él también una confesión a Carlota:

—Pasé años culpándome por lo que perdí. Culpándome por lo que no pude salvar. Ahora veo que lo que más pesa no es el dolor, sino la incapacidad de haber seguido adelante, y he comprendido que arrepentirse no sirve de nada.

Arrepentirse. La palabra sembró de escalofríos el cuerpo de Carlota.

Fue un instante. Un segundo.

Arrepentirse...

El vínculo entre ambos se reforzó más allá de la vida. Más allá de la muerte, sembrando en Carlota la semilla del cambio.

—Eres una... gran mujer... a la que ha merecido la pena... amar.

—Shhhh... —le dijo ella en voz muy baja—. No hagas el esfuerzo de hablar, tienes que descansar y estar tranquilo.

—Contigo a mi lado, lo estoy. Busca... tu lugar... en la vida —le costaba hablar, la vida se le escapaba, pero quería seguir hablándole —. Toda... vía puedes...

¿Estaba a tiempo, después de todo?

Ni siquiera en un sitio como la Casa del Pecado Mortal se doblegó, como tampoco se arrepintió ante su marido de lo que hizo. Ahora no querría arrepentirse de no hacer lo suficiente por ella misma o por su hijo; de no luchar, evitando que la vida pasara sin otro fin que seguir estando vivo.

Aquel instante, a los pies de la cama de su amigo, quebró su resistencia. Por fin encontraba el valor para enfrentarse a su historia.

Para Esteban, contrariamente, era demasiado tarde. Se le acabó el tiempo. Su corazón había dejado de latir.

*Nadie restituirá los años, nadie te devolverá de nuevo a ti mismo.*
*Se irá la vida por donde ha comenzado, y no retrocederá,*
*ni contendrá su curso. Se deslizará callada...*

SÉNECA, *Invitación a la serenidad*.
*Lecciones para el hombre ocupado*

# CAPÍTULO 32

La añoranza del ausente, como la vida cuando se marcha, se deslizaba callada por las callejuelas de Cangas de Onís. Tras el funeral de Esteban, el pueblo pareció quedar enmudecido. Carlota apenas salía de su casa más que para ir a la escuela. La muerte del amigo le avivó el recuerdo del sufrimiento que marcaba su existencia y la desesperación de resistirse a creer que su hijo no estuviera vivo. Es lo que tiene la muerte, que reaviva las ganas de vivir, y, en el caso de Carlota, de encontrar certezas que se presentaban imposibles, como la de saber qué suerte habría corrido esa criatura.

En los primeros días, Rosa fue de visita cargada con guisos y pastelillos que había hecho en su establecimiento, «Si esto es para los huéspedes, doña Mercedes no va a ser menos. Que ya nos conocemos y mucho me temo que no está comiendo nada, ¿a que no me equivoco?».

Aquellos deliciosos dulces de Rosa le trajeron la amarga memoria de los últimos días de vida de Esteban, cuando los saboreaban juntos alabando la buena mano que la mujer tenía para los fogones.

Algo cambió en Carlota. Cuando ya creía haber encajado en aquel lugar, recibía el duro golpe de la muerte de la única persona a la que se sentía verdaderamente próxima. Eso le hizo entender que, a partir de entonces, su verdadera lucha consistía en afrontar los fantasmas de su pasado, como le había aconsejado Esteban.

Sabía que algo tenía que hacer con su vida, pero ¿el qué...? Le había prometido a su hermana que actuaría cuando considerara

llegada la hora de hacerlo, pero no le resultaba fácil tener claro cuándo era ese momento.

Recibió una carta de Rebeca, siempre un consuelo necesario, si ella supiera... Le contaba que, en su condición de genealogista —su otra vocación junto con la de enseñar—, había estado indagando en archivos civiles y eclesiásticos, y en un documento de la diócesis había encontrado una referencia a «actas delicadas» que se enviaron a un convento de Toledo entre 1897 y 1898, bajo la supervisión de doña Adelaida. Empezó con esa investigación desde unos años después de que Carlota huyera, cuando entendió que no iba a regresar, pero no le había dicho nada para no generarle falsas expectativas. Se quedó muy sorprendida. En su carta intentaba transmitirle a su hermana la sensación de que tal vez el hallazgo pudiera estar relacionado, o tal vez no, claro, con la desaparición de su hijo, y la animaba a regresar a Madrid. A Carlota se le revolvió su mundo interior. En aquel lugar había encontrado paz y refugio voluntariamente apartada del mundo; ¿qué sentido tendría volver atrás o dejar que su marido intentara de nuevo acabar con ella?... Por cierto, que Rebeca volvía a comentarle nuevos rumores que circulaban sobre el estado de salud de Julián, «No consigo averiguar mucho, porque alrededor suyo el hermetismo es absoluto, pero ya te aseguro que lo que se cuenta no es nada bueno. Parece ser que lo que se contaba hace años sobre una posible dolencia cardíaca era cierto, solo que ahora podría revestir gravedad. Aunque ya sabes mi opinión: bicho malo nunca muere».

Pero puede que Esteban tuviera razón en que debería emprender el viaje de regreso. Lo estuvo meditando, valoró cuántas mañanas más iba a ser capaz de soportar levantándose con Rodolfo y el hijo de ambos metidos en su mente y sus entrañas, con gran pesar. Sin embargo, tras un primer impulso, recapacitó y decidió que la ansiada

hora todavía no había llegado. Calculó que el riesgo que corría al hacerlo era desmesuradamente mayor que lo que le reportaría de satisfacción emocional volver a Madrid.

Semanas después de la muerte del médico, las habladurías del pueblo se dispararon tras un hecho sorprendente: al parecer, el marido de Isabel, la tendera, la había abandonado. Se había ido de Cangas de Onís, decían que con una mujer de un pueblo cercano, a la que se le había muerto el marido en un accidente de trabajo en las minas de Buferrera.

Carlota, que no era muy dada a los chismes, fue a visitarla a la tienda. Isabel se mostró reacia a hablar, lo cual no era nuevo. La diferencia era que esta vez se sentía humillada, como una viuda a la que nadie le da el pésame. Carlota, que pensó que Isabel tenía suerte de haber perdido a su marido —¡cuánto cambiaría su vida si a ella le hubiera ocurrido lo mismo!—, le hizo ver que era lo mejor que le podía haber pasado.

A veces hay que tener cuidado con lo que se desea... No sintió culpabilidad, y ni mucho menos arrepentimiento. Era tan difícil identificar con las palabras adecuadas el cruce de sentimientos y sensaciones que le produjo aquella noticia acontecida dos años más tarde.

Dos años...

***

*Palacete del marqués de Peñaflorida, Madrid, 2 de septiembre de 1915*

Junto a la cama de don Julián de Peñaflorida, apenas tres o cuatro personas: su amigo don Gregorio, el hermano Rafael, que acababa de darle la extremaunción, y el ama de llaves. El marqués no tenía hermanos y sus únicos tíos vivían en Alemania desde hacía tantos años que entre ellos ya no existía relación alguna.

La estancia olía a medicinas, a madera encerada y a ropa de cama que había sido cambiada con más frecuencia de la habitual. En el exterior, la tarde caía lenta, húmeda, con ese aire denso que anticipa los fríos del invierno.

El médico no había vuelto desde la noche anterior, ya que nada más podía hacerse. Las últimas semanas habían sido un descenso implacable. Primero, una fiebre persistente; luego, los escalofríos, el agotamiento extremo, y abundando en la gravedad, la delgadez y la desorientación. Se habló de una infección en el pulmón, quizás mal resuelta, empeorada por el mal carácter del enfermo, que durante días se negó a guardar cama. Nada tenía que ver con su dolencia cardíaca.

En la casa sabían ya que el final estaba cerca. En el silencio que se hizo tras la oración, solo se oía el tenue chisporroteo de un leño en la gran chimenea y el crujir de la madera bajo los pasos contenidos del ama abriéndole paso a la muerte.

Nadie lloraba. Porque cuando la muerte llega de ese modo, no sorprende. Como tampoco sorprende que el fallecimiento de alguien pueda suponer la liberación de quien lo había deseado y, al mismo tiempo, se había sentido mal por ello. Quién sabe si algún día, dentro de muchos años, Carlota llegaría a hablar de cómo la muerte puede convertirse en un paraguas con el que protegerse de una lluvia de ataques, de odio y de venganza.

***

## *Cangas de Onís, Asturias, finales de septiembre de 1915*

Carlota no tardó en recibir una nueva carta de Rebeca, en la que le contaba esa novedad trascendental que podría cambiar sus vidas. Su esposo había muerto.

El corazón revuelto la llevó a pensar en sus experiencias pasadas. Julián había sido su verdugo y el culpable de que hubiera perdido a su hijo. Y ahora estaba muerto. Aunque quien seguía bien vivo era su amigo de tropelías, don Gregorio, a quien jamás podría perdonar que fuera el instigador de su reclusión en un lugar tan terrible como la Casa del Pecado Mortal. Había intentado hasta la extenuación creerse que todo aquello debía quedar atrapado, aunque latente, tras una ventana que mantenía cerrada para poder sobrevivir en su nueva vida errante; en su huida. Pero lo cierto era que la herida jamás cerraría. Y en la herida anidaban el hijo robado de sus brazos y el amor de Rodolfo, que quedó truncado.

Entonces, más que nunca desde que llorara su muerte, estuvieron presentes las palabras de su amigo Esteban. Ahora sí había llegado la hora de regresar a Madrid. Se sintió preparada, por fin, para afrontar el pasado, pero, sobre todo, para iniciar la lucha por saldar las deudas pendientes por haber amado, y recuperar a ambos, a Rodolfo y a su hijo, del modo que fuera, si es que fuera posible. Porque ese regreso suponía enfrentarse a un cúmulo de incertidumbres que ya no podía, ni quería, retrasar más.

Estaba preparada para alzar el vuelo, y cuando ese vuelo se alzara nada, ni nadie, iba a poder detenerla.

Ya no...

Antes de partir, los vecinos le organizaron una merienda en la casa de huéspedes de Rosa para agradecerle su contribución a la comunidad y brindarle un sincero adiós. Carlota —«doña Mercedes»— se marchaba teniendo la clara constancia de que dejaba una huella en sus vidas que perduraría, de la misma manera que ellos la dejaban en la suya.

En los últimos años, Carlota había sido testigo de hechos y acontecimientos que habían marcado la historia reciente de Cangas de Onís. Como una más de sus habitantes. Uno de los elementos del entorno de los que le habló su amigo al poco de llegar, la basílica de Covadonga, culminó su construcción; el pueblo recibió el título de ciudad y su ayuntamiento, tratamiento de excelencia, otorgados por el rey Alfonso XIII con fecha de 23 de junio de 1907, aunque con todo lo que aún quedaba por construir, entre edificios y sedes de instituciones, y el escaso número de habitantes, quizás la consideración de ciudad le viniera un poco grande; y el otro sitio de moda, junto al Café Industrial, el Merendero de Atanasio, estrenó con enorme éxito, en una tarde de abril de 1906, un piano manubrio de sesenta martillos y lira, del que Atanasio se enorgullecía. El merendero, que tenía dos solares en los que se celebraban bailes populares gratuitos «las tardes de domingos y fiestas de guardar», estaba situado en la carretera nueva, frente a la estación del tranvía, la que tanto preocupó en su día a Carlota.

Ahora que estaba a punto de abandonar Cangas de Onís, recordaba la mala sensación que le produjo enterarse de que se preparaba la construcción de una estación de ferrocarril. Se apoderó de ella el miedo a que Cangas viviera un tráfico de viajeros que podría poner en peligro las razones por las que decidió quedarse: la dificultad del transporte y su remota ubicación. Después vendrían las otras razones que el propio pueblo le brindó y que supo hacer suyas.

Pero cuando Rosa, una de las personas mejor informadas de cuanto acontecía en el pueblo, le explicó que era una parada del tren que cubriría la línea de Arriondas a Covadonga para facilitar las comunicaciones con las minas de Buferrera, se tranquilizó. El ferrocarril iba a agilizar el transporte de los minerales extraídos hasta el puerto de Ribadesella para su exportación, que se había estado haciendo de manera lenta y dificultosa por aquellos intrincados caminos. Era necesario dar la bienvenida a los nuevos tiempos y dejar atrás el que había sido el medio de transporte utilizado hasta que se abrió por completo la carretera a los lagos: los burros. Pero había que reconocer que, gracias a ellos, se pudo trasladar el manganeso extraído de las minas en las primeras etapas de su explotación, favoreciendo que una parte pudiera ser exportada, aunque con dificultades.

Tampoco olvidaría el gran impacto social que causó en la villa la inauguración del Gran Hotel Pelayo en Covadonga. Corría el verano de 1909. O la majestuosidad de los lagos Enol y Ercina, que tardó un día entero en visitar gracias a la carretera que se construyó desde la zona del santuario. Y tantos y tantos recuerdos se llevaba consigo que cargaba hacia Madrid con una maleta imaginaria de dimensiones tan enormes que daría para llenar de amparo el resto de sus días. Hasta el último, hacía escasos días: el 31 de agosto, el rey Alfonso XIII y su esposa Victoria Eugenia visitaron los Picos de Europa acompañados del infante don Jaime. El gerente de The Asturiana Mines Limited, William McKenzie, anfitrión de sus majestades, les ofreció un *lunch* en Buferrera. La jornada de la familia real quedó inmortalizada en una serie de fotografías en las que posaron ante el lago de la Ercina.

Para despedirse del sitio que había sentido como su hogar durante casi dos décadas, en el que se asentó más allá de su huida, Carlota cruzó por última vez el puente romano, contemplando el río Sella, que simbolizaba ya para ella el brotar de la vida y su decisión de dejar atrás su refugio para afrontar el pasado.

Siempre el pasado... Presente hasta ese último día, en el que el mundo giraba para dar la bienvenida al instante preciso que le permitiría alcanzar sus deseos encerrados en el futuro.

En el puente se encontró con Isabel, acompañada de su hija Llara.

—Te has convertido en toda una mujer —le comentó cariñosamente Carlota.

Llara sujetaba una rama de acebo envuelta en un lazo rojo, que le regaló.

—Es nuestro agradecimiento por todo lo que ha hecho por nosotras —Isabel estaba emocionada— y por los habitantes del pueblo.

Ella también se sentía agradecida y no quería que la despedida fuera una tortura.

—¿Sabes que tardé mucho tiempo en enterarme de que este puente, a pesar del nombre, no era romano, sino medieval? —comentó, intentando restarle trascendencia al momento.

—No es usted la única, le pasa a todo el mundo.

—La verdad es que el tipo de construcción no me pareció muy del estilo de los romanos.

—Yo... Le pido disculpas, doña Mercedes, porque al principio no supe apreciar su preocupación por mi hija y por mí. Le pido que me entienda, no era...

—¡No tienes que disculparte por nada! —la interrumpió Carlota—. Habéis pasado por una situación complicada, creo que nadie sabría

cómo hacer lo mejor para sí misma y para una hija. Llara, ¿cuidarás de tu madre?

La joven lanzó un sí que le bailó en la mirada, y le regaló una sonrisa de gratitud que Carlota difícilmente podría olvidar.

—No olvide nunca este lugar —le dijo Isabel, y desde luego que no lo haría— ni a sus gentes. Ya sabe que el acebo está tan vinculado a esta tierra asturiana como ya lo está usted, doña Mercedes. Siempre que mire estas hojas piense en este lugar y en todos los que la queremos. Aunque esté lejos, nuestra amistad seguirá verde y llena de vida como este acebo. Y ahora que se acerca la Navidad téngalo cerca. La tradición dice que sus hojas puntiagudas representan la corona de espinas de Cristo, y las bayas rojas, su sangre derramada.

—Vaya..., es impresionante.

—El acebo florece incluso en el más crudo invierno. Es símbolo de esperanza en los momentos más difíciles.

—Lo llevaré siempre conmigo.

Después de una despedida que no resultó fácil, Carlota terminó de cruzar el puente con la sensación de que estaba cerrando un capítulo de su vida y que, en el fluir de la misma, estaba a punto de comenzar uno nuevo.

«Incluso los ríos fluyen. Tal vez el pasado no deba anclarte aquí, sino empujarte a avanzar —le dijo Esteban—. Busca tu sitio, Mercedes. Búscalo ahora que todavía puedes»...

# TERCERA PARTE

*UN MUNDO A OSCURAS*

# CAPÍTULO 33

*Un hombre sin conocimientos es un mundo a oscuras. Es necesario tener ojos y manos, es decir, juicio y fortaleza. Sin valor es estéril la sabiduría.*

BALTASAR GRACIÁN, *El arte de la prudencia*

## *Madrid, diciembre de 1915*

Al principio, Carlota no reconoció Madrid. El aire seguía oliendo a carbón y a castañas asadas, pero la ciudad ya no era la que dejó atrás en 1897. En dieciocho años, la capital se había desprendido de buena parte de su piel antigua. Casi dos décadas, en las que España había asistido a la muerte, en el exilio en París, de la reina Isabel II, en la primavera de 1904, y a la trágica boda, dos años después, de Alfonso XIII con la princesa inglesa Victoria Eugenia de Battenberg. En su recorrido de la iglesia de los Jerónimos al Palacio Real, desde el número 88 de la calle Mayor, un anarquista lanzó una bomba envuelta en un ramo de flores contra el cortejo. Una veintena de muertos y más de cien heridos.

Pero no fue la única sangre que partió el alma ciudadana de aquel Madrid que albergaba el epicentro del poder de todo un país. Tres años antes de su llegada, y precisamente cuando salía de una de las habituales visitas a Alfonso XIII para despachar asuntos del

gobierno, José Canalejas, presidente del Consejo de Ministros y líder del Partido Liberal, fue asesinado en la Puerta del Sol. Ocurrió el 12 de noviembre e, ironías del destino, fue abatido a tiros —«Dicen que fue obra de un anarquista», le comentó Rebeca en una de sus cartas — cuando Canalejas, que había sido profesor de literatura, miraba el escaparate de la librería San Martín.

Cicatrices con las que España seguía caminando con andar seguro hacia la construcción de su historia.

Apenas había dado unos pasos cuando Carlota notó que la calle se movía de otra manera. Más gente, más prisa. Le llamó la atención el ruido. Un zumbido metálico constante atravesaba el bullicio: los nuevos tranvías eléctricos avanzaban ahora con regularidad, haciendo sonar sus campanas entre los carruajes de caballos, que iban quedando relegados. Funcionaban líneas que unían Chamberí, Argüelles o la Dehesa con el centro, y la red llegaba hasta Atocha y Ventas. Recordó los tranvías de mulas, lentos, chirriantes, y pensó que Madrid ya no iba al paso del tiempo, sino que comenzaba a correr con él.

Miró alrededor. Las fachadas de algunos edificios se veían recién rehabilitadas, con ornamentos modernistas y escaparates de vidrio que mostraban expuestos sombreros, plumas, tules importados. Había cafés nuevos en cada esquina, y también confiterías con elegantes marquesinas en las fachadas.

Hasta las mujeres le parecieron distintas. Se veía a muchas caminar solas; vestían con trajes de calle de líneas más sobrias, faldas menos voluminosas y chaquetas entalladas, herederas de la moda inglesa. Se cubrían con sombreros de ala ancha, adornados con plumas traídas de París. En la calle de Alcalá, al pasar por

el edificio de La Equitativa, Carlota vio, tras los cristales de una oficina, cómo una mecanógrafa se inclinaba sobre su Underwood, la máquina de escribir importada de Nueva York, que causaba furor al constituir uno de los mayores símbolos de modernidad del momento. También se seguían viendo algunas Remington. El mundo parecía dispuesto a admitir que las mujeres pensaran e incluso que trabajaran.

También habían cambiado las costumbres. En los cafés ya no solo se discutía de literatura, sino de política. Carlota alcanzó la Puerta del Sol y sintió el pulso de una ciudad convulsa. Apenas hacía unos meses que habían estallado los disturbios de la Semana Trágica de Barcelona, y Madrid también tembló. La tensión se había extendido por todo el país. Se hablaba del ejército, de la guerra en Marruecos, del miedo a que los obreros se levantaran. Conceptos como anarquía, represión, injusticia, circulaban por la ciudad como una corriente subterránea. El ambiente social era más tenso. Más politizado. Más peligroso, comparado con las montañas asturianas.

Y la prensa...

La prensa se había multiplicado. Donde antes había una decena de cabeceras, ahora aparecían diarios por todas partes. Se vendían al grito de los voceadores, con titulares cada vez más audaces. En los quioscos, los carteles anunciaban nombres nuevos: *ABC*, *El Liberal*, *Heraldo de Madrid*, *El Imparcial*. La ciudad estaba aprendiendo a leer con ansia. Y a informarse.

Las librerías, ante cuyos escaparates Carlota se quedaba embelesada, ofrecían títulos que no había conocido en su juventud: Galdós aún publicaba, y también Emilia Pardo Bazán o Unamuno, Baroja... Había una nueva generación de escritores, y una nueva forma de contar las cosas. Las ideas y las palabras, igual que los tranvías, se movían con velocidad.

Nada en la ciudad le pertenecía ya y, sin embargo, todo le resultaba familiar. Era Madrid, pero otro Madrid. Más despierto. Más moderno. Y ella, Carlota, regresaba a él con la edad y las cicatrices justas para no pedirle nada, pero también para no temerle y zambullirse en él.

Todo se hallaba en tal proceso de transformación que llegó a pensar que no encajaba en el mundo que había dejado atrás. Debía realizar ella también un proceso de conversión: pasar de ser «doña Mercedes» a la Carlota de siempre, aunque hubiera regresado cambiada. Tenía que volver a recuperar su verdadera identidad. Ya no era necesario esconderse, mentir, ocultarse...

Se instaló en casa de Rebeca, que se ofreció a acompañarla a una de las primeras visitas que quiso hacer en cuanto llegó a Madrid. Viajó desde Cangas de Onís con la idea en la cabeza, lo tenía muy claro, pero prefirió acudir sola, sin ni siquiera la compañía de su hermana. Era la primera deuda pendiente y estaba decidida a afrontarla en solitario.

—¿Estás segura? Yo no lo veo tan claro.

—Créeme que sí, Rebeca. Te agradezco tu ofrecimiento de acompañarme, pero tengo que hacerlo sola.

—Va a removerte muchas sensaciones, y no precisamente buenas.

—Lo sé. Pero ya estoy preparada. Tengo que ir sola.

—Antes me gustaría que habláramos de algo.

—Mejor en otro momento.

—No voy a entretenerte demasiado, seré breve —insistió Rebeca.

—Querida hermana, lo que sea puede esperar. Después de dieciocho años todo puede esperar, menos lo que voy a hacer. Ya hablaremos. Ahora me voy.

Le estampó un beso en la mejilla y salió, dejando a Rebeca con la perplejidad grabada en la cara.

Pocos visitantes había, muy pocos, la tarde elegida para acudir al cementerio de San Isidro. Frente al mausoleo de su esposo fingió aflicción mientras merodeaban algunas personas que visitaban tumbas aledañas. Pero en el mismo instante en el que no quedó nadie a su alrededor, y comprobó que se hallaba completamente sola en aquella parte del cementerio, las falsas lágrimas se transformaron en ira y arremetió con furia contra las flores y adornos, dejando un reguero de destrozos tras de sí, «¡Lo único que te deseo es que ardas en el infierno!».

Se recompuso, como si nada hubiera pasado, y avanzó hacia la salida con la cabeza bien alta y la ligereza de espíritu que le proporcionaba sentirse liberada.

Del cementerio se desplazó al segundo objetivo: su antiguo hogar, en el que pasó los pocos años que estuvo casada con Julián antes de fugarse al norte. El palacete tenía otros dueños. ¡Qué poco había tardado en desaparecer el rastro del marqués! Desde la calle observó las ventanas que correspondían a la que pasó a ser su habitación desde que regresó de la Casa del Pecado Mortal. No se apreciaba luz ni movimiento, como así ocurría en el resto de la vivienda. Se dio cuenta del alivio que suponía no tener ya nada que ver con aquella mansión que había dejado de importarle. Le dio la sensación de que no había sido ella, sino otra persona, quien había habitado los pasillos recordados ahora como venenosas serpientes que la atrapaban. Una sonrisa, escapada sin deliberación, iluminó el camino mientras se alejaba del lugar. Era la manera de ir cerrando heridas.

Pero Carlota tenía otra terrible llaga abierta, sin sanar, en su vida. No solo la suya había estado marcada durante esta pasada larga

década por la pérdida y el dolor; también la de Rodolfo. Estaba decidida a que el corazón, y no el miedo, se convirtiera en la guía de sus actos y decisiones a partir de entonces.

El viaje a Navalcarnero transcurrió entre vacilaciones y una mezcla de temor y esperanza. Pero hubo espacio para que le ardiera el deseo, y las ganas de él se precipitaran. A pesar del tiempo transcurrido y la insalvable lejanía.

Mientras el coche avanzaba imaginando los viñedos bañados por la luz de la tarde, los recuerdos volvieron con fuerza: el aroma dulce de las uvas maduras, el calor del verano, y aquellas tardes en las que los amantes furtivos se escondían entre los surcos que marcaban los carriles en la tierra para hablar de un futuro que nunca llegó a ser.

Presintió los mismos muros de piedra, las mismas cepas en hileras que parecían infinitas, el mismo aire impregnado del aroma de las uvas.

La expectativa de volver a ver, de nuevo, la Hacienda Valderroca con el entorno familiar y añorado, le devolvía una parte de sí misma que creía perdida. Pensó que el campo no había dejado de ser para el bodeguero el impulso necesario para sobrevivir a tanta tragedia compartida.

Sin embargo... Algo no iba bien.

Descendió del carruaje y avanzó lentamente, temerosa de lo que podría encontrar. No tenía un propósito previo, y ni la más mínima idea de lo que pasaría desde el momento en el que se reencontraran. Lo único que sabía era que habitaba en ella el deseo de volver a verlo desde que huyó hacía dieciocho años.

Pero al plantarse en la puerta de la finca, el tiempo, que había sentido quieto y detenido hasta ese instante, saltó dinamitado por los aires, devolviéndola a una inquietante realidad. En el pórtico de

las grandes verjas de hierro de la entrada ya no figuraba el nombre de Hacienda Valderroca, sino el de La Azalea. ¿Rodolfo llamaba de otra manera a su hacienda mantenida durante tres generaciones? Resultaba tan sumamente extraño...

Llamó y salió un sirviente a atenderla. No lo conocía, pero como había transcurrido mucho tiempo era lógico que el personal hubiera ido cambiando.

—Buenos días. Disculpe la molestia, busco al señor Rodolfo Valderroca.

—¿Valderroca? —repitió el hombre mostrando perplejidad.

—Sí, el dueño de estas bodegas.

—Verá, señora, aquí no vive ningún señor Valderroca y esta finca no es de labranza —le hablaba a través de las rejas—. Aquí no hay bodegas, ni cultivos, ni nada que se le parezca.

Un par de segundos sin aire en los pulmones, y Carlota recuperó el resuello. La confusión se impuso.

—Pero... verá... Esto ha sido durante décadas la Hacienda Valderroca.

—En ese caso, sería del anterior dueño. Es todo cuanto puedo decirle. Que tenga un buen día. —Y volvió hacia la casa.

Permaneció inmóvil viendo cómo se alejaba mientras un escalofrío recorría su cuerpo. Intentó imaginar qué habría podido pasar durante esos años para que hubiera desaparecido un negocio familiar tan arraigado en aquel lugar. ¿Y qué habría pasado con Rodolfo? De pronto le invadió una desazón pegajosa que se le adhirió a la piel de la soledad vivida.

Se preguntó por qué su hermana no le había comentado nada. Qué raro... No le quedó más remedio que reaccionar. Subió al coche y enfiló hacia el pueblo. Recordaba que Rodolfo tenía allí algunos amigos y probó, en primer lugar, en la taberna principal del centro

de Navalcarnero. Tuvo suerte y el dueño seguía siendo el mismo. A Luis, el tabernero, se le notaba el paso del tiempo en las canas del pelo y las arrugas.

—Ni más ni menos que lo que nos pasa a todos. La edad no perdona —le comentó nerviosa Carlota—. Estoy buscando a Rodolfo, ya sabe, a su amigo el bodeguero Valderroca. Me he llevado una enorme sorpresa al ver que su finca ha pasado a manos de otra familia.

—Así es, doña Carlota. Pero de eso hace muchos años.

—¿Muchos años...?

Carlota creía estar atrapada dentro de una pesadilla. Cada vez entendía menos lo que estaba ocurriendo.

—Muchos, sí. Quince... o puede que más. Ya no recuerdo bien.

—¿Qué pasó con Valderroca?

—Su finca se quemó, enterita. Él quedó malherido al intentar apagar el fuego. Era una tarea imposible. Las llamas se comieron todos los viñedos, ni uno quedó en pie. Y al poco, un buen día, Rodolfo desapareció. No volvimos a saber de él hasta hará unos dos o tres años, que, igual que se fue, volvió.

A Carlota se le inundaron el corazón de pena y los ojos de lágrimas, al escuchar el relato. Apenas podía hablar:

—Y... dice que regresó a Navalcarnero. ¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—Sí, claro. Venga. —Salió de detrás del mostrador para conducirla al exterior y darle las indicaciones de cómo llegar a la nueva finca de Rodolfo Valderroca.

Una nueva finca.

Rodolfo...

Encontró el lugar con facilidad y respiró hondo antes de atravesar las puertas, que estaban entreabiertas. Caminó lentamente,

orientándose por mera intuición, aunque no resultaba demasiado difícil ya que la finca era bastante más pequeña que la hacienda que había sido de su familia durante décadas. Vio que lo que estaba plantado eran vides. Rodolfo seguía unido a las viñas, al vino y las cepas que con tanto tino supo cultivar siguiendo la tradición familiar.

Divisó su silueta a lo lejos. Estaba de pie entre las vides, dando instrucciones a varios jornaleros. La postura de su cuerpo, su manera de gesticular con las manos, todo en él le resultaba ahora dolorosamente extraño, pero, a la vez, tan familiar y cercano que le pareció que el tiempo no hubiera transcurrido. Se detuvo para observarlo durante unos minutos antes de aproximarse. Sus cabellos estaban más grises; su rostro, marcado por los años, pero seguía siendo el hombre que había amado con una intensidad que jamás había podido olvidar, ni se repetiría.

El hombre... ¿al que aún amaba?

Él continuaba hablando con uno de los trabajadores, pero un estremecimiento, fruto de lo que le pareció un silencio repentino del entorno, lo hizo girarse. Y entonces la vio. Se quedó paralizado. Por un instante pensó que era una visión, un juego cruel de su mente que tantas veces había recreado aquel momento. Pero esta vez era cierto, era ella. Carlota estaba allí, de pie entre las viñas, con su hermosa melena recogida y los ojos desbordados de todo lo que no pudieron decir en dieciocho años.

Se había imaginado este reencuentro de tantas maneras diferentes que ya había perdido la esperanza de que ocurriera. Sin embargo, ahora que estaba frente a ella no encontraba las palabras.

—Carlota... —fue lo único que acertó a decir, casi en un susurro y dicho para sí mismo. Pronunciar su nombre lo ayudaba a creerse que estaba siendo real.

Ella avanzó despacio, sintiendo una nostálgica emoción. Sintiendo...

Sintiendo.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Rodolfo dejó caer el sombrero que llevaba en la mano y corrió hacia ella.

—No sabía si... si alguna vez volvería a verte —dijo, con la voz entrecortada y rodeándola con los brazos, en un abrazo desesperado.

—Yo tampoco podía saberlo —respondió Carlota, dejándose inundar de sensaciones—. Pero aquí estoy. En verdad no he dejado de estar. Nunca he dejado de estar —insistió, impresionada por el sentimiento que regresaba convertido en real.

Se separaron ligeramente para mirarse, como si intentaran recuperar con la mirada los años perdidos. Entonces vino en cascada una maraña de ternura, palabras atropelladas... y de realidad. Aplastante realidad.

Eran unos auténticos desconocidos que se amaron profundamente en otro tiempo. Pero ahora ninguno de ellos sabía quién era el otro; tan solo que al reencontrarse sentían una inmensa emoción, bañada de otros muchos sentimientos que todavía no eran capaces de reconocer.

—Rodolfo... —Carlota puso la mano en el rostro de Rodolfo para depositar una caricia—. Ha pasado tanto tiempo...

—Pensé que este momento nunca llegaría —dijo él, apenas conteniendo desbordantes sensaciones—. Te busqué en mis sueños tantas noches que perdí la cuenta.

—Y yo me pregunté tantas veces si habría hecho lo correcto..., si alguna vez podrías perdonar mi huida —respondió Carlota.

—Nada tengo que perdonarte. Nada.

—¿Qué ha pasado con tu hacienda?

—La pregunta adecuada sería qué ha pasado conmigo.

Entonces Rodolfo le contó su historia inesperada de casi dos décadas en las que había experimentado una suerte de reconstrucción personal después de la doble devastación de haber perdido a Carlota y también la finca familiar que era su historia y su sustento.

—¿De veras crees que fue un incendio intencionado? —Mientras hablaban, Carlota y Rodolfo comenzaron a caminar entre las viñas como antaño, aunque ya nada era como antes.

—La finca ardió por muchos frentes al mismo tiempo. Eso no pudo ser casual.

—¿Y sigues convencido de que fue obra de mi marido?

—Por supuesto. De él y de don Gregorio. Regresé a Navalcarnero al cabo de los años y habiéndome recuperado económicamente. Piensa que me había quedado sin nada. Volví plantándole cara a la adversidad del destino, intentando torcerlo y que él no me pudiera a mí, pero también para dejarle claro a don Gregorio que ya no le tengo miedo.

Arruinado tras el incendio, sin esperanzas de encontrar a Carlota, y con la amenaza constante de los hombres de don Gregorio, Rodolfo abandonó Navalcarnero y Madrid para establecerse en un pequeño pueblo cerca de Burdeos, en Francia.

—Me pareció que Saint-Émilion era un buen lugar para empezar de cero en lo que sé hacer: cultivar y elaborar vino. Cuentan que allí los romanos ya hacían un buen vino. Te gustaría, es un pueblo medieval. Un sitio perfecto y recogido para perderse, donde nadie te conoce.

—Sé de lo que hablas. —Carlota iba recobrando la calma—. Yo pasé por lo mismo.

Con los años, y gracias a que el negocio fue prosperando, Rodolfo volvió a recuperar una buena posición económica. Con una fortuna más que aceptable, replegó velas, vendió la finca de Saint-Émilion, que había ido creciendo, con lo que sacó un buen dinero y regresó a Navalcarnero, a sus raíces. Le costaba asumir que todo lo que levantaron sus antepasados hubiera desaparecido para siempre y quiso restaurarlo. Conocía bien aquella tierra y cómo orientar la labranza para obtener de ella el mayor rendimiento. Y de nuevo lo consiguió. La nueva Hacienda Valderroca —siguió llamándola igual— no distaba mucho de la antigua, pero supo manejar la añoranza y cómo desprenderse del sentimiento de pertenencia que al principio tuvo. De pertenencia violentamente perdida.

—Los viñedos han sido otra manera de reconstruirme, de reedificar, tras la devastación. No ha sido fácil, pero aquí estoy. —Hizo un deliberado silencio antes de añadir—: Aquí estamos. Ambos.

Ella tenía el llanto arremolinado en la garganta, fruto de la emoción. Le había impresionado el relato de cómo habían sido para Rodolfo todos aquellos años; los mismos en los que también ella se había retirado del mundo. Al menos del mundo conocido hasta entonces.

—¿Y cómo terminaste tú en Asturias? —quiso saber él.

—En aquel momento no encontré otra salida posible que escapar. Mi marido me enviaba a un destierro pavoroso, a saber cuánto tiempo habría podido resistir. Cangas de Onís se puso en mi camino y también consideré, aunque por razones diferentes a las tuyas, que era un sitio idóneo para ocultarme, sin tener una idea clara de por cuánto tiempo. Yo misma me sorprendo de haber pasado allí tantos años.

—Intenté buscarte, pero el marqués me amenazó. Aun así, seguí buscándote, hasta que ocurrió lo del incendio. Y durante un tiempo,

mucho antes de eso, había sufrido varios accidentes muy extraños, que tuve que interpretar como avisos que me daba. Uno casi me cuesta la vida...

—No puedo imaginar lo que también tú habrás pasado.

—Lo que no puedes imaginar es cuántas noches, intentando en vano coger el sueño, me preguntaba si todavía quedaría en nosotros algo... algo de lo que fuimos.

Carlota lo miró con una sonrisa llena de tristeza, pero en la que cabía un inmenso rayo de luz que iluminó su rostro.

—Hay cosas que el tiempo no puede borrar.

—Y otras que añade con crueldad. ¿Quieres pasar?

Habían llegado a la entrada de la casa. Aunque no era tan grande como la antigua, le pareció que, en cambio, se diseminaba en ella mucho más del espíritu de Rodolfo. Decorada con austeridad, destacaba la gran chimenea que presidía la estancia principal que tenía conexión directa con una cocina de considerables dimensiones. Y poco más. Supuso que habría un ala destinada a las habitaciones, pero a primera vista no se vislumbraba.

Se sentaron frente al hogar.

—¿Y no hubo ninguna mujer en tantos años?

—Sí... —Se quedó pensativo—. Hubo una, Marie.

Como no dijo nada más, Carlota, con un gélido estremecimiento recorriéndole la piel, siguió preguntando:

—¿Y qué pasó? Ella no está aquí, ¿verdad?

—No, no está aquí. Se quedó en Francia. Nos prometimos y cuando se aproximó la boda me eché atrás.

—Vaya... ¿Qué pasó?

—Iba a dar un paso importante para el que me di cuenta de que no estaba preparado.

—¿Y cómo lo tomó ella?

—¡Puedes imaginar! Fue duro, para ella y para su familia. Pero tampoco para mí fue fácil —Calló unos segundos antes de rematar la frase—... Nada ha sido fácil desde que un buen día desapareciste.

—No dejé de pensar en ti en todo este tiempo en Cangas de Onís —comentó Carlota, esquivando la atenta mirada de Rodolfo.

—¿Y en tu vida...? No es posible que no haya habido nadie en ella en tantos años.

—A veces lo que parece más inverosímil resulta posible. Bastante tenía con cargar con los recuerdos, de ti..., de nuestro hijo.

Sonó un trueno invisible que solo escuchó en su cabeza Rodolfo. Una montaña de hielo que cayera sobre él no lo habría dejado como el témpano en el que se había convertido al escuchar la última frase.

Necesitó tiempo para poder reaccionar tras la momentánea parálisis.

—¿Has dicho nuestro hijo?

—Eso he dicho, sí. No he dejado de pensar en él —hablaba manteniendo los ojos puestos en el fuego—. Y ahora que por fin volvemos a encontrarnos, tendremos que ver qué hacer, don Gregorio y Julián me dijeron que había muerto tras el parto, pero en mi corazón siempre he sentido que quizás deberíamos buscarlo, aunque sea para nada si de verdad no vive. ¿Tú qué crees?

Fue entonces cuando por fin lo miró de frente y se asustó al comprobar su expresión.

—No sabía que tuviéramos un hijo —dijo Rodolfo con el tono más severo que se le había escuchado nunca.

Entonces, el trueno se desplazó lentamente hacia Carlota, ensordeciendo su mente.

Se incorporó y, sin acabar de entender lo que estaba pasando, intentó hablar balbuceante:

—Si es una broma, no tiene ninguna gracia.

—¿Crees que podría bromear con algo así? ¿Es que acaso no me conoces? —Rodolfo no abandonaba el matiz grave en la voz. Tan grave como lo era la situación.

—No entiendo por qué dices eso. Yo... no... —Su confusión era absoluta—. Después de huir, y cuando Rebeca dio con mi paradero en Asturias un año después, le pedí que a su vuelta te contara lo de nuestro hijo. —Le estaba costando hablar—. ¿Por qué crees que mi esposo ordenó recluirme en la Casa del Pecado Mortal? ¿Qué crees que hacíamos allí las mujeres?: pasar los meses de embarazo para evitar la deshonra pública. Parí... —Se le quebró la voz, causándole un dolor físico en la garganta—. La madrugada del 5 de octubre, en la peor noche de mi vida, di a luz a un niño varón y me lo quitaron cruelmente de los brazos. No sé qué hicieron con él.

No pudo evitar el zarpazo del llanto desatado.

Paralizado, Rodolfo escuchaba la que para él también acababa de convertirse en la peor historia de su vida. ¡Qué difícil asimilarla!

Era tanta la confusión que a su cabeza le costaba ordenar las ideas para elaborar un pensamiento que resultara mínimamente racional o sensato. No sabía qué decir. Todo eran dudas, preguntas, incertidumbres...

—¿Qué ha sido de él? —terminó preguntando.

—Mi marido y don Gregorio me dijeron que había muerto. El amigo de Julián estaba al corriente de todo.

—¿Cómo iba a imaginar lo que me cuentas? De haberlo sabido, no habría descansado hasta encontrarlo.

—¿Pero dónde ibas a buscar si está muerto? —gritó Carlota, mostrando un tono dramático que no era propio en ella.

—Es una historia terrible... ¡terrible!

Rodolfo se levantó bruscamente.

—¿Cómo no dijiste nada? También es hijo mío.

—Lo sé, lo sé... —balbuceó entre lágrimas—. No hubo ocasión antes de mi fuga. Para huir de Julián debía mantenerme en silencio incluso yo misma. Pero cuando por fin conseguí escapar y pude ver a Rebeca, le pedí que te lo contara. No sé por qué no lo hizo. ¡No lo entiendo!

El corazón de Rodolfo se inundó de una marea de congoja insoportable.

—Lo siento, pero necesito estar solo.

—¡Lo lamento muchísimo! En este momento me siento como tú. Mi hermana traicionó mi voluntad.

—Ese será tu problema con ella. Y no creo que te sientas como me siento yo, ni de lejos, Carlota. Ni de lejos. Voy a pedirte que te marches. Tengo que recapacitar sobre esta hecatombe.

Ella no esperaba una reacción como aquella.

—Estoy tan dolida como tú.

—Por favor, márchate.

Fue su última palabra antes de encaminarse hacia el campo cargando con un sufrimiento sobrevenido y alejándose de Carlota... De nuevo.

En Madrid, Carlota y Rebeca discutieron como jamás había ocurrido entre ellas; en toda su vida habían mantenido una tremenda bronca como aquella. Rebeca era, para su hermana, la última persona en el mundo de la que cabía esperar una traición, y menos aún de una trascendencia como esa.

—No te traicioné, tienes que creerme —le suplicaba—. Entiendo cómo te sientes, pero...

—¡No! Tú no entiendes lo que supone confiar en la persona en la que más lo has hecho siempre, y enterarte, años más tarde, de que

no merecía esa confianza. ¡Enterarte de que te ha apuñalado por la espalda! Porque eso es lo que has hecho, clavarme un puñal a traición. ¿Es que no era suficiente todo lo que he tenido que sufrir? ¿Era necesario añadir más dolor? ¡No puedo perdonarte! —Descargar su ira no reconfortaba a Carlota, pero necesitaba hacerlo.

—Déjame que te lo explique, yo...

—¡No hay nada que explicar! —Llevada por la furia, Carlota no dejaba hablar a su hermana.

—¿Es que no quieres saber la verdad? —Rebeca acabó alzando la voz; una reacción que detuvo en seco a Carlota—. Fui a la hacienda de Rodolfo para contárselo, tal y como me pediste. Pero allí no había nadie. El campo estaba arrasado y la casa, medio en ruinas. Pregunté a la gente y me dijeron que Valderroca había abandonado el pueblo después de que su hacienda ardiera devorada por un pavoroso incendio. Es todo cuanto sé. No quise decírtelo para no preocuparte, y por si acaso se te ocurría la idea de venir en su busca. No sabía qué hacer. Pero esa es, acertada o no, la decisión que tomé. Lo hice para protegerte. Te pido que me creas.

Carlota sabía que su hermana estaba diciendo la verdad. Pero no tenía claro si lo que hizo estaba bien. ¿Habría querido saber que Rodolfo había desaparecido sin decir a nadie adónde iba? ¿Conocer esa circunstancia habría cambiado algo? ¿Habría sido capaz de volver a Madrid, abandonando su refugio seguro en Cangas de Onís, para intentar buscarlo? Seguramente la respuesta, en todos los casos, hubiera sido un no inequívoco.

Aplacó su ira antes de responder:

—Es una curiosa manera de proteger a quien quieres.

—Pensé que sería más prudente que no conocieras lo ocurrido para que, así, pudieras seguir manteniéndote a salvo.

El mundo recibía el nuevo año de 1916 celebrando avanzar en el moderno siglo xx. Las hermanas, sobreponiéndose a las rencillas en las que se habían estrenado por primera vez en sus vidas, aunque en Carlota quedaba un poso de amargura, le dieron la bienvenida al futuro inmediato, marcado por la búsqueda de respuestas a tantos interrogantes que habían determinado muchos años, demasiados. El más importante de todos, saber qué pasó en realidad con su hijo.

Mientras, en Navalcarnero, el padre de aquella criatura se emborrachaba empapado en la rabia que no sabía contra quién arrojar.

# CAPÍTULO 34

## *Redacción del* Heraldo de Madrid*, invierno de 1916*

El joven periodista Luis Crespo trabajaba en su mesa de la redacción del periódico *Heraldo de Madrid*. Tenía veintiún años y desbordantes ganas de lanzarse a la búsqueda de justicia utilizando las herramientas que su profesión le brindaba. Hacía pocos meses que lo había contratado uno de los más importantes periódicos de la capital. Era su primer trabajo serio.

Fundado en 1890, el diario había crecido hasta consolidarse como un referente del periodismo moderno y urbano. Además de informar, cualidad que se le supone a cualquier periódico, el *Heraldo* intentaba formar opinión libre, y eso se reflejaba en el ambiente de la redacción: una suma de tensión, compromiso y camaradería entre redactores, muchos de los cuales vivían el periodismo con una entrega casi bohemia. Se presentaba, pues, como el periódico apropiado para investigaciones como la del joven Luis.

El proyecto de construcción de la gran arteria que recorrería el corazón de Madrid, y a la que llamaron Gran Vía, preveía tres fases de obras, cada una de las cuales suponía la ampliación de la anterior. El cambio iba a ser radical. No solo desaparecerían edificios, conventos, colegios e iglesias, sino calles enteras, borradas para ser inventadas con nuevos trazados y edificaciones, que empezaban por cambiar sus nombres.

La Gran Vía era, en aquel momento, un monstruo en construcción. Un tajo abierto en el corazón de la ciudad. Pocos meses más tarde del comienzo de las obras se acumulaban demoliciones y escombros. Edificios enteros habían desaparecido. Donde antes se alzaban casas con zaguanes oscuros y patios interiores, ahora había solares, andamios, camiones... La modernidad entraba a empujones, con el polvo de la piedra vieja aún en el aire.

La élite financiera y el poder político de las más altas esferas merodeaban alrededor del gran proyecto. La razón era sencilla: el ayuntamiento tenía que decretar la expropiación de, en principio, más de treinta solares y la demolición de trescientas viviendas. La especulación hizo acto de presencia, una sombra que planeaba sobre las reconstrucciones que se llevarían a cabo para ir sembrando de nuevos edificios la devastación programada. Nada tan goloso como el suelo para especular y llenarse los bolsillos. Un terreno abonado para la extorsión y la delincuencia de altos vuelos.

Los escrúpulos se ponían a prueba como nunca antes en la capital de España anticipándose a una nueva era de la moralidad social, extramuros de lugares en los que dicha moral había sido confinada para que el mundo no supiera de su existencia.

***

Carlota se levantó dándole los buenos días a un fuerte presentimiento. Durante el desayuno, su hermana advirtió el ligero cambio de humor matinal que se había operado en ella. La pesadumbre de días atrás, causada por la discusión con Rodolfo y la posibilidad de haberlo perdido, se había ido desvaneciendo, desplazando asimismo el rencor que le hizo sentir la que injustamente consideró dolorosa traición de Rebeca. Así, cuando

llamaron a la puerta, estaba segura de que, de no haber sido ese día, habría ocurrido cualquier otro. Pero sabía que ocurriría. O quizás fuera lo mucho que deseaba que sucediera.

Rodolfo traía buen aspecto y ganas de recomponer lo que no quería que estuviera quebrado, pero se le torció el gesto nada más ver a Rebeca, cuando ella intentaba desaparecer de escena sin hacer ruido, para no interferir en lo que tuvieran que decirse Rodolfo y su hermana.

—Me alegra verte. —Carlota era sincera—. ¿Te sorprendería si te digo que te he echado de menos?

—En cierto modo, yo también a ti. Nada de todo esto me está resultando fácil.

—¿Crees que no lo sé? He contado los días sin vernos.

—Ha sido un golpe durísimo, desconocer durante tantos años que teníamos un hijo. Ya sufrí con tu huida por no saber si estabas bien, ni dónde estabas, ni qué había pasado, como para enterarme también de algo tan grave como es ignorar la existencia de ese hijo. Sé que tú has sufrido lo que posiblemente yo no pueda llegar a imaginar. Pero esa ocultación... Me ha resultado difícil de encajar. Necesitaba tiempo. Pero aquí estoy.

Carlota se sintió conmovida.

—No puedo más que darte la razón y repetirte lo mucho que lamento lo ocurrido. Tenía que haber sido yo quien te lo contara, aunque fuera por carta, en lugar de delegar en Rebeca esa responsabilidad. Pero sabes por qué no me atreví.

—Siento haberte echado de mi casa. No estuvo bien.

En ese momento, Carlota lo abrazó con las mismas ganas que cuando se reencontraron en la finca después de dieciocho años. Las mismas.

—Tenía que haberme atrevido a ser sincera contigo y contártelo.

—Tampoco yo he sido del todo sincero contigo —reconoció, para sorpresa de Carlota—. Aunque, desde luego, nada es comparable al hecho rotundo de tener un hijo y no saberlo. Pero no te he contado toda la verdad de mi situación.

—Estoy dispuesta a escucharla. Creo que merezco la verdad.

—Todos merecemos la verdad. ¿O acaso crees que yo no?

—Rodolfo, ya te he contado que yo estaba convencida de que lo sabías. Nunca pensé que...

—Lo sé, déjalo, no quiero que volvamos a ello. Me recluí en mi finca, únicamente dedicado al trabajo. Se me hacía insoportable tu ausencia, no saber dónde o tan siquiera cómo estabas. Cada vez que daba un paso en tu busca, tu marido lanzaba una advertencia. Como ya te dije, algunas fueron muy serias. Se me hacía difícil seguir viviendo sin ti. Lo que vino después ya te lo sabes. Pero, tras mi regreso, hará medio año aproximadamente, conocí a otra mujer —se detuvo, sabiendo lo que suponía avanzar en la historia.

Carlota no esperaba esa verdad. Sintió frío antes de preguntar:

—¿Qué pasó? Aunque puedo imaginarlo.

—Empezamos a vernos, cada vez con más frecuencia. Asistíamos a cenas en casa de amigos de su familia. De vez en cuando, a algún baile. Actos benéficos... —separaba las frases—. Ella siempre ha pretendido que diéramos un paso más, que la relación se convirtiera en algo más serio.

—¿Lo era? ¿Te enamoraste?

Agachó la cabeza para atrapar el recuerdo del incipiente amor de Carlota, de cuando empezaron a coquetear hasta que se enamoraron perdidamente.

—No, Carlota, no pude enamorarme de ella, como tampoco de Marie, porque nunca conseguí olvidarte.

La rotundidad de tal declaración hizo que ella temblara por dentro; una sacudida que, de tan fuerte, la colocó al borde del mareo.

—¿Estás bien? —Rodolfo se alarmó al ver su reacción. Le cogió un brazo.

—No es nada. Solo que necesito sentarme.

—¿Es por lo que te he dicho? —continuaron la conversación en el sofá.

—Es que... ha pasado tanto tiempo... ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—Esa mujer de la que hablas.

Valderroca dudó si debía responder:

—¿Para qué quieres saberlo? Qué más da.

—¿Cómo se llama?

—Elvira.

—Y... ¿sigues con ella?

—Cuando apareciste todavía la seguía viendo.

—¿Qué? —Intentó que no se le notara la contrariedad que le produjo—. Tenías que habérmelo contado.

—No hubo tiempo. Aunque tampoco creo que estés en condiciones de recriminarme nada. A pesar de lo cual, y por si te sirve de algo, te diré que no te lo he contado porque para mí ella no significa... —No quiso herir la memoria de la ausente—. No estoy enamorado, simplemente. ¿Quieres que te lo repita? —También a él se le veía disgustado—. Lo que siento por ti es inevitable, Carlota. Si quisiera dejar de amarte, si quisiera que lo nuestro dejara de existir, no lo conseguiría. Sé que no podría.

La cuestión era que ninguno de los dos quería.

Pero los celos, como el amor, suelen guiarse por el capricho del libre albedrío, que no siempre es acertado.

—Yo no estoy tan segura de que no pudieras. Creo que se está haciendo tarde y tendrás que irte.

—Pero... pensé que volverías a la finca y seguiríamos hablando. Por eso he venido a buscarte. Metí la pata, sí, pero mi deseo es que vuelvas.

Resultaba inexplicable y, al mismo tiempo, humanamente real, el ataque de pánico que de repente sintió. Tuvo miedo de enfrentarse a las consecuencias de la prolongada ausencia que los convertía en extraños desconocidos.

—Me temo que no es posible. Tengo mucho que hacer en Madrid. Adiós, Rodolfo. Es mejor así.

Adiós...

# CAPÍTULO 35

## *Calle del Rosal, n.º 3, Madrid, 6 de marzo de 1917*

Siete años más tarde del histórico golpe de piqueta protagonizado por el rey Alfonso XIII, cuando los habitantes del centro de Madrid se habían habituado al trasiego, la incomodidad y el ruido de las obras, en lo que parecía un trazado que seguía el orden natural de lo establecido, aquella intervención no iba a ser una más.

Los operarios procedieron a la desconexión de los servicios de agua, gas y electricidad, que en este último caso no era mucho, para garantizar la seguridad. Además, instalaron andamios y estructuras de soporte para evitar colapsos inesperados del edificio. La estrechez de la calle y su reducido tamaño dificultaban los trabajos de demolición de la Casa del Pecado Mortal.

Sí. Aquellas estancias donde la peor ignominia de la que era capaz el ser humano llenaba todo el espacio estaban a punto de desaparecer. Quedarían en el limbo atrocidades y sufrimientos. En el limbo y en los recuerdos imborrables de las mujeres que fueron víctimas de una barbaridad desconocida más allá de sus recios muros que ahora empezaban a derrumbarse; como se derrumbaban ellas, mujeres borradas durante meses de la sociedad a la que después regresaban con la herida íntima de haber sido testigos de cómo a los hijos recién paridos se los llevaban para siempre. No se sabía adónde ni con quién. No se sabía nada. Cada parto se convertía en un hecho inexistente en los archivos oficiales.

En todo aquello pensaba Carlota mientras presenciaba el inicio de las obras, operarios y máquinas en acción, desde muy temprano, en un día de frío y destemplanza.

El desmontaje de elementos no estructurales, necesario para facilitar el acceso al armazón principal del edificio donde cupo el infortunio y el dolor sin límites, incluía la retirada de puertas, ventanas, revestimientos y otros componentes. Para cuando esa parte finalizara, ya estaban preparados trabajadores especializados y técnicos con herramientas manuales como mazas, picos y palancas para derribar paredes y techos, comenzando desde los pisos superiores y avanzando hacia abajo, asegurando un colapso controlado de las cuatro plantas.

Ni a Carlota, ni tampoco a otros curiosos que se apostaron en la esquina de enfrente, les permitieron acercarse demasiado a la zona acotada para la demolición. Tuvo que conformarse con verlo a bastantes metros de distancia. Había leído en el periódico *Heraldo de Madrid* varios artículos sobre los trabajos de ampliación de la Gran Vía y en uno de ellos se hablaba de la fecha en la que tocaba demoler las casas edificadas en solares de varias calles adyacentes a la principal, que habían sido expropiados, entre los cuales figuraba el ocupado por la Casa del Pecado Mortal en la calle del Rosal, cuyo nombre también debía cambiar.

Volvieron revividos a su cuerpo los escalofríos que no la abandonaron durante su estancia en aquel lugar en el que dio a luz a su único hijo, para perderlo en el mismo instante de alumbrarlo. No imaginaba entonces que algún día sería testigo de su final. Aunque la Casa del Pecado Mortal dejara de existir físicamente, sus huellas permanecían en antiguos registros y, sobre todo, en los relatos de quienes, como ella, estuvieron encerradas allí en contra de su voluntad.

Se fijó en una mujer apostada en otra esquina. Tendría algunos años más que ella, pocos, y parecía afectada, aunque lo que llamaba la atención de ella era precisamente el esfuerzo que hacía por disimularlo. Estuvo observándola con detenimiento, embargada por una gran curiosidad que iba en aumento. Hasta que, en un momento en el que el ruido de las máquinas aflojó, las dos mujeres se miraron. Repararon en sus respectivas presencias con recelo, como si la una no quisiera saber de la otra, pero, al mismo tiempo, atraídas mutuamente por una razón que ninguna habría sido capaz de verbalizar.

El ruido volvió, escupido por los brazos mecánicos y las voces de los operarios. Entonces, Carlota dio el paso de dirigirse a ella, guiada por un presentimiento que se confirmó.

Fue un instante tan extraño... Lo llenaron con un estrechar de manos que no se soltaba; se dieron cuenta de que habían estado necesitando encontrar a alguien y, al mismo tiempo, temiéndolo.

A alguien..., pero ¿a quién?

No contaban con descubrir nunca a ninguna otra interna de la Casa del Pecado Mortal, las estrictas normas de la institución no daban pie a pensarlo, ni siquiera en un futuro lejano. Pero allí estaban. Frente a frente. Había entre ellas una forma de reconocimiento muda, inquietante, como si ambas intuyeran que aquel encuentro no era casual, que sus vidas, por distintas que fueran, compartían una herida antigua.

La mujer, al soltar la mano de quien acababa de conocer, hizo el amago de huir, pero Carlota la detuvo con suavidad.

—¡Espera! Solo un momento. No te vayas.

Era de estatura similar a la de Carlota, extremadamente delgada, tez morena y el cabello de un color negro más oscuro que una noche abigarrada.

—Casi ni me atrevo a preguntarte tu nombre —dijo Carlota, intentando no asustarla.

—¿Quieres el mío de verdad o el que nos ponían allí?

—Olvídate de aquello, me gustaría saber cómo te llamas de verdad.

—Aquello es imposible de olvidar. —La respuesta de la mujer fue rápida y contundente.

—Lo sé... —admitió Carlota—. Claro que no podremos olvidarnos de lo que sufrimos. Yo soy Carlota Visedo.

—Yo, Clara Román.

—Entonces..., ¿tú también estuviste encerrada en esta casa?

—Querrás decir en esta sucursal del infierno en la tierra. Sí, estuve. Igual que tú, entiendo.

Carlota asintió. Empezaba a sentir cómo sus piernas se debilitaban y tenían dificultad para sostener su peso. Le entró una terrible desazón que, afortunadamente, supo contener.

—Sé de una cafetería cerca de aquí. ¿Tomamos un café? —le propuso a Clara.

El local bullía a esas horas. No había sitio para sentarse y la alternativa de quedarse apostadas en la barra entre tanto jaleo les pareció poco adecuado.

—Es imposible tener la intimidad que necesitamos para hablar.

—Mucho me temo que va a estar todo igual de lleno, es la hora del desayuno.

Ambas estaban tensas, era inevitable.

—¿Puedo proponerte algo? —dijo Carlota, mostrando una iniciativa tan sincera como determinante.

—Inténtalo. —A Clara se la veía cohibida, temerosa.

—Nunca se me ocurrió que pudiera llegar a conocer a alguien que también... —se le hizo un nudo en la garganta—, bueno, ya sabes a

qué me refiero. Y ahora que nos hemos conocido, no quiero perder la oportunidad de que hablemos, hay tantas preguntas, tantas dudas... Hay tanto dolor que tal vez podamos mitigarlo un poco si conociéramos algunas respuestas. ¿Querrías venir a mi casa? Podremos hablar en mejor ambiente que ese.

—Yo... no sé si es buena idea. Ahora mismo estoy muy confundida.

—Y lo entiendo, Clara, no es para menos. Pero, por favor, te lo ruego, accede a venir, tenemos tanto que contarnos... En casa podremos hacerlo con tranquilidad.

Hacía rato que se movía nerviosa, mirando a todos lados, como si temiera que la estuvieran siguiendo. Carlota lo notó, resultaba imposible no hacerlo.

—¿Ocurre algo?

—No... No es nada. Esta situación... no me la esperaba.

—¿Aceptas que hablemos? Te lo suplicaré si es necesario.

—No lo sé, Carlota, todo esto es demasiado para mí. Es tan inesperado.

—Voy a darte mi dirección. Es tu voluntad, ni quiero ni puedo forzarte a nada que no desees. Pero creo que nos hará bien a las dos y quizás puedas ayudarme en un asunto de vital importancia para mí.

—¿Ayudarte? ¿Yo?

—No puedo explicártelo aquí. Te espero esta tarde.

—No puedo, lo siento, yo no....

—Pues mañana. A las cuatro de la tarde. Ojalá acudas, Clara. Si no, ¿puedes decirme cómo localizarte yo?

—¡No! —exclamó, visiblemente alterada.

—Está bien, tranquila. No pasa nada. Quiero que sepas que me he alegrado de conocerte.

Salieron de la cafetería acarreando cada una la estela de su propio drama, que, en el fondo, era el mismo.

Al llegar a casa, encontró a Rebeca preocupada por no saber su paradero. Le contó lo que había ocurrido con Clara. Parecía mentira; ella misma, al relatar el encuentro con otra interna de la casa, se sorprendía de que hubiera ocurrido. Cuando salió de casa temprano no le había contado su intención de ir a presenciar cómo empezaba a demolerse la Casa del Pecado Mortal. Cuando el dolor es tan íntimo no puede aliviarse ni siquiera compartiéndolo con seres queridos.

En realidad, nada puede aliviarlo.

O tal vez sí, a pesar de que nos neguemos a aceptarlo.

Alrededor de veinte minutos antes de la hora a la que estaba citada Clara al día siguiente —si es que aparecía—, y por supuesto desconociendo tal circunstancia, quien se presentó fue Rodolfo, después de que durante meses Carlota no hubiera respondido a sus cartas. Pretendía convencerla de lo absurdo que era seguir enfadados por la razón que fuese.

—Si hemos llegado hasta aquí, cualquier adversidad que se nos presente podremos solucionarla, y esta no va a ser menos.

Pero en ese momento no quedaba margen para restaurar nada, únicamente para explicarle quién era Clara, a escasos minutos de que pudiera llegar, en caso de que aceptara la invitación de Carlota. Siguiendo las indicaciones de esta, y con la lógica incomodidad establecida entre Rebeca y Rodolfo por el malentendido aún no aclarado, tomaron asiento en el sofá del salón para soportar la breve espera.

—Confío en que en cuanto ella se marche lo hagas tú también —le soltó Carlota a su antiguo amante.

—No es necesario que seas desagradable, de veras. Estoy aquí con mi mejor intención.

Las cuatro menos cinco, y los tres permanecían callados, inquietos. No se vieron capaces de rellenar el hueco invisible de la incertidumbre.

¿Se presentaría Clara? ¿O, por el contrario, habría huido atemorizada después del encuentro con otra interna de la casa? Seguro que ella, como le sucedía a Carlota, no esperaba coincidir nunca con nadie que hubiera vivido aquel infierno del que cualquiera desearía olvidarse. Cualquiera menos Carlota, ya que era mucho más poderoso el deseo de saber qué había pasado con el hijo arrebatado.

A las cuatro en punto sonó el timbre de la puerta. Como un resorte, Rodolfo apretó la mano de Carlota, y ella encerró en el puño el camafeo que le regaló antes de quedarse embarazada.

Estaban sentados uno junto al otro en el sofá, haciendo que la espera fuera más llevadera. Rebeca, enfrente, en un sillón, que abandonó para ir a abrir.

Clara, que luchó durante años en Madrid por sobrevivir, estaba allí, en su casa. Dispuesta a hablar del tema tabú.

Nervios y el inicio de la que podría ser la senda que condujera a la verdad. O eso es lo que necesitaban, y quisieron creer.

Hechas las presentaciones, que en un primer momento desconcertaron a Clara ya que pensaba que iban a estar las dos solas, la conversación se centró enseguida, encontró su cauce casi de forma natural a pesar de los condicionantes de ocultación y clandestinidad que amparaba a las dos mujeres. Pero había sido demasiado el tiempo transcurrido entre malos recuerdos e incógnitas que pensaron que jamás serían resueltas. Inesperadamente, podrían estar tomando el camino que les condujera a posibles respuestas.

—Me ha costado decidirme. Cuando salí de la casa me juré a mí misma que, desde aquel mismo instante, borraría de mi memoria los recuerdos de lo sucedido allí. Y, con ellos, a las personas que estuvieron en aquel lugar.

—Te agradecemos que hayas venido. Y entiendo lo que dices. Lo último que esperaba era encontrar a alguien presenciando, igual que hacía yo, el final de aquel sitio siniestro.

—Leí los artículos sobre el inminente derribo del edificio. Por eso fui a verlo. Supongo que te pasaría lo mismo.

—Supones bien. Pero yo, a diferencia de ti, no quiero olvidar, porque sería como olvidar al hijo que tuve. —Miró a Rodolfo y rectificó—: Al hijo que tuvimos.

—Hablas como si fueras la única que hubiera parido en aquel horrendo lugar.

—Tienes razón, discúlpame... —Carlota temió que Clara se encerrara en sí misma si se sentía acorralada; lo último que querría —. He pasado casi dos décadas escondiéndome para que el hombre que me encerró en la casa no me encontrara. Pero jamás dejé de pensar en mi hijo. —Un gesto de dolor la obligó a hacer una pausa —. Imagino que las historias de las mujeres que fuimos encerradas allí no se diferenciarán mucho unas de otras.

—¿Qué pasó con tu hijo? —le preguntó Rodolfo a Clara.

Una pregunta en la que cabía el odio atesorado durante años, aunque había sido tan firme la decisión de dejar atrás el infierno confinado en la Casa del Pecado Mortal que Clara parecía hablar de otra persona que no fuera ella.

—Nunca lo supe. ¿Para qué?

—¿Para qué? —replicó Carlota—. ¿Te parece poco para poder buscarlo, para encontrarlo? ¿No es un objetivo lícito? ¿De veras no te lo parece?

—Nadie en su sano juicio lo haría.

—Eso no es verdad.

—¿Buscarlo...? ¿Encontrarlo...? Pero ¿en qué mundo vivís?

—En un mundo en el que buscar la verdad tiene sentido, por supuesto que lo tiene.

—¿Acaso lo has hecho tú en veinte años? —sentenció más que preguntó Clara, hiriendo profundamente a Carlota.

—Mi situación es distinta. Y sí..., puede que haya sido cobarde.

—Todas creemos que nuestra situación es distinta. —Clara siguió utilizando un tono hostil.

—Ya está bien —intervino Rodolfo—. No creo que esto tenga que ser una competición para ver quién ha sufrido más o quién lo ha hecho mejor. Ahora estamos aquí, es lo que importa. Y nosotros sí queremos saber qué le ocurrió a nuestro hijo.

A Carlota le estremeció escucharle decir «nuestro hijo».

—Lo siento... No pretendía ofenderte, Carlota —se disculpó Clara —. ¿Tenéis alguna idea de lo que pasó con la criatura?

—Fue un varón. Me dijeron que... —Carlota tuvo que aclararse la garganta para poder seguir—. Me dijeron que había muerto. 5 de octubre de 1896, una fecha que llevo clavada en el corazón como una estaca. Era de noche y llovía a cántaros.

—¿Octubre de 1896...? —repitió Clara—. Dices que llovía. Recuerdo que por esas fechas hubo una fuerte tormenta.

—Han pasado veintiún años... —comentó Rodolfo.

—Es difícil olvidar una tormenta como aquella, como tampoco se olvidan los gritos de aquella madre pidiendo que le devolvieran a su hijo.

Aquella madre de entonces sentía ahora la boca pastosa, le picaban los ojos, húmedos y enrojecidos, y le dolía hasta el pensamiento.

—Entonces no pude imaginar que moriría —reconoció Carlota con pesadumbre.

—¿Y si no hubiera muerto?

Qué difícil pensar tras esa pregunta.

Un hielo cortante atravesando el aire, y la desazón de la duda que desplazaba el sentido de la existencia de una orilla a otra de la vida.

Los tres se miraron mientras que Clara les miraba a ellos.

Respetando la impresión que se habían llevado su hermana y Rodolfo tras la pregunta que seguía sobrevolando el ambiente, intervino Rebeca, que hasta ese momento había preferido mantenerse prudentemente callada:

—Confiábamos en que tú nos pudieras ayudar.

—¿Has querido insinuar que tal vez nuestro hijo no muriera? —Carlota iba reaccionando.

—No tienes ninguna certeza de que muriera —dijo Clara.

—Tampoco de que esté vivo. —Rodolfo pretendía evitar que Carlota se hiciera ilusiones que podrían no corresponder con la realidad.

—Solo con que exista una duda es suficiente razón para buscarlo. He dado por cierta la versión del hombre que me encerró en aquella casa y quiso después acabar conmigo, mi esposo, el marqués.

—Él junto a don Gregorio —añadió Rodolfo—. Sí, verdaderamente no eran los hombres más de fiar de la tierra.

—Yo encontré una referencia de unas actas que pudieron acabar en un convento de Toledo —explicó Rebeca—, pero aún no sé cuál, ni qué relación guarda con la Casa del Pecado Mortal.

—Es el beaterio de arrepentidas de Santa María la Blanca —explicó Clara—. Se le conoce también como refugio de la penitencia. Yo misma ayudé a trasladar allí varias cajas con documentos antes de escapar.

—¿Escapar...? —le sorprendió a Carlota.

—Sí. Acabé internada porque me quedé embarazada de un hombre que no era mi marido, no estoy casada. Él es mayor que yo y tenía negocios con mi padre, que lavó la vergüenza que sentía por mi embarazo eligiendo mi destino en la Casa del Pecado Mortal. Pero después de alumbrar no quiso que volviera a casa y decidió mantenerme encerrada allí para que me dedicara a los trabajos que me ordenara doña Adelaida, a la que por ello le llegaba un buen dinero por parte de mi padre. Aquel ser monstruoso..., una mujer para la que la moral se hallaba fuera de los preceptos de Nuestro Señor. Hasta que no pude más y escapé. Recuerdo que cuando lo hice, doña Adelaida estaba a punto de trasladarse al beaterio de arrepentidas de Toledo, adonde la había acompañado en varias ocasiones.

—¿Qué fue de ella?

—¿De doña Adelaida? Murió, allí, en el beaterio de Toledo.

—No puedo decir que Dios la tenga en su gloria. —Carlota no conseguía sacudirse de encima la inquina hacia la responsable del averno que conocieron—. Seguramente se iría a Toledo huyendo de su propia conciencia.

Aparentemente rota, Clara les contó que doña Adelaida solía escribir en un cuaderno, al final de cada jornada, en el que anotaba detalles de los partos y las internas, y más aún, de las coacciones ejercidas sobre estas mujeres, así como los nombres de quienes participaban en las adopciones ilegales de los bebés nacidos en la casa. Aseguraba que estaban implicados nombres muy importantes, hombres influyentes.

—Todo esto es demasiado para mí. —Carlota sintió que se le nublaba la visión—. ¡Adopciones ilegales! Tráfico de bebés... Nuestro niño...

El relato de Clara estaba removiendo los cimientos de aquella tarde y las entrañas de Carlota.

—¿Qué ha pasado con ese manuscrito? ¡Ahí está todo! Seguro que figura a quién entregaron a nuestro hijo.

—El manuscrito desapareció tras la muerte de doña Adelaida. Se cree que pudo haber sido sustraído por una interna llamada María Fernanda, una mujer que se desvaneció misteriosamente. Aunque, como allí nos ponían nombres falsos, a saber quién sería de verdad.

Carlota sintió que la conversación abría una puerta que había querido mantener cerrada durante años y se sintió invadida por un vértigo que implicaba una pregunta: ¿estaba preparada para cruzarla?

—Tenemos que ir a Toledo —afirmó Rodolfo con la rotundidad de casi dos décadas perdidas.

—No sé si es buena idea —contestó Clara.

—Buscar a nuestro hijo no es ni buena ni mala idea —la contradijo Carlota—, es sencillamente lo que estamos decididos a hacer. ¿Nos ayudarás? Por favor...

—En realidad, ya no tengo nada que perder, perdí a lo más importante, que era mi hija, y desde entonces la vida para mí es tan distinta... Sí, está bien. No sé si seré de mucha ayuda, pero contad conmigo.

Las dos se abrazaron. Fue un abrazo largo que les resultaba chocante e insólito. Dos antiguas internas de la Casa del Pecado Mortal... Era una situación que jamás pensaron que pudiera darse.

Justo cuando ya se habían despedido y Clara estaba saliendo, Carlota no pudo evitar preguntarle:

—¿Llegaste a arrepentirte? La insistencia de aquella gente se convirtió, para mí, en una torturante obsesión.

Clara se quedó mirándola antes de dar media vuelta y marcharse, marcando con su silencio el camino de salida.

# CAPÍTULO 36

Hacía un mes que habían comenzado las obras de la segunda fase. La ampliación de la Gran Vía era un proyecto faraónico que simbolizaba el progreso urbano, pero Luis Crespo investigaba si encubría un esquema diseñado por una élite corrupta para beneficiarse económicamente. Encontró muchos detalles que no le cuadraban y que ponían en duda la limpieza del proceso.

Había localizado a una viuda, madre dos hijos pequeños, que fue obligada a abandonar el inmueble donde vivió durante treinta años, recibiendo apenas ocho mil pesetas por el solar. Menos de lo que costaba entonces una cuadra en el barrio de Tetuán. El terreno contiguo, de dimensiones similares, había sido adquirido tres meses antes por una sociedad constructora de la que no había conseguido hallar ningún registro, previo pago de trescientas cincuenta mil pesetas. Aquello no podía ser azar urbanístico o golpe de suerte, ni tampoco tenía nada que ver con las oscilaciones del mercado. Todo apuntaba a que pudiera tratarse de una estafa a plena luz del día. La mujer le contó que sabía de otras familias que incluso percibieron menos dinero que ella, tratándose de casos similares al suyo. Ninguno de aquellos afectados tenía conciencia de haber sido estafados, «Mire usted, joven, somos gente humilde, no se imagina lo mucho que nos cuesta salir adelante; yo, además, con niños tan chiquititos que se han quedado sin su padre. Ese dinero para nosotros es gloria bendita, no vamos ahora a andar poniéndoles peros».

—Puede que ellos no. Pero nosotros tenemos el deber de ponérselos. Todos los «peros» que sean necesarios.

Luis le hizo ese comentario a Colombine. No era habitual verla por la redacción, pero ese día, por segunda vez, coincidieron. Por aquel entonces, Colombine era una reconocida periodista, venerada por las generaciones más jóvenes, como le sucedía a Luis. Carmen de Burgos —que así se llamaba— había roto los moldes establecidos en un mundo de hombres, del que no escapaba el periodismo. Cuando en 1903 el conde de Romanones fundó el *Diario Universal*, Carmen fue contratada como la primera redactora que ejercía las mismas tareas de calle que los hombres, y pronto su columna diaria, titulada «Lecturas para la mujer», se colocó entre lo más leído de la prensa española. El seudónimo de Colombine se lo puso su director, Augusto Suárez de Figueroa, y con seudónimo y columna se trasladó, en otoño de 1905, al *Heraldo de Madrid*. Solo le cambió el título: pasó a llamarse «Femeninas». Ese mismo año había ingresado en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, convirtiéndose en la tercera mujer en ser admitida, después de Emilia Pardo Bazán y Blanca de los Ríos, que lo hizo el mismo día que Carmen, el 10 de marzo.

Para cuando Luis Crespo la conoció, con el consiguiente impacto que le causó, aparte de una respetada intelectual y feminista, a sus cincuenta años Carmen se había convertido también en la primera corresponsal de guerra española al haber cubierto para este periódico el conflicto bélico de Melilla en 1909. De aquella experiencia surgió su novela *En la guerra (Episodios de Melilla)*.

Ese día, Colombine se interesó por lo que Luis estaba haciendo, atraída por la cantidad de papeles que desbordaban la mesa del joven periodista.

—Trabajo sobre un asunto turbio relacionado con las obras de la Gran Vía. ¿Qué opina usted sobre ese plan urbanístico?

—Supongo que nada distinto a lo que opina todo el mundo: va a modernizar esta gran capital. Al paso que vamos, va a parecer que estamos en América. Y no creo que eso sea nada malo, más bien lo contrario.

—Seguramente será así. Pero creo que no todo es lo que parece en ese proyecto.

—Querido Luis, cuando un periodista cree que algo, lo que sea, persona, cosa o circunstancia, no es lo que parece, por lo general no se equivoca.

—¿Por lo general?

—Claro, porque eso solamente pasa cuando el periodista en cuestión es bueno. No todos los periodistas tenemos olfato, pero el que lo tiene es porque domina bien su oficio. Y a mí me parece que tú eres uno de ellos.

—¡Lo intento! Ya verá como hay prácticas de dudosa legalidad detrás de esa maravilla que es la nueva Gran Vía.

Colombine le lanzó una sonrisa que cabalgaba a lomos de los años de experiencia.

—A mí no tienes que demostrarme nada. Demuéstraselo al mundo, que es el que tiene que saberlo.

Y siguió su camino hacia el despacho del director.

Luis era concienzudo en su trabajo. Al analizar la relación entre la demolición de edificios antiguos y los beneficios obtenidos por ciertos propietarios, estaba descubriendo patrones que se repetían. Sospechaba que los contratos de demolición para ampliar la Gran Vía y la construcción de los nuevos edificios en otras ubicaciones pudieran estar amañados para enriquecimiento de importantes e

influyentes empresarios. Asumía la dificultad de demostrarlo al tratarse de personas poderosas.

Los testimonios que había encontrado de familias humildes a las que el ayuntamiento había expropiado abonaban su teoría. Pero no eran los únicos indicios que lo mantenían firme en su decisión de investigar. En varias visitas a archivos públicos, donde era fácil moverse, y notarías, en las que ocurría lo contrario, en ellos primaba la opacidad y solían despedirlo sin muchos miramientos cuando se enteraban de su condición de periodista, a pesar de lo cual consiguió alguna fuente clandestina, Luis tropezó con una serie de anotaciones irregulares en los documentos de compra-venta de parcelas afectadas por la ampliación de la Gran Vía. Las escrituras mencionaban reiteradamente una empresa constructora llamada Obras y Edificaciones de Madrid, registrada a diferentes nombres de supuestos intermediarios que no conseguía demostrar que existieran. Sin embargo, un detalle llamó su atención: algunas firmas en los contratos parecían falsas, el trazo de una misma firma era diferente en sucesivos títulos, lo que sugería que no fueron realizadas por los propietarios originales.

Halló un documento con una inscripción que podría ser de una imprenta que se presentaba difícil de localizar, puesto que solo podían leerse dos letras: «M.E.». Ninguna referencia más que pudiera ayudar. Así que con tan poco material se le ocurrió buscar información sobre ese negocio en su propia empresa, el periódico, y bajó a la linotipia a hablar con uno de los empleados llamado Anselmo, un hombre de manos curtidas y gafas siempre algo caídas sobre la nariz, que llevaba más de veinte años fundiendo plomo y componiendo líneas a golpe de teclado. El traqueteo metálico de su linotipia era tan constante como su tos, provocada por años respirando vapores de antimonio.

Luis lo había observado alguna vez, fascinado por la rapidez con que escribía y por el ritual con que recogía las regletas calientes aún humeantes. Decidió que podría ser la persona que necesitaba para conseguir alguna información que le resultara útil. No perdía nada intentándolo.

Entró a la sala donde se alojaba la linotipia, entre el zumbido de las rotativas contiguas y el olor a tinta fresca.

—Hola, Anselmo, ¿cómo está usted?

—Hola, jovencito. Pues estoy bien y sorprendido de verte por aquí.

—Es que necesito su ayuda.

—¿Desde cuándo los plumillas nos necesitan? —bromeó.

—Los plumillas, no sé, Anselmo, pero yo, desde luego, sí.

Le extendió el documento con las iniciales, y lo que a él se le había presentado como un inmenso océano en el que buscar la cabeza de un clavo, es decir, una causa prácticamente imposible, para Anselmo fue pan comido.

—¿Tiene idea de a qué corresponden estas iniciales?

No tuvo que hacer memoria más que apenas unos segundos.

—M.E. Déjame pensar... —Le dio una calada al cigarrillo a punto de terminarse—. No puede tratarse de otra que no sea la imprenta de Marcial Elías, en el barrio de Lavapiés.

—¿Está seguro?

—En mi gremio somos cuatro gatos, muchacho, y te diría que si no nos conocemos todos, poco nos falta. Ahora bien, también te digo que ese no es de fiar.

—¿Por qué? —Luis estaba alegrándose de que se le hubiera ocurrido recurrir a Anselmo.

—Pues muy fácil: porque su imprenta es clandestina. En ella se imprimen documentos falsificados, allí hay negocios muy turbios; es sabido en nuestro mundillo.

—¿Cómo de turbios?

—Documentos como esos que me enseñas —una partida de contratos y planos duplicados de Obras y Edificaciones de Madrid— ya los había visto yo antes. ¡Esos y muchos más!

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Busca su negocio en la calle de la Cabeza. Es una tienda de material para oficina, una tapadera, por supuesto. La imprenta funciona de noche, claro está. Aunque él, al amanecer, antes de que abran los comercios, prepara los trabajos que imprimirá por la noche.

—¿Eso es seguro? ¿Cómo lo sabe?

—Un colega mío trabajó con Marcial el tiempo suficiente para ver cosas que no le gustaron, y se marchó. Dicen que ahí se falsifican permisos, papeles de embarque... ¡hasta pasaportes para anarquistas fugados! Con una Minerva vieja y mucha discreción. Así trabaja el Marcial ese. Pero eso no lo has oído de mí. Y ahora déjame seguir trabajando.

—¡Gracias, Anselmo! Ha sido de gran ayuda.

«Estos jóvenes, no hay quien los entienda —pensó el hombre y volvió a concentrarse en lo suyo—. ¡Mierda! Se me consumió el cigarro entre tanta pregunta».

***

¿Merecía la pena mantenerse alejados, estando tan cerca como la escasa distancia que mediaba entre Madrid y Navalcarnero, después de la separación forzosa que habían sufrido durante casi veinte años?

«Vivir es equivocarse», le había dicho, en su descargo, su hermana Rebeca para que le perdonara su equivocación de haberle

ocultado que nunca llegó a ver a Rodolfo para contarle lo de su paternidad.

Equivocarse significa que se está vivo, pero no necesariamente que se haya pretendido de manera deliberada cometer el error. «No significa que no te quiera, Carlota, soy tu hermana y mi amor por ti nunca dejará de existir».

Tampoco el que ella misma sentía por Rodolfo lo veía capaz de ser aniquilado, a pesar de todo. Por eso, cuando él volvió a casa de Rebeca en un nuevo intento de que recompusieran la situación de equívocos y malas interpretaciones que se había producido entre ellos, añadiendo un dolor inútil al que ya existía fundamentado en hechos que sí era comprensible que lo causaran, Carlota lo recibió con un talante distinto al del último día, cuando esperaba la visita de Clara.

—No aguantaba volver a ver mis nuevas viñas sin que tú estuvieras, pero no allí, físicamente, sino en mi corazón, en mi cabeza, en mi alma... No puedo soportar la idea de que no estés en mí.

—Creo que corres demasiado.

—¿A ti te parece que esperar dos décadas es correr demasiado?

—Todo esto me da mucho miedo.

—¿Y crees que a mí no? —respondió Rodolfo con el aplomo de las decisiones maduradas hasta el infinito.

Cayeron los muros absurdos y la tentación que ambos habían tenido de dejar todo como estaba después de los celos, enfados y desconfianza no reconocidos por parte de ninguno de los dos.

Estuvieron de acuerdo en que sería mejor actuar, siempre era mejor la acción, dar un paso en la dirección destinada a su amor, que no dejarlo correr y que sus sentimientos volvieran a estancarse.

Pero la realidad aconsejaba hacerlo con prudencia.

*Menos daña la mala ejecución que la falta de decisión.*
*No se corrompen tanto las materias cuando corren*
*como estancadas.*

BALTASAR GRACIÁN, *El arte de la prudencia*

# Capítulo 37

## *Toledo, invierno de 1917*

En la calle de los Reyes Católicos, en el viejo latido de la ciudad imperial, se erigía la antigua sinagoga mayor, convertida al culto cristiano, que albergaba el beaterio de arrepentidas de Santa María la Blanca. Era uno de los tres beaterios, junto con el de Santa Ana y el de San Antonio de Padua, que habían existido en Toledo.

Ubicado en una de las casas adyacentes a la judería, el beaterio de Santa María la Blanca, en el que vivieron treinta y seis beatas, había sido fundado por el cardenal Juan Martínez de Silíceo con el fin de acoger a mujeres prostitutas que pretendían arrepentirse de su inmoral ocupación y buscaban un refugio espiritual para expiar sus pecados. Eso, al menos, decían quienes lo regentaban. Corría el año 1550.

Otra de las obras de Martínez de Silíceo en la ciudad fue el colegio conocido como de las Doncellas, que dio cobijo a un centenar de doncellas de «limpio linaje» y contaba con el patronazgo del arzobispo de Toledo y del rey de Castilla.

Carlota, Rebeca y Rodolfo llegaron al beaterio, acompañados por Clara, con intención de seguir las pistas aportadas por esta. Nada más cruzar el umbral de la vieja portada se encontraron en un zaguán oscuro, donde el aire permanecía estancado desde hacía años. La puerta principal, alta y mal claveteada, cedió con un lamento seco, revelando un compás estrecho y encalado, apenas

iluminado por un tragaluz cubierto de telarañas. Al fondo, una reja de madera cerraba el paso, y tras ella, una figura menuda, vestida de negro, se alzó lentamente desde una silla baja. No llevaba hábito, pero la toca blanca sobre el cabello gris y el crucifijo que colgaba de su cuello bastaban para delatar su pertenencia a algún voto antiguo. Los observó en silencio, sin apremio, como si el tiempo en aquel lugar ya no transcurriera. Su ancianidad, el silencio cautivo que envolvía su figura y su indumentaria desgastada representaban un símbolo de la institución moribunda que custodiaba no se sabía ya con qué utilidad.

Cuando Carlota pronunció el nombre de doña Adelaida, un leve temblor cruzó los dedos de la anciana. Sin añadir palabra, retiró el pasador de hierro que aseguraba la puerta interior y les franqueó el paso. Más allá, el eco de sus pasos se perdió por un corredor largo, en cuyas paredes aún colgaban los restos de lo que alguna vez fueron preceptos escritos para la penitencia. Desde la desamortización de Mendizábal, el beaterio ya no funcionaba como tal, dejó desde entonces de estar en manos de instituciones religiosas, pero el edificio conservaba intacta su vocación de encierro. De clausura involuntaria, como la casa que habían conocido Carlota y Clara en Madrid.

—Soy la hermana Eulalia. ¿Y ustedes quiénes son? ¿De qué conocían a doña Adelaida?

Su pequeña estatura no se correspondía con la elevada soberbia de su tono inquisitorio.

—Somos familiares —improvisó Rebeca, aunque lo llevaba meditado. Por nada del mundo podían destapar sus verdaderas intenciones—. Soy su sobrina. Y estos son mis primos, de otra rama de la familia. Han querido acompañarme.

—¿Sobrina? Nunca dijo que tuviera ninguna sobrina.

—Pues la tenía. Ya sabe cómo era mi tía, prudente y callada, cualidades de mucho valor para una clara vocación religiosa, como la que ella tenía, y de servicio al Altísimo.

—En eso tienes razón, jovencita. Ya no hay muchachas que sirvan a Dios como hicimos nosotras. Y en eso tu tía era un gran ejemplo.

¿Un «gran ejemplo», doña Adelaida? «¿Servir a Dios?», pensó Carlota mordiéndose la ira que hirvió en ella al escuchar las palabras de la hermana Eulalia. «¿A lo que hacían en lugares como la Casa del Pecado Mortal lo llama ejemplar y servir a Dios?». Para aquellas mujeres, como Clara o ella misma, encerradas en esas instituciones, quienes las regentaban eran más bien dignas servidoras del demonio.

—¿Y qué les trae por aquí? —quiso saber la hermana desconfiando, a pesar de todo, de los visitantes.

—Nuestra intención es honrar la memoria de mi tía.

—Lo entiendo, fue una gran mujer —convino la anciana.

A Carlota le estaba costando controlarse.

—Dios la tenga en su gloria —intervino Clara, mirando de reojo a Carlota.

—Usted… —la hermana Eulalia puso toda su atención, a través de sus anteojos, en Clara—. ¿No nos conocemos?

—Oh… no creo.

—No sé, pero… Me recuerda a alguien.

—Es por ella por lo que estamos aquí. —Rebeca siguió con el plan, desviando la inoportuna curiosidad de la anciana—. Me haría muy feliz poder visitar la celda que mi tía ocupó, para sentirla cerca, ya que no pude despedirme de ella.

—¿Y solo quieren eso?

—«Eso» es mucho para mí. Bien lo valen el viaje y el camino.

—Está bien, síganme por aquí.

La mujer accedió pensando que los familiares de doña Adelaida tenían que ser muy raros para ir hasta allí solo para pasar un rato en un diminuto cubículo destartalado y sin habitar desde hacía años.

La celda permanecía cerrada. La anciana que custodiaba el beaterio alzó la mano temblorosa hacia una llave oxidada, colgada en un clavo junto a la puerta y, con un susurro que parecía una disculpa, la entregó. Al abrirse, el aire espeso del interior escapó como un lamento, arrastrando consigo olor a cera rancia, humedad y libros viejos.

La estancia era estrecha, de muros encalados algún día ya lejano, y suelo de baldosa rojiza, desportillado en los bordes. Una cama de hierro con jergón de borra ocupaba un rincón; sobre ella, la colcha gris seguía doblada con precisión franciscana. A los pies, un reclinatorio polvoriento, cubierto de una tela de lino raída. La pequeña mesa bajo la ventana, a la sombra de un crucifijo de madera clavado en la pared, aún conservaba un tintero seco y una pluma de ave. No había adornos ni colores. Solo claroscuros y el hueco cuadrado en la pared donde alguna vez hubo un nicho con flores, ahora vacío. Las rendijas de la ventana dejaban pasar una luz oblicua, suficiente para revelar que, tras la mesilla, el yeso se había descascarillado, dejando a la vista una pequeña fisura vertical en la mampostería semioculta por el palo vertical del crucifijo.

Fue Carlota quien la vio primero. Apartó con cuidado la mesa, despegó ligeramente la cruz de la pared y pasó la mano por la grieta. Bajo la pintura inflada por la humedad detectó una hendidura deliberada, tallada igualmente en forma de cruz, apenas apreciable a simple vista. No era un compartimento profundo, pero alguien —alguna mano paciente y silenciosa— había retirado parte del ladrillo y cubierto luego el hueco con una tablilla fina, disimulada con cal.

—Veamos qué se ha querido ocultar bajo el crucifijo —comentó Rodolfo.

El crucifijo... pensó Clara para sus adentros. Y el recuerdo de esas dos palabras le causó pavor. Era eso... El crucifijo.

A falta de otro instrumento más adecuando, Rodolfo descolgó la cruz de Cristo y la utilizó para horadar esa parte de la pared sin hacer ruido. Poco a poco, una incisión tras otra, con paciencia... hasta que la recompensa se abrió como una flor, en un estallido de emoción que tuvieron que reprimir para no alertar a la hermana Eulalia. Por fin, el hueco perforado en la pared mostraba ante ellos la evidencia de la ocultación premeditada. Envuelto en un paño basto dormía un manojo de papeles cosidos con hilo grueso: el manuscrito. Indescriptibles las sensaciones que les embargaron. Rebeca y su hermana se abrazaron, e inmediatamente Rodolfo descolocó a Carlota con un beso en los labios. No era momento para hablarlo, pero a ella le costó encajarlo. Tenía igual de claro que le gustó y que, al mismo tiempo, era mejor no adentrarse en ese territorio de los sentimientos. Por ahora...

Ahora estaban en otra cosa en la que debían centrar toda su atención. Con el hallazgo en la pared vieron la luz en mitad de tantos años oscuros que habían transcurrido consumiendo una parte de sus vidas que nadie podría ya devolverles.

Sin embargo, la alegría duró poco al darse cuenta de que había páginas arrancadas. Clara dio unos pasos hacia atrás, como si quisiera dejarles intimidad para asimilar el hallazgo, cuando la verdad era que un fogonazo acababa de abrasar su mente al recordar a la hermana Francisca, la antigua superiora del lugar, en su lecho de muerte. Ella sabía que guardaba documentos delicados, la había sorprendido una mañana, de manera casual,

manipulándolos en su celda y, al verla entrar fue tal el nerviosismo que se le cayeron al suelo en medio de un caos incontrolable.

—¡No toques eso! —le gritó nerviosa cuando Clara se agachó para ayudarle a recogerlos.

—Discúlpeme, hermana, no quería asustarla. Pensaba que no había nadie en su celda y venía a limpiarla.

Mientras hablaba, Clara no quitaba ojo de los papeles. Se dio cuenta de que en aquellas hojas, aparentemente inocentes, figuraban datos comprometedores de la casa en la que había estado internada hasta su traslado allí, a Toledo. La letra era de doña Adelaida; la conocía bien.

—Dame eso. —La monja le quitó de un violento tirón los papeles recogidos—. Y vete ya.

El día en el que la hermana Francisca estaba al borde de la muerte, aprovechando que era la encargada de servirle, pidió quedarse con ella para atenderla en sus últimos momentos de vida. «Qué corazón tan cristiano tiene esta Clarita», oyó murmurar a otra de las religiosas mientras se alejaban por el corredor, respetando el recogimiento de semejante trance.

Clara acercó la silla al borde de la cama, se sentó y aproximó su cuerpo a la moribunda para hablarle al oído:

—Hermana... Ya queda poco, el viaje está acabando. Dígame dónde guarda el manuscrito de doña Adelaida.

—No sé... qué dices..., no... —La agonía le anulaba la fuerza en la garganta y los pulmones. No disponía de la energía necesaria para hablar.

—Sé que usted custodia los documentos que no pueden perderse, alguien ha de conservarlos. Por Dios, hermana Francisca, usted ya se marcha de este mundo, dígame dónde está el manuscrito.

Pero la mujer apenas ya si respiraba. Aun así, hizo unos últimos gestos con los que parecía querer decir algo. Clara se le acercó todavía más, hasta casi echársele encima, sin dejar espacio entre ella y la boca de la mujer. Intentaba descifrar alguno de los sonidos intermitentes que emitía, y lo único que pudo entender fue «el crucifijo».

Con el último aliento, Clara, postrada ante la cama de la hermana Francisca, ya en brazos de Dios, se quedó mirando la mesilla de noche durante unos minutos que se le hicieron eternos. Paralizada por el miedo que invade cuando se está a punto de cometer una acción indebida.

Pero... ¿quién decidía lo que era, o no, correcto? Porque Clara tenía claro que encerrarla en contra de su voluntad en un lugar como la Casa del Pecado Mortal no era lo correcto; que quitarle a su hija, una niña que le pareció preciosa en los escasos segundos que pudo verla mientras se la llevaban corriendo, no era lo correcto; o que destrozarle la vida, rajándola en carne viva para causarle estragos irreversibles, tampoco era lo correcto.

Nada de lo que había vivido era lo correcto. Así que, cuando su cuerpo consiguió recuperar el movimiento tras la rigidez, abrió el cajón de la tosca mesilla de madera y extrajo los papeles que intuía que la hermana Francisca guardaba. Sobre ellos encontró un misal, varios pañuelos de algodón bordados con sus iniciales y un rosario con las cuentas de nácar, que retiró cuidadosamente. Y como si se tratara de un delicado tesoro, cogió aquellas hojas sueltas por si un día cobraban algún sentido que entonces desconocía. Siguió buscando, sin éxito, el resto del manuscrito.

Estaba coja. Aquella mesilla feúcha, mal hecha, cojeaba entonces y seguía igual. Intacta. Mismo defecto en mismo lugar. Como Clara. Allí estaba, con tres personas a las que apenas conocía,

compartiendo con una de ellas el paso por el infierno antaño y una escena, en el presente, que nunca pensó que pudiera ocurrir. Ya estaba todo cerrado y olvidado; no había necesidad de remover el horror deliberadamente arrinconado en la memoria de lo que nunca debería haber pasado.

A ella también le pidieron, en el infierno, de manera incansable, por métodos que atentaban contra la dignidad, que se arrepintiera, pero el precio del arrepentimiento, al igual que el de lo que aquellas religiosas y quienes las sostenían moral y económicamente entendían por pecado, era muy elevado; tanto como no arrepentirse.

Mientras sostenía el manuscrito entre las manos, en el rostro de Carlota afloraron lágrimas a borbotones que le nublaron la visión. Se lo devolvió a Rodolfo.

—No nos precipitemos, mirémoslo bien —intentó reconfortarla de su decepción—, puede que encontremos algún dato interesante.

Carlota inspiró profundamente para acompasar la respiración antes de hablar:

—Si hay páginas arrancadas, me temo que no habrá nada que hacer. Ni tampoco será casualidad, porque no creo que justo en aquellos meses hubiese muchas marquesas encerradas allí.

—¿Marquesa? —se le escapó a Clara, era evidente que involuntariamente.

—Sí, marquesa de Peñaflorida. Mi marido ya ha muerto. ¿Por qué? ¿Te extraña que sea marquesa?

—No, no, por nada —respondió, aturdida—. Es que sí recuerdo que alguien, pero no sé en qué momento, comentó que había dado a luz una mujer de la alta sociedad, poseía un título nobiliario, o aristocrático, no sé, tal vez el de marquesa.

Lo que recordaba, pero sus palabras no decían, era que los nombres, las descripciones de las internas y de sus familias, y las referencias a los adoptantes se colocaban en la lista en función de su riqueza y alcurnia. Es lo que recordaba de los papeles que guardaba la hermana Francisca. Todo ello escrito con el tono atormentado de una mujer que intentaba redimirse tarde. Demasiado tarde. Doña Adelaida no debió de morir en paz.

También tuvo claro entonces que era más que probable que el hijo de Carlota y Rodolfo hubiera sobrevivido y hubiese sido entregado a una familia a cambio de dinero para la hermandad. Porque eso fue lo que ocurrió con la criatura que parió una marquesa en la aciaga noche tormentosa de principios de octubre de 1896.

—Mira, Clara, en esta página se habla de María Fernanda, tenías razón. —Rebeca se iba animando con el hallazgo, a pesar de todo. Se consolaba pensando que menos tenían antes de visitar el beaterio—. Pero... creo..., a ver..., que su nombre real era María... ¡Sí! María, aquí lo pone.

—Nadie utilizaba su nombre real, entonces —dijo Clara.

—Nadie —remató Carlota con amargura—. Nos borraban el nombre en un intento de borrarnos a nosotras, de borrar quiénes éramos.

—¡Es increíble! —Rebeca seguía tirando del hilo de las mínimas pistas halladas—. Consta, de puño y letra de alguien que no podía ser doña Adelaida, que el rastro de María Fernanda se perdió y los pocos indicios que tenían sobre lo ocurrido sugerían que podría haber muerto bajo circunstancias sospechosas.

—¿Sospechosas? ¿Y por qué dices que eso no lo escribió doña Adelaida? —quiso saber Carlota.

—Pues porque en esta otra anotación se dice que la tal María Fernanda se mantuvo hasta el último momento acompañando a

doña Adelaida. Vamos, que estuvo presente cuando esta murió.

—No tenemos mucho tiempo —reaccionó Rodolfo—. A ver qué podemos llevarnos de aquí.

Escudriñaron con minuciosidad lo que quedaba intacto del manuscrito. Tal y como Clara les había contado, en él se describían las adopciones ilegales, y eso abonó el camino hacia la esperanza.

—¡Hay otra cosa! —exclamó excitada Rebeca—. Se menciona a un «hijo de sangre noble».

—¡Qué más! —Carlota no tenía mucha más paciencia, habían sido demasiados los años de espera y apremiaba la impaciencia, mala compañera de situaciones como la que estaban viviendo.

—Oh, no, la información está incompleta, seguramente lo que falta pueda estar en las hojas arrancadas. ¡Mirad! Aquí —señaló una borrosa anotación—, parece estar datado «Oct...», pero falta el año.

A Carlota le fallaron las piernas y se asió fuertemente de la mano de Rodolfo, que entendió lo mismo que ella y que Rebeca. Su hijo nació en octubre.

Clara ató cabos, aunque ya pocas dudas le quedaban: la marquesa podría ser la mujer de elevada posición social que dio a luz a aquel niño entregado a una de las más influyentes familias de Madrid. Así lo entendía. Pero calló. Empezaba a pensar que quizás fuera una equivocación haber aceptado ayudarles, pero ya era demasiado tarde. Claro que cuando lo hizo no podía sospechar que se tratara precisamente del caso cuyo historial fue arrancado del manuscrito de doña Adelaida. Esa quizás fuera la razón de los mensajes amenazantes que estaba recibiendo últimamente, no sabía de quién, para que no colaborara en las indagaciones que llevaba a cabo Carlota de Peñaflorida. Alguien les seguía, era evidente. Se vio ahogándose en un inmenso océano de dudas y temores.

—Tenemos que irnos —conminó Rodolfo—. Dame el crucifijo, Rebeca, hay que dejar esto como estaba o, al menos, lo más parecido, para que nadie note nada.

—¿Nadie? ¿Quién va a volver a entrar aquí?

—Por si acaso, yo ya no me fío ni de mi sombra.

Con suma diligencia, Rodolfo intentó restaurar el trozo de pared horadado y colocaron todo en su sitio. Más o menos...

Justo en el último segundo, cuando arrinconaban la mesilla contra la pared, junto a la cama, apareció doña Eulalia, encorvada por el paso del tiempo y la pesada carga de los abominables actos encubiertos. Esta vez se mostró amable:

—Venía a buscarles. Es hora de que se marchen. ¿Cómo han ido sus oraciones por la memoria de doña Adelaida? Habrán podido rezar con la tranquilidad necesaria, ya han visto que aquí se respira paz.

Unas desagradables náuseas ascendieron hasta la garganta de Carlota, que creyó estar a punto de vomitar.

Clara, desde el hallazgo del manuscrito oculto en la pared, había enmudecido.

Más adelante, al recorrer el pasillo contiguo camino a la salida, repararon en una hornacina cegada con ladrillo tosco, donde antaño habría estado una imagen devocional. Allí también podían haberse guardado documentos, protegidos por el olvido y la apariencia de abandono. El beaterio, aunque dormido, aún conservaba sus secretos, pensaron.

—Hermana Eulalia —dijo de pronto Carlota—. Me gustaría hacerle una pregunta.

—No sé si está en mi facultad responderla. Usted dirá, hija.

—¿Qué pasó con María Fernanda?

—¿María Fernanda? Qué pregunta tan extraña es esa. ¿Por qué se interesa por ella?

—Es... —intervino rápidamente Rebeca— porque hemos oído que cuidó a mi tía hasta el final. Y queríamos agradecerle esa buena acción tan cristiana.

—Me temo que no va a poder ser. No tenemos ni idea de lo que fue de ella.

—¿Seguro, hermana? —Carlota estaba a punto de cruzar una línea roja.

La momentánea amabilidad mostrada por la anciana desapareció como si la sombra de un nubarrón la hubiera anulado. Acudió a su boca el tono severo del principio:

—Claro que estoy segura.

—Creo que debemos marcharnos ya —convino Clara, que por fin se decidió a hablar, estaba deseosa de que la visita terminara.

—En cambio, yo creo que todavía no —dijo cortante Carlota—. Hermana..., ¿sabe qué necesitan nuestras almas?, además de honrar la memoria de doña Adelaida, por supuesto.

¡Cómo le costó pronunciar las últimas palabras!

—¿Que Dios os perdone por vuestros pecados, como desearía cualquier buen cristiano? —quiso entender la anciana.

—No exactamente.

—Bueno, a ver..., se refiere a qué necesitan además de eso. Es lo quería decir, ¿verdad? —Rebeca intentaba que la hermana Eulalia no se cerrara a contar nada más si desconfiaba demasiado.

—Nuestras almas necesitan alcanzar la paz, salir del estado de desasosiego en el que se hallan —afirmó Carlota.

Ahí le tocó una fibra sensible a la anciana y despertó su curiosidad:

—¿Y se han arrepentido esas almas?

Una valla incandescente se erigía entre lo que Carlota habría querido decir y lo que debía decir en ese momento. Pero, en la necesidad de conseguir información que pudiera ayudar a encontrar a su hijo o a saber qué fue de él, por primera vez desde que su marido ordenara su encierro en la Casa del Pecado Mortal, temblándole el corazón más que la voz, afirmó:

—Sí, hermana. Claro que me arrepentí por lo que hice.

El resto del grupo calló, otorgando con su complicidad la respuesta a la pregunta que la anciana debía de estar haciéndose.

—Entiendo... Se trata de tu alma, en concreto.

—Así es. Y usted podría hacer algo por ella, podría ayudarme, porque seguro que dispone de alguna información que me serviría de mucho.

—Dudo que pueda ser así.

—No queremos molestarla más —dijo Rodolfo, encabezando la despedida.

El grupo emprendió la partida, pero Carlota se quedó rezagada para realizar un último intento.

—Hermana —bajó la voz hasta el susurro para favorecer, así, la sensación de intimidad con doña Eulalia—, ayúdeme a salvar mi alma descarriada y paliar la angustia que me atenaza. Se lo suplico… Me atormenta mi pecado que no puedo confesar.

—Ya veo… Grave será tal pecado para que esté así. Está bien. Ahora recuerdo que María Fernanda llegó a comentar que iba a ir a cumplir un encargo de doña Adelaida a la capilla de una institución madrileña llamada..., no estoy segura, creo recordar que mencionó algo así como Casa del Pecado Mortal. ¿A ustedes les suena de algo...?

# Capítulo 38

Caía la tarde, y a lo largo del recorrido de lo que iba a convertirse en la Gran Vía dentro de unos años, los contrastes lumínicos dotaban de cierto aire fantasmal el paisaje de grúas y elementos característicos en cualquier escenario de la construcción.

Les costó acceder al lugar. A Carlota se le encogió el corazón al contemplar el enorme socavón abierto en el sitio en el que antes se erigía el vetusto y siniestro edificio de la Casa del Pecado Mortal. A pesar de que pudiera parecer lo contrario, la destrucción de la podredumbre humana no resulta nunca una experiencia gratificante, y menos aún si, como era el caso de Carlota, se ha sufrido su zarpazo hasta los límites más insoportables. Porque destruir esa podredumbre supone que existió, y eso sí que golpea duro.

Rodolfo tiró de ella, no era momento de dejar que los recuerdos paralizaran sus acciones, por más que lo comprendiera. «Nunca podré hacerme a la idea, y mira que lo intento, de la dimensión de tu padecimiento», le dijo cuando fue a verla a Madrid después de haberla echado de su finca al enterarse de que tenía un hijo, que les había sido literalmente robado. Un ser de las entrañas preñadas de su amor con cuya vida alguien había ganado dinero.

—¡Allí! —gritó Rebeca.

—Shhhh... —reconvino de inmediato Rodolfo—. Hemos de tener cuidado de que no nos descubra nadie, baja la voz.

—Tienes razón —ahora Rebeca susurraba—. Mirad allí, creo que es lo único que queda. Lo demás es basura.

Señaló una montaña deslavazada de papeles apiñados en un punto concreto de los escombros. Tenía razón en que eran los únicos restos del interior de la Casa que todavía no habían sido retirados.

Se acercaron sorteando los obstáculos propios de unas obras de demolición. Durante una hora escarbaron, removieron, quitaron tierra y piedras, pero nada. Los papeles que iban encontrando contenían información irrelevante para sus fines. Hasta que hallaron tres archivadores casi destrozados con la inscripción «CONFIDENCIAL» en el lomo y las tapas, lo que les indujo a pensar que, por fin, iban a tener algo importante y que la búsqueda había merecido la pena.

—No puedo creer que esté vacío. —Carlota cayó por otro abismo de decepción, que contagió a los demás y fue en aumento al ir abriendo los otros archivadores.

—Todos están vacíos. —Qué no habría dado en ese momento Rodolfo por haber podido decir lo contrario.

—¡Te equivocas! —volvió a gritar Rebeca.

—¡Shhhh! ¡Por Dios, Rebeca, que van a descubrirnos! —Esta vez, Rodolfo le tapó la boca con la mano.

—Vale, vale, tienes razón. Me dejé llevar por la emoción. Aunque, bueno, a lo mejor no es nada importante. Veamos...

La hermana de Carlota acababa de encontrar una carpeta de cartón con visibles signos de deterioro, olvidada entre papeles aparentemente intrascendentes, difícil de dar con ella si no fuera porque revolvieron hasta el último rincón al que tuvieron acceso, llenándose de polvo y tierra hasta las cejas. Apenas quedaba ya luz. Rodolfo extrajo del bolsillo un mechero de yesca, hizo girar con el pulgar una ruedecilla que, en contacto con la pieza de piedra, produjo una chispa, y una llama amarilla surgió de inmediato.

—¿Desde cuándo fumas? —le preguntó Carlota, asombrada.

—Hay muchas cosas que no te he contado. —La sonrisa que se dibujó en su boca llenó a Carlota de vida y de los gratos recuerdos de sensaciones olvidadas. ¡Cuánto tiempo había añorado esa sonrisa!

No era momento para evocaciones, sino de pisar el presente poniendo el máximo interés en él y concentrando los esfuerzos que fueran posibles.

El interior de la carpeta, también vacía, salvo un pequeño detalle en el que repararon, contenía un trozo de papel que claramente formaba parte de un documento que alguien no rompió tan bien como hubiera deseado. En él constaba una anotación a lápiz que parecía escrita con prisa, hecha para organizar una entrega, en la que podía leerse: «Consultar a E. Álvarez —antiguo portero, Casa del Pecado M.—. Hablar con él antes de destruir nada».

No había más detalles, pero eran suficientes.

—E. Álvarez... —repitió Rebeca intrigada—. Bueno, por fin un hilo del que tirar.

—¿Sabes de quién puede tratarse? —preguntó Carlota a Clara.

La actitud de Clara arrojaba más dudas que certezas.

—Puede... Pero no lo sé con seguridad. Simplemente me suena de haber escuchado decir su nombre alguna vez, pero nada más.

—Entonces, ¿no conociste a ese hombre?

—No, al menos que recuerde.

Si las páginas se habían perdido, quizás E. Álvarez aún conservara en la memoria —o en algún rincón escondido, quién sabe— parte de su contenido.

Tenían que buscar al tal Álvarez.

Con esa idea y la vigilante mirada de un hombre de aspecto siniestro, vestido de negro posiblemente para que su silueta no fuera fácil de detectar, escondido en un rincón desde el que pudo seguir

todos y cada uno de los movimientos de los intrusos en aquel escenario fantasmagórico, abandonaron el lugar.

***

Era muy temprano. Por la céntrica calle de la Cabeza, ubicada entre la de Atocha y Lavapiés, se diseminaban discretas entradas de portales que conducían a patios interiores. Era una vía muy popular, llena de pequeños comercios, talleres y fondas, perfecta para pasar desapercibido, agitada durante el día y sigilosa de noche. La papelería ocupaba el bajo de un edificio de vecinos.

Luis descendió con cautela por la angosta escalera de piedra. Había pronunciado la contraseña que le dio Anselmo y aguardado unos segundos interminables antes de que la puerta de madera, reforzada con cerrojos por dentro, se entreabriera. Una voz seca, tras inspeccionar su aspecto de arriba abajo, le indicó que pasara. Al cruzar el umbral, lo envolvió un olor espeso, un tanto desagradable, mezcla de tinta y metal caliente.

La imprenta ocupaba un sótano alargado, de techos bajos y paredes de ladrillo desnudo. En el centro dominaba un monstruo dormido de hierro negro, la Minerva, una prensa manual que exigía destreza para cada tirada. Sus brazos de hierro estaban bruñidos por el uso, y el rodillo entintador giraba con un zumbido grave y constante, como un corazón mecánico.

En una mesa lateral se apilaban resmas de papel basto, junto a moldes de plomo meticulosamente alineados en cajas de tipografía. Había también cajones con letras sueltas, herramientas de corte, tarros de tinta negra y roja, y un cenicero lleno de colillas consumidas a medias. Un reloj de péndulo, colgado en la pared del

fondo, marcaba el tiempo con un tictac desafiante bajo aquel techo de clandestinidad.

Un candil permanecía encendido sobre un banco de trabajo. La escasa luz eléctrica se reservaba para el centro de la máquina. «Cuanta más oscuridad, más tranquilidad», sentenció el dueño con aspereza, un hombre de estatura mediana, barba entrecana y gesto adusto, que lo observaba desde detrás de una pila de pliegos recién impresos.

—¿Qué encargo trae? —preguntó sin rodeos y sin tenderle la mano.

Luis alzó la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—Un tiraje breve. Necesito unas hojas numeradas, bien cuidadas. Imitación de documento oficial, pero sin membrete. Solo el cuerpo del texto.

Marcial Elías lo escrutó, con la mirada afilada de quien ha aprendido a desconfiar de todo. Se secó las manos en un trapo y dio unos pasos hacia él.

—¿Y por qué aquí? ¿Quién le ha hablado de este sitio?

—Represento a un empresario interesado en protegerse de cualquier conflicto legal que pudiera surgir en relación con un asunto importante —mintió—. Ya me entiende...

—¿Cómo de importante?

—Obras. Las de la Gran Vía.

—Ya veo... ¿Quién lo ha enviado aquí?

—No puedo revelar su nombre.

—No puede decirme de parte de quién viene, tampoco me dirá para quién trabaja, ¿a que no me equivoco? Entonces, ¿cómo sé que puedo fiarme de usted?

—Eso no puede saberlo. Así que no le queda otra que fiarse.

—¡Traiga! —Le quitó de un manotazo el documento que Luis sostenía en las manos—. ¿Y la firma?

El joven le extendió un trozo de papel con un garabato, que se sacó del bolsillo.

—Me gustaría ver antes alguna prueba de que su trabajo es bueno. ¿Puede enseñarme alguno de esos borradores o la copia de un documento firmado? Lógicamente solo quiero comprobar que parezca real.

—¡Juventud! No tenéis ni puta idea de lo que es trabajar de verdad —fue lamentándose mientras recogía unos papeles de un mostrador.

Aprovechando que por unos segundos Marcial le dio la espalda, Luis, que había estado mirando furtivamente todo a su alrededor, sustrajo un documento en el que le pareció haber visto el encabezamiento de la empresa Obras y Edificaciones de Madrid y se lo guardó. Fue rápido.

—Mire. —Marcial le mostró el papel sin soltarlo—. ¿Satisfecho?

—Es lo que me habían dicho, que es muy bueno.

—¡Bah! —respondió entre sobrado y displicente—. Vuelva esta noche. A las diez estará listo.

Aquella misma mañana, en otro lugar de Madrid, la calle de San Justo, junto a la iglesia del mismo nombre y muy cerca de la plaza de la Villa, Rebeca y su hermana llevaban horas sumergidas en documentos oficiales. Uno les remitía a otro, y este a uno nuevo, que, a su vez, establecía conexión con varios más. Era como tirar de un hilo inacabable. Se encontraban en el Archivo Diocesano del palacio arzobispal.

Muchos escritos, actas, certificados, pliegos, pero, en cambio, muy poca información útil. Resultaba desesperante, a pesar de que no estaban dispuestas a perder la esperanza. Pensaban que menos tenían antes de empezar juntas la búsqueda. En el caso de Rebeca, lo que había estado intentando sola durante años no había dado ningún fruto. Ahora era diferente. Estaban unidas y con unas inmensas e imparables ganas de encontrar al hijo de Carlota y Rodolfo, costara lo que costara.

Lo primero que habían solicitado al archivero era un inventario de instituciones religiosas, establecimientos espirituales y casas de recogimiento bajo la supervisión del arzobispado entre los años 1880 y 1905. Encontraron un registro encabezado por el epígrafe «Instituciones de recogimiento y amparo de mujeres descarriadas».

—Esto ya lo solicité yo en los años en los que estuviste oculta en Cangas de Onís, y no encontré nada que me pareciera relevante.

La ofuscación de Rebeca no le impedía seguir buscando sin detenerse más que de vez en cuando, a resoplar de frustración.

—Ya sabes lo que dicen: cuatro ojos ven más que dos. —Carlota, aunque no lo estaba, intentaba demostrar que se mantenía tranquila.

Se dirigió al mostrador, donde el archivero, dejándose llevar por un manifiesto aburrimiento, pasaba lentamente las hojas del periódico del día anterior.

—Disculpe. ¿No hay ningún otro tomo de casas de recogimiento del período que le hemos pedido?

—Les he dado todo lo que hay.

—¿Está seguro?

El hombre, que respondía sin retirar la vista del periódico, la levantó entonces para contestarle a eso:

—¿Está diciendo que no hago bien mi trabajo?

—No, no, perdone si es lo que ha podido parecer. En absoluto. Es solo que no encontramos nada en esos libracos y nos parece extraño.

El archivero reaccionaba pausadamente, era un hombre lento de actitud y parco en respuestas.

—En la estantería no hay nada más.

—No lo dudo, pero... ahora no parece que haya mucho trabajo —la sala estaba vacía, solo ellas dos—, ¿sería tan amable de mostrarme algún otro estante? Es posible que así me inspire para buscar por otro camino que quizás sea más fructífero.

—No.

—Pero no entiendo por qué. Si estuviera hasta arriba de trabajo, no le molestaría. —Se acercó a él como si fuera a contarle un secreto—. ¿Sabe?, mi hermana es una reconocida genealogista que trabaja para algunas de las familias de más abolengo de todo Madrid —aquello fue una mentira a medias—, ya sabe, grandezas de España como poco.

—Yo no entiendo de esas cosas, pero tampoco hay mucho más por encima de un grande de España, ¿no...?

—Hummm... —Carlota improvisaba a toda prisa mientras, desde su mesa, Rebeca observaba la maniobra de su hermana—, lo hay, lo hay.

—Yo solamente entiendo de asuntos religiosos —reconoció el archivero—. ¿Y dice que es gente muy importante?

—Sí, señor.

—Entonces, su hermana también será importante.

—Lo es. —Tuvo que contener una risa que a punto estuvo de escapársele.

Echó un vistazo a su alrededor, haciendo ver que comprobaba si el escaso trabajo le permitía ausentarse unos minutos, y la invitó a

adentrarse en los archivos.

La acompañó hasta la zona en la que estaba lo que le interesaba.

—¿Lo ve? Le he dado todo lo que había.

—¿Cree que pueda existir algún tomo o carpeta de instituciones, digamos no oficiales, pero que le constara al arzobispado?

En realidad, más que constarle, tenía potestad sobre ellas bajo la sombra de la ocultación. Una tácita clandestinidad.

—Señorita, la Iglesia siempre va por derecho.

Pues ella, sin embargo, había conocido uno de sus caminos más torcidos.

—Claro. Pero siga trabajando, no quiero hacerle perder más tiempo. Voy a echar un vistazo rápido para ver si me inspiro y cojo otra ruta de investigación más eficaz.

—No se demore mucho, o tendré que venir a echarla, y no sería conveniente. Yo no debería dejar el archivo mientras haya alguien dentro.

—No se preocupe, ni dos minutos tardaré. Le doy mi palabra.

Mientras hablaba con el hombre, Carlota había localizado una carpeta separada de las demás que le llamó la atención. No era voluminosa. En el lomo, escrito a mano con una caligrafía de trazo perfecto, podía leerse: «Las arrepentidas». Se imaginó que aquellas dos palabras eran dos espadas que le atravesaron el corazón. Eso fue lo que sintió.

Se dio prisa en coger otra, irrelevante para sus objetivos, ni siquiera se detuvo a leer su epígrafe, pero que fuera lo suficientemente ancha para poder camuflar la que le interesaba.

—He cogido esto. —Tenía que mostrárselo al archivero pero lo hizo con una rapidez que únicamente le permitió anotar la referencia.

Impaciente, se lo enseñó a Rebeca.

—Tiene que haber algo aquí, hermana, tiene que haberlo.

—Tranquila, repasémoslo entre las dos. Tengo la intuición de que vamos a encontrar algo.

La misma intuición que había tenido Carlota al ver las dos palabras que le golpearon en el desangelado pasillo estrecho del archivo.

«Las arrepentidas»...

Los legajos extraídos correspondían a una casa situada en el antiguo distrito número 10, según la división administrativa municipal.

—¿Qué distrito es ese? —preguntó Carlota.

Rebeca se movía con agilidad armada de una lupa y un lápiz, hasta que pudo darle la respuesta definitiva:

—¡El distrito del Hospicio!

—¿Y...? —Carlota no acababa de entender la euforia de su hermana.

—¡Es al que pertenece la calle del Rosal! Y, por tanto, la Casa del Pecado Mortal.

—Entonces..., ¿estamos ya en el camino?

—¡Sí, Carlota, sí! —Se abrazaron.

—Señoras, por favor, guarden silencio. —El archivero, a pesar de que la sala estaba vacía, cumplió con su cometido de mantener el aforo con el consabido orden impuesto por las normas establecidas.

Carlota y Rebeca continuaron inmersas en la búsqueda, animadas por el último hallazgo. Lo siguiente que encontraron fue correspondencia de «la superiora de *la casa* y el vicario general entre los años 1894 y 1897».

—Yo estuve en el noventa y seis. *La casa* no puede ser otra que la del Pecado Mortal. Rebeca, creo que nos adentramos en una senda muy certera. ¡Son cartas escritas por doña Adelaida! ¿Ves algo interesante en alguna de ellas?

Su hermana leía en diagonal a velocidad de vértigo, guiada por la excitación del material que tenían entre manos.

—De momento, nada. Tan solo asuntos prácticos. Una petición de fondos para arreglar el tejado, autorización para celebrar misa los domingos... Son cartas redactadas en un tono sumiso pero firme. Aquí le agradece los donativos de una familia benefactora de muy alta posición, dice.

—¿Crees que sería Julián?

—Es posible. —Rebeca no despegaba la vista de los papeles—. Aquí hay un informe que corresponde..., a ver..., a una visita pastoral a la casa, es de un año antes de tu parto. Por lo que parece, se trataría de una inspección rutinaria realizada por un delegado del arzobispo. Te leo lo que dice: «El recogimiento de la calle del Rosal acoge a mujeres arrepentidas en régimen de internamiento voluntario».

—¡Pero eso es mentira! —exclamó indignada Carlota—. Nadie iba allí voluntariamente.

—Calma, hermana... Qué iban a decir ellos. Sigo leyendo: «La casa se mantiene en estado aceptable de limpieza. Se recomienda reforzar la vigilancia nocturna por incidentes recientes. El portero ha sido reprendido por exceso de celo» —Esta última frase llamó la atención de Rebeca—. ¿Qué querrían decir con esto?

—En lo único interesante que encontramos entre los escombros de la Casa del Pecado Mortal: se mencionaba a un antiguo portero al que convenía consultar antes de destruir nada que pudiera tener valor —recordó Carlota—. ¡E. Álvarez!

—He encontrado otra carta de doña Adelaida al vicario, esta también de 1896, el año que nos interesa. El contenido tiene que ver con el traslado de algunas internas «por razones disciplinarias». Pero esto sí que es raro... Hay una anotación al margen, en la esquina

inferior, que es de otra letra distinta, y está hecha a lápiz, no a pluma. Esto no lo escribió doña Adelaida.

—¿Y qué pone?

—«Se recomienda discreción en el trato con Eugenio Álvarez, el portero —leyó Rebeca—. Conoce los movimientos. No hablar delante de él de los traslados».

—Está claro que Eugenio Álvarez vio, escuchó y tal vez también calló más de lo que habrían querido quienes regentaban la casa.

—Entonces habrá que buscar al tal Eugenio para que por fin hable y cuente todo aquello que en su día calló.

# Capítulo 39

Le vino a la memoria el recuerdo de Esteban, su amigo el médico, y los paseos por Cangas de Onís mientras mantenían conversaciones que quedarán guardadas para siempre en su corazón. A sus cuarenta y tres años pensó en lo que había sido su vida y empezó a sentirla como si fuera la de otra persona. Una vida ajena, que ella no hubiera vivido. No era la misma mujer que había luchado por sobrevivir tras la pérdida de su hijo y huyó del zarpazo mortal que quiso asestarle su marido. Seguir caminando con heridas que no se cierran resulta difícil y, como en el caso de Carlota, doloroso. Pero ayudaba sentir que todo aquello no solo formaba parte del pasado, sino que correspondía a otra persona.

En aquel preciso instante lo que importaba era que se encontraba en el interior de un vehículo motorizado en compañía de Rodolfo camino de la nueva Hacienda Valderroca. Juntos. «¿Sabes que a estos coches los llaman carruajes automóviles? La mayoría viene de Francia, como este Peugeot. Hay todavía mucha gente que se niega al progreso». El empresario, que ya llevaba días en Madrid, tenía que regresar para tomar algunas decisiones sobre la cosecha y le rogó a Carlota que lo acompañara, «Te irá bien salir de la capital, el campo ayuda a despejar la mente», le dijo para convencerla. Y aunque ella se resistió al principio, terminó por aceptar. ¿Qué mal podía hacerle estar unos días a solas con él fuera de la capital?, pensó, y ahí estaba, camino de Navalcarnero. Rumbo a los recuerdos

del mejor momento de su pasado: cuando fue feliz descubriendo la verdadera dimensión del amor junto a Rodolfo.

Camino de lo inevitable. Porque ambos sintieron que era inevitable lo que acabó sucediendo.

Los sonidos que envolvían los viñedos volvieron a rodearlos amorosamente: el canto lejano de los pájaros, las voces de los trabajadores, el viento suave silbando entre las hojas de árboles. Pero, para ellos, todo desapareció, dejando presente solo un instante que, aunque había tardado demasiado tiempo en llegar, parecía que el tiempo mismo lo hubiera ido preparando.

Al volver a encontrarse estaban marcando la renovación de un lazo que nunca se rompió del todo y que estaba destinado a resistir el paso de los años y la pena por la lejanía.

Saborear momentos suspendidos en el espacio y la memoria durante dos largas décadas, que ahora se recobraban con las ansias de recuperar lo que les fue usurpado.

Todo cuanto necesitaban para rozar la felicidad lo tenían en la nueva finca de Rodolfo, convertida en un remanso que ayudaba a Carlota a recomponerse de los estragos del dolor.

Correr y detenerse. No mirar atrás, antes; marchar solo hacia delante, ahora, con el impulso del pasado.

Superar los recelos del primer momento del reencuentro y los posteriores malos entendidos.

Superar el miedo.

Las dudas se diluían entre los vapores del vino y en el estrecho espacio que sus cuerpos permitían cuando se enredaron celebrando la llegada de la noche. Ese vino con el que brindaron, fruto del esmero con el que Rodolfo cultivaba sus vides, les supo a los besos que habían vuelto.

Se dijeron palabras breves, muchas, que fluían entrecortadas mientras las manos libraban la mejor de las batallas. Redescubrieron el olor de sus cuerpos cuando se fundían, el tacto de la piel desnuda, la música de sus jadeos cuando alcanzaban la cima del delirio... Y así, se desbordaron en aquella noche soñada sin saberlo.

Oscuridad, silencio... y el éxtasis del amor recobrado.

La bruma de los sentimientos adquirió otro tono con la llegada del nuevo día.

Desperezarse y volver a amarse.

El efluvio del amor desesperado en la espera comenzó a disiparse en el humo del café.

Todavía con los efectos de la resaca amorosa visibles en sus cuerpos y en sus gestos amodorrados, se sentaron a desayunar en el porche.

Rodolfo observó a Carlota recostarse en el asiento y exponer el rostro a los rayos del sol con los ojos cerrados, disfrutando del momento, y el mundo recobró su sentido.

***

A la hora convenida, puntual, diez de la noche, Luis se presentó en la imprenta de Marcial Elías.

—¿Tiene ya lo que le encargué?

—Adelante... Aunque creo que antes tiene alguna cosa que contarme, ¿no...?

Su actitud desafiante desconcertó al joven periodista.

—No entiendo...

—Mira, jovencito —que pasara a tutearlo, después del respeto mostrado en su anterior visita al creer que venía de parte de un pez gordo, no presagiaba nada bueno—, soy perro viejo y llevo en este

negocio posiblemente el doble de años de los que tienes tú. A mí no me la pegas, esto que me has dado —blandía el supuesto trabajo que le había encargado— no sirve para nada. No es nada. Si quieres salir íntegro de aquí, empieza a cantar. ¿Quién eres? Y, sobre todo, ¿qué andas buscando?

Se le había aproximado hasta hacerlo sentir incómodo.

Luis no respondió enseguida, en cuestión de segundos debía elaborar un nuevo plan. Sacó la copia de un contrato que estaba rubricado con una firma dudosa, y lo dejó lentamente sobre la mesa que estaba a su lado.

—Estoy buscando al autor de esto —dijo en voz baja—. La tinta, el tipo de letra, las iniciales..., todo me traía hasta aquí. «M.E.». Eso dice la esquina inferior. Y creo que usted puede saber algo.

—¡Lo sabía! Eres un farsante.

—No exactamente. No corra tanto. Mírelo. ¿Podría saber de qué se trata?

Marcial hojeó el papel, sosteniéndolo contra la luz del candil. Su rostro no se inmutó.

—Y si lo supiera, ¿por qué tendría que decírtelo? ¿Quién eres? ¿Qué esperas de mí?

—Nada que lo comprometa. Solo que me diga si ha visto documentos como este, si le suenan los nombres de ciertas empresas. Sospecho que pueda existir una red de compra de terrenos bajo firmas falsas. Algunas expropiaciones podrían haber sido ilegales. Y alguien ha usado imprentas clandestinas para simular autenticidad.

Marcial se rascó la barba en actitud pensativa, hasta que finalmente dijo, mientras le devolvía con un gesto brusco, como si acabara de picarle un mal bicho, el documento que le había mostrado para que lo analizara:

—Yo no sé nada de eso.

Fue contundente.

—Pues yo, en cambio, creo que sí. A usted lo conoce bien un linotipista de mi periódico, y él no suele equivocarse nunca.

—Vaya, vaya, así que es usted periodista. ¿Y cómo se llama ese hombre?

—Eso qué más da.

Marcial hurgaba con la mirada en las verdaderas intenciones del joven desconocido.

—¿Y qué gano yo con todo esto?

—Habrá sido honesto contando la verdad.

—¡Ja, ja, ja! ¿De dónde sales, muchacho? Con la verdad no se come —replicó Marcial.

—En la cárcel tampoco.

Silencio.

—Pero tú mentiste esta mañana. ¿Cómo te atreves a hablar sobre la verdad?

—Considérelo daños colaterales. Usted sabe —prosiguió decidido Luis— que con lo que hace aquí podría verse envuelto en serios problemas legales. Yo le garantizo que...

—¿Y quién es usted para garantizar nada? —le interrumpió, cortante.

—Alguien que busca la verdad y que puede salvarle el pellejo a usted, a la vez que intentar que se haga justicia para mucha gente inocente.

Luis empezaba a sudar. Le molestaba el tacto húmedo de la camisa sobre la piel. Confiaba en que el órdago que acababa de lanzar, y que estaba sintiendo como un salto al vacío, funcionara.

Tras unos segundos pareció que sí.

Marcial caminó hasta una de las estanterías y sacó un libro de tapas duras, con manchas en el lomo. Al abrirlo, aparecieron hojas impresas en distintos tipos de letra, algunas con encabezados oficiales, otras con escudos mal reproducidos.

—Aquí guardo algunas copias y borradores de los encargos que rechazo. No los rompo por prudencia. No sé si están en tus papeles, pero algunos nombres me suenan. Y sí, uno me pidió imitar una firma... Nunca volvió.

Luis lo miró, conteniendo la respiración.

—¿Podría decirme quién?

Marcial cerró el libro de golpe.

—Todavía no. Pero si no eres uno más de esos periodistas oportunistas, si de verdad quieres saber quién se enriquece con la miseria ajena, vuelve en unos días. Te enseñaré algo que no figura en ningún registro y que tal vez te sorprenda. Aquí están metidos en el ajo nombres de muy arriba. Te espero el martes a la misma hora. Para entonces lo tendré listo.

El joven asintió, consciente de que había abierto una ventana que permitía el paso a una corriente de aire peligrosa. Pero también de que estaba en la senda correcta.

***

La maleza había devorado el edificio. Fachada de ladrillo oscuro y ventanas tapiadas, rodeado de muros medio derruidos. Vidrios rotos. Hierros oxidados y humedad. El ambiente tenía algo de espectral que aterraba y ahuyentaría a cualquier visitante. Se trataba de una antigua fábrica de curtidos de pieles, cerrada desde finales del siglo pasado, situada en las afueras del barrio de Delicias, no lejos de las

vías muertas del antiguo ramal industrial que conectaba con la estación de Atocha.

Clara se adentró en aquel inquietante espacio siendo consciente de que debía anteponer la necesidad de protegerse al miedo que estaba sintiendo mientras subía los escalones de la entrada entre restos de todo tipo, anclados al mal envejecimiento del sitio. La puerta metálica cedió con un chirrido seco. Clara avanzó con paso breve, ajustándose el pañuelo sobre el cabello, y recorrió lo que en su día debió de ser un pasillo plagado de pequeños despachos.

Al fondo, una luz mortecina se filtraba por una rendija. Empujó sin llamar. Parecía imposible que, en medio de aquella naturaleza moribunda, más que muerta, hubiera vida en ningún rincón. Pero la había, exclusivamente en aquella estancia en la que el hombre con el que había quedado ya estaba esperándola. El mobiliario era escaso: una mesa de madera vieja, milagro sería que no estuviera llena de carcoma, dos sillas sin respaldo y una estufa desvencijada que no contenía brasas.

El hombre, que vestía de negro y portaba un sombrero echado hacia delante, parecía una sombra inmóvil, apoyado contra una de las desconchadas paredes. No pronunció palabra al verla entrar. Clara cerró la puerta, que no encajaba en el marco. Rebuscó en el bolso, extrajo el pliego de papeles cuidadosamente doblado y lo depositó sobre la mesa. Las hojas mostraban bordes irregulares. Algunas conservaban restos del cosido original.

El tipo no alargó la mano de inmediato. Solo después de unos segundos inclinó ligeramente la cabeza, tomó el paquete y lo deslizó dentro de su abrigo.

—¿Qué pasará ahora? —se atrevió a preguntar Clara.

—Lo que tenga que pasar —respondió lacónico el siniestro personaje.

—Supongo que cumplirá su palabra y... —no le resultaba fácil hablar sorteando el pánico que le producía aquella situación—... y que no me pasará nada. Ha estado siguiéndome y ahora ya tiene lo que quería.

El hombre se limitó a tocar con un dedo la punta del sombrero, se suponía que asintiendo.

—La persona para la que trabaja... —la mujer no sabía cómo preguntar—, se supone que estos documentos estarán bien custodiados por él, ¿verdad? Que no hará un mal uso de ellos.

—¿Ahora me sales con remilgos?

Clara daba por hecho que ese hombre que tenía delante era un intermediario, algo así como un emisario de alguien importante.

—No te preocupes, esa persona conoce bien a la marquesa y sabe lo que tiene que hacer con esos documentos.

—¿La conoce? —Eso no lo esperaba.

—Sí. La conoce bastante bien. Pero aquí las preguntas las hago yo. Y esto que te voy a decir no es una pregunta, sino una orden: a partir de ahora vas a trabajar para don Gregorio Gómez.

—¿Quién es? No sé qué quiere de mí.

—No hay nadie en esta ciudad que no sepa quién es don Gregorio —respondió con desdén autosuficiente—. Serás ojos y oídos con todo lo que tenga que ver con Carlota de Peñaflorida, pégate a ella como si fueras su sombra y entérate de todos los pasos que dé. Después, vendrás a mí a contármelo, ya te iré dando pistas para nuestras citas.

Clara no entendía de qué iba aquello.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

El hombre se incorporó del asiento hacia delante y con un tono intimidatorio le dio la respuesta:

—Es lo mejor si le tienes miedo al dolor..., ya me entiendes, tortura..., muerte accidental... Estoy seguro de que te gusta proteger a los tuyos, ¿verdad...? —Veía la nuez de la garganta de aquel hombre con pinta de bestia subir y bajar mientras hablaba—. Todos los meses percibirás una asignación por el «trabajito» —añadió el siniestro.

—¿Entonces… era usted y ese tal don Gregorio quienes han estado amenazándome todo este tiempo?

—¿Es que no ha entendido que aquí las preguntas solo las hago yo?

Abrió la puerta, descompuesta, intentando no hacer ruido, como si eso importara; cruzó el umbral y descendió las escaleras sin mirar atrás, sintiendo más miedo que cuando llegó.

El hombre permaneció durante un rato más en la gigantesca mole espectral, de brazos invisibles, con la mano aún sobre el bolsillo donde guardaba los papeles que acababa de conseguir.

Aquella noche, Clara no logró dormir. Había entregado unos documentos que habrían podido ayudar a saldar cuentas con el sufrimiento de Carlota y su familia; un sufrimiento que ella misma conocía, pero que se suponía que iban a garantizarle una seguridad que, sin embargo, no era nada segura.

Había traicionado a una mujer que, como ella, había pasado por una de las peores experiencias que puede soportar un ser humano. Hasta hace poco no la conocía, por lo que no debía importarle serle o no leal. Sin embargo, habían compartido el mismo padecimiento, que después cada una canalizaría de forma distinta. Esa unión en el dolor tejía una alianza secreta entre dos vidas que nunca debieron cruzarse.

Pero había sucedido. El azar quiso que se cruzaran. Y todo se complicaba más todavía al haberse convertido en un eslabón de la

cadena de esbirros que trabajaban a las órdenes de don Gregorio para facilitarle el camino a las fechorías que Clara daba por hecho que cometían a lo largo y ancho de la ciudad.

Había recelado de Carlota y los suyos. Aún no tenía claro si debía desvelar que poseía lo que para ellos podía ser una valiosa información, cuando se adelantaron los hombres de don Gregorio con intenciones que no alcanzaba a comprender.

Su cama y su cabeza se llenaron de fantasmas que querían rodearla con los brazos del remordimiento; ella se resistía, luchaba, se agitaba, daba vueltas de un lado a otro protegiéndose con las sábanas. Pero los fantasmas conseguían colarse y arañarle la piel mientras la estrechaban con aquellos horribles brazos, no había manera humana de echarlos de allí porque estaban dispuestos a no soltar a su presa, ahora que por fin la tenían atrapada entre sus fantasmagóricas garras.

***

Días más tarde, el martes, Luis volvió a la imprenta de Marcial Elías, tal y como habían acordado. Aún no eran las diez de la noche. Actuó con el mismo sigilo de las veces anteriores y dio los toques de rigor en la puerta de la tienda. Pero nada. Esa vez no hubo respuesta. Insistió, hasta que de la ventana del primer piso asomó una vecina:

—No se moleste en seguir llamando, ahí no hay nadie.

—Buenas noches, señora. ¿Sabe dónde podría encontrar a don Marcial? ¿Tal vez en alguna taberna de por aquí?

—¡Huy, qué gracioso eres, jovencito! El «don» no cabe en semejante petimetre.

—¿Por qué dice eso?

—Ese tipo tenía negocios turbios, ¡oscurísimos!, los vecinos estábamos hartos, no sabemos qué se traía entre manos en la trastienda de la papelería, pero seguro que nada bueno. ¡Tendría que haber visto las pintas de muchos de los que entraban ahí! No parece usted uno de ellos.

Luis sonrió.

—No, señora, yo soy gente de bien.

—Eso me parecía.

—Pero, dígame, ¿dónde cree que podría dar con él?

—¡Vaya usted a saber! —Bajó la voz poniendo tono de ir a contar un chisme—: Aunque hace un par de noches se presentaron dos hombres muy siniestros y desde entonces al tal Marcial no se le ha visto el pelo. Cerró la tienda y hasta hoy.

—¿Está diciendo que ha desaparecido?

—Tiene toda la pinta. Todo es muy extraño.

—Muchas gracias, señora, y disculpe las molestias.

Enfiló la estrecha calle, solitaria a esas horas, buscando en la oscuridad de la noche inspiración acerca de qué dirección debía tomar ahora. Porque sintió que estaba perdido.

# CAPÍTULO 40

La estancia en Navalcarnero duró poco. Quisieron regresar pronto a Madrid, donde les esperaba Rebeca, para seguir indagando en el enigma de lo que pudo haber ocurrido con su hijo.

Rodolfo se lanzó a recorrer varios distritos del centro de la capital en busca de alguna información fiable sobre Eugenio Álvarez. Intentar hallar una aguja en un pajar no habría sido más difícil. Lo que encontraron Carlota y Rebeca buceando en los diferentes archivos que habían visitado no estaba resultando demasiado útil, más allá de aclarar que el tal Eugenio existía, que había sido portero de la Casa del Pecado Mortal y que estaba al tanto de movimientos clandestinos y poco ortodoxos que allí se habían producido. No era poca cosa, no estaba mal, pero se hallaban en una especie de punto muerto.

Valderroca decidió tirar por otro camino bien distinto al de ellas, así se repartían el trabajo y el esfuerzo. Con sus contactos, al cabo de una infatigable semana y a través de un viejo empleado de sus antiguas bodegas, un hombre conocido en los bajos fondos del barrio de Lavapiés, donde muchos temporeros sin recursos sobrevivían gracias a trabajos ocasionales, consiguió una pista más concreta.

—No lo sé con seguridad, jefe, pero, por los datos que me da, podría tratarse del Eugenio que imagino. Entre los parroquianos, que hablan entre ellos lo que no deben, se dice que «el viejo Álvarez», que así he oído que lo llaman, es un tipo silencioso que carga con

una historia oscura. Aparece de vez en cuando, aunque hay quien dice que no sale de allí y que se pasa las horas acodado en la barra de una taberna de mala muerte en la calle del Oso.

—¿Sabes el nombre de la taberna?

—Entre los habituales se la conoce como la Taberna del Buitre. Pruebe ahí. No se me ocurre otra cosa.

Por la noche, durante la cena, Carlota les contó que creía haber visto apostado frente a la casa a un hombre que juraría que estaba presente la mañana en la que presenciaba el inicio de la demolición de la Casa del Pecado Mortal.

—Hoy creo haberlo visto de nuevo. Estaba frente a nuestra casa. Observándola. Creo que nos están vigilando.

—¿Estás segura, hermana?

—¿No te parece demasiada casualidad? Ese hombre nos sigue por alguna razón, y no puede haber otra que no esté relacionada con nuestra investigación sobre nuestro hijo.

—Me temo —puntualizó Rodolfo— que lo que cuentas tiene sentido. A alguien no le interesa que lo busquemos.

—No le interesa que lo encontremos. Pero eso a mí me trae sin cuidado. Encontraremos a nuestro hijo, cueste lo que cueste.

—Si está vivo. Siento decirlo así, Carlota.

Aunque pensara que Rodolfo tuviera razón en apelar a la prudencia, y por más piedras con las que tropezaran en la ruta trazada, Carlota tenía claro que nada podría detenerles.

Él intentaba restar importancia a la presencia de ese hombre, pero la cautela campaba en su interior, no podía evitarlo.

—Sigamos con lo que nos interesa.

Y les explicó lo que había averiguado aquella tarde. Parecía probable, aunque no seguro, que pudieran encontrar a Eugenio en la Taberna del Buitre. Pero Rodolfo sostenía que era aconsejable estar más seguros, afianzar más sólidamente la información sobre el personaje, porque, si daban un paso en falso, «es posible que levantemos la liebre y empiecen a cortarnos el paso, lo que nos haría retroceder en nuestras indagaciones».

—Tienes razón —reconoció Rebeca—. Hermana, ¿y si le preguntamos a Clara? A lo mejor ella conoce más detalles de ese tal Eugenio.

—¿A Clara? ¿Qué te hace pensar que ella pueda saber algo de ese hombre? Ya nos dijo que no sabía quién era.

—Bueno, era solo una idea, no sé, esa mujer también estuvo allí. —Rebeca ya no sabía de qué hilo tirar.

—Quizás no sea una mala idea —medió Rodolfo, deseoso de completar la información que había obtenido en los bajos fondos sobre el tal Álvarez.

—Algo me dice que, conociendo como conoce la Casa del Pecado Mortal, no acaba de contarnos la verdad.

—¿Eso crees? —Carlota se sorprendió.

—Sí, pero es sólo una intuición.

Por la noche, Rodolfo abrazaba a Carlota en la cama. Los besos, el bálsamo que les faltó durante los años de ausencia, emergían convertidos en la lava de un volcán en el que estallaron caricias acaparadoras de cada retazo de piel.

Lejos de rendirse, el amor entre ellos reinventó sensaciones íntimas que estallaban, dispuestas a recuperar, en cada momento como el de esa noche, el tiempo perdido.

***

—Tenemos preguntas a las que no hallamos respuesta. Por eso te hemos llamado.

El modo de hablar de Carlota delataba su ansiedad por avanzar.

—No sé si tendré las respuestas que buscáis, pero haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros. Tenéis mi palabra.

—Esperemos que la cumplas. ¿Qué es lo que sabes de ese hombre? Y esta vez queremos la verdad.

—Yo lo conocía…

Rodolfo echó una mirada a Carlota con la que reafirmaba su sospecha.

—¿Y por qué has mentido?

—No quería generaros expectativas que no fuesen realistas —volvió a mentir.

—Sigue… —le pidió.

—Eugenio fue uno de los encargados de trasladar cajas con documentos cuando los archivos se llevaron al beaterio de arrepentidas de Santa María la Blanca, el de Toledo, donde estuvimos. Es un hombre de avanzada edad que conoce los secretos de la Casa del Pecado Mortal. He sabido de él que está enfermo. Sentirá remordimientos y quizás eso le haga estar dispuesto a hablar —explicó Clara.

—¿Y qué sabes de la Taberna del Buitre? —la interrogó Rodolfo.

—Algo he oído. Yo no la conozco, pero tengo entendido que ese antro, porque creo, por lo que cuentan, que no puede considerarse de otra manera, es casi como su cuartel general. Dicen que se pasa la vida acodado en la barra, cansado ya de todo. Y no me extraña.

Rebeca acompañó a Clara hasta la calle y, cuando la hubo despedido, salió disparada en otra dirección sin avisar en casa de adónde se dirigía. Iba con las ideas muy claras. Había encontrado la

ocasión para hacer algo importante por su hermana y aproximarse a la posibilidad de obtener su perdón.

Hasta que la echaron de menos, Rodolfo y Carlota se quedaron comentando el encuentro con Clara.

—Sí —afirmó ella—, me creo que ese hombre esté cansado y se limite a ver la vida pasar desde una barra, porque los remordimientos terminan por aplastar a quien carga con ellos cuando no se tiene la conciencia tranquila.

# Capítulo 41

Rebeca dudó unos instantes antes de empujar la puerta. La Taberna del Buitre no tenía nombre alguno en la fachada, solo una placa oxidada clavada junto al umbral, apenas visible en el callejón, en el que su estrechez impedía el paso de la claridad. Un hedor a vino rancio se esparcía por el aire, y un hilo de humo salía por la rendija de una de las ventanas sucias. Dentro reinaba una penumbra espesa, como si la luz misma rehusara mezclarse con los parroquianos.

Se acomodó en una mesa apartada, junto a una pared tan mugrienta como todo el local, desde donde podía vigilar la entrada sin llamar demasiado la atención. El suelo estaba cubierto de serrín ennegrecido, los vasos eran desiguales, y el tabernero —un hombre calvo y hostil— no dijo palabra cuando le sirvió un café recalentado que sabía más a ceniza que a grano.

Se limitó a responder lacónico a la pregunta de Rebeca:

—¿Sabe usted si Eugenio Álvarez vendrá hoy por aquí?

—Estará al caer. —Y regresó a la barra.

Esperó durante más de una hora a que apareciera Eugenio Álvarez. Durante ese tiempo, ni una señal. Ni una palabra de los concurrentes que iban y venían, indiferentes, como si su presencia no alterara en lo más mínimo la rutina del lugar. Entraban hombres solos, con paso cansino y los ojos turbios de vino barato o de derrotas acumuladas. Ninguno le pareció Eugenio. Se preguntó si habría sido una locura ir sola hasta aquel lugar, pero ya estaba allí.

Decidió esperar, lo consideró la opción más sensata. Además, debía intentarlo por su hermana.

Finalmente, cuando ya pensaba en marcharse, cansada de la espera y temerosa de mantenerse por más tiempo en aquel lugar indeseable, lo vio. Un hombre de mediana estatura entró encorvado, con un abrigo zarrapastroso que parecía haber conocido mejores inviernos. Caminaba arrastrando la pierna izquierda y respiraba con esfuerzo. Su rostro, cruzado de arrugas y manchas, tenía la expresión de alguien acostumbrado a pasar inadvertido. Mirada ausente de ojos castaños.

Respondiendo al patrón de lo que había contado Clara, fue a acomodarse en la barra y pidió un tinto, pero el tabernero le dijo algo y ambos la miraron. Rebeca se removió en el taburete, controlando el nerviosismo que para entonces ya sentía.

Se acercó sin presentarse.

—¿Es usted la que preguntó por mí? —Su voz era áspera, más por los años vividos que por el tabaco.

—Sí. Estaba esperándolo. ¿Eugenio Álvarez?

Él no respondió. Se sentó frente a ella, con cuidado, como si cada movimiento doliera.

—No deberíamos hablar aquí mucho rato. ¿Qué puede pretender de mí alguien como usted?

—Que me hable de la Casa del Pecado Mortal.

—Eso ya no existe.

—Puede que la casa no —replicó Rebeca—, pero hay muchos asuntos importantes que siguen existiendo.

—Tampoco yo me refería a la casa, sino a todo aquello. Dejó de existir hace mucho tiempo.

—Si fuera así, ¿cree que yo estaría aquí, en un sitio como este?

Eugenio calló. La observaba con enorme tristeza.

—¿Por qué tengo yo que saber nada de ese lugar?

—Porque usted era el portero de la institución. Y porque conoce muchos secretos que seguramente ha callado durante demasiados años.

—¿Qué es lo que quiere? Vaya al grano —dijo el hombre, cortante.

—Busco información sobre un manuscrito en el que doña Adelaida, la rectora de aquel lugar, bueno, eso ya lo sabe, anotaba detalles de cuanto ocurría en la casa.

La sola mirada del hombre era, en sí misma, la pregunta acerca de qué era lo que le interesaba exactamente.

—Sé que escribía en un diario —prosiguió Rebeca— datos muy valiosos sobre algunas internas de postín..., ya me entiende —le hizo un gesto cómplice—, sus embarazos, los partos..., los niños que parían... y las familias adonde iban a parar esas criaturas. Hay una persona para la que es sumamente importante, es vital, diría yo, saber si su hijo está vivo y, en ese caso, conocer su paradero. Pero resulta que en el manuscrito faltan unas páginas que han sido arrancadas, y mucho me temo que pudieran contener los datos que busco.

—Eso que cuenta es muy temerario por su parte.

—Lo sé. Y aun así, aquí estoy, hablando con usted, en una covacha llena de borr... Bueno, da igual, lo que quiero decir es que puede imaginar el gran interés que tengo en encontrar esos papeles. Y como sé que usted tenía acceso a todo aquel material... Por eso lo he buscado.

—Tenía acceso al material y también a su destrucción. Yo trabajé en la casa, como veo que ya conoce. Vi más de lo que debí. Ayudé a esconder cosas, a borrar rastros. Me lo mandaron, claro. Entonces uno no preguntaba. Pero no podía con todo eso. Aunque nos ordenaron quemar cajas llenas de documentos, no las quemé todas.

Guardé nombres, fechas, firmas... Pero desconocía que alguien hubiera arrancado algunas páginas del manuscrito de doña Adelaida. —Bajó la voz, temeroso—. Ya no me queda tiempo, señorita. Es usted la única que ha preguntado por aquello... Y yo no quiero morirme con eso dentro.

Se llevó la mano al pecho, como si intentara calmar un desgarro que no era solo físico.

—Entonces, ¿va a ayudarme? —imploró Rebeca. Los ojos de Eugenio entrañaban el silencio de años—. ¿Dónde guardó los documentos? —preguntó, sintiéndose al borde de un abismo.

—Busque en la vieja posada que hay muy cerca del Manzanares, la Posada del Río, es la única que encontrará en los alrededores. Antes se llamaba de otro modo, pero ya nadie la nombra. Seguramente esté abandonada. Allí escondí papeles... Pero no sé si es lo que anda buscando. —Los había ocultado en un rincón tan olvidado como el de su memoria, en la que encerró los malos recuerdos de la casa—. Hace tanto de aquello... —El hombre se llevó una mano a la cara para tapar un gesto de dolor antiguo—. No sé si estará lo que busca. —Rebeca lo miró, sin atreverse aún a interrumpir—. Estará preguntándose cuál es ese rincón, ¿verdad?, el de la posada... —Cuanto más contaba, Eugenio iba apagándose.

Rebeca notó un nudo en la garganta, se estaba aproximando al descubrimiento más importante hasta el momento para encontrar al hijo de Carlota. O eso, al menos, era lo que le parecía.

—Vaya a la habitación veintisiete, en la planta de arriba —reveló el hombre finalmente.

—Siento una enorme curiosidad por saber por qué me lo cuenta.

Eugenio sonrió, con la misma tristeza que albergaba su mirada.

—Sé que no me queda mucho tiempo de vida, estoy muy enfermo, y no quiero llevarme secretos tan graves a la tumba.

Nunca he querido hablar de esto, aunque también es cierto que nunca antes nadie me preguntó. Si se hubiera dado el caso, le aseguro que habría seguido callado, así me he pasado la vida. Pero ahora es distinto. La vida ha dejado de tener sentido para mí, pronto me despediré de ella. Además..., bien está si puedo ayudar a acabar con la influencia de don Gregorio, es un mal bicho, y a hacer justicia con las mujeres que sufrieron allí. Todo el mundo las ha olvidado.

—¿Ha dicho don Gregorio? —saltó Rebeca alarmada, mostrándose sorprendida e incrédula.

—Sí, él estaba detrás de todo. ¿Sabe de quién le hablo? Era el benefactor de la casa.

—¡El benefactor! ¡Santo Dios! Entonces... ¿Él...?

—Es exactamente lo que está pensando: don Gregorio se encargaba de las adopciones. Su potestad se extendía a todo, no había asunto que escapara a su control.

—Tengo... tengo que irme. —Rebeca estaba aturdida.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Pues no sé qué decirle, Eugenio. Yo... debo irme... Lo que me ha contado es muy grave. ¡Es terrible! Tengo que irme ya —dijo, levantándose apresuradamente.

—¿Sabe? —Le cogió el brazo bruscamente para retenerla—. Hay otra razón por la que le cuento todo esto. Es porque la muerte, cuando se acerca, se lleva el miedo y deja solo la culpa. —Después se levantó con esfuerzo—. No vuelva a buscarme. No estaré.

—Gracias, Eugenio. Gracias. —La joven sintió cristales rotos en el lugar de donde brotan las lágrimas.

—Una última cosa —añadió el viejo antes de dirigirse a la barra, donde le esperaba el vaso de vino—: tenga cuidado, señorita, quien sabe demasiado no dura mucho tiempo en este mundo.

Al salir de la taberna, Rebeca sintió cómo el frío húmedo de la tarde le calaba el abrigo.

Apresuró el paso por la calle del Oso, bordeando las aceras estrechas. Caminaba deprisa, con el corazón acelerado, y en la mente dando vueltas las palabras de Eugenio. La advertencia seguía resonando en su cabeza, como una campanada sorda: «Quien sabe demasiado no dura mucho tiempo en este mundo». No podía ignorarla ni tampoco demorarse. Necesitaba avisar a Carlota cuanto antes.

Avanzó por una callejuela buscando algún comercio donde pudiera haber un teléfono. Las casas de comidas aún no habían acabado de abrir, probó en varias, pero no permitían la entrada todavía, era muy temprano, y las pensiones no parecían una opción segura. Al doblar una esquina, vio una farmacia. En el interior, un hombre mayor despachaba a dos clientes mientras otro hablaba con parsimonia por el teléfono, un aparato negro y lustroso que reposaba sobre una pequeña repisa de mármol en el lateral derecho del local.

Se acercó al mostrador, conteniendo la impaciencia.

—Disculpe..., ¿puedo hacer una llamada en cuanto el teléfono quede libre? Es urgente, un asunto familiar. Solo serán unos minutos.

El boticario, que en ese momento discutía la dosis de un jarabe con una clienta, la observó displicente. Rebeca, entendiendo el mensaje, depositó unas monedas sobre el mostrador sin añadir nada más. Entonces el hombre inclinó levemente la cabeza exhibiendo un amago de sonrisa, guardó las monedas y siguió atendiendo.

Rebeca se volvió hacia el rincón donde el tercer cliente seguía hablando por teléfono. Reía y comentaba algo sobre una factura. Luego calló para escuchar lo que fuera que le decía su

interlocutor. «Vamos, por favor. Cuelgue de una vez», pensó Rebeca, clavando los dedos, de nervios, en los guantes que llevaba en la mano. El tiempo se le escapaba y la abrumaba sentirse cerca de una pista que podía ser definitiva para dar con el paradero de su sobrino. Necesitaba actuar cuanto antes. La Posada del Río la esperaba.

Por fin el hombre colgó, recogió su sombrero y salió sin prestar atención a nadie. Rebeca se acercó corriendo al aparato y marcó con rapidez. Tardó en obtener línea. Primero le respondió un zumbido sordo. Luego, nada. Volvió a intentarlo. Esta vez saltó la operadora, a la que le dijo el número con el que quería conectar.

Después de un chisporroteo, su hermana apareció al otro lado del hilo.

—¿Hola? Carlota, soy yo. Escucha bien: he visto a...

—¿Rebeca? ¡Dónde estás!

—Es lo que trato de decirte. He encontrado a Eugenio Álvarez y he hablado con él.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo se te ha ocurrido ir tú sola?

—Por favor, déjame que te lo cuente, esto es muy importante. He venido sola porque, si nos están vigilando, como sospechas, no creo que una salida mía, sin vosotros, le pueda interesar a nadie. Sin embargo, si nos ven salir a todos juntos, no dudes en que irán tras nuestros pasos. A Eugenio lo he visto, como le dijeron a Rodolfo que sería previsible, en la Taberna del Buitre. Está muy enfermo, cree que no le queda mucho tiempo..., y me ha hablado de un lugar llamado la Posada del Río, la vieja posada que está junto al Manzanares. Me ha dicho que en la habitación veintisiete, en la planta de arriba, escondió unos papeles que debía haber quemado. Cree que ahí quizás podía haber datos referidos a alguien importante, aunque no lo recuerda con claridad. Esa mujer tienes

que ser tú, hermana. Y adivina quién era el benefactor de la casa y el encargado de las adopciones: ¡don Gregorio!

Rebeca comprendió el sobresalto de Carlota al otro lado del teléfono. Le explicó cómo llegar a la posada, según las indicaciones facilitadas por Eugenio.

—Así que voy a ir adelantándome, salgo para allá en cuanto cuelgue. Pero dadme un poco tiempo para inspeccionar el lugar antes.

—Ni se te ocurra. Quédate donde estás y espera a que lleguemos, iremos a ese lugar juntos. Clara está aquí, ha venido a ofrecerse de nuevo a ayudarnos. Espéranos.

—Lo siento, Carlota, pero no es buena idea. Si ven llegar a un grupo, llamaremos la atención, en caso de que quede un alma por allí. Este hombre dice que es posible que esté todo abandonado. No es un lugar que él frecuente, claro, aunque en realidad yo creo que no frecuenta ninguno, porque dudo mucho que vaya a ningún otro sitio que no sea esa taberna de mala muerte en la que lo he encontrado. Es muy importante que no vayáis directamente, por si os siguen. Dad varios rodeos, e incluso cambiad de transporte, si es necesario, varias veces. Como nos descubran estaremos perdidos. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí. Ya nos acercamos al final, Carlota. Queda muy poco. Nos vemos en la posada.

Colgó sin esperar respuesta; tampoco es que Carlota fuera capaz de decir nada más después del impacto de lo que le había contado su hermana.

Al salir, el boticario la miró de soslayo. Rebeca cruzó la puerta con paso firme, decidida a no dejar que nada pudiera detenerla.

# Capítulo 42

La luz de la tarde se iba apagando en el arrabal cuando el grupo formado por Carlota, Rodolfo y Clara alcanzó la ribera. El río Manzanares, en su discurrir cansado, reflejaba a intervalos la luna entre los árboles pelados. El ambiente estaba cargado a partes iguales de humedad y silencios rasgados por ladridos lejanos o por el crujido súbito de alguna rama.

Próxima al puente de los Franceses divisaron la Posada del Río. El edificio conservaba la forma de lo que alguna vez fue: una casa de descanso para caminantes que llegaban desde el sur, al borde de los caminos de barro que se abrían entre Madrid y los pueblos dispersos. Pero ahora, su tejado estaba parcialmente vencido y la hiedra, indómita, se había adueñado de las paredes exteriores, trepando por los balcones corroídos donde ya no quedaban vidrios en pie. La puerta principal, desencajada, pendía de una sola bisagra y, bajo el alero, una vieja inscripción con letras desvaídas apenas permitía leer el nombre grabado en la madera carcomida.

Hacía décadas que aquel sendero había dejado de usarse. Con la modernización del entorno, los caminos se habían desplazado, y lo que antes era un paso habitual había quedado relegado a un rincón olvidado de la ciudad que se expandía en otras direcciones.

La verja oxidada del pequeño corral que rodeaba la entrada estaba abierta, empujada por el viento. La maleza había crecido sin control y entre los matorrales brotaba el esqueleto de una carreta

olvidada, a medio volcar, con sus ruedas hundidas en la tierra humedecida por la cercanía del río.

Avanzaron con cautela. El silencio era tan espeso que podían oír sus propias respiraciones. A cada paso, el suelo cedía bajo sus pies con un crujido apagado. Al entrar en lo que quedaba en pie de la posada, una ráfaga de aire frío los envolvió. El interior estaba sumido en sombras, con las paredes manchadas de hollín, evidencia de lo que en su día debió de revocar de la chimenea sin un tiro en condiciones. Al fondo, una escalera de madera subía hacia un piso superior que parecía aún más derruido. Las huellas de la podredumbre y el abandono podían verse por todas partes, ni un solo rincón resistía a salvo.

No había señales recientes de vida, pero sí restos de muchas vidas anteriores: sillas rotas, tiradas en cualquier parte, una tetera enmohecida sobre un mostrador cubierto de polvo, una colcha a medio arrastrar sobre el suelo en una de las estancias laterales que se entreveían desde la entrada. Todo parecía dispuesto para sugerir una retirada precipitada. O tal vez, una espera prolongada. Imposible imaginar cuándo pasó el último huésped por el lúgubre lugar nacido como alojamiento.

—¡Dios, qué susto!

Carlota se había adelantado unos pasos y tropezó, entre las sombras, con un bulto que resultó ser un hombre que dormitaba tumbado y cubierto por una manta en el suelo. Se echó hacia atrás mientras él se desperezaba y se levantaba visiblemente aturdido. No podían creer lo que estaban viendo. Como si la posada estuviera funcionando, se dirigió hacia el mostrador dando tumbos y se colocó detrás.

—Ustedes dirán —les dijo. Tenía aspecto de ir bien cargado de alcohol; de hecho, repararon en varias botellas vacías desperdigadas

por el suelo—. Pero hoy no nos quedan habitaciones.

Se miraron entre ellos y tan solo con la mirada convinieron que lo mejor era seguirle el juego, por más delirante que este fuera.

—¿Seguro que no le quedará ninguna?

—Seeeeguríssimo... —Le costaba articular las palabras a causa de la borrachera.

—¿Hace mucho que no viene nadie por aquí? —Rodolfo se mantenía a la defensiva. A pesar de su estado ebrio, no se fiaba del tipo.

—Por aquí no... no... no viene nadie. ¡Eso es! —Encadenar varias palabras en una frase ya suponía un triunfo—. Esto está perdido de la... maaa... no de Dios.

—¿No ha pasado por aquí una joven? Haga memoria, esta misma tarde.

—¡Ah, sí! Esss... verdad. Hace un rato, eso, vino una mujer, muy guapa, por cierto.

Clara se puso en guardia, y le preguntó movida por una terrible inquietud, compartida por todos:

—¿Y adónde fue? ¿Sabe dónde está? ¿Qué ha sido de ella?

—Uuuuyyy..., no me haga tantas preguntas a la vez.

—Por favor, ¿adónde fue esa mujer? —A Rodolfo también le resultaba difícil mantener la calma.

—Pues es que llegó, subió y, ahora queee... lo dicen, no... nooo he vuelto a verla.

—¿Subió? ¿Adónde? —preguntó Clara.

Pero no esperaron la respuesta, echaron a correr por las peligrosas escaleras de ascenso al piso superior, mientras oían de fondo al hombre gritar: «¡Estará durmiendo! No haaagan ruido».

Buscaron la habitación veintisiete, tarea que no fue fácil, prácticamente todos los números de las puertas estaban caídos o

borrados, el caso es que no se veían. Pero se detuvieron ante la puerta de una en la que algunos rastros inducían a pensar que había habido algún tipo de movimiento reciente. Era un auténtico cuchitril, como todas las demás o lo que quedaba de ellas.

Sin perder tiempo empezaron a revolver cuanto encontraban a su paso, escudriñándolo todo hasta el último rincón.

—Me preocupa Rebeca, tenemos que buscarla —dijo Rodolfo—. Tengo la mala sensación de que ha salido huyendo de algo. Porque de lo que estoy seguro es de que ya ha estado aquí..

—¿Huyendo de algo? —se extrañó Carlota—. ¿Pero de qué?

A través de una ventana con los cristales rotos, Clara vio algo que le llamó la atención.

—¡Mirad allí! —exclamó.

—¿Allí? ¿Dónde? —Carlota y Rodolfo se aproximaron a esa misma ventana.

—En el río... Hay algo extraño flotando. Está muy lejos para distinguir lo que es.

—Bajemos a ver antes de que oscurezca más —propuso Rodolfo.

Mientras tanto, en la redacción del *Heraldo de Madrid*, el joven periodista Luis Crespo analizaba la cantidad de documentos que tenía repartidos en su mesa, moviéndolos de un sitio a otro como quien juega a componer un rompecabezas. La desaparición de Marcial Elías, dueño de la imprenta clandestina, lo había encerrado en un callejón sin salida.

—¿No veis cómo sale humo de la cabeza de Luis? —bromeaban los compañeros de redacción viendo su cara, mientras algunas hojas escritas desbordaban la superficie de la mesa y caían al suelo.

Decidió acercarse a la sede de la empresa Obras y Edificaciones de Madrid para intentar hablar con su director. Seguro que algo podría sacarle.

—En lugar de reíros tanto podríais trabajar un poquito, ¿no os parece? —respondió a sus colegas poniéndose la chaqueta para salir —. Ahí os quedáis, zánganos.

—¿Apostamos a que cuando vuelvas ya tenemos nuestros artículos escritos?

Junto a la Posada del Río, el Manzanares discurría lento y oscuro, su cauce estrecho parecía arrastrar más sombras que agua. A esas horas, bajo el cielo encapotado, el río tenía un brillo turbio, plomizo, que reflejaba apenas los contornos desnudos de los árboles de la ribera. Entre los juncos, el agua se remansaba en charcas inmóviles, y una bruma baja comenzaba a levantarse desde la superficie, difuminando las orillas.

Fue entonces, caminando a paso ligero entre la dificultosa maleza del corto trecho, cuando lo vieron: algo rompía la quietud del cauce, avanzando sin rumbo, mecido por la corriente perezosa, como si el río lo escupiera lentamente hacia ellos.

Entre los reflejos rotos del agua empezaba a dibujarse una verdad que estaba a punto de salir a flote.

Un espacio en el tiempo, lo que no se desearía vivir, atravesado por el vaivén de retazos de realidad que se cohesionaban entre sí para conformar el resultado final.

El horror...

«¡Noooo!»...

Después, el grito, un mortal alarido, retumbó hasta los confines del tormento, convirtiendo la espesura en una inmensa caverna en la

que el aullido de Carlota atravesaba el eco de lo inevitable.

No era posible que fuera lo que aquel bulto alargado, etéreo y de una turbadora y escalofriante belleza parecía ser. Pero la crueldad de un destino que acababa de torcerse quiso que sí lo fuera.

Lo que se espera que jamás suceda.

Lo irreparable.

El cuerpo de Rebeca flotaba, atado de pies y manos con una cuerda tosca y rodeado de pétalos de flores blancas. Cualquiera que no tuviera el corazón implicado habría podido pensar que aquello parecía una clara burla a la pureza que representaba su lucha, unida a la de su hermana.

Tenía un pañuelo introducido en la boca, posiblemente un símbolo de la imposición del silencio. Entre los pétalos que flotaban en el agua había algo sorprendente que llamaba la atención: un lirio blanco de tela, bordado, con una cinta negra atada al tallo.

Pero no estaban en condiciones de fijarse en nada que no fuera el cadáver.

Rodolfo corrió tras Carlota para abrazarla por la espalda, intentando sacarla del agua, a la que se había lanzado queriendo salvar a Rebeca. Pero ya nada podía hacerse por ella.

Tiraba de Carlota hacia atrás arrastrándola con todas sus fuerzas. Rodeaba su cuerpo con las manos entrelazadas en su abdomen. El enorme esfuerzo que tuvo que hacer aquel hombre casi acaba con ambos en el suelo al conseguir alcanzar la orilla.

La joven braceaba y daba patadas para liberarse y regresar junto al cuerpo inerte de su hermana, presa de una desatada y virulenta tempestad de nervios. Él seguía sujetándola con firmeza, hasta que le giró la cabeza, hundiéndola en su pecho, para evitarle que siguiera presenciando la espantosa escena.

Clara estaba tan petrificada como cualquiera de los árboles que les cobijaban.

«En el río. Hay algo extraño flotando»..., había dicho asomada a la ventana. Y ahora estaban allí, en el río de la desdicha.

Ese río Manzanares...

El caudal, representación del flujo imparable del tiempo y la lucha constante de Carlota contra las fuerzas que intentaban arrastrarla, convirtiendo en eterna la noche y ensombreciendo el día. Y, lo más terrible de todo, dejándola sin horizonte alguno.

*Cuando el cielo caído pesa como una losa*
*sobre el gimiente espíritu, sumido en su letargo,*
*y el horizonte es una terrible cosa*
*que hace eterna la noche y el día más amargo...*

CHARLES BAUDELAIRE, «LXXVIII. Spleen», *Las flores del mal*

# CUARTA PARTE

*EL ERROR, LA CULPA, LOS OLVIDOS...*

# CAPÍTULO 43

*Carrozas funerales, en marcha silenciosa,*
*desfilan por mi alma en lenta procesión;*
*la esperanza vencida, la angustia victoriosa*
*clavan sobre mi cráneo su negro pabellón.*

CHARLES BAUDELAIRE, «LXXVIII Spleen»,
*Las flores del mal*

¿En qué universos vagará el alma de Rebeca? ¿Por qué, de repente, el mundo se ha tornado en oscuridad? ¿Dónde está la luz...?

Hay muertes que arrasan como un incendio imposible de sofocar y dejan la tierra estéril durante años. Igual de estéril que se queda el corazón. O el alma. Una muerte así no deja espacio para el consuelo, como tampoco para el sentido o la lógica. Lo que se rompe no es solo un lazo de sangre, sino la certeza íntima, que posiblemente nadie más que uno mismo pueda entender, de haber sido alguna vez comprendido en el mundo por alguien.

«Carrozas funerales, en marcha silenciosa, desfilan por mi alma en lenta procesión...».

¿Dejar que la angustia salga victoriosa y la esperanza sea la vencida?... Carlota no estaba dispuesta. Tenía que reaccionar, a pesar de que pareciera tarea de titanes. El asesinato de Rebeca, que le había sido arrancada de su vida de una manera tan brutal y cruel,

la dejó devastada. En cada músculo de su cuerpo su ausencia se hacía presente con irreverente insolencia. Sintió el mundo caer sobre sus hombros, y la responsabilidad de seguir en la búsqueda del hijo se volvió tan imperiosa, tan abrumadora, que se convirtió en una necesidad que hacía daño.

Rodolfo también estaba noqueado, la conmoción se apoderó de él y, en mitad de la inmensidad oceánica de la tragedia, amó más a Carlota, cuando no creía que el amor que sentía por ella, por ser tan grande e inabarcable, pudiera multiplicarse.

—Te aseguro que se hará justicia, quien lo haya hecho pagará por ello. No pararé hasta que eso ocurra... y hasta que encontremos a nuestro hijo. Cada vez tengo más claro que está vivo.

—Nuestro hijo... ¿Cómo podré vivir sin mi hijo y sin mi querida hermana? —Se le empastaban las palabras al intentar hablar mientras miraba a Rodolfo con un desconsuelo que mostraba la cara más terrible del sufrimiento humano—. De repente siento un miedo que no puedo controlar —confesó con dificultad.

Rodolfo la abrazó, sabiendo que no había ningún tipo de consuelo en ese momento:

—Es normal que sientas miedo, y tristeza, y rabia... Pero hay que seguir.

A ambos los cubrió un manto de incertidumbre que les hizo debatirse entre el temor a que a ellos también pudiera pasarles, como a Rebeca, algo malo, y el deseo de justicia.

Como último razonamiento en aquel día en el que a la razón le costaba encontrar un sitio, un día que hubiera deseado que jamás existiera, Carlota acabó pensando que si en la Casa del Pecado Mortal no consiguieron que se arrepintiera de amar a quien no debía, ahora tampoco iba a rendirse.

—Intenta descansar. Yo estoy contigo, aquí, a tu lado. —Rodolfo la besó.

Al escuchar esto último, a Carlota la angustia se le revolvió por dentro, era exactamente lo que le dijo su hermana el día en que ella le confesó la aparición de Rodolfo en su vida y lo que sentía por él. «Siempre estaré contigo. Pase lo que pase». Pero no. Ya no podría cumplir su palabra porque un asesino se la había arrebatado, la palabra y la vida.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, a punto de salir hacia el funeral de Rebeca, Carlota y Rodolfo recibieron en casa la visita del comisario que estaba al frente de la investigación del crimen.

—Mauricio Tejada, inspector jefe del Cuerpo de Vigilancia de la comisaría del distrito de Chamberí —se presentó—. En primer lugar, quiero mostrarles mis respetos y condolencias por la muerte de doña Rebeca. —Se quitó el sombrero y se tocó el pecho con él—. Es usted doña Carlota Visedo, hermana de la víctima, ¿verdad?

La joven temía romper a llorar de nuevo en cualquier momento.

—Así es, inspector.

—¿Y usted es...? —le preguntó a Rodolfo.

—Rodolfo Valderroca. Un... amigo de la familia.

—Bien, tendrá que disculparme, señora Visedo. Sé que este es un momento difícil para usted, quizás el más complicado que jamás haya vivido. —¡Qué poco sabía ese hombre de los momentos complicados por los que había pasado Carlota!—. Pero es mi obligación —prosiguió— hacerles algunas preguntas para situar el caso. Tranquila, seré lo más breve posible, dadas las circunstancias en las que se encuentra. Me hago cargo.

Tejada, cuarenta y nueve años, veterano del cuerpo, era un inspector curtido en los bajos fondos de Madrid. Aunque su aspecto adusto y su escaso apego a los protocolos modernos generaban antipatías entre los jóvenes agentes, su olfato para los casos complejos y su memoria prodigiosa lo mantenían como uno de los pilares del Cuerpo de Vigilancia. Solía fumar en pipa, vestía siempre de oscuro y portaba una libreta de notas que nunca dejaba a la vista de nadie.

El inspector conocía bien la zona del río, ya que había tenido que investigar anteriormente otros crímenes cometidos en las inmediaciones del puente de los Franceses, un paraje sombrío y frecuentado por vagabundos y gentes de mal vivir. En esta ocasión, le tocó asistir al levantamiento del cadáver de una mujer que resultó ser Rebeca Visedo, hallado en el Manzanares a escasos metros de una vieja posada abandonada; un caso que, por la procedencia social de la víctima y la particularidad de su muerte, sabía que no podía despachar como un suceso más.

Tras el interrogatorio de rigor —si tenía enemigos o se había enfrentado a alguien en los últimos tiempos, y cuestiones similares —, Tejada les comentó lo mucho que le había sorprendido encontrar junto al cadáver, flotando en el agua, pétalos blancos y, más llamativo aún, un lirio artificial, de tela, atado con una cinta negra. Al recordarlo, Carlota sintió que le arrancaban, de nuevo, las entrañas.

—¿Se les ocurre qué significado podría tener?

—En absoluto —respondió Rodolfo ante la imposibilidad de hacerlo de Carlota, moralmente hundida—. Pero es algo macabro.

—Lo es. Perdonen que hable con esta crudeza, pero el escenario más parecía teatral que el de un crimen. Quien lo haya cometido tenía la intención de hacer para ustedes una representación. Ese lirio tiene un significado, seguro, sé que en este momento es difícil

deducir cuál sería, pero no dejen de pensar en ello, por si se les ocurre relacionarlo con algo o con alguien. Puede ser un camino para llegar al asesino, aunque, por supuesto, también seguimos otros.

Pensar... En lo que no dejaba de pensar Carlota era en Rebeca. En su mente intentaba recuperar los buenos ratos maravillosos que habían pasado juntas, que eran muchos, pero solo podía ver la imagen del cadáver flotando rodeado de pétalos blancos y el pañuelo introducido en la boca.

Y con el reflejo de esa imagen expandida por toda la casa, despidieron al inspector Tejada y salieron hacia el funeral. El último adiós a Rebeca. Para Carlota era el hecho más insoportable de todos: aceptar que Rebeca no volvería y que el amor que se profesaban no bastó para salvarla.

¿En qué universos vagará su alma?

¿Dónde está la luz...?

Tras el entierro, la vuelta a casa produjo en Carlota una completa desubicación. Llegar al espacio en el que vivía con Rebeca, pero donde ella ya no estaría nunca, la sacó del mundo, del lugar, del tiempo y hasta de sí misma. No supo qué hacía allí ni por qué seguía viviendo. Olvidó a su hijo y contempló a Rodolfo como alguien ajeno que se empeñaba en acompañarla.

Y ese alguien transitoriamente ajeno tuvo que llamar a un médico para que la examinara. El diagnóstico fue sencillo: solamente descansar podría restablecer el orden perdido que guiara los días y encauzara de nuevo su existencia. «Tendrá que encontrarle de nuevo sentido a vivir, y creo que usted va a ser de gran ayuda para que lo consiga».

Esa prescripción y unas pastillas tranquilizantes, que debía tomar durante dos semanas, era lo que la haría, sino sanar, sí al menos

recuperarse lo suficiente como para volver a la vida de la que se había ausentado sin morir.

Las dos semanas de tratamiento las pasó en cama, sumida en un nivel de semiinconsciencia que, por lo que le entendió Rodolfo al galeno, le venía bien para descansar.

Lo más necesario, descansar.

Transcurridos aquellos días, la recuperación de Carlota fue lenta. Pero lo iba consiguiendo; poco a poco, aunque por momentos parecía que no fuera capaz de salir del agujero oscuro en el que la había sumido la muerte de su hermana. Rodolfo decidió permanecer a su lado y quedarse con ella en su casa, en la que Carlota repasaba continuamente objetos y ropa de Rebeca, echándola de menos dolorosamente.

Deambulaba por los pasillos y las estancias como un fantasma en busca del alma de la que se desprendió. A veces se detenía frente a una fotografía o cogía una blusa doblada en el armario, y se le quebraba el pecho sin que pudiera evitarlo. Rodolfo, en silencio, iba recogiendo las migas de su pena con gestos pequeños, preparando una infusión o simplemente sentándose cerca, sin pedirle que hablara. Hasta que le hizo sacudirse su dolor obligándole a entender que tenía que rebelarse contra tanta pérdida.

—Ahora, más que nunca, tenemos que continuar con nuestra búsqueda para encontrar a nuestro hijo y también para que se haga justicia por la muerte de tu hermana. Parece que la policía se lo ha tomado en serio, pero no sé si será suficiente.

Cuando Carlota consiguió recuperar fuerzas, decidieron ir a la Taberna del Buitre a buscar a Eugenio; él había sido la última persona que la vio con vida. Tal vez el hombre tuviera alguna respuesta posible, una pista por pequeña que fuera, que ayudara a esclarecer el asesinato, pero ni rastro. Eugenio había desaparecido.

—Hace días que no viene por aquí. —Mientras hablaba, el tabernero limpiaba con un trapo sucio la pegajosa barra de madera —. Y les digo que es muy extraño en él, ese hombre no puede vivir sin mi vino.

—Imagino... —comentó Rodolfo con ironía.

—Estaba muy enfermo, pero era duro como un roble, la última vez que vino no parecía que estuviera a punto de palmarla.

—¿Y habló de algo que le llamara la atención?

—¿Hablar? ¡Ja! Se nota que no conocen ustedes a Eugenio. Habla lo mismo que una piedra. Solo le he visto mantener una conversación, hará unas tres semanas, sentado allí, en esa mesa junto a la ventana. —La señaló sin soltar el asqueroso trapo con el que limpiaba—. Vino una mujer preguntando por él y ahí se pusieron a rajar, a saber de qué.

Ante la referencia velada a su hermana, Carlota sintió un puñetazo en el pecho, que Rodolfo mitigó rodeándola por la cintura.

—¿No sabrá dónde podríamos encontrarlo?

—¡Ni idea! No sé dónde vivirá ese viejo zorro. La verdad es que es raro que no se le vea el pelo por aquí, es raro, raro...

***

El arrepentimiento y los remordimientos, aunque no siempre, a veces se dan la mano y no se sueltan. Como viejos amantes que, aun habiendo tomado caminos distintos, al cabo de los años se dan

cuenta de que no se han olvidado. Así ocurre con actos que cometemos sabiendo que acarrearán consecuencias no precisamente buenas. Arrepentirnos o sentir remordimientos, o ambos a la vez, van detrás.

Los tímidos golpes en la puerta pasaron a ser insistentes transcurrido un tiempo sin que nadie saliera a abrir.

—¡Carlota! Sé que estás ahí. —Clara empezó a golpear la puerta —. Por favor, abre. ¡Te lo ruego! Necesito verte, siento mucho lo de tu hermana. Déjame hablar contigo. Quiero saber cómo estás.

Y otra tanda de aldabonazos.

La de Clara no era la visita que más les reconfortaba recibir después de que Rebeca hubiera muerto. Pero la dejaron pasar, por mera cortesía.

Cuando Clara comprobó las caras de sorpresa de Carlota y Rodolfo ante su visita inesperada, creció en ella la angustia que había motivado su presencia en aquella casa. Sin avisar, sin anunciarse. Lanzarse al vacío desde un globo que surcara el cielo no le habría causado mayor desazón que la que estaba sintiendo.

—¿No puedes venir en otro momento? —dijo Rodolfo más afirmando que preguntando—. No estamos para visitas, seguro que lo entiendes.

—Quiero... presentaros mis respetos en un escenario diferente a aquel.., en el río..., con ella... —Llamaba la atención su nerviosismo, que se plasmaba en el frotarse continuamente las manos y en el atropello de las palabras. La impaciencia le brotaba con tal incomodidad que no sabían qué ofrecerle para calmarla—. Carlota, aún sigo impresionada por la muerte de Rebeca.

—Crimen, no muerte. La han asesinado. —Parecía que Carlota hablara desde otra dimensión en la que, precisamente, la muerte era lo que le daba fuerza.

—Sí, claro que la han asesinado. Por eso soporto sobre mi conciencia una carga con la que no puedo más. Lo que vengo a contaros es urgente que lo conozcáis. —Optaron por dejarle hablar, para que soltara aquello tan apremiante que le estallaba dentro del pecho y le hacía temblar—. Os aseguro que no quise hacerlo, pero me vi obligada. —No era un buen preámbulo—. Tengo que confesaros algo horrible. Os he mentido, mucho más de lo que podáis creer, y quiero que sepáis que lo lamento muchísimo. Yo no... Fue un momento de ofuscación, no sé, quizás debí haberlo pensado mejor —se justificaba atropelladamente—, he pasado tanto, tantísimo miedo a lo largo de mi vida... Aunque la verdad es que no podía elegir.

Le pesaba su traición, y ese mismo peso era el que no estaba facilitando que se expresara con lógica.

—Por Dios, Clara, cuéntalo ya. —La intranquilidad y el nerviosismo se les estaba contagiando, sobre todo a Carlota.

—Yo... —Iba a desvelar una bomba y el pánico se apoderó de ella —. Era yo quien tenía las hojas que faltan en el manuscrito de doña Adelaida.

—¡Qué estás diciendo! —Carlota, antes de conocer más datos, saltó hecha una furia—. ¡No, no, no! Eso no es posible. ¿Cómo has podido ocultarnos algo así y dejar que siguiéramos perdidos en mares de documentos que no nos han conducido a nada? ¡Mi hermana no está entre nosotros, ni lo estará nunca, por culpa de esos malditos papeles!

—Tienes razón. —Clara había empezado a sollozar, por un momento pareció un animalillo asustado—. Sé que es horrible lo que he hecho y que no tengo perdón, pero estaba amenazada.

—¿Amenazada? —Rodolfo estaba inusitadamente serio—. ¿Por quién?

—No lo sé. Supongo que por el hombre para el que trabaja a quien le entregué las hojas. Era un hombre alto, de aspecto intimidante. Llevaba un sombrero, también oscuro, y recuerdo un detalle que destacaba en él debido a su gran tamaño: un anillo de oro, un sello, con un distintivo grabado, parecía una serpiente enroscada.

Al oír la descripción, Carlota se dejó caer en el sofá. El aturdimiento le había aflojado las piernas y el cuerpo entero, que dejó de sentir por unos segundos.

Rodolfo la atendió preocupado, mientras que Clara, afectada por la situación que ella misma había provocado, no sabía cómo actuar. Lloraba y se lamentaba. Era todo cuanto podía hacer.

Después de un largo trago de agua, Carlota recobró el color en el semblante.

—Ese es el distintivo de los hombres que trabajan para don Gregorio —señaló.

—¿Gregorio Gómez...? —A Rodolfo le costaba asimilar que pudiera ser así.

—El mismo. El malnacido que orquestó mi encierro en la Casa del Pecado Mortal.

Entonces Clara agachó la cabeza avergonzada antes de reconocer:

—Ese es el hombre para el que estoy trabajando.

—¿Trabajando? ¿Te paga para que espíes para él? —La indignación de Rodolfo no paraba de aumentar.

—¡Lo siento! —Clara, conmocionada y sinceramente afectada, intentó aproximarse a Carlota para consolarla e implorar su perdón.

—¡No te acerques a mí! —la rechazó—. No sé cómo has podido engañarnos en algo tan importante.

—Te suplico que me perdonéis.

—Eso es imposible —le respondió Carlota.

Miró a Carlota con ojos suplicantes.

—Desde que nos conocimos durante el derribo de la casa, y empecé a colaborar en vuestras pesquisas, comenzaron las llamadas nocturnas con las que me atemorizaban y los mensajes escritos con amenazas de muerte que han depositado en mi casa, amenazas a mí y a mi familia. No sabía qué hacer. Esos hombres estaban al tanto de tu llegada a Madrid y quisieron seguirnos para asegurarse de que no descubríamos nada que pudiera comprometerlos. Si trabajaba para ellos, me dejarían en paz. Eso me dijeron. Sé que hice mal, lo sé. Y ahora me pesa la conciencia.

—Mal es una palabra benévola para definirlo. —Rodolfo intentaba controlar sus sentimientos de frustración, ira, indignación... No cabían palabras en lo que sentían.

—¡Han matado a mi hermana! —le gritó Carlota.

—Sé que es horrible y que no tengo perdón. Estoy tan arrepentida...

—Arrepentida... —repitió Carlota, mascullando entre dientes. La revelación había caído en su ánimo como una lluvia de fuego, causándole un enorme desasosiego—. ¿Cómo has podido...?

—Sé que no es disculpa, pero no imaginaba que la información que había en las páginas sustraídas del manuscrito pudiera corresponder a tu caso, Carlota. ¿Cómo iba a saberlo? Y mucho menos que tu hermana fuera a ser asesinada.

—¿Y cómo llegaron a tus manos esas hojas? —quiso saber Rodolfo.

—Porque... os he mentido en otra cosa más.

—¡Vaya novedad! —estalló de nuevo Carlota—. Es increíble que esté pasando esto. ¿Cómo te atreves a venir a mi casa?

—Deja que lo cuente —medió Rodolfo.

—Yo no escapé de la Casa del Pecado Mortal, ni acompañé en alguna ocasión a doña Adelaida al beaterio de Toledo, como os hice creer. En realidad, fui trasladada allí con ella, para servirle, por orden suya.

Carlota estaba agotada. El relato del rosario de mentiras de Clara era la gota que colmaba el vaso de su desesperación desde que vio el cuerpo inerte de su hermana flotando en el río.

—Haré todo lo que haga falta para ayudaros a encontrar a vuestro hijo —afirmó Clara, queriendo expiar su culpa.

Pero Carlota no estaba dispuesta a regalarle la conmiseración que creía que Clara no merecía. Los obstáculos que había puesto en el camino de búsqueda de su hijo se le antojaban insalvables, y ella era la única responsable. Y así de claro lo dejó con la sentencia de la última frase que le dedicó a Clara antes de pedirle que se fuera de su casa:

—Ya has ayudado, ¿sabes a qué?: a que asesinaran a mi hermana.

—¡No digas eso! —Clara, suplicante, no paraba de llorar—. Haré lo que me pidáis.

—Pues lo que te pido es que te marches ahora mismo de nuestra casa.

Incluso podrían llegar a entender la justificación de las amenazas y el miedo, pero no les parecía suficiente razón para la gravedad de lo que hizo. Estaban convencidos de que lo mejor era alejarla de ellos, de su casa y también de sus vidas, y así procedieron.

Pero Clara seguía resistiéndose. Hasta que Rodolfo quiso cortar con aquello y la condujo a la puerta.

Gesto firme para abrir.

—Ya basta. Vete y no vuelvas, nunca más. ¿Lo has entendido?

—¡Espera, Rod...!

Golpe seco para cerrar. Y todo acabó entre ellos.

¿Hasta dónde estamos dispuestos a soportar una deslealtad capaz de destrozarnos el alma?

Rodolfo, angustiado por lo que había ocurrido, y todavía con los efectos de las consecuencias que había supuesto para él no haberse enterado de la existencia de su hijo, intentaba que Carlota tranquilizara su espíritu. Cuando creían que nada podía ser peor que por lo que pasó en la Casa del Pecado Mortal, su hermana fue asesinada. Quedarse estancados en el dolor y en la ira que todo ello causaba impediría que siguieran avanzando.

—Eso es lo único que debe importarnos —le dijo a Carlota—. No detenernos. Seguir hacia delante.

Ya había otros que hacían lo posible por evitarlo.

# Capítulo 44

Ni veinticuatro horas habían transcurrido desde que le cerraron la puerta definitivamente a Clara. La huella de la amada ausente, cuya trágica muerte tardarían en superar, invadía cada rincón de la casa. Podía sentirse, palparse... Por eso la constatación de que Clara les había traicionado suponía una especie de profanación a su memoria.

Rodolfo y Carlota se disponían a desayunar. Ella todavía se encontraba en el dormitorio acabando de vestirse. Él atravesaba el pasillo camino de la cocina cuando, al pasar por la entrada, lo vio. Ninguno de los dos había reparado hasta entonces en el desconocido objeto. Un sobre descansaba sobre el jarrón de cristal en el que Rebeca siempre tenía flores frescas pero que llevaba días vacío.

Vacío desde su muerte.

En el sobre figuraba una frase claramente legible: «LO SIENTO MUCHO». Rodolfo lo abrió y halló en su interior un trozo de papel con una anotación que parecía haber sido escrita apresuradamente: «Sótano, armario de madera, sombras y oscuridad en la Blanca Santa María». Aunque los detalles eran vagos, la referencia al sótano del beaterio de Toledo sugería que quizás no todos los documentos fueron devueltos a la Casa del Pecado Mortal, tal y como les había hecho creer la hermana Eulalia.

Había también una nota firmada por Clara:

*No entregué todo el material que obraba en mi poder, como este papel que hallé junto a otros documentos que acompañaban el manuscrito de doña Adelaida. Nunca supe quién lo escribió, pero quizás os ayude a encontrar alguna de las respuestas que buscáis. Yo solo espero que, si no vosotros, algún día Dios, si es que existe, pueda perdonarme.*

Carlota salió a su encuentro acabando de sujetarse una horquilla en el recogido del cabello:

—¿Aún no has hecho el café?...

... «Sótano, armario de madera, sombras y oscuridad en la Blanca Santa María».

***

## *Toledo, finales de la primavera de 1918*

En aquella segunda visita al beaterio de arrepentidas de Santa María la Blanca, a Carlota le pareció diferente el aspecto exterior de la fachada, el portón, la escasez de ornamentos, como si se tratara de otro lugar. En realidad, para ella, desde que murió Rebeca, todo era distinto. La vida era distinta.

Les sorprendió el cambio de actitud de la hermana Eulalia al verlos allí, habiendo franqueado la entrada sin que se hubiera enterado. Para conseguirlo volvieron a echar mano del nombre de la difunta doña Adelaida.

—¿Quién les ha dejado entrar? —dijo con cara de pocos, poquísimos, amigos.

—Otra hermana —respondió Rodolfo sin disimular un tono jocoso —. No pensará que nos hemos colado por la chimenea.

—¿Sabe que eso no tiene ninguna gracia, verdad? —le soltó clavándole la mirada, con un tono tan duro y severo que rozaba lo agresivo e infundía respeto—. Tienen que marcharse.

—No parece muy cristiano echar a dos almas con esa destemplanza de un lugar del Señor —replicó Rodolfo mientras echaba a andar para alejarse de la salida, lo que obligó a la hermana Eulalia a hacer lo propio e ir tras ellos, aunque sin dejar de quejarse.

—No se han anunciado, y no es este un buen momento para visitas.

—Por eso no se preocupe. —Carlota sentía ansiedad por alcanzar algún destino que fuera útil al interés que les había llevado hasta el beaterio de nuevo.

En el umbral de una salita, doña Eulalia se detuvo en seco para cortarles el paso.

—¿La sobrina de doña Adelaida, que en gloria esté, no viene con ustedes?

Ambos acusaron una sacudida ante la inesperada pregunta que venía a recordarles la pesadumbre que suponía la ausencia de Rebeca.

—Urgentes quehaceres lo han impedido —reaccionó Rodolfo—. Nos pidió que le presentáramos sus respetos y le dijéramos cuánto siente no haber podido saludarla.

Carlota se agarró las entrañas, ahí donde albergaba compartiendo el mismo espacio la vida de su hijo y la muerte de su hermana.

Reponiéndose, recordó que, en la anterior visita, la única monja que vieron preguntó a doña Eulalia en voz baja si «se había asegurado de cerrar abajo», lo cual le resultó extraño. Al interesarse por ello entonces, «¿Qué hay abajo?», le dieron la siguiente respuesta: «Nada que tenga importancia, no es más que es un sótano usado antiguamente para almacenar registros anticuados y

objetos en desuso». Ahora, con la pista de Clara en mente y al recordar aquel suceso un tanto confuso con las monjas, ella y Rodolfo decidieron, tan solo con mirarse, actuar a espaldas de la hermana Eulalia.

—Quédense aquí —les pidió la anciana—, enseguida vendrán a acompañarles de nuevo a la salida. Mis obligaciones me llevan a dirigir el rezo de vísperas, y eso no puede esperar. Ha sido un placer —les dijo con acentuada ironía en la palabra placer y, sobre todo, muchas ganas de perderlos de vista—. No se muevan de aquí.

Se alejó a paso ligero.

—¿Pero el beaterio no había dejado de funcionar como tal? ¿Qué hacen aquí, de repente, estas monjas? La otra vez no estaban —comentó extrañada Carlota.

—O no las vimos. O puede que, ante nuestra presencia, no se dejaran ver —hablaban en voz baja para no ser oídos.

—¿No te parece misterioso lo que ocurre en este lugar? Aquí hay una actividad clandestina que recuerda a la de la Casa del Pecado Mortal.

Nada más perder de vista a la hermana Eulalia, salieron sigilosamente, a escondidas, en busca del acceso al sótano, que no tardaron en encontrar. El lugar era asfixiantemente oscuro, como decía la nota, «sombras y oscuridad», y estaba lleno de estanterías con objetos cubiertos de polvo, cajas y armarios viejos. En una oquedad entre la pared y un estante medio caído encontraron el «armario de madera». En el interior había un doble fondo que escondía un paquete sellado.

Rodolfo lo abrió y desenrolló con cuidado unas hojas firmadas con la inicial de doña Adelaida.

—¡Son páginas también arrancadas del manuscrito! —exclamó Carlota, cuya boca fue tapada inmediatamente por la mano Rodolfo.

—Cuidado, pueden oírnos.

—Tienes razón, no volverá a ocurrir. Es que si son las páginas arrancadas... —La posibilidad le producía una excitación difícil de controlar.

—No podemos saberlo con seguridad todavía. Vamos a verlo.

—Pero, entonces, ¿qué fue lo que Clara entregó a los hombres de don Gregorio?

—Tal vez ni ella misma lo supiera.

En lo que parecía una anotación explicativa, o aclaratoria —era difícil imaginar a quién iría dirigida—, doña Adelaida hablaba del «acuerdo alcanzado con un *protector* que financia la casa a cambio de discreción absoluta y obediencia en lo que respecta al destino de ciertos recién nacidos, especialmente los que son molestos para sus familias, evidentemente todas ellas de buena posición. Gracias a nuestro benefactor, podemos garantizar el sostenimiento de la obra, tan necesaria para esta sociedad falta de valores y de rectitud».

«Esta sociedad falta de valores y rectitud...». ¿Qué valores y qué rectitud se le suponían al tráfico de niños y al encierro de sus madres durante el embarazo? Pareció que Rodolfo quiso decirle con la mirada algo así como «No pienses en eso ahora».

Avanzaron con la lectura. Inscripciones de adopciones ilegales y detalles de conexiones con las altas esferas de poder.

—Vaya... —Rodolfo se quedó absorto siguiendo cada línea de lo que acababa de descubrir—. Escucha esto: «De los casos más comprometidos se encarga don G. G. Las criaturas no pasan siquiera por el registro. Es un trueque limpio y definitivo, sin vuelta atrás. A cambio, recibimos importantes *donativos*». ¡Don Gregorio!... Eugenio Álvarez y la desgraciada de Clara tenían razón.

No podía ser casualidad que su nombre hubiera aparecido en distintos momentos de la investigación. Eso ya lo tenían claro.

—De nuevo, don Gregorio. El demonio hecho persona. Sigue leyendo —le pidió Carlota impaciente.

Otra hoja, con tinta más desvaída, llevaba anotaciones en una caligrafía menos cuidada, como si hubiese sido escrita deprisa o bajo presión. Mencionaba un «cuaderno paralelo» que no debía incorporarse nunca al registro ordinario de la casa, y que fue guardado por orden expresa de doña Adelaida «en un lugar fuera del alcance de las inspecciones diocesanas». El cuaderno al que hacía mención podría contener la lista original de recién nacidos entregados en secreto.

Abajo, escrita con letra más pequeña, una nota añadida quizás por la misma doña Adelaida tiempo después decía: «Trasladado al beaterio de Toledo por precaución. Guardado en el armario doble, sellado por mí. Solo abrir en caso de necesidad extrema».

—Y eso es lo que hemos hecho —dijo Carlota—. Abrirlo en un caso de necesidad extrema. Ahora solo falta encontrar ese cuaderno.

Volvieron al armario. Revisaron el doble fondo con más atención.

—¡Creo que es esto! Aquí hay algo.

A un lado, tapado por una tabla desplazada, hallaron un pequeño cuaderno con las tapas en piel clara, sin título ni marcas. En la primera página, el encabezado lo confirmaba: «Relación confidencial de criaturas entregadas sin registro. Archivo reservado. Años 1889-1898».

A ella le dio un vuelco el corazón.

Ya llevaban mucho tiempo en el sótano. Escucharon pasos y una voz que les llamaba. Aguardaron a que pasara de largo.

—Toma —Rodolfo enrolló los documentos dándose prisa—, guárdalos bajo la falda, con cuidado, y salgamos de aquí, ¡rápido!

En el exterior, la tarde había caído sin hacer ruido, bajo un silencio similar al de ellos saliendo del sótano. Unos pasos más, y ya estarían

fuera del recinto.

Otros pasos más, y les encaminarían hacia la verdad. Acercarse demasiado a ella le había costado la vida a Rebeca.

Arrancaron el vehículo y partieron hacia un lugar seguro en mitad del camino, donde poder seguir leyendo. Les impacientaba la curiosidad, la incertidumbre de si rozaban ya esa verdad que tanto buscaban.

Carlota no veía el momento de sacar el cuaderno del interior de la falda. Lo abrió corriendo y empezó a repasarlo conteniendo el aliento. En cada hoja figuraban nombres de madres, fechas de partos y, en algunos casos, un número de expediente asociado a la entrega o traslado del recién nacido. Muchos nombres estaban tachados con tinta negra; otros habían sido distorsionados para que no se entendieran. Pero algunos permanecían legibles.

Su vista avanzaba por las palabras a más velocidad que su mente descifrándolas.

En una de las últimas páginas, Carlota detuvo el dedo que deslizaba sobre la áspera superficie del papel.

—Escucha esto, Rodolfo: «Fecha de ingreso: abril de 1896. Estado: embarazo de casi tres meses. Condición: aristocracia, con título. Circunstancia: escándalo evitado por intervención del benefactor de la casa, don G. G. Fecha del parto: 5 de octubre».

Se rompió. Era ella. Su parto, su noche, su tormenta.

Su hijo.

Tuvo que seguir leyendo Rodolfo:

—«Varón. Identificación reservada. Apellido del padre: V. Empresario».

Rodolfo se llevó la mano a la frente:

—V... Valderroca...

—Un varón nacido el 5 de octubre... —a Carlota le costaba decirlo —, octubre... —estaba repentinamente ida—, octubre... El 5... de mil ochocientos... ochocientos noventa y seis.

—Somos nosotros.

El abrazo que se dieron los fundió en el amor recuperado y en la marea de recuerdos de viñedos, promesas y pasión, engendrando una nueva vida, pero también de oscuridad y angustia, y, al final, aquella pérdida que a Carlota le había marcado de por vida. Tanto como la muerte de Rebeca. Y ahora todo confluía en la luz que por fin veían, reflejada en unos papeles que les había costado tan caro encontrar.

La ficha continuaba con tres frases lapidarias: «Traslado autorizado. El niño será criado por familia seleccionada. Se entregarán instrucciones para su tutela y formación.»

Datos sobre la familia receptora, ninguno. Nada.

El vacío.

—Pensé que encontraríamos la referencia de a quién fue entregado nuestro hijo, la pista que nos condujera a su paradero — reconoció Rodolfo un tanto abatido por la decepción que causaban los últimos hallazgos; él, que hasta ahora era quien mantenía alta la moral de la pareja en el avance de las pesquisas. Pero ese avance estaba dejando de serlo.

—También yo lo pensé. Pero lo más importante ya lo sabemos: no murió. Nuestro hijo está vivo.

—¡Tienes razón! No nos rindamos, Carlota, este documento contiene mucha información. ¿Por qué no buscamos un lugar para pasar la noche y mañana regresamos a casa para seguir buscando?

—No puedo esperar más. Ya no. Sigamos hasta Madrid, aunque sea de noche. Necesito leer este cuaderno entero.

—Las posibilidades se reducen. Empiezo a perder la confianza en estos documentos, ojalá me equivoque. Si no encontramos ninguna pista de esa familia, nuestro esfuerzo no servirá de nada. Ya no sé hacia dónde debemos apuntar a partir de ahora.

—Yo sí lo sé —afirmó Carlota con una inusitada fuerza que acababa de renacer—. Ha llegado la hora de enfrentarse a la verdad y quemar el cartucho que nunca querría tener entre mis manos.

El más indeseable y también el más arriesgado...

# CAPÍTULO 45

Cada vez que Colombine pasaba por la redacción del *Heraldo de Madrid*, Luis no desaprovechaba la ocasión para, con cualquier excusa, echar un rato de charla. Contrastaba opiniones, le preguntaba sobre su punto de vista acerca de destacados sucesos acontecidos o asuntos que ocupaban las portadas de los periódicos. Pero, en el fondo, lo que más le motivaba de sus conversaciones era constatar de qué manera trasladaba su filosofía de vida al periodismo. «En eso no hay nadie mejor que usted», le reconoció el joven en una ocasión, abrumándola con el comentario, que ya era difícil en una mujer experimentada como ella.

—Necesito saber qué dice el olfato de una gran periodista, doña Colombine, de una maestra como usted.

Ella sonrió.

—Creo que eres la única persona en este mundo que me llama así.

—Disculpe, creía que era así como se la conoce.

—Y es así, pero sin el doña. Pero vayamos a lo que importa. ¿Avanzaste mucho? Espero que sí, porque de lo contrario, tienes que saber que el director de este periódico no destaca por su paciencia.

—Ese es el problema.

—¿Cuál? ¿La paciencia del director o tu perseverancia?

Ambos rieron ante la ocurrencia de Colombine.

—El problema es que temo estar estancado. He obtenido escasos resultados en mi investigación, bueno, quizás no tan escasos, pero

no avanzo como querría. Esa es la realidad.

La realidad era que en su visita a la sede de Obras y Edificaciones de Madrid no consiguió hablar con ningún responsable, mucho menos con su presidente, don Gregorio Gómez, pero, en cambio, uno de los trabajadores, llamado Antonio, al verlo merodear por la empresa con las intenciones de las que corrían rumores por los pasillos, lo había citado en una tabernucha lejos de allí para contarle cosas que podrían interesarle. Fijaron la cita a las seis de esa tarde.

Luis se enfrentaba a un dilema que quiso consultarle antes a Colombine.

—Tú dirás...

—¡Gracias! Para mí es un auténtico honor poder...

—Vamos, vamos, déjate de historias y centrémonos —le cortó.

—Sí, claro —replicó Luis, azorado—. Pues resulta que tengo una información interesante que ya podría ser publicada.

—Entiendo que referida a lo que investigabas sobre las obras de la colosal Gran Vía, ¿cierto?

—Cierto.

—¿Y cuál es el problema?

—Pues que, si publico lo que ya tengo, podría ser desmentido fácilmente sin pruebas adicionales que vinculen el documento a don Gregorio, dueño de una de las empresas adjudicatarias mediante un trámite irregular. Necesito más evidencias. Pero, por otro lado, me quema en las manos un material que sé que es bueno en sí mismo.

—No te quedes con lo pequeño pudiendo tener algo grande. Si publicas algo pequeño, puede que pase sin pena ni gloria. En cambio, si esperas a publicar lo grande, podrías dar una sonada campanada. En general, es así con todo en la vida.

—¡Claro! Eso es —dijo entusiasmado Luis.

—Persevera. Lo que estás investigando es de profundo calado. Merece la pena.

—¿Así lo cree de verdad o lo dice para consolarme?

—A ver, joven. ¿A ti te parece que soy persona de encubrir o camuflar la verdad con tal de consolar a alguien en apuros? —le dijo con una mirada inquisitiva.

—No. En absoluto.

—Bien, vamos bien.

En la taberna, el joven periodista encontró a Antonio nervioso, ya esperándole en la mesa del último rincón del local. El saludo fue ligero y breve; un suspiro escondido tras el miedo que iba siendo superado conforme asumía lo que estaba a punto de hacer.

—Le he conseguido esto.

El empleado de la empresa de don Gregorio empezó a extender varios planos y unos documentos que parecían contratos.

—Aquí tiene todo lo que necesita para incriminar a estos bandidos.

—¿Por qué lo hace? ¿Es consciente del riesgo que corre hablando con la prensa? —quiso saber el periodista, para que el hombre tuviera claro lo que estaba haciendo y no se echara atrás después de haberle pasado la información.

—Lo sé, esa gente no se anda con tonterías.

—¿Y entonces...?

—Mi familia, por parte de mi madre, ha sido una de las damnificadas con las malas prácticas de la empresa.

—¿A qué se refiere con malas prácticas?

—Yo solo sé que nos han arruinado. He conseguido estos planos, mire. —Los desplegó del todo sobre la mesa—. No puede decir que he sido yo quien se los ha conseguido.

—Guarde cuidado, no se me ocurriría.

—¿Me da su palabra?

—Tiene mi palabra, Antonio. ¿Por qué dice que les han arruinado?

—Nosotros teníamos una pequeña casita, muy modesta, pero era nuestra. En ella vivía mi madre, es viuda. Mis padres tardaron años en construirla y lo hicieron con muchísimo esfuerzo. Estaba aquí, ¿ve este triángulo? —Señaló con el dedo un pequeño solar en el plano—. «El día de mañana, cuando yo te falte, esto será tuyo», me repetía la pobre como si hablara de la herencia de un ricachón. Está muy enferma. Dios quiera lo contrario, pero no creo que viva mucho tiempo más. El ayuntamiento nos expropió, ¿sabe a cambio de cuánto?

—¿Cuántos metros cuadrados tenía el solar?

—Serían unos doscientos, aproximadamente, metro arriba, metro abajo.

—Veamos... —Luis comenzó a echar cuentas en su cuadernillo de trabajo—. El precio mínimo real de mercado fijado como referencia por el ayuntamiento de Madrid anda alrededor de las ciento veinte pesetas el metro cuadrado. Con lo cual, redondeando, peseta arriba, peseta abajo, que diría usted, doscientos metros cuadrados vendrían a salir por unas veinticinco mil pesetas. ¿Coincide, o se aproxima, a lo que les pagaron?

Antonio se quitó la gorra, la dejó sobre la mesa con parsimonia, encima de los planos que observaba fijamente, hasta que levantó la mirada hacia él para entonces responderle con un aire de abatimiento que conmovió al muchacho:

—¿Usted diría que veinticinco mil se aproximan mucho a siete mil?

—¿Les pagaron siete mil pesetas? —separó cada palabra de la siguiente a la espera de que, en el espacio entre una y otra, pudiera entrar algo de entendimiento. Pero era imposible encontrar una

lógica que no se atuviera a su teoría de la trama de corrupción, que, no obstante, quiso confirmar con más datos.

—Ni una peseta más, ni una menos. Siete mil —se reafirmó Antonio.

—¡Pero es un disparate! ¿Adónde se puede ir con ese dinero?

Luis sabía que siete mil pesetas no alcanzaban ni para levantar cuatro paredes en Vallecas, Lavapiés o el Rastro. Durante más de treinta años, la familia de Antonio había vivido allí, con su parra, su pozo y su trozo de cielo propio... Y ahora los arrojaban fuera, como si fueran estorbos vivientes. Bien claro se lo explicó el hombre.

—¿Y qué pinta Obras y Edificaciones de Madrid en todo esto?

—Le he conseguido un par de contratos para que vea que es verdad lo que le estoy contando.

—Eso es lo que necesito, evidencias, pruebas.

—Uno de ellos es el de nuestra casa. Este contrato municipal, como ve, es el de la expropiación, por la que, como le he dicho, nos pagaron siete mil pesetas. Aquí tiene la cantidad.

—¿No pudo negociar nada? ¿O intentarlo, al menos?

—Era eso o nada. Nos dijeron que nos expropiarían de todos modos.

—¿Y ese otro contrato...?

—El ayuntamiento le adjudicó a Obras y Edificaciones de Madrid el terreno, que después vendió por doscientas mil pesetas a una importante empresa textil. Van a construir un gran edificio, de varias plantas, en el que alojarán sus talleres y la tienda más grande de telas de todo Madrid y, posiblemente, de toda España.

—¿Me está diciendo que la empresa en la que trabaja, a la que se adjudicó su casa, bueno, el terreno, lo vendió por un precio que alcanzó las doscientas mil pesetas? ¡Eso es más que un sobreprecio!

—Eso es una canallada.

—Y un delito. ¿Tiene hermanos?

—No. Soy yo solo, y mi madre... La mujer es una santa, no se imagina. —En la mirada de Antonio cabía la inmensidad de un amor agradecido e incondicional por ella—. Yo tengo mi familia, pero estamos en un piso *alquilao* que es enano, mire usted, ni sitio hay para mi madre. Lo único que hago es trabajar y trabajar. Los fines de semana cultivo un campo a las afueras de la capital para un terrateniente, así me saco unas perrillas más. Es lo que me enseñaron mis padres. Se me parte el alma al ver cómo hemos sido víctimas de unos usureros, ¡unos canallas!

—Cálmese, Antonio. Entiendo su desesperación.

—Solo espero que se haga justicia —imploró el hombre—, y si usted pudiera desenmascararlos...

—Es lo que estoy intentando.

«Persevera». Le vino a la mente lo que Colombine le había aconsejado horas antes y eso le dio fuerzas para el compromiso que adquiría con Antonio, víctima de la injusticia que estaba cerca de destapar.

—Le aseguro que no pararé hasta conseguirlo. Un periodista jamás se rinde ante una causa.

«Demuéstraselo al mundo»... Mi querida Colombine...

De regreso de Toledo, esa misma mañana, nada más llegar a casa, Carlota y Rodolfo se habían lanzado de lleno a concentrarse en la revisión de los documentos sustraídos del beaterio de arrepentidas. Nada tenía más interés en ese momento. Ninguna otra cosa que no fuera el cuaderno de doña Adelaida. El resto del mundo se había difuminado.

Llevaban todo el día con ello. Sin dormir. Sin comer. Sin pensar en nada que no fuera su hijo.

Volvieron al punto en el que lo dejaron, el registro que tan fuerte impacto les había causado: el nacimiento de un varón el 5 de octubre de 1896, que podría coincidir con el de su hijo. En la Casa del Pecado Mortal, calle del Rosal.

La sede del infierno.

Lo que venía a continuación fue un antídoto contra el desaliento en el que se habían sumido al no encontrar referencias sobre la posible adopción de ese varón. Perseveraron. Mucho más adelante se mencionaba que ese niño fue entregado a una familia vinculada a una tal Fundación Gregoriana, «una buena familia en la que nada le habrá de faltar».

—¿Una fundación? ¿«Gregoriana»?

—¡Tiene que pertenecer a don Gregorio! —exclamó Carlota—. Si no, demasiadas casualidades.

Rodolfo le cogió la mano con fuerza; también él estaba impresionado por los descubrimientos.

Las lágrimas desbordaron la triste mirada de Carlota. Rodolfo las recogió con su boca para convertirlas en un beso.

—¿Te sientes con ánimo para seguir? —Rodolfo pasó por la pregunta de puntillas.

—Ahora más que nunca.

También descubrieron una circunstancia chocante, que sorprendía ver mezclada con la trama de la Casa del Pecado Mortal. Figuraban varias partidas de dinero, obtenidas de las adopciones ilegales, destinadas a sospechosos pagos a funcionarios del ayuntamiento en relación con el concepto «Futuras obras. Gran Vía. Expropiaciones». Una de ellas, la de la calle del Rosal.

—¿Qué diablos es esto?

La calle del Rosal...

***

Luis estudiaba varios documentos; «Tú y tus papeles», le tomaba el pelo el colega que trabajaba en la mesa de enfrente.

—Si tengo tantos papeles, es porque previamente los he buscado y encontrado, es decir, que he hecho un trabajo de investigación que ha dado sus frutos. Mejor eso que no traerse nada entre manos.

—¿Cómo que nada? —continuó con la broma el compañero—. ¿Y esto qué es? —Y enarboló, como si fuera una bandera, el cigarrillo al que acababa de darle una larga calada.

—Preferiría no tener nada, a una porquería como esa —respondió Luis, siguiéndole el hilo burlón de su tono.

—Habló el hombre más sano de esta redacción.

—El más sano no sé, pero sí el más tenaz —replicó el joven, blandiendo uno de los documentos que llevaba horas trabajando—. ¿Ves esto? Es el contrato que acredita la existencia de una nueva expropiación muy por debajo del precio del mercado, la de un solar que ya se ha adjudicado a un propietario que ha obtenido más del triple, parece un precio desorbitado.

—¡Tú y tus papeles! —insistió el otro redactor.

—Yo y mi Gran Vía...

—¿De verdad que hay gato encerrado en esas obras?

—Mejor léelo mañana.

Un precio de dimensiones exageradas para un solar ubicado en una vía tan pequeña: la calle del Rosal.

A la mañana siguiente, el periódico publicaba el nuevo artículo de Luis Crespo. En él, el joven periodista mencionaba documentos relacionados con la llamada Fundación Gregoriana, una extraña

organización con fines inespecíficos —lo que atentaba contra las leyes vigentes—, que había obtenido de un archivo privado cuya fuente no desvelaba. Relataba una sucesión de hechos que no cuadraban en otro marco que no fuera el de la corrupción. En concreto, se centraba en el solar de la calle del Rosal, adquirido por la Fundación Gregoriana, y el emplazamiento de un siniestro lugar conocido como la Casa del Pecado Mortal.

Decidió dejar la información que le había proporcionado Antonio para cuando tuviera más elementos con los que componer una gran exclusiva. Y solo pensaba en la cara que pondría Colombine al leerlo.

# Capítulo 46

Sostenía abierto el ejemplar del *Heraldo de Madrid* que acababa de salir a la calle. Rodolfo ya había leído el nuevo artículo de Crespo.

—Este periodista es el único que está ocupándose del tema, y es un escándalo. No lo entiendo —comentó Carlota al terminar de leerlo también ella.

—Dales tiempo. Creo que no son conscientes de lo que puede haber detrás. No tardarán otros medios en ponerse con ello, ya lo verás.

Carlota dejó el periódico sobre la mesilla.

—Cariño, ¿no crees que llevas demasiado tiempo con tu hacienda desasistida? —Llevaba días dándole vueltas a la idea y buscó el mejor momento para proponérselo sin que se molestara. Tenía muy claro lo que debía hacer, y para ello necesitaba que Rodolfo estuviera lejos y quedara al margen de su decisión—. Tal vez deberías ir pensando en regresar, aunque sea solo por un tiempo.

—No está desatendida. Mi capataz sigue al frente y sabe lo que hay que hacer.

—No lo dudo. ¿Pero no dicen que el ojo del amo engorda el caballo?

—¿Ahora resulta que te interesan los refranes? —Se sentía bien viéndola un poco más animada.

—Desde que me preocupo por ti, sí me interesan.

—Pues yo diría que más bien parece que quieras que me vaya. Ah, ya sé, lo que quieres es perderme de vista.

—¡Qué dices! ¿Cómo se te ocurre...?

No pudo añadir nada más porque él, que se había aproximado sibilinamente, la atrajo hacia sí y comenzó a besarla, perdiéndose ambos en una maraña de deseos y caricias de las que reparan cualquier dolor.

Al final, y ante la insistencia de Carlota, convinieron en que Rodolfo volviera temporalmente a Navalcarnero.

—Nada es definitivo.

—Salvo nuestro amor —le corrigió Rodolfo sin darle respiro.

—Vale, salvo nuestro amor. Te aseguro que no tiene nada que ver con nosotros, pero me vendrá bien estar un tiempo sola. Necesito asimilar lo que ha ocurrido.

—No estoy de acuerdo, pero lo respeto.

—Nunca podré agradecerte la ayuda que ha supuesto tenerte a mi lado en este tiempo tan difícil.

—El amor no se agradece. No quiero separarme nunca más de ti, Carlota, jamás.

—Tan solo dame unos días. No necesitaré más, tienes mi palabra.

—¿Y qué pasará con la búsqueda de nuestro hijo?

—Eso no cambiará, seguimos adelante. Estamos ya tan cerca...

Sin decirle nada, mientras Rodolfo preparaba su viaje de vuelta a su finca, Carlota escribió una nota dirigida al periodista del *Heraldo* que firmaba los artículos sobre las obras de Gran Vía pidiéndole una cita para darle información, le dijo, sobre la Casa del Pecado Mortal. La realidad era que quería lo contrario, ver si podía sacarle a él más datos de los que proporcionaba en el artículo. Luis, intrigado por cuál podría ser la relación de la marquesa de Peñaflorida —excepcionalmente firmó así la nota— con la Casa del Pecado Mortal, demolida en la calle del Rosal, que ella no terminaba de aclararle en su misiva, accedió a verla.

Pero antes, Carlota tenía un asunto pendiente, decidido en Toledo durante el segundo viaje al beaterio de arrepentidas de Santa María la Blanca.

Una decisión arriesgada, pero necesaria.

... «sombras y oscuridad en la Blanca Santa María...».

Pedir que se rindieran cuentas y no arrepentirse de lo que quisieran y decidieran los malvados.

Por encima ellos, el más malvado de todos.

La sede de Obras y Edificaciones de Madrid ocupaba una manzana entera en la confluencia de la calle de Alcalá con el arranque de la del Barquillo, una zona de tránsito constante, próxima al Banco de España y a los nuevos edificios oficiales que exhibían su orgullo en los diseños arquitectónicos. La fachada, de piedra clara y líneas rectas, carecía de adornos superfluos: su elegancia descansaba en la proporción y en la claridad de sus volúmenes. Grandes ventanales, distribuidos con orden geométrico, dejaban ver el movimiento de oficinistas en el interior. En el dintel de entrada, discretamente grabado en bronce, se leía el nombre de la empresa, sin pretensiones: Obras y Edificaciones de Madrid, S.A.

Al cruzar el vestíbulo, Carlota se detuvo un instante; notaba el estómago revuelto y una punzada en el pecho. Controló el ahogo que amenazaba con hacerse presente. La impresionante amplitud de la entrada sobrecogía, y entendió que la gente se sintiera allí pequeña. Era llamativo el suelo de mármol recién abrillantado. A la derecha, una escalinata de peldaños anchos ascendía hacia la planta noble que debía de estar en un piso alto, y a la izquierda, un ascensor enrejado aguardaba con las puertas abiertas. Había macetas altas con ficus recortados, lámparas eléctricas de diseño

funcional y un mostrador de nogal tras el que una joven mecanógrafa, pulcramente vestida, alzó la vista al verla entrar.

—¿Tiene usted cita? —preguntó, sin levantarse, exhibiendo una sonrisa administrativa.

Carlota asintió, dándole un nombre falso:

—Dígale que ha venido a verle la condesa de Sástago.

Fue el primer nombre que se le ocurrió, pensando que un tipo como don Gregorio difícilmente rehusaría recibir la visita de una aristócrata.

La recepcionista marcó con rapidez un número en el teléfono de baquelita y habló en voz baja. Luego se levantó y, con esmerada profesionalidad, le indicó el ascensor.

—Cuarta planta. Don Gregorio la recibirá personalmente.

En el rellano, dos hombres vestidos con sobriedad custodiaban la puerta principal del despacho. No llevaban uniforme, pero su actitud delataba que la vigilancia del jefe era el fin primero y último de cada día, más allá del universo confinado entre las cuatro paredes de aquel despacho en el que estaba a punto de adentrarse. Uno de ellos se adelantó, mostrando cierta deferencia, y abrió la puerta de cristal esmerilado.

El despacho de don Gregorio ocupaba la esquina más luminosa del edificio. Tenía dos balcones a la calle y un ventanal lateral por donde se divisaba la cúpula del Círculo de Bellas Artes. El mobiliario era sobrio pero caro: una mesa amplia, sin papeles a la vista; dos butacas tapizadas en piel marrón; una estantería con carpetas rotuladas, y, en la pared, un retrato al óleo de Alfonso XIII recibiendo los planos de una de las grandes obras de urbanización de la capital. Nada sugería excesos ni ostentación. Solo el leve zumbido del ventilador de techo, los cigarrillos de importación sobre la bandeja de plata y el teléfono con línea directa claramente con las

altas esferas del poder delataban el nivel de influencias que allí se concentraba.

Don Gregorio aún no había llegado. La secretaria le ofreció a Carlota tomar asiento en una de las butacas.

—Llegará enseguida. Está subiendo.

Y cerró la puerta con discreción.

En la espera, compartió despacho con uno de los vigilantes, que no le quitaba ojo de encima, el retrato del rey y el tiempo suspendido entre el pasado al que Carlota había sobrevivido y las respuestas que, por fin, iba a exigir. Ahora cabía esperar que las consiguiera.

Desde que se levantó aquella mañana, sentía la inquietud lógica de enfrentarse a quien consideraba el auténtico verdugo de su vida. Todos los esfuerzos —que habían sido muchos— por desterrar de su existencia la remembranza de la maldad que tanto daño le había causado, haciendo que la vida se viera marcada, determinada para siempre, por la pérdida de su hijo, iban a quedar relegados para hacerle frente a don Gregorio. Solo importaba dar con la identidad de la familia que adoptó a su hijo en contra, absolutamente en contra, de su deseo y voluntad.

Al abrirse la puerta, todos los músculos de su cuerpo, sin excepción, se tensaron. Había dejado de pensar en ello durante años, pero de repente se presentó vívida aquella escena repugnante de don Gregorio intentando forzarla en el baile de carnaval en el Teatro Real. Su aliento... y la nauseabunda sensación de que su boca la buscaba entre las babas del alcohol...

Estaba sentada de espaldas a la entrada y escuchaba los pasos de don Gregorio aproximándose igual que quien se pone en alerta porque lo acecha un peligroso león hambriento.

Se puso en pie y tomó aire antes de girarse hacia él. Ese momento nunca había entrado en sus planes. Pero había llegado la hora de asumir que enfrentarse a ese hombre del pasado más oscuro y tenebroso podía facilitarle la llave con la que abriera la puerta del destino en el que su hijo estaría esperándola.

Al final, la luz. Esa era la esperanza de Carlota.

La cara de sorpresa de don Gregorio se le anticipó a sus propias palabras.

—No esperaba esto —reconoció—. Pues sí que ha cambiado la condesa de Sástago... Dejadnos solos —pidió a sus hombres.

Fue a hacer el amago de besar su mano, pero Carlota no despegó los brazos del cuerpo.

—Bueno..., parece que alguien aquí ha olvidado las normas más elementales de cortesía, y está claro que no soy yo. —Ella aguantaba el tipo mirándole desafiante—. ¿A qué debo este honor? Pero, por favor, siéntese, doña Carlota.

—Estoy bien así. Y te aseguro, Gregorio, que mi visita no va a ser ningún honor para ti. Tampoco lo es para mí.

—Ah, vale, de acuerdo, puede tutearme —dijo con cinismo, intentando encajar aquella extraña situación que se le había planteado de manera inesperada—. Aunque tarde, quiero aprovechar para transmitirle mi pésame, «marquesa», por la triste muerte de su esposo. Como no había tenido ocasión...

—Ahórrate estupideces innecesarias.

—Es increíble, puede que hayan pasado veinte años desde que nos vimos por última vez.

—Veintidós. Exactamente los mismos que debe estar a punto de cumplir mi hijo.

—¿Tu hijo? No sabía que mi gran amigo Julián tuviera un heredero.

—Y, como bien sabes —enfatizó—, en efecto, no lo tiene. Es hijo mío. Nadie hay en este mundo, salvo su padre y yo misma, claro, que sepa tan a ciencia cierta de la existencia de ese niño como tú.

Entonces, y no había tardado tanto, don Gregorio se transformó en el ser despreciable que la joven recordaba, el mismo hombre que confabuló con su esposo para recluirla en la Casa del Pecado Mortal. El responsable del robo de su hijo. Ahí estaba, delante de ella al cabo de más de dos décadas. Recreándose en la esencia del mal.

Revolcándose en el fango que envilece a quien recubre la piel de infamia y vileza.

—Está bien, Carlota. Dime a qué has venido después de tanto tiempo.

—Por más tiempo que pase, tú no podrás tener la conciencia tranquila.

—De ser así, es algo que solo me atañe a mí.

—Te equivocas. Fíjate si me preocupa, que voy a darte la oportunidad de que la descargues de culpa. Dime qué pasó con mi hijo.

Don Gregorio se apartó de ella para ir a sentarse en su sillón de la mesa escritorio.

—No tengo ni idea de lo que me hablas.

Carlota apoyó las manos, furiosa, sobre la misma mesa.

—¡Claro que lo sabes! Te refrescaré la memoria: doña Adelaida, el hermano Rafael, la Casa del Pecado Mortal, la madrugada del 5 de octubre de 1896, caía sobre Madrid una fuerte tormenta y sobre mi corazón, un manto de desgarradora aflicción cuando a mi hijo, un varón sano, no me dejaron ni siquiera abrazarlo. Se lo llevaron para entregarlo en adopción a cambio de dinero, mientras Julián insistía en que había muerto. Y todo aquello lo gestionabas tú, Gregorio, ¡tú! —le gritó—. ¿Ya vas recordando...? —Inmutable, don Gregorio

escuchaba recostado en el sillón—. Dime a qué familia lo entregasteis. ¡Dímelo! —El hombre se mantenía callado, sin alterarse. Un barco surcando el mar bajo una calma chicha aparente —. ¿Qué pasa, te has quedado sordo de repente? —volvió a levantar la voz—. Te lo repetiré: madrugada del 5 de octubre de 1896, un parto largo y dificultoso de un niño varón, llovía a cántaros, una fuerte tormenta y...

—Basta ya, Carlota, no sigas poniéndote en evidencia.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está?

Esto último lo dijo gritando, fuera de sí, lo que alertó a los esbirros, que entraron de inmediato.

—No pasa nada —les tranquilizó don Gregorio antes de que actuaran—. Está todo controlado. La señora marquesa ya se marchaba.

—Por cierto —Carlota medio se recompuso, aunque seguía con la respiración muy agitada—, qué curioso que me hayas dado el pésame por Julián, pero no por mi hermana.

—No me diste tiempo.

—Tómatelo ahora.

—Salid, yo os llamaré enseguida, estamos terminando —pidió a sus hombres—. No sigas diciendo más tonterías. Claro que te doy mis condolencias por la muerte de Rebeca. Era una gran chica.

—Muerte, no, Gregorio. Asesinato. A lo mejor eso también lo sabes tú mejor que nadie.

—Ándate con ojo, Carlota. Te aconsejo que no te adentres en tierras tan pantanosas. Las arenas movedizas no hacen más que engullirlo a uno cuando intenta pisarlas.

—¿Es una amenaza?

—Interprétalo como quieras, pero haz caso. Te lo recomiendo.

—¿O si no, qué...? ¿Vas a eliminarme, como posiblemente hiciste con mi hermana?

—Nada en esta vida es tan burdo y obvio como eso. —Se levantó para acercarse a ella con clara intención de intimidarla—. Sé lo que andas haciendo por ahí. No metas más las narices en asuntos que no te competen. El mundo está lleno de peligros acechando en los sitios y momentos más insospechados; no avisan, ¿sabes? Pensaba que a estas alturas ya lo habrías aprendido, experiencias te sobran. Déjalo ya, Carlota. Ten a Rebeca en la memoria, es lo único que puedes hacer por ella.

—¡No pongas su nombre en tu asquerosa boca! Acabaré contigo, como quisiste hacer tú conmigo. Aunque, en el fondo, lo conseguiste, porque al arrancarme a mi hijo de mis brazos, me arrancaste, con él, la vida. Dios no puede permitir que no rindas cuentas.

—¿Desde cuándo crees tú en Dios? —Su tono era burlón y ofensivo.

—Desde que sé que ni siquiera él va a poder librarte de lo que te espera.

# CAPÍTULO 47

En el fondo, no había sido mala idea distanciarse de Madrid. Los sucesos se habían precipitado de forma tan vertiginosa que a Rodolfo apenas le había dado tiempo de asimilar todo. Cuando creyó haber asumido que difícilmente se reencontraría algún día con Carlota, ocurrió. Y cuando la halló, de ninguna manera podía imaginar que tenían un hijo en común, y menos, las circunstancias tan terribles en las que vino al mundo. Pero lo tenía. Y cuando lo supo, tampoco cabía suponer que precisamente en el curso de su búsqueda Rebeca acabaría asesinada. Pero lo fue.

Comprobaba en propia carne hasta dónde el ser humano puede soportar las peores noticias, aunque cayeran en cascada, sin dar un descanso.

Sí, se dio cuenta de que volver a la finca había sido una decisión acertada, a pesar de que supusiera apartarse de Carlota durante un tiempo. Porque, con tanto vértigo, no se había detenido a pensar en ese hijo desconocido que no terminaba de ser real para él.

Cómo sería, qué rasgos compondrían su fisonomía, ¿se habría convertido en un hombre de bien? ¿Qué querría hacer en la vida?... Imaginó sus anhelos y le desconcertaba no saber si tendría algo en común con su padre.

Su padre...

Rodolfo en su papel de padre... Jamás creyó que pudiera serlo, porque jamás tuvo la posibilidad de pensar siquiera si lo deseaba. Hasta que conoció a Carlota, su amor por las vides y el vino

armaban su vida como cimientos indestructibles. Y cuando ella desapareció, volvió a dedicarse al campo en cuerpo y alma después de la devastación de haber perdido su finca. El efímero paso de Marie y Elvira por su vida no le dejó huella alguna, porque no tardó en darse cuenta de que, inconscientemente, la presencia de ambas estuvo destinada a cubrir el inmenso hueco de Carlota, y eso no puede ser nunca la base del amor.

Todo había ocurrido en no demasiado tiempo. La imprevisibilidad de la vida se le atravesó, robándole la calma y moviéndole de sitio su norte.

Aunque en verdad, más allá de las viñas, ¿cuándo había tenido Rodolfo claro su norte...?

***

Cuando Carlota entró en la redacción del *Heraldo de Madrid*, todo cuanto encontraba a su paso le resultaba fascinante. El edificio, ubicado en el número 8 de la calle del Marqués de Cubas, en pleno centro de la capital, a pocos pasos del Congreso de los Diputados y del Ateneo, era sobrio por fuera, de fachada clásica, pero bullía por dentro con el ritmo incesante del trabajo periodístico.

Al cruzar el zaguán accedió a un espacioso lugar, con suelos de madera castigados por el tránsito constante de reporteros, redactores, mecanógrafos, visitas... A lo largo de la tarde, un ir y venir de periodistas con sombrero y gabardina animaba la escena. El olor a tinta de imprenta se mezclaba con el del tabaco negro y el café recalentado.

La sala de redacción se encontraba en una planta superior y estaba presidida por grandes mesas de madera repletas de papeles, telegramas y ejemplares de otros diarios nacionales y extranjeros.

Las veloces y eficientes máquinas de escribir Underwood n.º 5, que representaban la modernidad encarnada en los periodistas norteamericanos, repiqueteaban sin cesar, marcando el ritmo frenético del cierre de edición. En las paredes, grandes mapas de Europa seguían la evolución de la Gran Guerra, que todavía se prolongaba, y se actualizaban las novedades a mano con alfileres o anotaciones manuscritas.

Los más veteranos ocupaban los escritorios junto a las ventanas, donde entraba la luz polvorienta de Madrid filtrada por persianas a medio subir. Los jóvenes, como Luis Crespo, se ganaban su lugar con crónicas rápidas y encargos de última hora. Se escuchaban discusiones políticas y llamadas urgentes desde la centralita.

Aunque el caso de Crespo era diferente. Frente a las misiones de corto recorrido, él se había puesto entre una de sus primeras metas la investigación de un asunto al que nadie en el diario le quería prestar atención por inverosímil. Le quitaba horas de descanso al dedicarle todo su tiempo libre además de los ratos que arañaba durante su habitual jornada, pero eso no le importaba. «Un buen periodista no descansa nunca», sentenció un día su admirada Colombine.

En un lateral de la redacción podía verse una pequeña sala reservada para el operador del telégrafo, encargado de recibir continuamente noticias de última hora que llegaban desde otras ciudades o incluso del extranjero. El director y los jefes de sección ocupaban despachos acristalados al fondo, desde donde vigilaban con ojo crítico el desarrollo del número del día. No faltaban los rumores, las confidencias traídas por corresponsales de provincias o enviados diplomáticos, ni las visitas de escritores e intelectuales que colaboraban con columnas de opinión o artículos literarios.

Avisado por el recepcionista que atendía la entrada detrás de un pequeño mostrador, Luis había salido a recibirla para conducirla hasta la redacción. A Carlota le pareció un joven de aspecto cuidado, guapo, pero sobre todo amable. Ese era el rasgo que llamaba la atención en él.

No tardaron en entrar en materia. Compartieron un largo rato hablando y revisando documentos relacionados con la Fundación Gregoriana, que ambos conocían y en la que tenían intereses diferentes. Carlota quiso saber más sobre lo que le pudiera contar el periodista acerca de don Gregorio Gómez. Pero esa no era la idea que el joven se había hecho tras leer su nota.

—¿Pero usted no venía a facilitarme información?

Ella se limitó a confesarle que lo conocía, «aunque por terceros» —otra mentira—, pero de momento no le habló de su paso por la Casa del Pecado Mortal.

Lo que tiene la mentira es que, dicha una, las demás se abren paso con facilidad.

—En una ocasión conocí alguien que estuvo allí recluida y relataba su estancia como lo más parecido a un infierno.

—¿Una mujer?

—Allí solo se encerraba a mujeres. Embarazadas... —le costó decirlo.

—¿Embarazadas? —El joven periodista estaba descubriendo una parte que le parecía de lo más oscura de la Fundación Gregoriana, que avivaba sus ansias por avanzar en las posibles conexiones con la trama de corrupción urbanística que investigaba.

Pero de pronto todo giró. De forma abrupta, la conversación se cortó al ver Carlota, sobre otra mesa, un jarrón con un ramo de flores de tela. Se aproximó a él como si todo a su alrededor hubiera

dejado de existir; el interés sobre ese detalle era absoluto y exclusivo.

—¿Le gustan? —preguntó Luis, que, intrigado, había ido tras ella.

Los ojos de la mujer no se despegaban del florero.

—Son... diferentes.

—Son de Pedro, el compañero de la sección de local. Las hace su madre en su pequeño taller. Las vende, ¿sabe?, y, según cuenta, le va muy bien. Si le gustan, puedo conseguirle el contacto. Incluso puedo regalarle un ramo, si me lo permite.

Pero Carlota no escuchaba. Solo miraba las flores. De repente, una imagen que, justo hasta ese preciso instante, no existía en su mente emergió convertida en recuerdo.

—No puede ser...

—¿El qué? —Luis miraba a su alrededor intentando adivinar a qué se refería.

—¡Ha sido él! ¡Es él! ¡Lo sabía! Lo sabía, lo sabía, fue él —gritaba alterada en medio de la redacción.

—Doña Carlota, ¿qué le ocurre? ¿Quién es él? ¿De quién habla?

—¡Ese malnacido! Don Gregorio mandó asesinar a mi hermana.

—¿Asesinaron a su hermana? —exclamó Luis, impresionado.

Carlota, con dificultad, le contó cómo hallaron el cadáver de Rebeca. Un par de frases, no más. No pudo.

Se sintió mareada.

—El cadáver del Manzanares... —El periodista cayó en la cuenta—. Claro, dimos la noticia.

Visiblemente nerviosa, Carlota salió corriendo.

—¡Espere! ¿Adónde va? ¡Voy con usted!

Pero ella ya no podía oírle. Cuando Luis salió a la calle, su rastro se había perdido entre los transeúntes.

Carlota se dirigía a comisaría, tenía que contarle al inspector Tejada lo que acababa de descubrir. Al girar la siguiente calle, un desconocido la empujó hacia los coches para que fuera atropellada y se dio a la fuga. Fue una fracción de segundo en la que vio cómo la realidad se tambaleaba. Gracias a la pericia del conductor, el vehículo pudo esquivarla aunque solo en parte, porque la maniobra no consiguió evitar que cayera al suelo golpeada.

La gente se arremolinó a su alrededor para comprobar las consecuencias del atropello. La policía no tardó en acudir. Afortunadamente, apenas unas magulladuras, aturdimiento y el brazo sobre el que cayó, dolorido. Nada grave.

Se negó a ser trasladada al hospital, su único objetivo era hablar con el inspector Mauricio Tejada; «Tienen que llevarme a verlo, es muy importante», imploró a los agentes, que terminaron claudicando. Ante el jefe dejaron claro que su primera intención había sido conducirla al hospital para que la sometieran a una revisión médica, pero se había negado.

—Está bien, agentes, no se preocupen. No parece que tenga lesiones que revistan importancia. Pueden seguir con su trabajo, gracias. ¿Cómo se encuentra? —preguntó, poniendo entonces toda su atención en Carlota, recostada sobre el sofá de su despacho. En vista de que no respondía, comentó—: La próxima vez que vaya a cruzar la calle le aconsejo que mire a ambos lados, es lo que hacemos todos. Esta ciudad se ha convertido en un caótico circuito en el que conviven a la fuerza vehículos a motor y coches de caballos.

Pero Carlota no estaba en otra cosa que no fuera su presentimiento.

—Sé quién lo hizo —afirmó tajante.

—¿Sabe quién asesinó a su hermana?

—Sí.

—¿Lo sabe o lo sospecha?

—Tuvo que ser él. No ha podido ser nadie más. Es él.

—A ver, a ver, doña Carlota. Explíquemelo bien, despacio y desde el principio.

—No hay ningún principio. Le estoy diciendo que sé quién es el asesino de mi hermana.

En ese momento entró otro agente con un vaso de agua para ella. Lo bebió de un trago.

—¿Se encuentra mejor? —El inspector mostró sincero interés por su estado.

—Lo estaré cuando cojan al asesino, ¡ay! —se resintió del golpe recibido en el brazo.

—No haga esfuerzos, permanezca recostada. Yo me siento aquí, a su lado.

Tejada cogió una silla y la colocó delante del sofá, con su cuadernillo en la mano dispuesto a tomar notas.

—¿Y de quién sospecha?

—De Gregorio Gómez.

—Gregorio Gómez —repitió el inspector como un autómata—. Supongo que se basa en algún hecho, porque, si es tan solo una mera suposición, no servirá de mucho.

—Ha sido por el lirio.

—¿El lirio de tela? Bien, doña Carlota, ¡bien! Ha hecho lo que le pedí, pensar en ese detalle. Era uno de los caminos a seguir. Veamos qué da de sí. ¿Cómo lo ha relacionado?

Le contó lo que acababa de descubrir: unas flores de tela le recordaron haber visto un lirio artificial, exactamente igual al hallado en el escenario del crimen, blanco y con una cinta negra atada al tallo, en el despacho de su esposo, y que este le comentó que era

«cosa de Gregorio, los usa en arreglos florales para su oficina y hoy me ha regalado este, está obsesionado con que las flores han de ser como nuestro espíritu y no marchitarse jamás ante nadie, por eso le gustan tanto las de tela».

—Tiene sentido. Le ruego que no hable de esto fuera de aquí. Es importante que no trascienda de quién sospechamos para no ponerlo sobre alerta. ¿Qué sabe usted de ese don Gregorio?

—Es una sanguijuela, un mal hombre capaz de llegar hasta donde haga falta, incluso saltándose los límites de la ley, con tal de conseguir sus fines, nunca loables, por cierto. —Carlota se iba recuperando de la conmoción sufrida con el asunto del lirio, que había sido peor que el intento de atropello—. Es un tipo siniestro y sin escrúpulos.

—Parece que lo conoce bien. También sabrá, entonces, que es una persona extraordinariamente poderosa.

—Creo que lo sé mejor que usted.

—Está muy segura. ¿Puedo preguntar por qué? Es evidente que lo conoce bastante bien. ¿Le importaría decirme de qué?

Se tomó su tiempo para responderle. El inspector jamás perdía la calma, tenía todo el tiempo del mundo y aguardó callado.

—Era el mejor amigo de mi difunto esposo.

—El marqués de Peñaflorida.

—Sí. —A Carlota ese nombre, y el título que lo acompañaba, ya le resultaban ajenos, habitantes de un pasado que no era el suyo.

—Pues para ser amigo de la familia no tiene usted demasiada buena opinión de él.

—No se confunda, inspector, no le he dicho que fuera amigo de la familia, sino amigo de mi esposo. Y desde luego que no tengo ninguna opinión buena de ese ser infame.

—Es usted muy dura con él.

—No más de lo que lo fue él conmigo.

—¿Puede explicarse?

Tejada, sin saberlo, acababa de levantar un muro detrás del cual la joven se protegía de sus propios fantasmas. No se sentía todavía capaz de compartirlos, de expulsarlos al mundo exterior que existía más allá de Rodolfo, pero, por otro lado, la mínima posibilidad de que hacerlo pudiera arrojar luz para esclarecer el asesinato de su hermana la obligaba a sacarlos del rincón reservado a los recuerdos que dejan una nefasta huella imborrable.

—Gregorio Gómez es sencillamente un monstruo —se atrevió a decir.

—¿En qué sentido? —El inspector, hombre curtido en situaciones complejas y delicadas, entendió que se hallaba ante una de las más extremas. Intuyó la convulsión interior que sufría Carlota y decidió deslizarse entre sus aguas con sutileza y tacto, porque las reacciones de la joven daban a entender que dicha convulsión podría estar relacionada, de la manera que todavía tenía que averiguar, con alguna circunstancia previa al crimen de la hermana.

Carlota volvió a tomarse unos instantes de silencio en los que la verdad se agitaba junto con las esperanzas, en un cóctel que acabó saliendo en forma de palabras. Si existía algún momento en el que por fin debería contarse lo que clandestinamente ocurría en la Casa del Pecado Mortal, no cabía duda de que era ese. Había llegado la hora de expulsar el sufrimiento abriéndole una vía de salida.

—Ese hombre está relacionado con un horrible lugar llamado la Casa del Pecado Mortal.

—¿Qué tiene de horrible?

—Era un siniestro lugar en el que encerraban, por supuesto en contra de su voluntad, a mujeres que vivían un embarazo no bien visto a ojos de la sociedad. Padres, maridos, siempre hombres en

cualquier caso, eran quienes las recluían en esa institución que, aunque no era religiosa, estaba regida por una hermandad integrada por monjas, no todas, pero sí lo eran la mayoría. —Pensó en el hermano Rafael, aunque lo mantuvo al margen, tampoco le interesaba dar muchos detalles.

—¿Cuánto tiempo permanecían allí esas mujeres?

—Hasta que daban a luz. Entonces la organización se apropiaba de la criatura. La robaba. Lo que hacían era cometer un robo, un secuestro de un alma inocente.

El inspector observaba con detenimiento todos y cada uno de sus gestos.

—Lamento la indiscreción, pero mi obligación es preguntárselo: ¿conoce ese sitio porque estuvo usted allí?

—¡No! —fue más un impulso que una respuesta—. ¿Qué le hace pensar eso? Claro que no. Pero conozco a alguna mujer que sí lo estuvo.

—Entiendo. No hace falta que le recuerde que está hablando con la policía, ¿verdad?

—Lo sé perfectamente, así que no hace falta.

—Bien. En ese caso volveré a hacerle la pregunta: ¿estuvo recluida en esa Casa del Pecado Mortal, de la que habla?

—Y yo le repito mi respuesta: no.

—De acuerdo. —Tejada, que no la creyó, decidió avanzar—. Y dígame, ¿qué pasaba con esos niños?

—Eran entregados a familias que los adoptaban a cambio de una generosa aportación a la hermandad. En definitiva, se lucraban vendiendo a los recién nacidos.

—Es muy grave lo que me está contando. ¿Qué tiene que ver Gregorio Gómez con todo eso?

—«Todo eso», como usted lo llama, inspector, es una trama perfectamente organizada, sufragada y liderada por don Gregorio.

—Insisto en que son acusaciones muy graves —reforzó Tejada para exprimir al máximo su testimonio. No paraba de tomar notas de todo cuanto relataba Carlota.

—Y yo insisto en que es la verdad. En la Casa del Pecado Mortal se cometían esas atrocidades mientras fuera de sus muros todos miraban hacia otro lado.

—Pondré a mis hombres a trabajar en ello. Pero no acabo de ver la relación con el asesinato de su hermana.

—Ese es su trabajo, inspector.

Omitió deliberadamente su encuentro reciente con don Gregorio para no comprometerse más. Tampoco quería que el inspector Tejada la relacionase de una forma más directa con la Casa del Pecado Mortal, aunque se lo oliera.

Dio por terminado el relato y se excusó para marcharse.

—Me siento fatigada y dolorida.

—Pediré que la acompañen a casa.

—Es muy amable.

Al despedirse, Tejada quiso transmitirle un mensaje que realmente sentía:

—Cuídese, señora.

—Gracias, inspector. Pero ¿no se supone que para eso están ustedes...?

# CAPÍTULO 48

El recorrido hasta Navalcarnero siempre le traía a la mente las mejores sensaciones de su juventud y anegaba su corazón de los deseos que durante años quedaron estancados por el torcido devenir de su vida. A veces pensaba que su relación con Rodolfo había sido una amorosa isla, inundada de belleza y luz, en medio de una tempestad que parecía no terminar nunca. A ellos el temporal no llegaba ni a tocarlos. La zozobra alcanzaba la orilla, pero no pasaba hacia el interior de la tierra firme de su amor.

Tras unos días de descanso para recuperarse de los acontecimientos vividos en las últimas horas, y de las contusiones que sufrió cuando casi la atropellan, decidió emprender viaje a las bodegas. Ahora se tardaba menos tiempo en llegar que veinte años atrás, cuando comenzaba la relación entre ellos.

Llevaba consigo el voluminoso manuscrito de doña Adelaida porque quería seguir analizando con Rodolfo su contenido y porque, aunque le costara reconocérselo a sí misma por lo que suponía de dependencia, no podía separarse de él. No separarse del manuscrito le hacía sentirse, en cierto modo, más cerca de su hijo.

No había querido avisar a Rodolfo para darle la sorpresa. Ninguno de los dos se explicaba qué tenía aquel lugar, el campo, las viñas, las bodegas, incluso el cielo y la luz que irradiaba, que siempre acababa uniéndolos. Y eso que ahora era una finca distinta a la de entonces, pero el efecto era idéntico.

Como no la esperaba, Valderroca tuvo que frotarse los ojos para asegurarse de que era Carlota la figura difuminada que se aproximaba caminando entre los carriles de los viñedos. Soltó la tablilla en la que estaba anotando incidencias de algunas ramas tronchadas y salió corriendo a su encuentro. La había echado tanto de menos en aquellos días...

Al sentirse abrazada por Rodolfo, Carlota volvió a ver la isla imaginaria y cómo ambos se lanzaban a nadar en aquellas aguas calmas y templadas en las que jamás podrían ahogarse si seguían juntos. Y no deseaban otra cosa.

Mientras tanto, en Madrid, en la redacción del periódico, Luis trabajaba concienzudamente hasta altas horas de la noche. Estaba aproximándose a un punto importante en la trama de corrupción urbanística y le faltaban horas al día para rematar el reportaje. Los tentáculos de la Fundación Gregoriana estaban resultando ser mucho más largos de lo que en un principio parecía. El cerco en torno a don Gregorio Gómez, su empresa y la fundación, que no era sino una tapadera, se iba estrechando. Las prácticas que estaba descubriendo se extendían mucho más allá de unos simples tejemanejes y entraban de lleno en la delincuencia organizada.

Aunque había otros frentes abiertos relacionados con el personaje, que, de momento, se le escapaban al periodista. Pero, tarde o temprano, las cosas importantes siempre acaban llegando. Es solo cuestión de darles tiempo.

***

El despertar en la finca de las Bodegas Valderroca le supo a gloria a Carlota. Desayunaron en el porche, su lugar favorito de la hacienda, con el paisaje de los viñedos acompañándoles de cerca. Al terminar, un breve paseo cogidos de la mano. Sentía tan necesario ese respiro...

Sentir...

Sentir al cabo de tantos años y después de un drama como el que había vivido, del que sabía que no se recuperaría jamás. Tuvo que aprender a vivir con ello.

Sentir...

Sentir después del último susto y de la conmoción de relacionar el lirio con el crimen de su hermana.

Sentir...

Rodolfo volvió a expresarle con mucha claridad su intención de no volver a dejarla sola nunca más.

—Qué pesado eres, eso ya me lo has dicho —se quejó ella dulcemente.

—Es que no sé si te ha quedado claro. Es por asegurarme —insistió con cierta sorna—. Esta vez, cuando regreses a Madrid, nos iremos juntos. —Le cogió la mano, posada sobre la mesa.

—Me encanta que sea así.

—Siempre estaré a tu lado.

—¿Pero siempre siempre? —bromeó ella—. ¡Qué pesado!

—¿Estás segura de haber retenido la idea? —Rodolfo le tomaba el pelo mientras ahora no dejaba de besarla.

—Voy a intentarlo una vez más... A ver si lo consigo...

Volvieron a detener el tiempo del olvido para disfrutar del nuevo tiempo de las caricias con el aroma del amor recuperado que embriaga los sentidos, y así se perdieron en una íntima gruta en la

que, por instantes, el mundo dejaba de ser el mundo tal y como lo conocían.

Por la tarde se concentraron en el manuscrito de doña Adelaida encontrado en Toledo, sin imaginar lo que todavía les aguardaba. Un nuevo descubrimiento les golpeó.

—¡Clara ayudó a doña Adelaida a entregar ilegalmente a varios recién nacidos! —A Carlota le invadió una irrefrenable rabia por haberse dejado engañar por Clara, a la que había llegado a consolar —. Debo de ser tonta, ¿cómo pude creerla?

—No te ha pasado a ti sola. La cuestión es si debemos delatarla ante la policía. ¿Recuerdas...?, cuando la conocimos la considerábamos una víctima más de la casa.

—Es un dilema complicado de resolver, lo reconozco. —Para Carlota era difícil no solo la duda que se les planteaba respecto de Clara, sino todo lo que tenía que ver con ella y con la Casa del Pecado Mortal—. Ojalá supiera qué es lo correcto en esta ocasión. ¡Si me dejara llevar por mis impulsos, iría ahora mismo a la policía!

—No eres persona precisamente que se guíe por impulsos.

—Lo sé. Todo esto me resulta tan difícil de digerir... Remueve vivencias por las que nadie debería pasar jamás. Y pensar que una de las víctimas de aquella institución acabó colaborando para perpetrar los robos más espantosos que puedan existir... Robos de niños..., de seres humanos recién llegados al mundo... ¡Es horrible! Además, ha sido capaz de espiarnos por orden de don Gregorio.

—No sigas pensando en ello ahora. Tenemos una meta, la más importante, y hemos de concentrar toda nuestra fuerza en alcanzarla. No dejes que te venzan los malos sentimientos. Ahora ya no.

—¿Pero dónde queda hueco para una inmensa traición como la de Clara?

—Se traicionó a sí misma. ¿Crees que esa mujer vive con la conciencia tranquila?

—Supongo que no, ni ella, ni tampoco don Gregorio. Pero no puedo entender por qué Clara fue capaz de hacer algo así.

—Es que no puede entenderse, ni tiene justificación, ni perdón. No nos desviemos del camino que nos hemos trazado, de nuestro fin principal: encontrar a nuestro hijo. Aparquemos, de momento, la mala actuación de Clara, su tremendo error.

—Tienes razón.

Dejaron a un lado el manuscrito.

—Por hoy ya está bien. Rodolfo, ¿tú crees que él se parecerá a ti...?

***

Luis respiró tranquilo al verla entrar en la redacción. Ella y Rodolfo, como él le dejó bien claro, habían regresado juntos a Madrid, y lo primero que quiso hacer es ir a ver al periodista del *Heraldo de Madrid*. No juntos, en este caso. Volvió a ir sola.

—¡Doña Carlota! ¿Dónde andaba metida?

—Es largo de explicar.

—Esa no es respuesta para un periodista —dijo, animado al comprobar que estaba bien—. Quise contactar con usted al enterarme de que un testigo declaró que a la mujer atropellada hace una semana la había visto salir del periódico. Imaginé que era usted y quise saber cómo se encontraba.

—Ya lo ve, estoy vivita y coleando.

—¿Y qué ocurrió? El tema lo lleva un compañero de local, pero en la comisaría no sueltan prenda. Puede que no fuera más que un accidente, ¿lo cree así?

—No lo sé, los recuerdos que tengo de ese momento están borrosos en mi memoria, todo ocurrió muy rápido, de repente me vi en el suelo con un automóvil a punto de pasarme por encima. Afortunadamente, no fue así y puedo contarlo. Pero eso ya es pasado. ¿Nos ponemos con lo nuestro?

Durante un descanso, Luis, que estuvo tomado notas de lo que le había contado Carlota sobre la Casa del Pecado Mortal y sobre el papel de don Gregorio en ella, le preguntó:

—Si no es indiscreción, ¿tiene usted hijos?

—¿Hijos? —Era la última pregunta que podría esperar de quien no dejaba de ser un desconocido.

—Hijos, sí, no es tan raro. Todo el mundo los tiene —bromeó el joven.

—No. No tengo hijos —respondió lacónica.

El periodista siguió buceando entre su habitual marea de papeles.

—Imagino que usted tampoco; es muy joven, claro. —Carlota intentó suavizar el tono temiendo haber sido demasiado brusca en su anterior respuesta. No le interesaba incomodarlo.

Luis se echó a reír.

—No, yo tampoco tengo hijos, y a saber si los tendré o cuándo.

—Tiempo tiene para decidirlo.

—Eso es precisamente lo que no tengo, ni tiempo ni novia. Con este trabajo no se crea que es fácil formar una familia. La verdad es que ahora mismo es lo que menos me preocupa. Aunque sí le confesaré que lo que siempre he echado de menos es haber tenido hermanos.

—Así que padece el síndrome del hijo único —dijo Carlota con condescendiente amabilidad.

—Algo así.

Entonces, Luis mencionó una anécdota de su infancia:

—Voy a contarle un secreto. Mis padres solían decirme que yo llegué a ellos como si fuera un regalo. Siempre hablaban de una mujer joven que dejó una medalla conmigo, pero nunca acabé de entender esa historia. Mi madre decía que ese objeto era mi única conexión con el pasado, pero jamás comprendí su significado.

Carlota sintió que el aire se volvía más pesado. Aquello sí que no lo esperaba.

«No, vamos a ver, Carlota —se dijo—, no puede ser que hayas escuchado lo que crees. Habrá sido una confusión».

Tenía que asegurarse antes de que el mundo no se desplomara sobre ella.

—¿Una medalla? ¿Cómo era? —La voz se le quedó a medio gas.

—Era de plata. La perdí de niño. En realidad, no estoy muy seguro de haberla perdido, pero el caso es que un buen día dejé de verla. Supongo que sí, que la perdería jugando con ella, ¡a saber!, han pasado ya tantos años... —Esto último lo dijo con cierto tono de sorna, como lamentándose de la edad que tenía, a pesar de su juventud.

Carlota no pudo evitar que esta vez su voz temblara al preguntar:

—¿Entonces, fue... adoptado?

—Pues la verdad es que no sé muy bien qué responder a eso. Mis padres no me han dicho con claridad que lo fuera, pero cierto es que mi madre me hizo ese comentario, el de la mujer joven y la medalla, que podría inducir a creer que sí, pero tan cierto como que luego nunca más volvió a mencionarlo ni a relacionarlo con una posible adopción.

Carlota, intentando asimilar con dificultad la posibilidad que estaba introduciéndose en su mente.

—¿Y son buenos padres?

—Vaya, qué pregunta más rara es esa.

—¡Tiene razón! Disculpe, ¿seguimos revisando esos documentos?

Aturdida, Carlota estaba a punto de añadir algo más, pero se detuvo, agarrándose a la mesa sin que Luis se diera cuenta de que los objetos y el resto de elementos de la realidad temblaban debido a un terremoto que nadie, más que ella, advirtió.

—Sí, sigamos con esto —comentó él—. Se está poniendo interesante.

Carlota dejó de hablar el resto de la reunión, a la que puso fin de inmediato, mientras en su cabeza resonaban los lejanos truenos de aquella madrugada del 5 de octubre.

# Capítulo 49

Todos los hechos que acontecen poseen un ángulo muerto que no permite la posibilidad de que veamos nada. Cero. Un punto negro, ese para el que no tenemos una interpretación, porque no todo la tiene.

Allí donde no cabe la interpretación, a veces tampoco la capacidad de asimilar.

Rodolfo encajó la impactante novedad que traía Carlota como el golpe certero de un boxeador. A punto estuvo de quedar noqueado, aunque por momentos pareciera que se hubiera derrumbado sobre una estela de esperanzas dormidas.

Las probabilidades de que ese joven fuera su hijo habían emergido como una sorpresa que se desparramaba sobre la mesa de las incrédulas esperas. La historia de la medalla con la inicial parecía una casualidad que daba qué pensar. Sintió un miedo similar al que ella también sentía. Cuando una larga expectativa, plagada de vicisitudes, dolor y sufrimiento, está a punto de concluir, el pánico a lo desconocido deviene en inevitable. Sintieron algo parecido a caminar sobre un fino alambre para pasar de un extremo a otro de un hondo precipicio.

Veintidós años de prórroga y un desgarro. Ese era el balance.

—Cuéntame..., ¿cómo es?

Carlota cerró los ojos, recreándose en la imagen de Luis Crespo, el periodista al que un buen día, después de leer su artículo sobre las expropiaciones en la calle del Rosal, fue a conocer para un

intercambio de información. No pretendía nada más. La idea de que pudiera tener algo que ver con ella estuvo, en todo momento, localizada en el extrarradio de lo posible y lógico. «¡Imposible sospechar que pudiera ser él!»; eso creía ahora.

Dejó de pensar en el impacto que le había causado la conversación con Luis, para detenerse en sus rasgos:

—Es un joven bello, alto, tiene el cabello liso y muy oscuro. Su piel, en cambio, es clara.

—En eso ha salido a ti.

El comentario inundó el corazón de Carlota de un bienestar olvidado y añorado.

—Por lo que he observado en el periódico —prosiguió—, parece que es muy inquieto, no para. Y es tremendamente simpático, aunque, por otro lado, demuestra una seriedad que no es propia de su edad, parece mayor.

—Seguro que es muy listo —comentó Rodolfo emocionado.

—Lo es —lo miró con amorosa ternura.

Inmenso entusiasmo, inabarcable, bañado en la cautela que evita los estragos de una eventual decepción.

Querer gritar de alegría, llorar incluso, para beberse después las lágrimas en una copa ancha de champán, pero, al mismo tiempo, contener el impulso de una desbordante alegría.

Tenían que estar unidos, ser fuertes ante la posibilidad de que hubieran encontrado a su hijo. Pero, en la misma medida, precavidos ante la posibilidad contraria.

—Me asusta volver a enfrentarme a él presintiendo ahora que pueda ser nuestro hijo. Es un momento que he deseado con tantas ganas que ahora que podríamos estar a punto de alcanzarlo me produce pavor.

—Lo entiendo. A mí me pasa lo mismo.

—Se me plantean tantas dudas: ¿será realmente él? ¿Cómo saberlo? ¿Qué vida ha tenido? ¿Cómo reaccionará al saberlo? —Carlota hablaba con frases e ideas atropelladas, imbuida de la arrolladora perspectiva de haber hallado a su hijo, lo que no estaba claro que pudiera ocurrir algún día.

Había que actuar y resolver la duda ya.

—¿Para qué vamos a esperar más? —preguntó inquieta.

Para qué...

En la redacción del *Heraldo de Madrid*, Luis estaba escribiendo las últimas líneas de un nuevo artículo sobre la posible trama corrupta en las obras de ampliación de la Gran Vía. Llevaba con ello toda la tarde. Los planos que le había proporcionado Antonio, el trabajador de la empresa de don Gregorio, reposaban desplegados sobre su mesa soportando el peso de un montón de documentos relacionados con el caso.

Golpeó la última tecla, el punto final del artículo. Se recostó en la silla y se quedó así bastante tiempo, meditando sobre si debía publicar al día siguiente lo que acababa de escribir. Recordó el consejo de Colombine: pudiendo publicar algo grande, ¿para qué publicar algo pequeño, que le restará grandiosidad a lo que puede llegar a ser colosal y mayúsculo? Seguía teniendo la sensación de que le faltaba algo, una pieza que completara con rotundidad el puzle que ya tenía prácticamente terminado.

Al cabo de un rato volvió a incorporarse sobre su Underwood, extrajo el folio escrito y lo metió junto a los anteriores, que componían el reportaje, en el interior de una carpeta que guardó en el cajón de su mesa.

Carlota llegó sin avisar a la sede del periódico. Pidió que anunciaran su visita a Luis Crespo, pero no pudo esperar y subió a la redacción. Las escaleras, de dos en dos. Y el alma, en vilo.

Entró en la amplia sala con energía y decisión. Al ver a Luis el corazón se le desbocó y corrió hacia él.

Había intentado mantener la templanza, incluso desde la noche anterior, y lo había conseguido, pero en el último momento, al tener delante a Luis, la perdió.

—Lo siento, tengo que decírselo. Es muy importante. Ya no aguanto más. Ha de escucharme.

—Buenas tardes, Carlota, ¿qué ocurre? —preguntó el joven, sorprendido por esa entrada tan atropellada.

—Por favor, le ruego que salgamos de aquí, empieza a faltarme el aire.

—Está bien, tranquila, respire... —intentó calmarla el joven—. Vamos al café de enfrente.

Se dieron prisa en salir. En el local, Luis se dispuso a pedir dos cafés, pero fue interrumpido por Carlota:

—Esa medalla... La medalla de la que me habló...

—Ah, sí —dijo con aire distraído, ya lo había olvidado—. ¿Qué pasa con ella?

—Pues... —Le costaba decirlo—. Lo que pasa es... que creo que era mía.

—¿Suya? Eso no es posible.

—Es posible que lo sea.

—Le ruego que me lo aclare. Si se trata de una broma, no tiene ninguna gracia.

—No puede ser una broma lo que casi me cuesta la vida.

—Déjese de acertijos. ¿Quiere aclararme, de una vez, por qué dice que la medalla era suya? ¿Cómo sabe que lo es?

—Mi madre me la dio antes de que yo misma... la perdiera.

Luis frunció el ceño, confundido.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo puede estar segura de que era suya? ¿No será usted una loca que me ha tenido engañado, verdad? —De pronto, el joven dejaba de fiarse de Carlota Visedo.

—Esto que voy a decirle le dará la respuesta. —Tomó aire para poder seguir—. Esa medalla de plata... llevaba grabada una inicial. ¿Es así?

El periodista, boquiabierto, no daba crédito. Estaba absolutamente desconcertado.

—Todo esto es muy confuso. No sé qué pretende.

—Luis, responda, ¿estaba grabada? Por favor... —suplicó.

Temía responder, porque su respuesta podía acercarle a la verdad de lo que fuera que desconocía.

—Sí. Estaba grabada.

—Y esa inicial... era una C. ¿Me equivoco?

Luis tragó saliva.

—No... No se equivoca. Era esa letra. No entiendo lo que está pasando, pero creo que no me gusta.

Carlota vaciló, las lágrimas comenzaban a nublar su visión. Finalmente, se decidió a contar la verdad, qué sentido tenía seguir ocultándola. No cabía duda de que había llegado la hora.

—¿Quiere saber lo que de verdad pasó en la Casa del Pecado Mortal?

—¿Así que ese lugar tiene que ver con usted? Lo sospeché desde el principio.

—Y con usted también.

—¿Conmigo? Cuesta creerlo.

—Está a punto de comprobarlo.

—Le recomiendo que no juegue conmigo.

—Y no lo hago. Déjeme que se lo explique. Usted es periodista. Se supone que siempre busca la verdad, no lo que le gustaría que fuera.

—La escucho. —El joven mantenía su incredulidad en estado de alarma.

—Mi esposo, el marqués de Peñaflorida, ya fallecido, me internó en aquel lugar del infierno en contra de mi voluntad. Mi «pecado mortal» —lo dijo con dolorosa ironía— fue quedarme embarazada del hombre al que amaba con toda mi alma, y que, desde luego, no era mi marido. Di a luz el 5 de octubre de 1896, a un varón... —Hablaba como si aquel mismo instante estuviera viviéndolo en ese momento—. Me lo arrebataron sin que pudiera disfrutar de un primer abrazo y nunca más supe de él. Llevo años buscándolo... Después del parto conseguí, al menos, que un ángel en aquel mundo de demonios metiera la medalla entre su ropa antes de que lo entregaran a la familia que habían elegido para él a cambio de una aportación de dinero para la institución. La joya pertenecía a mi madre, se llamaba Carmen, y como la inicial de su nombre coincidía con la del mío, quise transmitírsela a mi niño. —Conmovía su emoción—. Doña Adelaida evitaba a toda costa que los niños llevaran consigo nada que pudiera identificar su procedencia.

No pudo evitar las lágrimas. Le emocionó rememorar el hecho de que alguien, otra interna, de la que ni siquiera recordaba su cara y mucho menos su nombre, introdujera la medalla en el ajuar de su hijo.

—Pensé que donde quiera que este estuviera —prosiguió con el relato—, esa medalla le acompañaría para siempre. No sabría su significado, pero sí su valor relacionado con sus orígenes, y pensar en esa posibilidad me aproximó a ese ser real pero invisible que debía de andar en un incierto lugar del mundo. Si es que estaba

vivo... Nunca dejé de albergar la esperanza de que algún día pudiera encontrarlo, a pesar de que mi marido quiso hacerme creer que había muerto.

El silencio se tornó insoportable, convertido en una densa nube de humo que cayó sobre ambos, uniéndolos en la confusión.

Luis se quedó paralizado, intentando digerir lo que acababa de escuchar. Poco a poco tuvo que ir encajando los detalles: la fecha, la medalla, las historias que siempre había escuchado furtivamente en casa, cuando creían que no escuchaba...

—¿Está diciendo que...? —Luis, sin poder creerlo aún, dejó la frase en suspenso.

Ella lo miró de frente, a los ojos, dejando que la respuesta se manifestara sin palabras. Luis se llevó las manos a la cabeza, levantándose de la silla para girar sobre sí mismo, como si hubiera enloquecido, sin importarle llamar la atención del resto de parroquianos del lugar. La incredulidad luchaba contra la verdad que poco a poco, lentamente, con natural parsimonia, comenzaba a imponerse.

Carlota parecía una estatua, incapaz de moverse. Aguardaba... Hasta que Luis pareció recobrar la cordura y volvió a sentarse respirando profundamente y conmocionado antes de exclamar:

—Esto es... ¡Es demasiado! ¿Lo sabía cuando vino a verme la primera vez? ¿Por eso me buscó y no me ha dicho nada hasta ahora?

—¡No! Te aseguro que no lo sabía. —Pasó a tutearlo.

—Todo encaja, ¿verdad? Las fechas, los documentos... Usted... usted es mi madre. ¿Lo es...?

Carlota se puso en pie y fue a preguntar algo a la barra. Volvió enseguida y le pidió:

—Vamos, me han dicho que arriba hay un pequeño reservado. Será mejor que continuemos allí esta conversación.

Nada más entrar en el diminuto salón, él volvió a la carga:

—Dígamelo ya. ¿Es usted mi madre?

Carlota asintió, incapaz de contener las lágrimas.

—No sé cómo sentirme... —reconoció Luis—. Porque claro que sé que me adoptaron. En eso yo tampoco le fui del todo sincero. Siempre pensé que mi verdadera madre, la mujer que me trajo al mundo, era alguien que... que no quería saber de mí, una mujer que no me quiso —le costaba reconocerlo.

—Nada podría estar más lejos de la verdad. Te quería, te amaba profundamente... como te amo ahora. Eres mi hijo.

Luis, aunque todavía abrumado, dio un paso hacia ella. Carlota, temblando, extendió una mano y él la tomó, rescatando un vínculo robado y hasta entonces desconocido. Puso la otra mano sobre el rostro del joven, acariciándolo, necesitaba sentir el tacto de su piel. La piel del recién nacido, la que no pudo oler ni rozar. Tenía delante aquel niño, transformado en un hombre asustado por lo que se le venía encima.

—Entonces... —Luis comenzó a temblar—, mi vida es una farsa. Nada ha sido verdad.

—No digas eso. Para mí has sido lo más real que tiene este mundo en el que vivimos.

—Pero quienes creía que eran mis padres, en realidad no lo son, y encima me dice que me compraron. ¿Ese es el regalo que fui para ellos? ¿Un niño comprado? ¿Un recién nacido robado a su madre? ¿Se da cuenta de lo que me está diciendo?

—La verdad, Luis. Eso es lo que te estoy diciendo: la verdad. Créeme que lo siento. ¿Te imaginas lo que supuso para mí perderte?

—No sé cómo encajar todo esto.

Le pareció un pajarillo herido. Su rostro había mudado en el de un niño que pierde a su madre y siente la soledad del mundo, solo que la causa era la contraria, se sentía así porque la había encontrado. Resultaba tan extraño que parecía un puñado de irrealidad.

Le habló de doña Adelaida y del hermano Rafael, y de la siniestra hermandad fundada en el siglo XVIII que regentaba la organización. Y de las ventanas condenadas al exterior. Y de la ausencia permanente de la luz del sol, que durante unos siete meses dejó de existir para ella. Le habló del parto y la tormenta. De la tristeza infinita y de la lluvia incesante.

Ningún horizonte existió más allá de la pérdida de Luis.

Arrepentimiento. También le habló de él. De la insistencia, la tortura, la imposición. De cómo pretendieron que claudicara para justificar su reclusión. Le habló de las arrepentidas, las mujeres que, además de expiar su pecado, debían arrepentirse para lavarlo y que la sociedad no se enterara. Como si el simple desconocimiento eliminara la existencia del delito.

Las arrepentidas... Cuántas mujeres, de las que quedaron atrás, se arrepintieron.

Pero se lo dejó claro. Ella nunca se arrepintió de haber amado. Jamás, de haber tenido un hijo fruto de ese amor.

—¿Y mi padre?

—Se llama Rodolfo. —Tenía un nudo en la garganta—. Rodolfo Valderroca. Es dueño de unas importantes bodegas. Un buen hombre... Igual que tú.

—¿Y él no pudo hacer nada en todo este tiempo?

—Él no sabía de tu existencia.

Entonces vino esa parte de la historia en la que se sucedían el intento de destierro en Sevilla, la huida hacia el norte, el descubrimiento de una tierra anidada entre los Picos de Europa, las

gentes recelosas y a la vez hospitalarias de Cangas de Onís, la belleza del pueblo, las piedras centenarias del puente sobre el río... El sonido del Sella...

Hasta que llegó al manuscrito de doña Adelaida, donde habían hallado la prueba de lo que había ocurrido con aquellos niños nacidos en la Casa del Pecado Mortal. Después vinieron los artículos firmados por él, que la movieron a conocerlo. Y el final de la historia, en el que se hallaban.

Luis, el hijo reencontrado, en el principio y el fin de su historia; la de su vida.

—¿Y ahora qué? ¿Qué va a pasar a partir de esta bomba que me ha soltado?

—Pasará lo que nosotros decidamos y queramos que pase.

—¿Cómo voy a mirar a la cara a mis padres? O a quienes hasta hoy creía que lo eran.

—Y lo son, Luis, ellos te han criado y, por lo que veo, te han cuidado bien. ¡Ojalá yo pudiera haberlo hecho! Ojalá hubiera podido darte todo el amor y el inmenso cariño que sentía, y siento, por ti.

—El cariño de ellos era el de una compra-venta, como el que se compra una casa.

—En eso tienes razón, pero, a pesar de que no puedo perdonarles, quiero creer que no lo hicieron a mala fe. A saber qué les dijeron para convencerles de que tenían que pagar si querían tener un hijo.

—Esto es terriblemente difícil para mí —reconoció el joven, desencajado.

—Lo es para todos.

—Pero… ¿y si lo de la medalla fuera solo una casualidad? ¿Una coincidencia con su propia historia, nada más?

Rebeca sonrió con un halo de amargura que empañaba su esperanza. Pero se sentía convencida de lo que estaba ocurriendo:

—Comprendo que te cueste creerlo. Pero hay una manera de averiguar si es cierto lo que te estoy contando.

—¿Cuál?

—Pregúntale a tus padres. No digas lo que sabes. Deja que sean ellos quienes te cuenten tu verdadero origen.

Precisamente porque se daba cuenta de que eran demasiadas novedades al mismo tiempo, demasiada la conmoción sufrida por Luis, Carlota evitó hablarle de Rebeca. Sin embargo, en su condición de periodista, y dado que habían hablado de ello cuando ni remotamente se les podía ocurrir que existiera el vínculo que les unía, Luis lo puso sobre la mesa.

—La mujer hallada muerta en el Manzanares era mi tía. Mi tía... asesinada.

Qué dolor tan inmenso. Aun así, respondió:

—Lo era. Rebeca, mi adorada hermana.

—¿Qué pasó?

—No te va a gustar lo que voy a responderte, que, de nuevo, es la verdad. Me cuesta encontrar la mejor manera para explicártelo sin que te afecte demasiado.

—¿Más de lo que ya me ha afectado lo que me ha contado hasta ahora? Suena difícil.

—Tu tía fue asesinada porque estaba acercándose a la verdad. Rebeca, antes que yo incluso, empezó a buscarte hace más de veinte años, y últimamente había descubierto hechos que la pusieron en peligro sin que ni tu padre ni yo lo supiéramos.

A Luis le salió un gesto instintivo de consuelo cogiéndole cariñosamente el brazo.

—Usted no podía hacer nada. ¿Saben ya quién lo hizo?

Se quedó mirándolo antes de contestar.

—¿De veras que no lo imaginas?

—¿Debería?

—Es un tipo, mejor dicho un monstruo, con el que te has topado; ha aparecido en tus investigaciones sobre la Gran Vía. —Breve silencio—. A través de su empresa de construcción y... de una fundación —remató.

—¿En serio está acusando a Gregorio Gómez?

—Sí. Él lideraba la trama de venta de niños de la hermandad de la Casa del Pecado Mortal.

—Dios mío. Creo que tengo que sentarme de nuevo.

—Es..., lo sé..., es abrumador. Yo también estoy encajando haberte encontrado, después de lo que sabes que ha sido mi vida desde que te tuve.

—¿Ha hablado con la policía?

—Sí. Iba a la comisaría a hablar con el inspector Mauricio Tejada, es quien lleva el caso de Rebeca, el día que me atropellaron.

—Por eso no quería contarme lo que había pasado.

—¿Recuerdas que salí de estampida?

En esa hora de la verdad estaba dispuesta a no dejar ningún cabo suelto ante Luis, por eso le contó lo que supuso la relación del lirio de tela con don Gregorio, de lo que se dio cuenta al ver el ramo de flores artificiales en la redacción del periódico.

—Esto es más, mucho más, de lo que nunca imaginé que podría pasarm...

—Ven a casa —le interrumpió.

—¿A su casa?

—Sí. Ven. Tenemos mucho de qué hablar y te presentaré a tu padre. Él también se muere de ganas de conocerte.

A Luis, como a cualquiera en su situación, le costaba seguir el ritmo de los acontecimientos que se estaban desencadenando en tan poco tiempo y que afectaban de lleno a su vida. Los sentimientos se descontrolaron a un ritmo tan frenético que el miedo se quedaba corto.

—Entiendo lo que debes de estar sintiendo.

—No, creo que no lo entiende. Voy a marcharme. Todo esto es... No sé qué más decir.

—Puedes decir que aceptas venir a casa.

—Está bien, lo pensaré. He de marcharme.

—Solo una cosa más: hay una mujer que podría interesarte para tu investigación. También estuvo internada en la casa y conoce muchos detalles de la trama. Incluso participó en el tráfico de niños.

—¿Participó?

—Sí. Me resulta especialmente doloroso, si no te importa, creo que por hoy ha sido suficiente.

—¡Desde luego!

Le entregó un papel con la anotación del contacto de Clara.

—Ten. Como te digo, ella también estuvo recluida en la Casa del Pecado Mortal. Espero que sepas hacer buen uso de esto.

Solamente le explicó que habían descubierto que Clara colaboraba con doña Adelaida y don Gregorio, y que estuvieron a punto de denunciarla, pero entendieron que pudo ser tan víctima como ella de las altas instancias de aquel lugar terrible. Esperaba de él que hiciera lo que considerara que era lo correcto.

—Seguro que no más de lo que lo estoy yo respecto de usted.

—Reitero mi invitación a que vengas a casa. Creo que deberías conocer a..., bueno, quiero decir a tu padre.

—¿A Rodolfo Valderroca?

Qué escalofrío escuchar el nombre de Rodolfo en boca de su hijo.

—Sí, a Rodolfo. Además, tenemos lo que te falta para denunciar públicamente a don Gregorio.

—Eso sí suena bien... —Por fin una expresión relajada en Luis.

—A partir de ahora, todo debería sonar bien, ¿no te parece?

Se despidieron del momento que podría estar siendo el más trascendental de sus vidas.

El periodista la vio alejarse sintiéndose una persona distinta a la que era horas antes. La vida había cambiado. La luna se posicionó en el lugar del sol, o a la inversa.

—¡Carlota! —le gritó antes de que cruzara la puerta de salida—. Mi cumpleaños es el 5 de octubre. Y en el próximo cumpliré veintidós años. Quería que lo supiera. Aunque creo que lo tenía muy claro.

# Capítulo 50

Aquella noche apenas durmieron. Ninguno de ellos. Luis, porque la conversación con sus padres se extendió hasta altas horas, y con sus efectos metidos en el cuerpo no hubo manera de conciliar el sueño. Y Carlota y Rodolfo no se soltaron de la mano en la cama hasta que el alba se coló por la ventana del dormitorio. Se infundían fuerzas el uno al otro. Pensaban en cómo sería el momento en el que Luis se encontrara con ambos al mismo tiempo y conociera a su padre. Lo habían imaginado en tantas ocasiones que, ahora que estaban a punto de ver cumplido ese anhelo, se sintieron presos del desasosiego que envuelve lo irreconocible.

Cuando el timbre de la puerta sonó, el mundo cobró un sentido que sobrepasaba los confines de lo esperable para alcanzar la cima de lo que se desea hasta morir. El timbrazo viajó hacia atrás en el tiempo, a una noche de tormenta que condujo hasta Cangas de Onís después de sobrevolar el paso de Despeñaperros.

El sonido de aquel timbre, en las livianas horas tempranas, se incrustó en la condición de padre que Rodolfo estaba por descubrir.

—¿Estás preparado?

Ella partía con cierta ventaja, a pesar de lo cual estaba tan nerviosa como él.

—¿Quién está preparado para conocer a un hijo de cuya existencia no había tenido conocimiento en más de veinte años?

—Todo irá bien, ya lo verás. —La voz de Carlota sonaba tan dulce que esponjó los temores de Rodolfo.

La impresión, el miedo, los recelos, el vértigo ante un abismo..., todo mereció la pena al tenerlo delante y regalarle un abrazo en el que cabían el mundo y el horizonte.

Luis tampoco podía controlar sus nervios. Le costó encontrar la manera de saludar por primera vez al hombre que Carlota ya le había anticipado que era su padre. Se suponía que los años de preeminencia que proporcionaba en Rodolfo la edad adulta supondrían un saber hacer que, llegado el momento, no servían de nada. La emoción y el sentimiento se impusieron por encima de ninguna otra disquisición.

El joven corrió después a abrazar a Carlota. Por primera vez. El impulso y el gesto tan esperado por ella, que no llegó hasta ese instante. La vida que le había dado hacía veintidós años brotó a borbotones, podría decirse que incluso desesperadamente.

—Si estás aquí es porque ya tienes la certeza de que es verdad lo que te he dicho —quiso tener claro Carlota antes de seguir.

—Así es. Todo me parecía una fabulación por su parte, no sé… A estas alturas de mi vida, ser testigo de cómo se vuelve del revés y nada es lo que parecía…, resulta complicado de digerir. Pero mis padres han corroborado lo que usted me dijo, incluso dándome más datos que lo evidencian. Les he agradecido mucho su sinceridad. Esto tampoco es fácil para ellos.

Pasaron horas conociéndose y dejando que la vinculación, el hilo invisible que tenían en común y que habitaba en ellos, llegara a entrelazarlos de manera natural. «La fuerza de la sangre», así lo describió Carlota. Esa sangre que dejó de fluir en las aguas del Manzanares junto a la Posada del Río.

La misma sangre de Rebeca, quien, en cierto modo, había perdido la vida por él.

Se contaron, del uno y del otro, sin tregua. Sin pausa. Sin condicionantes, ni trabas que lo restringieran.

La curiosidad estaba siendo tan difícil de saciar... Una pregunta llevaba a la otra, y esta, a la siguiente. Y podrían estar así hasta el infinito.

—¿A qué se dedica tu padre? Me refiero a tu otro padre. No, quiero decir el hombre que te adoptó... ¡Santo cielo! No sé cómo referirme a él.

—No se preocupe, Rodolfo, es comprensible. Hasta a mí me cuesta ahora. Mi... —rectificó—: Tomás, que así se llama, Tomás Crespo, tiene una fábrica de botones y artículos de pasamanería. Heredó de su padre un taller artesanal que ha crecido y ya hay más de una veintena de obreras contratadas. Producen encajes, galones, botones, para trajes y uniformes militares.

—Entonces te ha podido dar una buena vida, y una formación que, por lo que se ve, has sabido aprovechar.

—En ese sentido, no tengo nada que reprocharles. Me han dado estudios y el cariño que cabe esperar en unos padres.

Escuchar eso le hizo a Carlota sentir un pellizco en las entrañas.

—Una cosa, Luis. Por favor no sigas tratándome de usted.

—No se me ocurre hacerlo de otra manera, por educación.

—Lo sé. Pero..., por favor...

—Está bien. Lo intentaré.

Se tanteaban.

Rodolfo lo escrutaba sin disimulo, ávido de todo lo concerniente al joven. Su piel, sus manos, el color de sus ojos, los gestos, la manera de colocar los labios cuando dejaba escapar una agradable sonrisa que entrañaba un punto de inocencia tardía.

—Me gradué en Derecho hace un año —siguió contándoles Luis—, en la Universidad Central de aquí, de Madrid.

—Es una de las más prestigiosas del país —comentó Rodolfo, evidenciando el orgullo que sentía por su hijo.

—Antes de terminar el último año opté por probar suerte en el periodismo y la tuve, ¡vaya si la tuve!, me cogieron en el *Heraldo de Madrid*. Esta investigación es mi primer trabajo serio. Al principio, el director no me hizo mucho caso, pero ahora está esperando con ganas el resultado. Me juego mucho. He llegado hasta aquí y no puedo fallar. Lo que no imaginaba era que en el camino mi vida saltaría por los aires.

—La mía saltó aquella madrugada del 5 de octubre —apuntó de inmediato Carlota.

Los tres se miraban evaluando las recíprocas emociones y lo que cada uno de ellos esperaba de los otros.

Cuando consideraron saciadas las ansias de información de sus respectivas vidas, entraron de lleno en la investigación de Luis. Tras una puesta al día de sus pesquisas, se manifestó con la contundencia de un joven que, guiado por sus nobles principios, pretende comerse el mundo en aras de la justicia. Pero ese mismo mundo se había comido a Carlota, a Rodolfo y a Rebeca, quien se llevó la peor parte de todas.

—De lo que no hay duda es de que hay que acabar con don Gregorio —afirmó.

Entonces le hablaron del manuscrito de doña Adelaida, en el que encontraría su propia historia. Se sintió desbordado de tantas emociones, tantos datos y pruebas.

Conoció las peripecias por las que pasaron en el beaterio de arrepentidas de Santa María la Blanca, de Toledo, la misteriosa desaparición de Eugenio Álvarez, el escondrijo de la Posada del Río y... el asesinato de Rebeca.

El joven periodista ya tenía todo lo necesario para publicar la información que iba a ser auténtica dinamita con la que removería muchos cimientos, no solo los de las edificaciones de la Gran Vía.

Le entregaron el cuaderno, en el que asomaban las marcas de las páginas donde figuraban las evidencias que sabían que Luis iba a necesitar para el reportaje definitivo. El bombazo periodístico.

Él lo sostuvo en las manos observándolo bien antes de guardárselo y asumiendo que, al denunciar públicamente las tropelías cometidas por don Gregorio referidas a las adopciones ilegales, sacaba a la luz la historia de sus falsos orígenes, aunque eso no tuvieran por qué saberlo los lectores. Su difusión se convertía en una especie de exorcismo social y un ajuste de cuentas con lo que era justo.

Le dio un abrazo a Rodolfo, y al ir a despedirse de Carlota le dijo:

—Tengo algo para ti. —Extrajo del bolsillo la medalla de plata con la letra C grabada y se la tendió—: Creo que esto es tuyo. Puse mi casa patas arriba y no he parado hasta encontrarla.

Emocionada, Carlota le cogió, con las suyas, la mano en la que Luis tenía la pequeña joya, y le cerró el puño dejándosela apretada en su interior.

—Te pertenece a ti. Ahora no vuelvas a perderla.

***

La mañana amaneció soleada y tibia. El bullicio de la metrópoli todavía se hacía de rogar, sabiendo que era cuestión, ni siquiera de horas, sino de minutos, que el rugido de Madrid desperezándose del sueño nocturno se hiciera notar.

Al mismo tiempo que el joven repartidor de periódicos iba soltando los fajos en los principales quioscos de la capital —Puerta

del Sol, plaza Mayor, la propia Gran Vía, calle de Alcalá...—, la policía acometía una amplia operación contra la corrupción urbanística, en la que se llevaban a cabo múltiples detenciones, entre ellas la de Clara, que no saldría mal parada al estar dispuesta a colaborar con la justicia.

Los pormenores de la más importante de todas se los reservaba el periódico para difundir al día siguiente, cuando los implicados estuvieran ya detenidos: la de don Gregorio Gómez, cabecilla de la trama corrupta de obras y expropiaciones relacionadas con el proyecto de ampliación de la Gran Vía, pero también principal sospechoso de la muerte de Rebeca Visedo, así como de liderar una oscura y cruel trama de adopciones ilegales de niños recién nacidos cuya «base operativa» se radicaba en la Casa del Pecado Mortal, demolida con la desaparición de la antigua calle del Rosal. «Con semejante nombre no cabía esperar que pudiera ocurrir nada bueno entre sus paredes», concluía la crónica del periódico después de dar detalles del funcionamiento de aquella institución, por suerte ya aniquilada. Con don Gregorio en el calabozo a la espera de pasar a disposición del juez competente, el *Heraldo de Madrid* le dedicaría una página entera, solo para él. Un lujo nada envidiable, no dejaba de ser una caída por la puerta grande, «Genio y figura hasta para ser delincuente», comentaría Colombine en cuanto se encontrara de nuevo con el audaz periodista.

«Demuéstraselo al mundo...». Querida Colombine, tus palabras lo impulsaron. «Demuéstraselo al mundo...».

Y Luis se lo había demostrado.

*Yo soy un cementerio de la luna olvidado,*
*donde el remordimiento, gusano encarnizado,*
*peor aún que el error, la culpa, los olvidos,*
*se ceba siempre con los muertos más queridos.*

CHARLES BAUDELAIRE, «LXXVI», *Las flores del mal*

De camino al Cementerio Sacramental de San Isidro, Carlota repasó en su memoria su infancia junto a Rebeca. Por fin los buenos recuerdos conseguían reemplazar la terrible visión de su cuerpo flotando en el Manzanares, asesinada por los hombres de don Gregorio.

Por fin.

«Se pudrirá en la cárcel», dijo al llegar a la tumba de su hermana, sobre la que depositó cuatro rosas rojas con las que cerraba el círculo sentimental de su vida; una rosa por cada uno de ellos: Rodolfo, Luis, ella misma y Rebeca.

Por siempre, Rebeca...

Y después emprendió camino hacia Navalcarnero, a las Bodegas Valderroca, donde la esperaba Rodolfo. En ese momento de su existencia, no se le ocurría mejor lugar en el mundo para vivir. Al lado de su amor. Lejos de la culpa. Del arrepentimiento. Del olvido...

Lejos también de lo que había sido su vida anterior a la estancia en Asturias. Una vida de la que únicamente rescataría la evocación de su hermana, que nunca dejaría de acompañarla como una extensión de su propia persona. Y, por supuesto, el amor de Rodolfo.

Ahora, por fin y para siempre, Rodolfo.

«El tiempo que se nos escapa no vuelve jamás. Retengamos este que tenemos ahora en nuestras manos», le dijo al reencontrarse con él al cabo de dos décadas.

Aquella tarde, al contemplar la vasta extensión de los viñedos, sintió que llevaba los años vividos en Cangas de Onís alojados en su corazón eternamente —porque, sí, Esteban, la eternidad existe—, al igual que aquel valle en el que el pueblo se asentaba, al abrigo de los Picos de Europa. Los anillos de nubes que conoció entonces rodeaban ahora su cuello con suavidad de algodón, permitiéndole

respirar con una libertad que le resultaba al mismo tiempo desconocida y reparadora.

Esa segunda oportunidad que la vida le ofrecía empezaba cuando se estaba dando cuenta de que solo tenía una.

Una vida. Nada más que una.

# NOTA DE LA AUTORA

Por respeto a la historia y a algunos de los hechos y lugares reales que se recogen en la trama de esta novela, quiero aclarar algunos aspectos que considero relevantes, a fin de no llamar a engaño.

Algunas de las descripciones de la Casa del Pecado Mortal han sido extraídas de libros y artículos de mis admirados Emilio Carrere y Pedro de Répide, cronistas de la Villa de Madrid, así como de textos de Ediciones La Librería, que tan útiles me han resultado siempre en aspectos relacionados con la historia de Madrid.

Asimismo, por necesidades cronológicas de la trama, he tenido que alterar la fecha de demolición de la Casa del Pecado Mortal, ubicada en la calle del Rosal, hoy desaparecida. En la realidad, aquel edificio entre cuyas paredes se produjo tanta ignominia y dolor fue derribado más tarde de lo que aquí aparece, exactamente en el año 1926, con motivo no de la segunda fase de las obras de construcción de la Gran Vía madrileña, sino de la tercera. Aunque parece mentira que una institución como aquella, en la que durante siglos se mataba en vida a las mujeres allí encerradas en contra de su voluntad, perdurara hasta 1926. Debido a la clandestinidad que la revestía, no existen archivos ni documentos de la Casa del Pecado Mortal; tan solo la memoria imaginada de sus víctimas.

# AGRADECIMIENTOS

Era verano en Saint-Maur-des-Fossés, en los suburbios de París. El pequeño pero elegante chalet, de estilo afrancesado, poseía una preciosa zona de invernadero en mitad del salón que daba al jardín, decorada con etiquetas de botellas de vino y fotografías de infinidad de viajes que había realizado la pareja propietaria. Allí, en el invernadero, disfrutaban de los buenos vinos franceses; «Un sitio mágico», me diría después María.

Aquel era el hogar formado por un hombre y una mujer, divorciados ambos, que emprendieron una segunda vida guiados por el amor que seguramente encontraron cuando ya no creían que fuera posible. A veces la vida sorprende con circunstancias tan inesperadas como maravillosas, y sé bien de lo que hablo.

Les alquilaron la casa a María, su marido y sus cuatro hijos para pasar unos días de descanso estival. Resultaba un lugar encantador. Pero lo mejor fue cuando se percataron de la frase que los dueños habían escrito sobre uno de los dinteles que unía el salón con la cocina: «La segunda vida empieza cuando te das cuenta de que solo tienes una».

Mi más sincero agradecimiento a María Solano, profesora de la Universidad CEU San Pablo, por prestarme la historia de sus vacaciones en familia en aquella casa inolvidable, y que tanta profundidad me aportó a la hora de componer la trama y el personaje protagonista de la presente novela. María —a quien conocí hace años, siendo entonces decana de Humanidades, durante una

visita a la Universidad CEU San Pablo— es, como a ella le gusta destacar, «sobre todo madre y esposa» y directora de la revista *Hacer Familia*. María es un tesoro para cualquiera que se la encuentre en el camino de la vida.

Gracias a David Cebrián, director editorial de Espasa, por su cálida acogida, con la que me hizo sentir lo más parecido a volver a casa. Y a Miryam Galaz, mi editora, por creer en esta historia con un apasionamiento que compartimos.

También a Silvia Bastos, mi agente literaria, porque sus ánimos nunca decaen, ni siquiera en los peores momentos. Son ya tantos años…

Gracias a Víctor M. Gulías, autor de la fotografía, que demuestra su enorme talento en las muchas jornadas de grabación que ya llevamos —espero que nos queden muchas más—, y a la firma de moda LOLA CASADEMUNT, por su apoyo en tantos proyectos, revistiendo de estética y belleza la cultura. Y a la agencia XXL Comunicación.

Mi agradecimiento a todos aquellos que me han hecho amar incondicionalmente Cangas de Onís, en el Principado de Asturias, el mejor descubrimiento del proceso de elaboración de *Las arrepentidas*. Gracias por sus atenciones, su inmensa generosidad y por todo el material que me han ofrecido, a José Manuel González Castro, alcalde de Cangas de Onís; Blanca Bueno, responsable del servicio de cultura, empleo, educación y participación ciudadana; Sara Díaz González, directora de la oficina de turismo, y Rosa González, auxiliar de la misma.

Y gracias, de corazón, a Antonio Condado, por hacer más fáciles las innumerables renuncias que suponen las infinitas horas de escritura. Tan infinitas como lo son su paciencia y su amor.

# BIBLIOGRAFÍA


AGUADO SÁNCHEZ, María Elena, «Beaterio de arrepentidas de Santa María la Blanca, según sus constituciones (siglos XVI y XVII)», *Vínculos de Historia*, 9, 2020, pp. 291-306.

ANDÚJAR CASTILLO, Francisco, «El Seminario de Nobles de Madrid en el siglo XVIII. Un estudio social», *Cuadernos de Historia Moderna*. *Anejos*, 3, 2004, pp. 201-225.

ARMENDÁRIZ GÓMEZ, José Luis, *Federico Ortiz López y el Bazar X*, Cangas de Onís, Ayuntamiento de Cangas de Onís, 2016.

ATIENZA LÓPEZ, Ángela, «Nobleza, poder señorial y conventos en la España Moderna. La dimensión política de las fundaciones nobiliarias», en Esteban Sarasa y Eliseo Serrano (coords.), *Estudios sobre señorío y feudalismo. Homenaje a Julio Valdeón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-Diputación de Zaragoza, 2010, pp. 235-269.

AZORÍN, Francisco, *Leyendas y anécdotas del viejo Madrid. Segunda parte*, Madrid, Ediciones La Librería, 2005.

BARAJAS TOMÁS, Beatriz, *Historia de un proyecto: la Gran Vía. La necesidad de una conexión (1853-1955)*, Madrid, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid-Universidad Politécnica de Madrid, 2018 (trabajo fin de grado).

BAUDELAIRE, Charles, *Las flores del mal*, Madrid, EDAF, 1981.

CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo, «Ciudad y sociedad en el Madrid del siglo XVIII», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 27, 2010, pp. 157-182.

DIEGO LLACA, Antonio, *Covadonga en la obra fotográfica de Daniel Á. Fervienza*, Cangas de Onís, Conseyería de Cultura, Política Llingüística y Turismu, 2022.

Felices de la Fuente, María del Mar, «La venta privada de títulos nobiliarios durante los reinados de Felipe V y Fernando VI (1701-1759)», en Eliseo Serrano (coord.), *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en historia moderna*, Zaragoza, Fundación Española de Historia Moderna-Institución Fernando el Católico, 2012, pp. 695-712.

—, «La nobleza titulada en tiempos de Felipe V. Un balance historiográfico», *Revista de Historiografía*, 24, 2016, pp. 221-244.

Fernández Cucala, Mariola, «La casa de recogidas de "Nuestra Señora de la Caridad o del Refugio" (1848-1870)», *Historia Contemporánea*, 21, 2000, pp. 485-521.

Fuertes de Gilbert y Rojo, Manuel, «La nobleza madrileña en el siglo xviii», *Emblemata. Revista Aragonesa de Emblemática*, 24, 2018, pp. 255-256.

Galende Díaz, Juan Carlos, «Las mujeres reclusas y las asociaciones de caridad Madrileñas en el siglo xviii», en Juan Carlos Galende Díaz y Nicolás Ávila Seoane (coords.), *Cultura escrita e historia social de Madrid durante el Siglo de las Luces*, Madrid, Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía-Universidad Complutense de Madrid, 2022, pp. 171-201.

Gálvez Ruiz, María de los Ángeles, «Una institución de origen castellano en la intendencia de Guadalajara: la casa de recogidas (s. xviii)», en *Castilla y León en América. IV Congreso de Americanistas Españoles,* Valladolid, Caja España, 1991, pp. 347-361.

Gracián, Baltasar, *El arte de la prudencia*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1993.

Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza y Santo Zelo de la Salvación de las Almas, *Constituciones de la Real Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza y Santo Zelo de la Salvación de las Almas, a cuyo cargo está la administración y gobierno de la Real Casa de las Recogidas de esta corte, hechas nuevamente por la Real Hermandad (con reformación de las primitivas) en el año de 1751*, Madrid, 1752.

Huerga, Emiliano de la, *Covadonga*, Ribadesella, Delallama Editorial, 2019.

LAVER, James, *Breve historia del traje y la moda*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1995.
MONTERO VALLEJO, Manuel, *Origen de las calles de Madrid. Una introducción a la ciudad medieval*, Madrid, Editorial El Avapiés, 1988.
ONETTO PÁVEZ, Mauricio, «Reflexiones en torno a la construcción de esferas de control y sensibilidades: las casas de recogidas, siglos XVI-XVII», *Estudios Humanísticos. Historia*, 8, 2009, pp. 177-204.
PANTÍN FERNÁNDEZ, Francisco José, *Cangas de Onís 1918. Vida en torno a un centenario*, Cangas de Onís, Ayuntamiento de Cangas de Onís, 2019.
PÉREZ BALTASAR, María Dolores, *Mujeres marginadas. Las casas de recogidas en Madrid*, Madrid, Gráficas Lormo, 1984.
PÉREZ CALVO, Lucio R., «El marquesado de Peñaflorida (1709-1911)», *Hidalguía. La revista de genealogía, nobleza y armas*, 363, 2014, pp. 24-268.
PRADO HIGUERA, Cristina del, «Espacios urbanos: la nobleza en Madrid (1845-1900)», en Mónica Moreno Seco (coord.); Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.), *Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates. XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 575-697.
RACINET, Albert, *Historia del vestido (obra clásica del s. XIX reeditada y diseñada nuevamente con ilustraciones)*, Madrid, Editorial Libsa, 1990.
REINA GARCÍA, Ángela, *El Madrid de Antonio Palacios*, Madrid, Ediciones La Librería, 2024.
RÉPIDE, Pedro de, *Las calles de Madrid*, Madrid, Ediciones La Librería, 1995.
RODRÍGUEZ-CHECA, José Luis, *Historias de las calles de Madrid*, Madrid, Ediciones La Librería, 2021.
RUEDA, Germán, «Los nobles españoles en el período ilustrado y liberal, 1780-1930», en VV. AA., *La nobleza española, 1780-1930*, Madrid, Ediciones 19, 2020, pp. 11-36.
RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, J. Ignacio, *La monarquía asturiana (718-910)*, Cangas de Onís, Ayuntamiento de Cangas de Onís, 2000.

Sáez García, María Ángeles, «Las casas de arrepentidas y la clausura postridentina: la rebeldía femenina como forma de expresión disidente», *Revista de Historia Moderna*, 36, 2018, pp. 377-409.
Sánchez Álvarez Insúa, Alberto, «El centro de Madrid antes del trazado de la Gran Vía», *Centenario de la apertura de la Gran Vía*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, CSIC, 2011, pp. 15-31.
Séneca, *Invitación a la serenidad. Lecciones para un hombre ocupado* (edición de Carmen Fernández-Daza), Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1996.
Soria Mesa, Enrique, *La nobleza en la España moderna. Cambio y continuidad*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2007.
Soubeyroux, Jacques, «El Real Seminario de Nobles de Madrid y la formación de las élites en el siglo xviii», *Bulletin Hispanique*, 97, 1995, pp. 201-212.
Valle Poo, Francisco, *El solar de un viejo reino. Cangas de Onís*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2000.

*Las arrepentidas*
Mari Pau Domínguez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro, o de cualquiera de sus partes, con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Mari Pau Domínguez, 2026

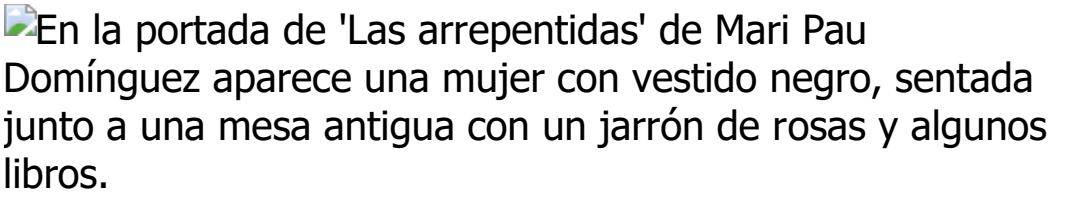
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © Trevillion

© Editorial Planeta, S.A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-670-8005-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Carmate ediciones


En la portada de 'Las arrepentidas' de Mari Pau Domínguez aparece una mujer con vestido negro, sentada junto a una mesa antigua con un jarrón de rosas y algunos libros.

# Table of Contents


Portadilla
Dedicatoria
Cita
Primera parte. ARDER COMO LA VELA Y CONSUMIRSE...
- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7

Segunda parte. MUDAS SOLEDADES
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17
- CAPÍTULO 18

DOS AÑOS Y MEDIO ANTES...
- CAPÍTULO 19
- CAPÍTULO 20
- CAPÍTULO 21
- CAPÍTULO 22
- CAPÍTULO 23
- CAPÍTULO 24
- CAPÍTULO 25
- CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
Tercera parte. UN MUNDO A OSCURAS
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
Cuarta parte. EL ERROR, LA CULPA, LOS OLVIDOS...
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS
BIBLIOGRAFÍA
Créditos